
Cuando se trata de ti
MARISA SEFRA

CUANDO SE TRATA DE TI

MARISA SEFRA



Copyright © 2024 Marisa Sefra
Ilustración de portada y diseño de personajes: Adela Aragón
Todos los derechos reservados.

Para todo el que persigue un sueño. Que nadie te diga cuándo despertar.

ÍNDICE

1. Follow
2. El sexto
3. El broker de Wall Street
4. Cónclave urgente
5. La piscina
6. Habla con él
7. El parque
8. El tío bueno de los anuncios
9. Primera clase
10. Deja de mirarme
11. Chispas
12. En casa
13. Un crío
14. Alcance de daños
15. ¿Me perdonas?
16. ¿Qué quieres tú?
17. Una proposición laboral y personal
18. Una cuestión de tamaño
19. Me ha salvado la vida
20. Mucho fingir
21. Homeless
22. Frío polar
23. Lo que sea
24. Una foto sexi
25. Los putos amos
26. Un pezón famoso
27. Qué marrón
28. Una casualidad imposible
29. Una infusión
30. La mejor de las ideas
31. Casi algo
32. Tiempo muerto
33. La foto más buscada
34. Una ventanilla entreabierta
35. Una huida confusa
36. Algo permanente
37. Nadie le hace eso a un Andújar
38. Un giro de guion
39. Todos tenemos un pasado
40. Puto actor de método
41. Amor del regulero
42. Pequeñas mentiras y grandes noticias
43. Gruñidos en noruego
44. El karma

45. ¿Quién gana?
46. Desubicado
47. Solo conmigo mismo
48. Controlando las redes
49. El bucólico de turno
50. Oportunidades desperdiciadas

Un epílogo para nostálgicas
El epílogo de Nico
El epílogo de Laza
Agradecimientos
Acerca de la autora
Otras Obras de Marisa Sefra

CAPÍTULO 1

FOLLOW



Era la sensación del momento.

Yo.

Sí, yo era la sensación del momento. Mina, Romina, mi agente, estaba como loca, no podía estarse quieta en el asiento de la limusina que nos llevaba a la gala. Mi última película como protagonista se había estrenado hacía muy poco y estaba siendo un éxito de taquilla. ¿Qué digo? Un fenómeno de masas. Empezaba a resultarme difícil salir a la calle sin que la gente me reconociera, me había convertido en uno de los actores más de moda de la temporada. A Mina no dejaban de llegarle guiones y propuestas publicitarias que debíamos valorar. Tras más de diez años dedicado de lleno al cine de autor, acababa de dar el salto a las superproducciones más comerciales. Me gustaban más el otro tipo de películas, el trabajo era más gratificante y el resultado de mayor calidad, pero mi cuenta bancaria agradecía enormemente el cambio de rumbo en mi carrera. Y mi familia, también. Cuando has crecido en un hogar humilde, tu instinto de supervivencia no te permite rechazar un contrato con tantos ceros.

Yo iba mirando por la ventanilla, un poco absorto en mí mismo y ajeno a la cháchara de Mina; pero es que necesitaba desconectar de vez en cuando, esa nueva situación me superaba de demasiadas maneras. Me pasé un dedo entre el cuello y la camisa. Las calles de Nueva York estaban nevadas, pero dentro del coche hacía calor.

—¿Es necesaria la pajarita? —protesté.

—Es una gala muy elegante, la etiqueta es obligatoria —confirmó—. ¿Estás nervioso?

—¿Debería? —Alcé las cejas para dejar clara mi sorpresa por su pregunta.

—Habrá mucha gente famosa, es la gala del año.

—Y yo soy «el gran Lázaro Sosa», nerviosos deberían estar ellos —ironicé haciendo referencia a cómo me había bautizado la prensa en un reportaje reciente.

—Te lo digo en serio, Laza, vas a conocer a gente muy importante, espero que estés a la altura…

—¿Muy importante? —Me giré hacia ella, había conseguido captar toda mi atención—. ¿Por qué son importantes? ¿Por qué son más importantes que esa señora de ahí? —Señalé a una anciana que caminaba junto a la ventanilla de nuestro vehículo, el cual avanzaba muy lentamente —. ¿Son famosos? ¿Tienen más dinero? ¿Es eso? ¿Eso los hace importantes? ¿«Más» importantes?

—Laza, ya sabes cómo funciona el mundo…

—Que lo sepa no quiere decir que me guste.

Resopló, se desesperaba conmigo. La limusina se detuvo en un semáforo.

—¿Ese tipo estará en la fiesta también? —Me reí y señalé el enorme cartel publicitario que cubría un edificio de, por lo menos, doce pisos. Era un chico guapísimo, la nueva imagen de Calvin Klein, la marca de ropa interior más conocida del mundo. Y esa foto… ESA FOTO estaba por todas partes, en todas las ciudades de todos los países que había visitado en las últimas semanas. Era impresionante: rubio, ojos azules, pelo rizado, una cara y un cuerpo perfectos… Debía de ser un modelo de pasarela bastante cotizado, me sonaba mucho de haberlo visto en desfiles y en anuncios de otras firmas, pero con esa campaña era imposible no conocerlo. Su imagen estaba en todos lados. Seguro que millones de personas (hombres y mujeres de todo el mundo) tenían fantasías eróticas con esa foto en la que salía tan serio y tan sexi solo con unos calzoncillos. Yo las tenía, la verdad. Si me hubieran asegurado que el chico venía incluido, me habría comprado una fábrica entera de esos gayumbos.

—Pues no me extrañaría nada, Calvin Klein es la principal patrocinadora de la gala… ¿Te interesa? ¿Quieres que lo averigüe?

—¡No! ¿Qué dices? Estaba de coña… Además, que no sabría ni cómo hablar con él… ¿Qué es? ¿Noruego?

—Es español, como tú. Nicolás Andújar se llama. Aunque no creo que lo que quieras hacer con él sea hablar —se rio.

—¿Cómo sabes que es español?

—Lo sigo en Instagram desde hace tiempo. —Hizo un gesto con la mano como si fuera lo más obvio.

—Siempre estás pendiente de esas cosas, a mí ni se me ocurre…

—Para eso estoy yo —sonrió.

—¿Para que sigas a *top models* en Instagram por mí? —Me reí—. Podría hacerlo yo mismo…

—Hazlo —me desafió.

Le enseñé mi sonrisa más socarrona mientras sacaba mi móvil del bolsillo.

—¿Cuál es su cuenta?

—*Nicolasandujar*, así, todo junto. Tiene otra privada en la que no acepta a nadie. Vamos, eso dicen, yo ni lo he intentado, pero todos los que conozco que lo han hecho, nada. Aunque igual al «gran Lázaro Sosa» le costaba rechazarlo.

Me reí entre dientes mientras localizaba su perfil. Giré el móvil hacia Mina en el momento que pulsaba el botón de «seguir» y ella soltó una carcajada. En aquel momento, mi cuenta tenía algo más de tres millones de seguidores, pero yo seguía únicamente a cinco personas. Seis a partir de ese momento. Entré en su perfil, él tenía unos nueve millones de seguidores y un montón de fotos suyas capaces de cortarle la respiración a cualquiera o de provocarle un infarto. Todo fotografías de estudio, de campañas publicitarias principalmente.

—Madre mía, cómo está… —murmuré—. Dan ganas de lamer el teléfono.

Mina soltó otra carcajada.

—Vas a ser noticia: Lázaro Sosa sigue a otra persona en Instagram. Y no a cualquiera, ¡a Nicolás Andújar!

Me reí yo también. No sabía muy bien por qué lo había hecho, la verdad. Por seguirle la broma a mi agente, supongo. No pensaba que fuera a tener mayor importancia. Pero la tuvo, ya lo creo que la tuvo.

La limusina finalizó su trayecto justo en ese momento. Alguien de la organización se acercó a abrirnos la puerta y, al descender del vehículo, pisé de lleno la alfombra roja que se extendía hasta la entrada del recinto donde se celebraba la gala. Las vallas a ambos lados del camino que dibujaba la moqueta retenían a la gente que no paraba de gritar y de hacer fotos con sus teléfonos. Mina y yo avanzamos a buen ritmo para pasar el trago cuanto antes. Miré hacia los lados en un par de ocasiones y sonreí, no quería parecer un rancio en los cientos de fotos que nos estaban haciendo. La gente chillaba mi nombre y me decían cosas como si me conocieran, era algo rarísimo. La fachada estaba acristalada, pero eran cristales de espejo y no se veía el interior.

Llegamos al final del recorrido, posamos en el *photocall* oficial que había en la entrada y accedimos a la sala en sí. Pasó un camarero con una bandeja de copas de vino y yo intercepté una casi al vuelo. Eché un vistazo a la estancia, era enorme y muy elegante. Estaba llena de gente igual de elegante y muchas de esas caras me sonaban. Para calmar los nervios que me provocaban todavía esas situaciones, esquivé las miradas de todos los que parecían reconocerme y me concentré en mi teléfono, como si estuviera pendiente de algo muy importante. Luego me quedé mirando la cristalera que se extendía ante mí. Al otro lado, la alfombra roja que acabábamos de cruzar. Me sabía protegido por los espejos, me sentía a salvo.

Una limusina rosa se detuvo donde hacía unos minutos lo había hecho la mía. De ella bajó una cantante superventas de las que llenan estadios y cuyo nombre jamás me he aprendido. Nunca he estado muy puesto en la música comercial del momento, la verdad. Otra limusina, de la que bajaron los chavales de una *boy band*. Otra más, y de ella bajó Jenn, la que había sido mi compañera en la última superproducción. Una niñata sobrevalorada (sobre todo por ella misma), prepotente y con más ego que talento. No había habido nada de *feeling* entre nosotros a nivel personal (al menos por mi parte). Por suerte, soy buen actor y eso parecía no haber trascendido a la pantalla.

Yo alternaba la mirada entre la cristalera y mi móvil. Entré en Instagram para matar el tiempo y no tener que hablar con nadie y me salió una publicación, de hacía dos días, de la última cuenta a la que yo había seguido, @nicolasandujar. El texto bajo la fotografía solo decía: «Imágenes descartadas de la sesión para *Fleur du jour*. Me encantan todas». Y las imágenes… Joder, las imágenes. Una chica muy seria, vestida con ropa de fiesta y muy maquillada estaba plantada en el centro de la foto, tiesa como un palo y mirando al frente. Él, detrás, desnudo y abrazado a ella. No se le veía nada crítico, por supuesto, pero JO-DER, no hacía falta, mi imaginación era la hostia de potente. Noté cómo me subía toda la sangre a la cara (y a lo que no es la cara un poco también), como si alguien pudiera adivinar lo que yo estaba viendo y pensando. Salí rápidamente de la aplicación, me guardé el móvil en el bolsillo y di un trago largo a mi copa.

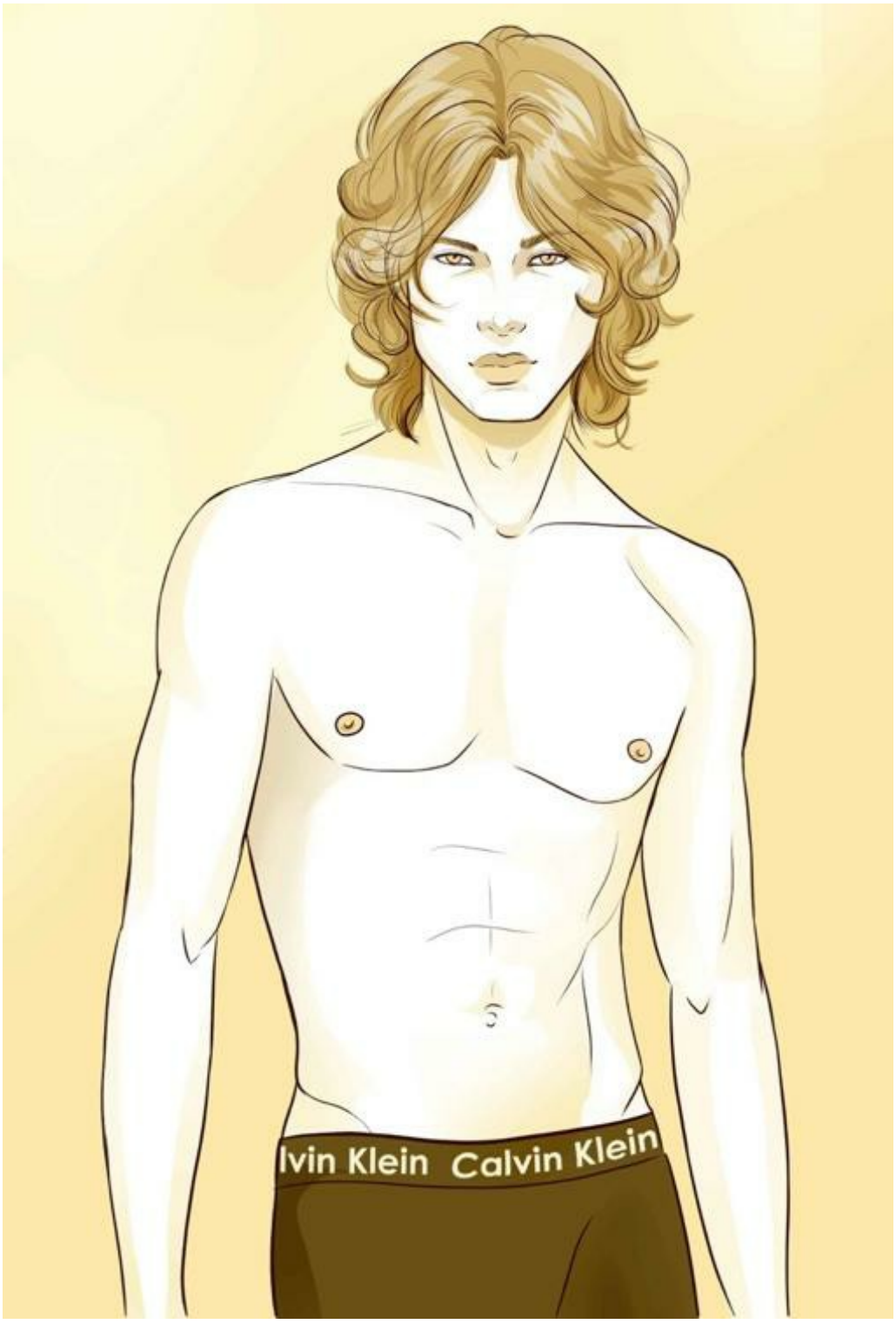
Una limusina blanca se detuvo en ese momento donde lo habían hecho todas las anteriores y de ella bajó él. Sí, el tipo del que hacía apenas una hora no sabía ni su nombre y cuya silueta ahora mismo no podía quitarme de la cabeza. Aunque cerrara los ojos, veía claramente la imagen que había cerrado hacía un momento con toda la intención de volver a abrirla esa misma noche cuando estuviera a solas. Eso había sido antes de saber que iba a venir, que iba a verlo, quizá incluso a conocerlo.

Lo vi avanzar por la alfombra roja como un puñetero profesional. No con la inseguridad con la que lo había hecho yo, no. Pese a que era evidente su juventud, él controlaba la situación, la pose, la velocidad, el gesto. Todo. Estaba seguro de que todas las fotos que le estaban haciendo eran fotazas. Con una paciencia asombrosa, tardó más que nadie en recorrer ese tramo y atendió a todo el que le pidió que se dejara fotografiar.

Lo primero que me llamó la atención cuando por fin entró en la sala fue que el muy cabrón solo llevaba una camiseta bajo la chaqueta del esmoquin. Ni camisa ni pajarita. Me indigné, la verdad. Nunca me ha gustado llevar corbata o pajarita, ni siquiera llevar el último botón de la camisa abrochado. ¿Por qué él era el único que no llevaba esta tortura?

Paseó la vista por la sala de un modo despreocupado y reparó en mí. Me aguantó la mirada durante apenas un segundo y creí ver un atisbo de sonrisa. Se acercó a una de las camareras con una sonrisa algo más amplia que la que acababa de verle y al instante recibió de ella una bebida. Con la copa en la mano y dando pequeños tragos, se fue acercando a saludar a unos y otros. Cada vez estaba más cerca de mí. Supuse que era casualidad, pero eso no hacía que estuviera menos nervioso. ¿Conocería a toda la gente a la que estaba saludando? ¿O era parte de su trabajo hablar con desconocidos? Parecía que venía hacia mí. Saqué mi teléfono y lo desbloqueé para fingir prestar atención a algo y dejar de estar pendiente de él. Apareció la última imagen que yo había estado mirando. Mierda. Empecé a sudar y a tocar como un loco la pantalla para intentar salir de la aplicación, pero mi móvil parecía haber elegido ese preciso momento para ponerse creativo. Finalmente, cuando él estaba casi llegando hasta mí, la pantalla se volvió negra y respiré aliviado.

—Hola —escuché su voz mientras aún miraba el cristal apagado y guardé el teléfono rápidamente en el bolsillo. Me encontré de lleno con su sonrisa, una de verdad, enorme y radiante—. Eres Lázaro Sosa, ¿verdad? Encantado. —Me tendió la mano—. Yo soy Nico.


lvin Klein Calvin Klein

CAPÍTULO 2

EL SEXTO



Alcé la vista, porque sí, me sacaba media cabeza, y me encontré con su mirada. Clara, de un azul mucho más limpio de lo que se podía apreciar en las fotos publicitarias. O igual era que en esas imágenes en las que iba en ropa interior me resultaba prácticamente imposible mirarlo a los ojos. Conseguí desengancharme lo justo de esa visión para estrecharle la mano que me tendía. Suave, cálida, amable, sexi… Sí, hasta un apretón de manos era sexi en él.

—No soy un fan loco, no te asustes. Bueno, igual un poco. —Sonrió y le salieron unos hoyuelos en las mejillas que no entendí que no le pusieran en todos los contratos que tenía la obligación de mostrarlos. No concebí que saliera tan serio en todas las fotos, eso era una mina no explotada—. Pero he visto muchas de tus películas…, algunas varias veces. Admiro mucho tu trabajo, creo que tienes un gran talento y… nada, eso, que te he visto aquí solo y necesitaba decírtelo, espero no molestarte.

Igual alargamos el apretón de manos un poco de más, pero creo que quedó bastante natural. Finalmente nos soltamos. Por mi parte, respiré hondo, busqué en algún lugar de mi interior y me preparé para interpretar el papel de mi vida.

—Encantado, siempre es un placer conocer a un «no fan loco». —Levanté mi copa a modo de brindis-saludo-vacilada… No sé bien qué. Me estaba dejando alimentar el ego y me había venido arriba, aún me quedaba muy grande mi nueva condición de «actor de moda». Me ponía increíblemente nervioso en eventos como ese, un ambiente al que yo no sentía pertenecer.

Amplió la sonrisa y se le marcaron más esas hendiduras de la cara en las que me moría por meter el dedo o la lengua.

—Me encantó *Mi soledad en el cristal*, no sé cuántas veces la he visto. Creo que es mi favorita.

Pestañeé un par de veces.

—Eso no me lo esperaba —confesé muy sorprendido por que me hubiera nombrado una de mis primeras pelis de cine de autor, que casi no había visto nadie—. Pensaba que me dirías que te encantan las últimas, como todos…

—¿La del meteorito y la comedia romántica? No, la verdad —se rio esta vez—. Las de catástrofes no son mi rollo; la he visto, pero no es ni de lejos la que más me gusta de las tuyas. Y la comedia no se ha estrenado aún en España, aunque ya le están haciendo mucha promoción. Está por todas partes…

—¿Quieres ir al estreno de la semana que viene en Madrid? Puedo conseguirte pase VIP —le propuse no sé muy bien por qué. Bueno, sí lo sé.

—Eso sería genial, ¿puedo llevar a alguien?

Me tragué mi decepción por esa pregunta y, como el actorazo que soy, sonreí.

—Claro, sin problema. Luego le digo a mi agente que se quede tus datos para arreglarlo todo… —Chasqueé los dedos para fingir que no recordaba su nombre.

—Nico —me lo recordó.

—Eso, Nico, perdona… Me presentan a tanta gente que me cuesta retener los nombres. —Menudo gilipollas estaba hecho, no sé cómo quería impresionarlo así. Él llevaba la fama con mucha más soltura y dignidad que yo. Aunque estoy seguro de que la mayoría de la gente no conocía su nombre y solo era «el tío bueno de Calvin Klein», lo tenían que reconocer por la calle como a mí (o más) por fuerza—. Dime, Nico, ¿a qué te dedicas? ¿Qué haces en esta gala? ¿También eres actor?

Arrugó un momento las cejas, supongo que sorprendido por la pregunta. Porque no sé si coló lo de que no lo había reconocido y todavía hoy me pregunto por qué fui tan gilipollas.

—Soy…, ehm…, trabajo para uno de los patrocinadores. Soy… representante de marca.

—¿Comercial? —Alcé las cejas y pestañeé sorprendido, no sabía muy bien si me estaba soltando una trola o si intentaba referirse a su trabajo de la manera más técnica posible.

—No, no. —Sonrió y miró al suelo un momento mientras agitaba la cabeza—. Soy… la imagen de uno de los patrocinadores esta temporada.

—¿Imagen? ¿Como un modelo? —Asintió—. ¿De qué patrocinador? —En serio, más imbécil que yo en ese momento no creo que se pueda. He dicho ya que lo de la fama me quedaba grande, ¿verdad? También he dicho que Jenn tenía más ego que talento, pues bien, en aquel momento, quizá yo podría haberme aplicado eso también.

—Calvin Klein. —Se abrió la chaqueta y me enseñó el logotipo en su camiseta. Estaba todo bordeado con brillantitos y tenía las letras recortadas con transparencias. Se le veían claramente parte de los pezones. Era a la vez horterísima y supersexi. A ver, que sus pezones me los sabía ya de memoria, tenía la imagen esa gigante que estaba en todas las ciudades a tamaño Godzilla grabada en la retina y memorizada al milímetro; pero eso no quita para que me pusiera cachondo al verlos tan cerca y cubiertos solo por una camiseta tan pija como casposa.

—¿Por eso no llevas camisa y pajarita? —pregunté ahora sí con curiosidad real.

—Es parte de mi trabajo —asintió y se encogió de hombros—, no decidir qué ropa me pongo. Yo me visto con lo que me dicen y cobro. —Sonrió—. Supongo que debería agradecerles que no me hayan hecho venir en ropa interior.

—Si lo hubieran hecho, supongo que tendríamos que habérselo agradecido los demás. —Sí, había pasado de vacilarle a tontear con él. Pa-té-ti-co.

—Bueno, eso es algo que está al alcance de cualquiera ahora mismo…

—¿Sí? —Me hice el tonto otra vez. En serio, que alguien me diera una hostia, la estaba pidiendo a gritos.

—Sí —se rio—. Se han venido muy arriba con la campaña a nivel mundial, pero bueno, no tiene más importancia. —Apuró su bebida de un trago. Yo aproveché la ocasión e hice lo mismo con mi copa de vino.

—¿No deberías quitarte la chaqueta para que se vea la camiseta esa tan bonita? ¿No es parte de tu trabajo? —pregunté para sacar algún tema de conversación. Estaba en modo estúpido, creo que eso ya ha quedado claro.

—¿Es ironía? —Entrecerró los ojos, divertido—. ¿No te gusta mi camiseta?

—¿Te gusta a ti?

—Si te digo la verdad, hace mucho que no me cuestiono nada con el tema de la ropa, me la pongo y punto. Cuando tengo que elegir qué ponerme suelo decantarme por una camiseta blanca o negra y un pantalón vaquero. Ya está, sin pensar y sin rollos.

—Bien pensado —confirmé mientras trataba de imaginármelo vestido como me había dicho, como un chico normal. Y no, en mi imaginación así tampoco era un chico normal.

—¿Esa de ahí no es la protagonista de tu última película? —cuestionó señalando a Jenn, que no estaba lejos de nosotros.

—Pfff, sí —resoplé y bajé la guardia sin darme cuenta—. No la soporto. —Me giré para darle un poco la espalda a ella y me acerqué a él de manera instintiva—. Finge que estamos hablando de algo muy personal, por favor, que no se acerque.

—Claro, Lázaro —dijo mientras ponía su mano en mi hombro—, como te iba diciendo, mis pezones son muy populares, puedes verlos ahora a través de mi camiseta o del tamaño de un edificio en todas las capitales del mundo.

Me reí.

—Gracias —susurré.

—No hay por qué darlas, mis pezones no solo me proporcionan interesantes conversaciones en las comidas familiares, también te pueden salvar a ti el culo en un momento puntual. Son de servicio público. Luego dicen que los modelos no valemos para nada, que solo somos una cara bonita… —Empezó a reírse muy fuerte y me contagió enseguida.

Se apoyó en mí, medio doblado de la risa y sus rizos me rozaron la cara. Olía a jabón, a *after shave* (qué cachondo me ha puesto siempre el olor a *after shave*, por cierto) y su aliento, a menta. Seguí riéndome con él, en ese momento ya un poco forzado porque lo que me apetecía ya no eran risas. Alargué la situación, quizá un poco más de la cuenta, pero él tampoco parecía tener prisa o siquiera intención de volver a la distancia que nos separaba antes de la aparición de mi odiada compañera de reparto. Seguimos así, demasiado cerca para el poco rato que hacía que nos conocíamos, sin que ninguno de los dos mostrara la más mínima intención de alejarse. A la que sí perdí de vista fue a Jenn. Había dejado de tener sentido que nos mantuviéramos tan cerca, pero, aun así, lo hicimos. Un comentario absurdo dio paso a otro, encadenamos conversaciones banales con tonterías varias. Yo fui haciendo alarde de la estupidez que me poseía aquella noche, y él tuvo tiempo de sobra para alejarse de mí, pero, en lugar de eso, dejó pasar el tiempo a mi lado. Cuando me quise dar cuenta, llévabamos casi toda la velada juntos… Demasiado juntos.

Levanté un momento la vista y me encontré con Mina, que venía con paso apretado hacia mí, acompañada de un hombre.

—Coño, mi agente. —Nico se enderezó y yo hice lo mismo.

—¿Podemos hablar un momentito con vosotros? —preguntó mi representante.

—En algún lugar más discreto, vamos a otro sitio —confirmó el suyo.

Nico y yo nos miramos sin entender nada, pero los seguimos.

Entramos en la sala que nos indicaron y ellos nos pidieron que tomáramos asiento en unas butacas. Yo lo hice, pero él se quedó de pie apoyado en una mesa.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esto? —preguntó arrugando las cejas.

—Alguien de la fiesta os ha hecho fotos, estáis en las redes.

—¿Y? —Nico levantó las manos—. ¿Qué problema hay, Álex?

—No, no, ningún problema, lo contrario —aclaró su agente.

—¿Cómo «lo contrario»? ¿Nos explicáis qué está pasando?

—A ver, sois *trending topic* —explicó Mina—. Las redes de Laza están muy controladas. Se ve que alguien las monitorizaba. Era fácil, hasta hace poco más de una hora solo seguía a cinco personas en Instagram, y ahora son seis.

—Y claro —siguió el tal Álex—, la sexta persona a la que ha empezado a seguir es Nicolás Andújar, y apenas una hora después se os ve juntos en la gala del año. Tenéis a la comunidad gay como loca…

En ese momento quise que se me tragara la tierra. En lugar de eso, tuve que escuchar la carcajada que soltó Nico justo antes de venir a sentarse en el brazo de la butaca en la que me encontraba yo.

—Así que… —Chasqueó los dedos un par de veces—. ¿Cómo has dicho que te llamabas? ¿A qué te dedicas? ¿Qué haces en esta fiesta? ¿En serio, Lázaro? ¿Soy la sexta persona a la que sigues en redes y no te has quedado con mi cara?

No pude ni mirar la suya, porque la mía tenía que estar completamente roja. Me puso una mano en el hombro y dio un apretón.

—No pasa nada —susurró—, lo entiendo.

Pero yo ya no me veía capaz de hablar o de mirarlo.

—¿Estáis a lo que estamos o a lo vuestro? —interrumpió su agente y yo lo agradecí.

—Vale, perdona. Dime, ¿qué problema hay? —preguntó Nico desviando por fin su atención de mí.

—Problema ninguno —aclaró Mina—, pero hemos pensado que podríamos usar esta situación en vuestro beneficio. Podríais hacer ver que sois pareja y seríais la sensación del momento.

—Ya lo somos, no necesitamos eso —negó Nico con la cabeza.

—Pero más, estáis en todas las redes, la gente está haciendo montajes y todo, están como locos…

—Bueno, pues que lo superen. No puedo hablar en nombre de Lázaro, pero a mí me gusta mantener mi vida privada exactamente así: privada. Lo que no voy a hacer es fingir algo en público sobre un aspecto de mi vida que no me apetece airear, como comprenderás, Álex, si me conoces de sobra. Además, tengo pareja y lo sabes…

Mierda, tenía pareja. ¿Por qué me daba tanto bajón? Ni que yo quisiera algo con él…

—Lo sé, lo sé —siguió su agente—, y puede seguir así, esto sería solo de cara a la galería. Ni siquiera tenéis que confirmar nada, solo dejaros ver juntos de vez en cuando…

—Mira, Álex. —Nico se puso de pie y habló en tono molesto—. Trago con las camisetas con diamantes y transparencias. —Se quitó la chaqueta y la lanzó sobre una butaca para enseñar bien la prenda de la que hablaba—. Me hago el loco con las fotos en calzoncillos que eran para un catálogo y algún anuncio en prensa que han terminado cubriendo edificios de doce pisos de altura por todo el mundo. Incluso paso por los desfiles absurdos con ropa que no es ropa. Pero esto no, estás saliéndote de tu jurisdicción y ni de coña vas a controlar también mi tiempo libre o mi vida privada.

Se había ido irguiendo mientras hablaba y estaba inclinado hacia su agente. No me habría cambiado por Álex en ese momento, la verdad. El rubio, aunque era delgado y esbelto, imponía mucho.

—Perdona, Lázaro. —Se giró hacia mí—. Esto no tiene nada que ver contigo. He pasado un

buen rato y me alegra haberte conocido, pero supongo que entiendes mi postura.

—Por supuesto —asentí—. Mina, ¿puedes apuntarlos a él y a su acompañante para el estreno en Madrid de la semana que viene?

—Claro, faltaría más —asintió mi agente con una sonrisa—. Necesitaré los nombres. Nicolás Andújar y…

—Estrella Sapena —acabó él la frase.

Y ahí me terminó de rematar. Cuando había dicho que tenía «pareja», yo había sentido un atisbo de esperanza, pero al confirmar que se trataba de una mujer, quedó claro que jugábamos en ligas diferentes.

En cualquier caso, había sido bonito conocerlo. O no, había sido peor. Había sido mucho peor hablar con él y saber que además del tipo más atractivo del puto mundo era también interesante, divertido y accesible. No era un divo, ni muchísimo menos. Pero tenía pareja. Tenía pareja y era una mujer. No había nada que hacer.

CAPÍTULO 3

EL BROKER DE WALL STREET



Apreté el paso por las congeladas calles de Manhattan. Me enrosqué más en el abrigo, como si así fuera a serme más útil. Debería haber llevado un anorak y unas botas, y no unos zapatos de vestir y un abrigo de paño. Maldije la idea de hacerle caso a Álex y haber usado la habitación de hotel que pagaba la empresa. Ahora estaban todas mis cosas allí en lugar de en casa de Caleb, que era a donde me dirigía. Podría haber cogido un taxi, pero me apetecía despejarme un poco. Necesitaba que me diera el aire, a ver si así se me iba la imagen del jodido Lázaro Sosa de la mente. En qué puta hora me había acercado a hablar con él. No sé en qué coño estaba pensando. Yo vivía muy feliz cuando solo lo había visto a través de una pantalla. Cuando no lo había tenido tan cerca. Cuando no había visto el movimiento de sus pestañas o el modo en el que su lengua se quedaba enganchada en sus incisivos al reírse. O ese olor afrutado que no había conseguido identificar y que me estaba volviendo loco. Esa barba cuidadosamente descuidada que me hubiera encantado frotar por toda mi cara y… Y precisamente por estos pensamientos era por lo que había decidido caminar en lugar de coger un taxi. Me reí entre dientes al recordar cómo había fingido no conocerme. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Tendría algún tipo de interés en mí? ¿Qué tipo de interés?

«Nico, no vayas por ahí, que te estás viniendo muy arriba».

Me acordé en ese momento de lo del estreno de su película y sonreí. Saqué mi teléfono y busqué en la aplicación de mensajería la conversación con mi madre. Era la una y cuarto de la madrugada, por lo que debían de ser sobre las siete de la mañana en casa, de un domingo. Yo sabía que mamá dormía con el móvil en modo «no molestar» y que solo le sonaba si la llamaba alguno de sus hijos, así que por un mensaje no había riesgo de despertarla. Sin dejar de caminar, pulsé el botón para grabar un mensaje de audio.

—¡Buenos días, princesa! —la saludé con la frase de una de nuestras películas preferidas—. ¿Qué tal, mami? ¿Tienes planes para la semana que viene? Cancélalos. Nos vamos tú y yo a Madrid. He conocido a Lázaro Sosa en una fiesta y nos ha invitado al estreno de la peli esa nueva que ha hecho. ¿Qué te parece? Bueno, en unos días estoy en casa y te lo cuento todo. Dile a papá que no se emparanoie —me reí—, que Lázaro tiene más pinta de ser de los míos que de los suyos. Venga, bromas aparte, lo dicho, que en tres o cuatro días estoy ahí y tengo casi una semana libre. Piensa qué pelis te apetecen para un maratón y dónde quieres que te lleve a cenar. Tengo muchas ganas de veros. Te quiero, mamá. Vale, y a papá también… —arrastré las palabras para sonar poco convincente por si lo escuchaba mi padre. Sabría de sobra que era broma, pero le encantaría hacerse el indignado—. Acabo de salir de la fiesta, voy hacia casa de

Caleb. Si puedo, te llamo luego. Un beso.

Me guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo, justo cuando enfilaba una de las primeras calles del Soho, el barrio donde vivía Cal. Llegué a la parte trasera de su edificio y observé la escalera de incendios. Se me antojó al momento hacer algo muy peliculero. Con un salto no demasiado grande, mis manos alcanzaron el último peldaño y tiré de él hacia abajo. Mi metro noventa y tres era muy útil para ese tipo de cosas. La escalera se deslizó en sus raíles sin dificultad hasta quedar a una altura razonable para subir por ella. Lo hice y, al llegar al primer rellano, tiré con fuerza para volverla a elevar y que nadie con una estatura media pudiera seguir mis pasos.

Debo decir que estas cosas en las películas molan un montón, pero, en la vida real, ese tipo de estructuras se tambalean un poco y, sobre todo, hacen ruido. Mucho ruido. Y más con unos zapatos de vestir. El *clonc clonc* le quitaba sorpresa y romanticismo a mi aparición espontánea. No obstante, aunque sus vecinos sí, Caleb no parecía haberse enterado de mi improvisado ascenso cuando llegué por fin a su ventana en el tercer piso. No había contado con el frío que hacía en diciembre en esa ciudad y, por supuesto, el cristal estaba cerrado. Había algo de luz en el interior. Deseé que estuviera despierto y que no me tocara bajar por donde había subido para dar toda la vuelta al edificio y llamar al timbre. Golpeé con los nudillos un par de veces en el vidrio y esperé hasta que lo vi aparecer al otro lado. Deslizó la hoja hacia arriba y me miró sorprendido tras la montura de pasta de sus gafas.

—Buenas noches —susurré. Con Cal siempre hablaba en inglés, pero lo voy a traducir para que sea más cómodo.

—Nicky, cariño. —Así me llamaba, sí: Nicky o Nick, según el momento—. ¿Qué haces subiendo por la escalera de incendios? Anda, entra.

Se apartó para que pudiera colarme por la ventana y la cerró una vez estuve dentro. Me incliné hacia él porque, pese a que no era un hombre bajito, yo le sacaba algo de altura, como a casi todo el mundo. Estaba guapísimo con sus gafas de pasta. Durante el día usaba lentillas y vestía como un ejecutivo, era un *broker* de Wall Street. Me lo había presentado mi agente cuando se empeñó en que hiciera unas inversiones en bolsa. Al final pasé de lo de las acciones y mi inversión se centró en él. Qué cutre me ha quedado la metáfora, pero yo creo que se entiende. A lo que iba, que, aunque estaba muy sexi con sus lentillas y sus trajes, en casa, con gafas, una camiseta ajustada y un pantalón de chándal, lo estaba mucho más.

—Hola —susurré con una sonrisa y lo besé, allí mismo, de pie junto a la ventana. Se separó de mí bastante más rápido de lo que acostumbraba.

—¿Qué tal ha ido? Lo has pasado bien, ¿no?

Lo miré entrecerrando los ojos.

—Era trabajo.

—Pero, aun así, lo has pasado bien, ¿no?

—Todo lo bien que se puede pasar en un evento de ese tipo —aseguré—. ¿Por? ¿A qué viene esto? Sabes que puedes venir conmigo cuando quieras…

—Lo sé, lo sé, me lo has dicho, pero no es ese el tema. —Empujó sus gafas con el dedo índice para colocárselas en el sitio. Qué cachondo me ponía verlo hacer eso.

—¿Y cuál es el tema? —pregunté inclinándome de nuevo para rozar sus labios con los míos.

—Eres *trending topic* —explicó mientras me hacía una cobra y se apartaba de mí.

Cogió el iPad que descansaba en el sofá que había a nuestro lado. Ese apartamento era enano, todo estaba cerca. Desbloqueó el dispositivo y la pantalla se iluminó para mostrar lo último que

había estado viendo. Era una publicación en un blog de noticias de famoseo. Todo fotos mías en la fiesta, con Lázaro. Me quedé como hipnotizado mirándolas. La imagen que estaba viendo no se correspondía con la sensación que yo había tenido mientras hablaba con él. En pantalla se nos veía mucho más cerca, en alguna incluso parecía que estuviéramos a punto de besarnos. Mi cuerpo inclinado sobre el suyo, mi mano en su hombro, las miradas del uno en el otro como ajenos al resto del mundo…

—¿Estás celoso? —pregunté antes de chasquear la lengua. Era algo habitual en él y me agobiaba bastante.

—¿Tengo motivos para estarlo? —Volvió a subirse las gafas en el puente de la nariz.

—Sabes que no. —Sonreí—. Ya sabes cómo es mi trabajo. Tienes que acostumbrarte y aprender a llevarlo mejor.

Lo volví a besar y esta vez me empeñé en usar bien la lengua, para no darle opción a separarse de mí y seguir con esa conversación. Sin romper el beso, lo arrastré hacia la zona de la cocina, que no estaba a más de unos pocos pasos. Como he dicho, ese apartamento era minúsculo, y ahí era lo más alejados que podíamos estar de la ventana. Tenía planes que no incluían el exhibicionismo. Ya en la intimidad que nos daba esa zona de la casa, nuestras manos acompañaron ese beso y nuestros jadeos comenzaron a ser claramente audibles. Metí una mano por dentro de su pantalón y él gimió.

—Qué rápido te alegras de verme —susurré.

—Nick —soltó en apenas un murmullo.

Le tapé la boca con la mano que tenía libre mientras con la otra seguía haciendo los movimientos que sabía que le gustaban. No quería oírlo. Me había puesto cachondísimo ver las imágenes de la fiesta con Lázaro y deseé que fuera él el que estuviera en ese momento conmigo. Por eso no quería oírlo. Por suerte, lo entendió diferente y empezó a lamerme los dedos. Sí, joder, mucho mejor eso que uno de esos ataques de celos sin sentido. Bueno, lo cierto es que, tal como llevaban el rumbo mis pensamientos, puede que en esa ocasión sí que tuviera un motivo pequeñito, minúsculo, casi inexistente, para estar celoso. Pasó de mis dedos a mi cuello y yo aceleré el movimiento de mi mano. Llevábamos juntos unos meses y, aunque por mi trabajo y porque vivíamos en países diferentes nos veíamos poco, nos conocíamos lo suficiente como para que yo supiera qué hacer en una situación así para obtener el mejor resultado en el mínimo tiempo. Sus labios en mi cuello y mi mano en su pelo. Podría ser Lázaro, llevaban un corte de pelo muy similar. Otra vez el puto Lázaro Sosa colándose en mi cabeza, con esa sonrisa canalla, con esas pestañas infinitas, con esa cara tan roja cuando le había pillado la mentira. Podría ser perfectamente él el que estaba entre mis manos. Eso era lo que había conseguido al hacer ver que no me conocía… El grito ahogado en mi cuello y la sacudida de todo su cuerpo me dieron a entender que se había corrido. Bien, me tocaba, llevaba toda la noche cachondísimo, iba a ser rápido. Con el último espasmo, me dio un beso largo antes de dejarse caer de rodillas y empezar a desabrocharme el pantalón. Sí, joder, no se me ocurría final mejor para descargar todo lo que había estado cociéndose durante la velada que una mamada. Él me conocía tan bien como yo a él y sabía perfectamente de qué modo moverse, aunque lo cierto es que esa noche podría haberlo hecho todo diferente y me habría dado igual, me habría corrido igual de rápido. Sus labios se deslizaban húmedos por toda mi longitud y yo creí que iba a colapsar. Joder, no podía más. Puse mi mano en su cabeza para marcarle el ritmo y de nuevo pensé en él. De nuevo podía ser Lázaro el que estaba arrodillado delante de mí. Comencé a mover las caderas con rapidez para acabar cuanto antes, porque no podía apartar de mi cabeza la imagen del actor, y eso estaba mal, estaba

muy mal. Pero a la vez estaba muy bien. Imaginarlo a él haciendo eso estaba mejor que bien, era una de las mejores imágenes que había evocado mi cabeza jamás. Una embestida más profunda que las anteriores, un gemido ronco por su parte y un final precipitado sin remedio. Y un orgasmo largo e intenso. Una ola de placer que me hizo cerrar los ojos y tirarle del pelo. Me mordí el labio inferior para no gritar y apreté los dientes para sobrellevar mejor la intensidad. Tras varios espasmos en los que me agarré con fuerza a su cabeza, finalmente me relajé.

Me había metido tanto en mi puta fantasía que hasta me sobresalté un poco cuando se puso de pie de nuevo y me encontré con la mirada de Caleb. Y sí, me sentí el ser más ruin del mundo.

—Mierda, Cal, lo siento, tengo que irme —improvisé. Mi sentimiento de culpa iba creciendo por momentos y no podía ni mirarlo a la cara. Necesitaba alejarme de allí con urgencia y pensar en lo que acababa de pasar. Y consultarlo con quienes mejor me podían entender, ya que estábamos.

—¿Ya? —Pestañeó un par de veces claramente sorprendido—. ¿No te quedas a dormir?

—Hoy no, tengo todo en el hotel y Álex quiere que nos reunamos mañana temprano para hablarme de no sé qué campaña —inventé sobre la marcha mientras me abrochaba el pantalón—. Y quiero hacer una llamada con mis hermanos, que ahora es buena hora para ellos. —Al menos, lo de que iba a llamarlos era cierto, de lo otro no estaba seguro.

Vi la decepción en su cara y de nuevo me sentí miserable. Coloqué mis manos en sus mejillas y lo miré a los ojos.

—Mañana te llamo, ¿vale, guapo?

—Claro. —Sonrió de un modo extraño. Era un paranoico y ya se estaba montando una película… O era muy intuitivo y había notado que algo me pasaba—. Hasta mañana, Nicky.

—Adiós, Cal.

Y salí de ese apartamento más rápido que el correcaminos huyendo del coyote.

CAPÍTULO 4

CÓNCLAVE URGENTE



Le di al taxista el nombre del hotel y no hizo falta más. Un hotel de cinco estrellas en Manhattan, un lujazo solo al alcance de unos pocos. Todavía con esa sensación de miseria humana en el cuerpo, desbloqueé mi teléfono en busca de ayuda. Navegué por la aplicación de mensajería hasta encontrar el chat de grupo que tenía con mis hermanos, «los putos amos» se llamaba. El flipado de Dani era el que había creado el grupo hacía ya unos cuantos años con ese nombre tan estúpido y así se había quedado. Tecleé mi mensaje rápidamente.

NICO

Cónclave urgente. 20 minutos.

De repente caí en las diferencias horarias. Ni siquiera tenía claro dónde estaban los gemelos. Cerré los mensajes y abrí Instagram, era la forma más rápida de averiguar por dónde andaban Dani y Guille. Mi cuenta profesional tenía cientos de nuevos seguidores y de solicitudes de mensajes, comentarios y *likes*, como siempre. Cambié a la otra automáticamente, de esa que se ocupara Maya, que para eso le pagaba. Miré la última historia de los gemelos y era de hacía cuarenta minutos, estaban en Melbourne, Australia, ellos siempre buscando el verano. Se dedicaban a viajar por el mundo y a documentarlo para sus redes sociales. Tenían también un blog, pero ni siquiera lo escribían ellos. Contaban con muchísimos seguidores (mayoritariamente adolescentes y gais) y vivían holgadamente de los patrocinadores. El rollo tío bueno por duplicado daba mucho juego. Dani y Guille son gemelos y son mis hermanos mayores, me llevo con ellos algo menos de diez meses y con Manu, el pequeño, la misma diferencia aproximadamente. El problema de mis padres con la planificación familiar daría para un interesante ensayo, lo sé, pero eso no viene al caso.

Para mí eran casi las tres de la madrugada, por lo que para Manu en España estarían a punto de dar las nueve de la mañana y para los mayores casi las cinco de la tarde. Guay, buena hora para todos.

No tardó en llegar la primera respuesta.

MANU

Yo ya estoy, por mí cuando queráis.

NICO

Voy en un taxi, necesito los 20 min para llegar al hotel.

DANI

¿Cómo de urgente? Nos han invitado a una fiesta y quiero ir…

GUILLE

La fiesta que espere, vamos después, que a Nico le pasa algo.

NICO

Manu, ¿estás en casa de los papás?

MANU

Sí, claro, vivo aquí y no son ni las 9 de la mañana de un domingo.

NICO

Vale, pues quédate en la habitación o vete donde no te escuchen.

GUILLE

¿Qué nos vas a contar que no puedan oír los papás? Esto se pone interesante…

Llegó un mensaje de audio de Dani:

—Uuuuuuuuh, Nico ha sido maaaaaaaaaalo.

Solté una carcajada, Dani tenía ese poder.

Entré en la habitación del hotel y lo primero que hice fue cambiarme de ropa. Ya con una camiseta blanca y un pantalón de chándal, me senté en la enorme cama a lo indio e inicié la videollamada en grupo.

Manu fue el primero en descolgar, siempre ha sido el más familiar de los cuatro y, supongo que por eso de ser el pequeño, siempre ha ido buscando nuestra aceptación.

—¿Qué pasa, Nico? ¿Estás en Nueva York?

—Manhattan —asentí mientras Guille se unía a la llamada.

—Eres *trending topic*, ¿lo sabes?

—Lo sé —suspiré y me pasé una mano por la frente.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Guille desde lo que parecía una playa.

—¿Estás con Dani? —pregunté al ver que el que faltaba no se había conectado aún. A veces, si estaban juntos, utilizaban un único teléfono y se asomaban los dos.

—No, quería enseñaros una cosa, ahora se conectará. —Se rio.

Al momento, Dani se unió a la llamada.

—Nicooooooooooo, no sé qué te pasa, pero esto seguro que te anima.

Estaba en una avenida bastante concurrida. Giró sobre sí mismo mostrándonos una panorámica y se detuvo cuando tras él apareció mi puta foto gigante que estaba por todas partes.

—Los abdominales de mi hermanito en la avenida principal de Melbourne… ¿Qué más le pides a la vida? Estar inmortalizado en calzoncillos en la otra punta del mundo… Has tocado techo, chaval.

—Cabrón —me reí.

—Tengo que conseguir una grúa que me suba hasta allí —explicó Dani—. Tengo la teoría de que soy más pequeño que tus pezones. No voy de coña, lo documentaré, como artículo para el blog: midiéndome con los pezones de mi hermano.

Solté una carcajada.

—¿Sabes que me han confundido contigo tres veces?

—¿En serio? —Me reí.

—Y a mí —dijo Guille.

—A mí alguna vez también —confirmó Manu.

Me sorprendió, porque nos parecemos, aunque no tanto. Es cierto que los cuatro tenemos el pelo rubio rizado y los ojos azules, y el tipo muy parecido. Yo soy un pelín más alto que ellos, pero no más de cuatro o cinco centímetros. Supongo que, si no te fijas mucho, es fácil confundirnos. Pero, si prestas atención, verás que los gemelos son igualitos entre ellos y clavaditos a mi padre. Yo estoy algo más mezclado y tengo cosas tanto de mi padre como de mi madre. Y Manu tiene la cara de mi madre casi clavada.

—Venga, paro con la coña, voy hacia la playa —siguió Dani mientras comenzaba a caminar —. Ve contándonos, ¿qué te pasa, Nico?

—Me siento mal, me siento muy mal —confesé—. ¿Alguna vez os ha pasado que estáis con una tía, ahí en el tema, y estáis pensando en otra?

—¿Una tía? ¿Te has liado con una tía? ¡Noticióóóóón! —gritó Dani por la calle, suerte que la peña no le entendía.

—No, gilipollas —lo cortó Manu—, le habrá pasado con un chico y nos lo pregunta en chica para que nos pongamos en su lugar. ¿Verdad, Nico?

—Eso es —sonreí.

—Ah, joder, eso se avisa… A mí me ha pasado alguna vez, cuando nos hemos ligado a dos tías y la de Guille estaba más buena.

Solté otra carcajada.

—A mí no me ha pasado nunca —aseguró el pequeño.

—A mí también me ha pasado, tete, es normal —me intentó consolar Guille—. ¿Con quién te ha pasado? ¿Sigues con el calculín ese yanki?

—Sí —me reí—, sigo con Caleb. Y sí, me ha pasado con él.

—A ver, que si es tu pareja es chungo que te pase, y más si lleváis poco tiempo, se supone que deberíais estar a tope… Que después de…, no sé, diez años, será normal, pero en unos meses y con lo poco que os veis… Yo creo que si estabas pensando en otro es que algo no funciona ahí —me explicó Guille.

—Pienso igual —asintió Dani—, los primeros meses son para estar a tope y no pensar en nadie más. Si te ha pasado eso…, chungo.

—Pero Caleb me gusta mucho, estoy muy bien con él…

—A ver, alcance de daños —pidió Dani mientras cruzaba corriendo una calle—. ¿Estabais follando y has pensado fugazmente en otra persona?

—No, no, nada de fugazmente, me he recreado en mi fantasía imaginándome que era otro…

—Joder con Nico —soltó Guille con una sonrisa—. Pregunta íntima: ¿dabas o recibías?

—No te sé decir, no era «follar» propiamente, era una mamada. —Supongo que en otras familias una conversación así puede chocar un poco, pero en mi familia toda la vida se ha hablado de sexo con mucha libertad, y mis hermanos y yo nos hemos contado este tipo de cosas desde siempre.

—A ver, el cerebrito te la estaba comiendo y tú ahí, fantaseando con que era otro… ¿Es eso? —preguntó Dani.

—Eso es. —Me tapé la cara con las manos—. Soy horrible, joder.

—No eres horrible, esas cosas no se pueden controlar…

—Tampoco lo he intentado —confesé—. Más bien me he recreado en mi fantasía…

—¿En quién has pensado? ¿Lo conocemos? —preguntó Guille.

—¡Hostia! —gritó Manu—. ¡En Lázaro Sosa!

—¡¿El actor?! ¿Sí? ¿Tiene razón Manu? ¿Pensabas en un actor? —Asentí con la cabeza—. Ah, bueno, eso lo cambia todo —aventuró Dani—. Si es un famoso, no hay problema. Ese tipo de fantasías son inofensivas, no son personas reales, ahí no hay peligro…

—Anda que no —se rio Manu—. Se ha pasado media noche con él en una fiesta, ¿no habéis visto las fotos? Son *trending topic*…

—¡No jodas! —gritó Guille justo cuando Dani llegó a su lado y se asomó por la pantalla. Al momento desconectaron la llamada del que acababa de llegar y adiviné que estaban buscando con el otro teléfono las fotos que había nombrado Manu.

—¡Aquí hay tema, temita, tema! —gritó Dani—. Parece que te lo vayas a follar en los lavabos.

—Argh, joder. —Volví a taparme la cara con las manos—. No tuve esa sensación para nada.

—¿Pero era lo que estabas pensando?

—Claro, joder. Era el puto Lázaro Sosa. No solo me encanta como actor, está buenísimo, y encima me ha estado vacilando, era monísimo. Se ha puesto muy rojo cuando le he pillado. Joder. Qué mal, pobre Cal, no se lo merece…

—Bueno, pero igual no lo vuelves a ver. Si evitas la tentación… —sugirió Dani.

—Sí lo voy a ver, la semana que viene. Me ha invitado al estreno en Madrid de su nueva película.

—¡Pues te lo ligas! ¡Lo tienes a huevo! —se entusiasmó Guille—. Te acercas al acabar la película y le dices: gran trabajo, chaval, pero los besos te quedan muy forzados, no los das bien. Ven, que te enseño… Y ¡PAM! Ya lo tienes.

—¿Qué parte de que tengo novio es la que no entendéis? —Me reí.

—La de que piensas en otro mientras te la chupa —soltó Dani como el animal que ha sido siempre.

—Argh, joder, ya me has vuelto a hacer sentir mal…

—Bueno, pues te llevas al pijeras al estreno y se acabó la tentación.

—No, me llevo a mamá. Ya le he mandado un mensaje para decírselo y la he apuntado en la lista.

—¡¿A mamá?! —gritó Dani— ¡¿Estás loco?! ¿Cómo te llevas a tu madre a la primera cita? Hay que estar muy tonto…

—Que no es una cita —protesté—. Y a mamá le hará mucha ilusión. Voy con ella y punto. Además, teníais que haber visto la cara de Lázaro cuando he dado un nombre de mujer como acompañante. Solo por eso ha valido la pena.

—Ay, Lázaro —soltó Dani con voz aguda—. Vaya tela, tío, estás tontísimo. Te estás pillando, chaval. Te estás pillando de un tío al que no te has follado.

—Dejadle en paz —me defendió Manu—. Yo entiendo que te lleves a mamá. Y lo que deberías hacer es aclararte la cabeza y ser sincero con Caleb. Pero si tienes claro que quieres estar con él, olvídate de Lázaro y céntrate en lo que tienes. Y no le cuentes lo de la mamada,

porque le harías mucho daño y eso se quedaría como una movida chunga entre vosotros para siempre.

—Tienes razón, Manu, gracias. —Suspiré.

—Yo me follaría al actor —soltó Dani.

—Tú no te follas al actor porque le mola a tu hermano, para empezar. Y porque no te van los tíos, te lo recuerdo.

—Si fuera él, quiero decir, que hay que explicarlo todo… Si yo fuera Nico y estuviera en su situación, me follaría al «gran Lázaro Sosa» y a partir de ahí decidiría qué hacer.

—Tetes —interrumpió Manu—, oigo ruidos, los papás se deben de haber levantado ya…

—Vale, pues vamos a colgar, que como papá se entere de que Nico ha sido infiel de pensamiento, le corta los huevos —se rio Guille.

—Calla, cabrón, que ya me siento bastante mal. Venga, os dejo, voy a intentar dormir un poco, que aquí son ya las cuatro de la mañana.

—Vale, tío.

—Buenas noches, descansa.

—A ver si nos vemos pronto *in person*…

Colgué la llamada y dejé caer la espalda sobre el colchón. Me iba a costar dormirme, tenía demasiadas cosas en la cabeza. O quizá solo una.

Me giré hacia la mesilla para apagar la luz y me encontré con el típico folleto explicativo de las instalaciones del hotel. Algo llamó mi atención inmediatamente: «piscina climatizada en la planta 22 con vistas a Central Park. Exclusiva para las *suites*». Me surgieron varias dudas. La primera era cómo ponían una piscina en una planta tan alta; la segunda era cómo tenía que ser nadar ahí, levantar la cabeza y ver amanecer en Central Park, y la tercera era qué hacía todavía en la habitación.

CAPÍTULO 5

LA PISCINA



Había perdido la cuenta de cuántos largos llevaba. No era de competición, lógicamente, era una piscina de hotel, tenía sus limitaciones. Pero para hacer un poco de ejercicio y rebajar tensión, me servía, me ayudaría a dormir. El silencio se rompió con el estruendo de la puerta al abrirse. Ya era mala suerte que alguien viniera a darse un baño a las cuatro de la mañana, ni a esas horas podía estar uno solo… Seguí nadando sin siquiera levantar la cabeza, quizá solo era el personal de limpieza o el de seguridad haciendo su ronda. Me dio la sensación de que unos pasos se acercaban hasta el borde y escuché que alguien se dirigía a mí en inglés, pero esa voz… Esa voz no me cuadraba nada en ese idioma.

Saqué la cara del agua y levanté la cabeza hacia el lugar desde el que me habían hablado. Y ahí estaba él. Otra vez. O-tra-vez. Y en bañador. Se sorprendió tanto al verme que dio como un pasito hacia atrás y casi se cae, pero finalmente solo trastabilló un poco.

—Lázaro… Perdona, no sabía que estabas aquí. Ni siquiera sabía que estabas en este hotel… No quiero molestar, me marcho.

—No pasa nada, llevo mucho rato, quédate tú, me marcho yo… —Me impulsé con las manos en el bordillo y salí del agua mientras lo decía. Me quedé un momento de pie a su lado.

Se acercó un poco a mí y se pasó una mano por la cara.

—Esto es absurdo. Es una piscina, no una bañera, hay sitio para los dos…

—Tienes razón —asentí—. Es ridículo, podemos nadar los dos sin tocarnos.

—Claro. —Me miró fijamente—. No quieres tocarme, lo entiendo.

—No, joder, no he dicho eso. Me refiero a que hay sitio de sobra para los dos, pero que podemos tocarnos, no pasa nada.

—¿Podemos tocarnos? —preguntó alzando las cejas—. ¿Entonces sí quieres tocarme? ¿Y no pasa nada?

—No, joder, no quería decir eso… —titubeé. No sabía cómo salir de esa cuando vi que se mordía el labio inferior para aguantar la risa—. ¿Me estás vacilando? Serás cabrón…

Soltó una carcajada y yo lo imité. Lo empujé al agua como castigo. Cuando empezaba a caer, se agarró a mí y me arrastró con él. Antes de que pudiera darme cuenta, nos habíamos sumergido juntos. Nuestros brazos y piernas se enredaron, nuestros pechos se unieron y ambos comenzamos un forcejeo que parecía más destinado a frotarnos entre nosotros que a salir a la superficie. Finalmente lo hicimos, yo había tragado bastante agua y empezaba a necesitar respirar con urgencia. Aun así, no nos soltamos y nuestras piernas siguieron enredadas en las del otro. Yo comencé a toser y a expulsar agua (supersexi seguro) y él estiró un brazo y se agarró al bordillo.

Estábamos en la zona en la que no hacíamos pie y seguíamos con las piernas enredadas, si no hubiera buscado él ese agarre, habríamos tenido que soltarnos. Con el brazo que le quedaba libre, me rodeó la espalda.

—Te tengo —susurró—. Tira toda el agua. Respira. Tranquilízate. No te voy a soltar. Cógete a mí si te resulta más cómodo, pero lo importante ahora es que expulses el agua. Por lo visto, tragar agua por el aparato respiratorio es más peligroso de lo que parece, por eso es importante que la sueltes toda.

Hablaba en susurros, con voz calmada, supongo que con intención de tranquilizarme, y su mano se deslizaba arriba y abajo por mi costado, con toda la longitud de su brazo rodeando todavía mi espalda. Me apretó con fuerza un par de veces y consiguió que me saliera más agua de los pulmones, pero poco a poco la cosa se fue normalizando y comencé a respirar con naturalidad, que no con tranquilidad, porque…, en fin, te explico la pose. No sé en qué momento había cambiado la cosa, pero yo estaba aferrado a él con manos y piernas. Sí, mis brazos rodeaban su cuello y mis piernas sus caderas. Él seguía con un brazo en el bordillo impidiendo que nos hundiéramos y con el otro rodeándome la espalda. Cada vez que uno de los dos inspiraba con fuerza, nuestros pectorales se rozaban. Su mano me acariciaba el costado con suavidad, con una cadencia que a mí se me asemejaba más a preliminares sexuales que a primeros auxilios. Igual no era hetero, igual era bisexual, era una posibilidad, porque esa mano… Yo, desde luego, no tocaba a nadie así si no albergaba alguna intención.

—¿Más tranquilo? —preguntó en apenas un murmullo y yo asentí, pero afiancé mis brazos en sus hombros—. Vale, relaja, no te voy a soltar. Tómate el tiempo que necesites… Tienes los ojos rojos, tienes muy mala cara…

—Qué bonito, eso es justo lo que quiere oír cualquiera cuando está en brazos de un chico guapo. —Sí, lo solté. La tensión sexual que notaba entre nosotros, pese a mi coqueteo con la muerte de hacía unos minutos, era demasiado fuerte como para seguir ignorándola. Si me rechazaba y me dejaba las cosas claras, sabría a qué atenerme y no tendría que volver a verlo, más allá del estreno al que iba a venir acompañado, sería fácil ignorarlo. Pero si no me rechazaba, si se mostraba receptivo…, esa podría ser una gran noche.

—¿Un chico guapo? Ese soy yo, es mi trabajo. —Volvió a apretar su brazo a mi alrededor y me atrajo más hacia él—. ¿Te has vuelto a olvidar de mi nombre, Lázaro? Soy Nico.

—No sé por qué he fingido que no te conocía —murmuré algo avergonzado mientras apretaba más fuerte mis piernas alrededor de sus caderas—. Sabía de sobra quién eras. Supongo que me has hecho sentir importante, y estaba nervioso… Lo de la fama me queda muy grande todavía —confesé.

—Pues deberías ir acostumbrándote, esto es solo el principio. Eres bueno, Lázaro, tienes mucho talento —susurró con su cara muy cerca de la mía.

—Me puedes llamar Laza, si quieres… Y tú también tienes mucho talento —farfullé con un jadeo mientras mis piernas, que parecían tener voluntad propia, volvían a abrazarlo con fuerza.

Cerró los ojos un momento y resolló. Cuando volvió a mirarme tenía la boca abierta y la respiración irregular.

—Lo mío no es talento —aseguró mientras su mano bajaba hasta mi cintura—, es buena genética.

—Estoy seguro de que es algo más —murmuré a un par de centímetros de su boca. Nuestras respiraciones se mezclaban, pero no quería ser yo el que diera el primer paso, él era el que había dicho que tenía pareja, él debía estar muy seguro de lo que hacía.

Me dio la impresión de que se acercaba a mí, que iba a ocurrir, pero justo en ese momento, un grito grave en inglés nos sobresaltó a los dos. Nos giramos automáticamente hacia el origen del sonido y vimos a un guardia de seguridad, pero el chillido no había ido dirigido a nosotros, sino a una figura vestida de negro que salió corriendo en cuanto nos giramos hacia allí.

—Me cago en su puta madre —gruñó Nico y, antes de que me diera cuenta, se impulsó para abandonar la piscina en un único movimiento y salió corriendo detrás de la silueta a la que yo ya había perdido de vista—. ¡Hijo de puta! ¡Dame esas fotos! ¡Te las compro! —lo oí chillar como un loco a lo lejos y a continuación repetir la petición en inglés.

Yo salí de la piscina y me sequé con calma, tomándome mucho más tiempo del necesario, por si volvía. Pero no lo hizo.

Finalmente enfilé la dirección que lo había visto tomar, que era la de las habitaciones, y lo vi en el pasillo, empapado, gritándole al guardia de seguridad y al que supuse que era el encargado. Viendo el rumbo que había tomado la noche, decidí emprender el camino hacia mi *suite*. Pese a los gritos y el idioma, entendí perfectamente que les estaba diciendo que le parecía indignante que en un hotel de ese nivel se les colara gente de ese modo, y no le faltaba razón. El encargado no paraba de ofrecerle cosas para compensarlo, pero él solo quería recuperar las fotos que nos habían hecho.

Lamentablemente, eso no pudo ser y, apenas una hora después, esas fotos llenarían la red.



CAPÍTULO 6

HABLA CON ÉL



Cuando volví a la habitación, eran casi las seis de la mañana, pero yo estaba acelerado perdido. Y no había ni rastro de Lázaro. Mejor así. Había estado a punto de besarlo, joder, en un lugar público. No me había dado la impresión de que lo fuera debido a la atmósfera que se había creado entre nosotros y a las horas que eran, pero estábamos en un lugar de acceso público y eso me iba a salir caro.

Mi móvil estaba en silencio, pero se iluminó cuando empezaron a llegar mensajes al chat de mis hermanos.

DANI

Nico, ¿no habías dicho que te ibas a dormir? Te acabamos de ver en una piscina con el felador imaginario. ¿Algo que declarar?

MANU

Dani, no te pases, que nos cuente cuando quiera…

GUILLE

¿Ha dejado de ser ficticio? ¿Ha hecho realidad tu fantasía?

Y tras leer esos mensajes, no sabía bien si reír o llorar. Inicié de nuevo una llamada en grupo.

—Están los papás despiertos, por eso hablo bajito —susurró Manu desde su habitación. Siempre era el primero en contestar.

Un estruendo empezó a sonar en mi móvil cuando se conectaron los gemelos. Música, luces y mucha gente se adivinaban a través de la pantalla.

—Espera, que estamos en la fiesta que te he dicho antes. Vamos para fuera, un segundo —dijo uno de ellos y el otro se asomó por detrás para confirmar.

—Un segunditooooooooo, *brothels*…

Manu y yo nos reímos. Los echaba mucho de menos a los tres.

—¿Hasta cuándo estáis en Australia?

—Solo el destino lo sabe —informó Guille levantando las manos—. Somos hojas movidas por el viento…

—¿Hasta febrero? La semana que viene la tengo libre, pero le he dicho a mamá que la pasaría con ellos, aunque si saco unos días antes de que acabe el mes podríamos irnos a veros…

¿Qué dices, Manu? ¿Te apetece?

—Pfff, cuando estén más cerca, que a Australia es mucha pasta. Y yo no vivo de mi cara bonita como vosotros, yo curro en la farmacia con papá…

—Olvídate de eso, yo invito —aseguré para convencerlo.

—Ueeeeeee, síííííííííííííííííí…. ¡Reunión de los putos amos en las antípodas! ¡Manu, di que sí, que paga Nico! —gritó Guille entusiasmado.

Dani acercó mucho la cara al teléfono mientras levantaba un dedo y puntualizaba:

—Los pezones de Nico patrocinan el viaje de hermanos. Seguro que lo pagas con la pasta de esas fotos, ¿cuánto te han pagado? ¿Por qué no nos lo quieres decir?

Yo solté una carcajada.

—Bueno, ahora en serio —intervino Guille ya más sereno cuando llegaron a una zona en la que estaban prácticamente en silencio—. ¿Qué ha pasado, Nico?

Me pasé una mano por la cara, no sabía ni por dónde empezar.

—A ver, no podía dormir y he visto un folleto del hotel en el que ponía que había una piscina… Y cuando he llegado estaba allí Lázaro nadando, yo no sabía ni que estaba en este hotel…

—Pues si el hotel os lo ha puesto la organización, tampoco hay que ser un hacha para intuirlo, machote.

—Ya, joder, podría haberlo pensado, pero vaya, que nada, que me lo he encontrado ahí de sorpresa y he estado hablando un poco con él y tal…

—¿Te lo has follado en la piscina? —cuestionó Dani a lo bruto, como siempre, sin anestesia.

—¡No, claro que no!

—¿Y habéis hecho «manualidades» bajo el agua? —preguntó entonces Guille mientras hacía el gesto de las comillas en el aire. A veces intentaba ser menos bruto que Dani, pero no solía conseguirlo.

—No, nada de eso. —Negué con la cabeza—. Estábamos abrazados porque él ha tenido un momento chungo y casi se ahoga, pero no ha pasado nada… ¿Parece que sí? No he visto las fotos.

—Joder, pues deberías verlas, porque parecen porno elegante. Da todo el rollo de que bajo el agua lo tienes ensartado en el sable…

—Argh, joder, Dani, qué cerdo eres —se quejó Manu—. Nico, ¿qué vas a hacer con Caleb?

—No lo sé, a ver cómo le explico esto…

—Pero vamos a ver, que si el que te gusta es el actor, deja al otro y ya está —propuso Dani —. Vamos, yo no me complicaría tanto.

—No voy a romper una relación de seis meses por un tío al que he conocido esta noche y con el que no he tenido nada. Ni de puta broma, vaya.

—A ver, lo de que no has tenido nada… Has tenido una fantasía, que sea correspondida o no ya es otra historia, pero mentalmente algo has tenido… —pinchó Guille.

—No he tenido nada, lo acabo de conocer. Es la puta fama, me ha pasado lo que le pasa a la gente conmigo, joder, que parezco nuevo… A veces se me acerca peña por la calle o en una fiesta y me hablan como si me conocieran, solo de haberme visto en cuatro fotos o en un par de entrevistas. Pues eso me ha pasado con Lázaro, que he visto casi todas sus películas y tengo la sensación de que lo conozco, pero es una ilusión. Lo acabo de conocer y no hay nada entre nosotros… Nada más allá de un calentón momentáneo, vaya. No es motivo suficiente para dejar a mi pareja, vamos, ni de coña.

—Tete, habla con Caleb —me pidió Manu—, que ya le habrán llegado las fotos por algún sitio y no se lo merece. Lo estará pasando mal…

—Sí, tienes razón. —Cerré los ojos un momento, estaba siendo una noche larguísima—. Joder, solo quiero dormir…

—Pues vete a casa de Caleb, hablas con él y luego duermes un rato —sugirió Manu, siempre buscando soluciones.

—No estará en casa —aseguré—. Habrá salido a correr, y más si está preocupado o agobiado por algo. Le gusta correr por Central Park a primera hora… Joder, me va a tocar ir a buscarlo. Yo solo quiero dormir —lloriqueé.

—Tete, vete a buscarlo, duermes luego…

—Sí, tienes razón —asentí cagándome en todo mentalmente, porque salir a correr era lo último que me apetecía.

—Dúchate antes —me aconsejó Guille.

—¿Qué dices? ¿Cómo me voy a duchar antes de salir a correr? ¿Estás tonto?

—Bueno, tú mismo… Si quieres ir a pedirle disculpas por esas fotos oliendo a cloro, es cosa tuya… Pero vamos, yo intentaría borrar cualquier rastro que se lo pudiera recordar o que le deje claro que ha sido real.

—Joder, tienes razón, ¿cómo piensas en esas cosas?

Guille hizo un movimiento sugerente con las cejas como respuesta.

—Pues a mí no me da risa —se quejó Manu—. Yo apostaría más por la sinceridad que por ir engañando y ocultándole cosas a tu pareja.

—Sí, tienes razón, Manu —asentí—. Pero Guille también… De momento, voy a darme una ducha. Luego os cuento cómo me ha ido.

CAPÍTULO 7

EL PARQUE



Mi Cal era un hombre de férreas costumbres y poca improvisación, por lo que, si permanecía el tiempo suficiente en ese cruce de caminos de Central Park, tarde o temprano lo vería pasar. Su ruta habitual cuando salía a correr tenía forma de ocho, y era por esa intersección por la que pasaba dos veces en cada vuelta. Permanecí de pie y, mientras esperaba a que apareciera, iba haciendo unos estiramientos, más para no quedarme dormido o congelado que porque tuviera intención de darlo todo en una carrera.

Finalmente lo vi acercarse por uno de los senderos; con su ropa técnica, su respiración acompasada, su porte elegante y su concentración habitual. No solía ir a correr con él, yo era más de gimnasio. No me gusta correr, la verdad. Soy un tío alto y, por mi profesión, he aprendido a ser elegante; camino con soltura y atraigo miradas, eso es un hecho, pero cuando se trata de correr, mi elegancia desaparece. Completamente. Soy todo brazos y piernas descontrolados. Por eso, para salvaguardar mi elegancia natural y mi dignidad, mi ejercicio físico suele limitarse a pesas o natación.

«No pienses otra vez en la piscina, no vayas por ahí, Nico».

Adiviné cuándo Caleb reparó en mi presencia, porque lo oí resoplar y aceleró el trote. Respiré hondo, saqué fuerzas de algún lugar en mi interior (eran más de las siete de la mañana y todavía no me había acostado) y empecé a trotar hasta que llegué a su lado y me acompasé (más o menos) a su velocidad.

—No estoy de humor, Nick. Déjame solo. —Fue todo el saludo que recibió mi gran gesto de salir a correr pese a la noche que llevaba.

—Sé que suena típico, pero no es lo que piensas, Cal, déjame que te explique…

Bufó sin dejar de correr.

—Caleb, escúchame, déjame explicártelo.

Sin mirarme siquiera, aceleró. Sabía que me iba a costar seguir su ritmo sin caer desmayado o meterme una hostia, pero decidí intentarlo.

—Cal, cariño, de verdad que no ha pasado nada. Te lo juro. Créeme…

—¡¿Que no ha pasado nada?! —Frenó en seco y me encaró. Yo casi me fui al suelo de boca al intentar hacer lo mismo. En un alarde de buenos reflejos, me cogió del brazo y evitó que mi bonita cara se estampara contra la gravilla del camino—. Te diré las cosas que han pasado, Nick: anoche viniste a casa durante ¿cuánto? ¿Veinte minutos? Llegaste con un calentón a por un poco de sexo rápido y saliste corriendo. Me dijiste que te ibas porque tenías una reunión con tu agente por la mañana y, en lugar de irte a descansar, como se suponía que ibas a hacer, te fuiste a la

piscina del hotel con uno de los hombres más atractivos del mundo del cine. Y no sé qué pasaría antes o después de esas fotos, pero que estabas abrazado a él dentro del agua es una realidad. Más allá de eso, solo puedo hacer conjeturas, pero solo eso ya son hechos. Y no me gustan, Nicky, no quiero esto.

Visto así, tenía más razón que un puto santo. Me acerqué a él con intención de abrazarlo y dio un paso atrás.

—Cal, solo ha pasado lo que has visto, te lo juro. Ven, dame un abrazo…

—No me toques, Nick, no puedo con esto… Necesito saber qué ha pasado con él.

—Nada, cariño, no ha pasado nada más que lo que has visto. Te lo juro. Sé lo que parece —improvisé, porque ni siquiera había visto las fotos y solo podía suponer lo que parecía—, pero te prometo que no ha pasado nada. No me he acostado con él, y ni siquiera nos hemos besado. En la fiesta solo estábamos hablando y en la piscina casi se ahoga y lo estaba sujetando. Nada más.

—No os habéis besado.

—No —confirmé.

—¿Por qué?

—Por ti.

—Si no estuvieras conmigo, ¿habría pasado algo con él?

Lo miré a los ojos y asentí.

—Creo que sí —murmuré.

—Pues te concedo la libertad, ya puedes ir a por él.

—¡No! ¿Qué dices? No quiero eso, no he dicho que sea eso lo que quiera.

—Lo quiero yo, Nick. Pertenecemos a mundos distintos, no puedo competir con eso. Yo llevo una vida sencilla y tú vives en otro mundo…

—Cal, no, a mí me gusta estar contigo.

—Eres muy joven, eso iba a pasarnos factura también, lo sabíamos, yo lo sabía. Tienes veinticinco años y yo treinta y cuatro… Son más las cosas que nos separan que las que nos unen, Nicky…

—No, Caleb, no digas eso… —Hice uso de mi superioridad física y lo abracé por la fuerza. Se rindió durante un momento entre mis brazos.

—Esto no va a funcionar —murmuró—, me haces daño. No puedo vivir así. Yo soy un tipo sencillo, casero… Tú vives de fiesta en fiesta y de hotel en hotel… No tienes casa, Nick, no tienes una dirección.

—La tuve —protesté mientras me separaba del abrazo para mirarlo a la cara—. Tuve un apartamento alquilado en Madrid durante un año más o menos, y lo pisé tres veces. Es absurdo con mi situación laboral, me paso la vida en aviones y hoteles y cuando tengo días libres prefiero irme a casa de mis padres y estar con mi familia a irme a una casa yo solo, no creo que sea tan difícil de entender…, pero la tendré. ¿Es importante para ti? Me compro una casa. Me compro dos si quieres.

—No se trata de eso, Nick. No quiero que te compres una casa, no por mí. Preferiría que te vinieras a vivir conmigo. —Suspiró.

—¿Que cuando tenga días libres me vaya a tu casa en vez de irme a ver a mi familia? ¿Es eso lo que quieres? Podría hacerlo, pero mi madre te odiará, tenlo en cuenta. Si le quitas los pocos días en los que puede ver a su niño… No quieres ver a mi madre mosqueada, créeme —me reí.

—No, Nicky, no quiero tus días libres, los quiero todos. Quiero que dejes esa profesión, tienes dinero de sobra para retirarte ya. Tienes más dinero de lo que cualquier familia gana en

toda una vida. No necesitas seguir trabajando, muchos modelos se retiran muy jóvenes.

«Nota mental: nunca te líes con tu asesor financiero o con el tío que te lleva las cuentas, se dan situaciones como esta».

—Pero yo no quiero retirarme —murmuré mientras me separaba un poco de él—. No me puedo creer que me pidas eso. Yo no te digo lo que tienes que hacer con tu vida, Cal. Yo solo quiero que seas feliz.

—Cosas como las de hoy no me hacen feliz. No me hacen nada feliz, Nicky. Tu modo de vida me está amargando la mía. Solo quiero una relación normal con una persona normal…

—Ya era así cuando empezamos, eso no ha cambiado… Sabías lo que había desde el principio.

—Pensé que podría llevarlo mejor, pero no puedo. No quiero tener que enterarme de lo que haces por la redes. Quiero una relación normal.

—No lo hagas, Cal, no hagas esto…

—Vamos a darnos un tiempo.

—¿Y tú eres el maduro? A la primera complicación te deshaces de mí… ¿Esa es tu solución? ¿Así arreglas tú las cosas? ¿Eso es lo que te importo?

—Nicky, eso no es justo…

—¿No? No sé… Pensaba que eras diferente, que me querías…, pero igual simplemente eres como todos y llegaste deslumbrado por los focos. A la primera complicación, me das la patada. Muy maduro, Caleb. «No me gusta tu vida, cámbiala por mí o hemos terminado». Es eso lo que me estás diciendo, ¿no?

—¿Te parece normal lo que tengo que soportar? ¿De verdad te lo parece, Nick?

—¿Y a ti te parece normal lo que me estás pidiendo? ¿De verdad te lo parece, Cal?

—Queremos cosas diferentes, Nicky, lo mejor será que nos demos un tiempo…

Asentí con la cabeza mirándolo a los ojos.

—Parece que lo tienes muy claro —mascullé—. Adiós, Caleb.

Me di la vuelta y me alejé de él a grandes zancadas. Me habría encantado hacerlo corriendo, pero no quería perder mi elegancia y, con ella, mi dignidad.

—¡Hablamos en un par de semanas, Nick! —gritó a mi espalda.

Asentí con la cabeza sin girarme y levanté el dedo pulgar para que lo viera, pero evité volver a mirarlo.

CAPÍTULO 8

EL TÍO BUENO DE LOS ANUNCIOS



No había vuelto a verlo desde la piscina. Me había despertado casi a mediodía y había decidido salir a dar una vuelta por la ciudad. Lo lamenté pronto, en cuanto la gente empezó a reconocerme. Mi avión de vuelta a España no salía hasta el día siguiente y yo no tenía mucho que hacer. Era absurdo, estaba en Nueva York, ¿cómo es posible no saber qué hacer en esa ciudad?, pensarás… Pues, cuando no puedes salir a la calle sin que se forme un tumulto de gente a tu alrededor, la cosa cambia.

Me había pasado casi todo el día viendo las fotos de la noche anterior. Las de la fiesta me gustaban, mucho, pero las de la piscina… Joder, las de la piscina. Tenían un rollazo supersexi que me ponían cachondo cada vez que las veía. En una de ellas estábamos casi casi besándonos. Era tan guapo y tenía un perfil tan perfecto… Quise volver a ese momento y terminar lo que habíamos empezado.

Me saltó la alarma que había activado en Google por si se realizaba alguna otra publicación sobre mí o sobre él. En ese caso, era su alarma la que me avisaba. Acababan de empezar a circular unas imágenes de él en Central Park a primera hora de la mañana con un chico. Primero corriendo juntos, luego parecía que discutiendo, otras abrazados y las últimas separándose con malas caras. Parecían contar una historia, o igual era el encargado de relatar la «noticia», que lo había querido así.

Identificaban al hombre en cuestión como un *broker* de Wall Street con el que Nico mantenía una supuesta relación desde hacía unos meses. Habían interrogado a los vecinos de su edificio, algunos de los cuales confirmaban haberse cruzado con el famoso modelo por las escaleras en más de una ocasión. Incluso el propietario de un local de desayunos en su calle aseguraba que era frecuente que acudieran juntos al local y se mostraran en actitud cariñosa. Según el que redactaba la noticia, todo apuntaba a una ruptura provocada por las fotografías que se habían filtrado de Nicolás Andújar en la piscina de un hotel junto a Lázaro Sosa.

Joder.

Un par de llamadas a mi agente y me pudo indicar fácilmente cuál era su habitación. Necesitaba hablar con él y dejar claro si lo que decía la «noticia» era cierto, en cuyo caso debía disculparme.

Respiré hondo antes de llamar a la puerta. En cuanto lo hice, me pareció escuchar un gruñido al otro lado. Insistí con más fuerza y, finalmente y tras varios gruñidos más, la puerta se abrió. Yo no estaba preparado para ese más de metro noventa de tío bueno con un antifaz subido a la

frente. Eso era todo lo que llevaba: un antifaz. El pelo totalmente revuelto, con el triple de volumen de lo normal, los ojos medio cerrados, cara de sueño, el antifaz en la frente y totalmente desnudo. Sí, tal cual.

—Tío, ¿qué haces abriendo la puerta en pelotas? —Me giré a ambos lados para comprobar que el pasillo estaba desierto—. Solo falta que te hagan una foto así. —Lo empujé hacia dentro, entré con él y cerré la puerta tras de mí.

—¿Así cómo? —gruñó medio dormido pasándose una mano por la cara que, al verla con más detenimiento (estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mirarle a la cara y únicamente a la cara), noté que la tenía hinchada (sí, sigo hablando de la cara). Se había quedado ahí plantado, ajeno al hecho de no llevar nada de ropa encima.

—Desnudo —respondí sorprendido de que hiciera falta aclararlo.

—Ah, ya ves tú. —Se encogió de hombros—. Estoy desnudo a menudo, rodeado de mucha más gente, es parte de mi trabajo. Llega un momento —hizo una pausa para bostezar—, en que ya no tienes ni vergüenza ni pudor ni nada. Lo que cubra o no mi cuerpo me da bastante igual, la verdad. Tengo un cuerpo bonito, no cobraría lo que cobro si no fuera así. ¿Qué haces aquí? —Me miró intentando enfocar la vista, pero parecía que no había terminado de despertarse.

Sin esperar mi respuesta, se dejó caer en la cama y apoyó la cabeza en la almohada.

—Cuéntamelo mientras cierro los ojos un momentito.

—Ehm… Mmm —balbuceé sin ser capaz de emitir un solo sonido coherente.

Chasqueó la lengua y se giró para tumbarse bocabajo.

—¿Mejor? —preguntó sin abrir los ojos—. ¿Te resulta más fácil hablar si no me ves el rabo?

Uno podría pensar que la respuesta sería *sí*; pero con esa espalda, ese culo y esas piernas era un claro *no*. Juro que quería emitir algún sonido, pero no había manera.

Resopló y se cubrió con la sábana hasta la cintura.

—¿Qué quieres, «Lázaro Sosa»? ¿A qué vienes a mi habitación?

—He visto las fotos —murmuré.

—¿Las de la piscina? Yo no las he visto, ¿salimos guapos? —Sonrió con un resoplido.

—Me refería a las otras, las del parque…

—Yo no he estado contigo en ningún parque —farfulló—, que yo recuerde… ¿En qué parque hemos estado?

—Conmigo no, estás con otro chico en Central Park, esta mañana.

—Ah, sí, Caleb…

—¿Es tu novio?

—Era, supongo. —Se le congestionó la cara y soltó un sollozo.

—Joder, Nico, no llores. —Le pasé una mano por la espalda sin saber qué más hacer—. ¿Ha sido por las fotos? ¿Quieres que hable con él?

—Han sido más cosas —me explicó con la voz tomada por el llanto—, queremos cosas diferentes. Creí que me quería, soy gilipollas. De verdad que pensé que para él era algo más que el tío bueno de los anuncios…

—Eh, shhh, no digas eso… —Me tumbé a su lado mientras seguía acariciándole la espalda —. Eres mucho más, y el que no vea eso es que está ciego.

Le aparté el pelo de la cara y le besé la mejilla. Le sequé las lágrimas y volví a besarle en el mismo sitio. Él levantó la cabeza y pegó su frente a la mía.

—Laza —murmuró y al hacerlo rozó su nariz con la mía.

Se me escapó un gemido y él emitió un jadeo justo antes de juntar sus labios con los míos. Y

ahí fui yo el que jadeé como un animal, con la excitación que me provocaba ese beso que llevaba deseando desde que lo había visto por primera vez. Abrí la boca para dejarle paso a su lengua y él hizo lo mismo. Se nos hacía difícil hasta respirar. Pasó una pierna por encima de las mías y yo lo cogí por la rodilla. Deslicé mi mano hacia arriba por su muslo, su cadera, su cintura, su costado. Gimió todo el tiempo y su boca bajó a lamer mi cuello.

Un pensamiento me asaltó en ese momento: no hacía ni cinco minutos estaba llorando por otro tío. Se encontraba en una situación emocionalmente inestable y lo mismo eso que estaba ocurriendo no era la mejor de las ideas.

—Nico —murmuré entre jadeos—, ¿tienes claro lo que es esto? Estás muy tocado y me da miedo que confundas las cosas. Nos acabamos de conocer, no quiero que te cuelgues de mí.

Paró en seco lo que estaba haciendo y levantó la cabeza para mirarme a la cara.

—¿Eres imbécil? —preguntó muy serio.

—¿Qué? ¿Por qué? Solo quería dejar las cosas claras…

Se levantó de la cama todo lo largo que era y me cogió del cuello de la camisa. Antes de que me diera cuenta, me había arrastrado hasta la puerta, la había abierto y me había lanzado al pasillo.

—Vete a tomar por culo, gilipollas. No quiero volver a verte.

Cerró de un portazo y yo me quedé pensando que quizá sí, quizá era gilipollas.

CAPÍTULO 9

PRIMERA CLASE



Entré en el aeropuerto veinticuatro horas antes de lo previsto. Álex, mi agente, me había llamado la noche anterior, poco después de que echara al imbécil de Lázaro de mi habitación, para decirme que había conseguido cambiarme el vuelo y que saldría al día siguiente. De puta madre, pasaría un día más en casa. Llegué al mostrador de facturación, le entregué a la chica mi equipaje, mi pasaporte y le enseñé el billete que Álex me había mandado al móvil. Me hizo quitarme el gorro de lana y las gafas de sol para identificarme, pero, en cuanto lo hizo, me los volví a poner. Había pasado una noche horrible, tenía la cara roja e hinchada y un humor de mierda, lo último que me apetecía eran fotos con ese aspecto o tener que fingir buen rollo y ser simpático con la gente. Todo estaba correcto y la chica me invitó a pasar a la sala VIP, destinada a los pasajeros de primera clase, mientras esperaba la salida del vuelo. Decliné la oferta amablemente y me quedé en los asientos que había junto a la puerta de embarque. Quería ser el primero en subir al avión, una manía mía, tenía tantas ganas de llegar a casa que pensaba que era una manera de acelerarlo. Tampoco me han gustado nunca las salas VIP, suelen estar llenas de famosillos o de gente de mucha pasta que se cree demasiado especial como para esperar con la chusma. Igual parezco un poco hipócrita diciendo esas cosas y viajando en primera clase, pero si tú tuvieras el dinero que tengo yo y mi longitud de piernas, estoy seguro de que tampoco harías un viaje transoceánico en turista. Literalmente no me caben las piernas entre los asientos. Pero en lo que se refiere a esperar, puedo hacerlo en cualquier parte, no necesito una sala VIP para ello.

Tras un rato, dos chicas de unos dieciséis años vinieron a sentarse a mi lado.

—Hola, ¿eres el chico de Calvin Klein? —preguntó una.

—Nicolás Andújar —la corrigió la otra—. ¿Vas a España? ¿A tu casa? ¿En este vuelo?

Asentí y forcé una sonrisa.

—¿Podemos hacernos un selfi contigo?

Suspiré sonoramente.

—Chicas, he pasado una noche horrible, debo de tener peor cara que en la vida y no me apetece inmortalizarla… ¿Vais en este vuelo? ¿Os parece que nos la hagamos al llegar a Madrid? Si consigo dormir en el avión, seguro que tendré mejor aspecto.

—Eso es una mentira para no hacerlo…

—No, no, os lo prometo.

—Tu novio tampoco ha querido hacerse una foto…

—¿Cómo que mi novio? ¿Qué novio? ¿De qué hablas?

—De Lázaro Sosa, lo hemos visto cuando estaba facturando y se lo hemos pedido, pero ha

pasado de nosotras y se ha metido corriendo en la sala VIP. ¿Por qué no estás con él? ¿Os habéis peleado?

—No es mi novio —gruñí—. ¿Va en este vuelo?

—Supongo.

Resoplé.

—Venga —forcé una sonrisa—, vamos a hacernos esa foto, pero ponedle un filtro o algo…

Se volvieron locas de contentas y nos hicimos bastantes más de las que me apetecían (que eran cero). En la última hasta les dejé darme un beso a cada una en la mejilla. Siempre me han dado mucha pereza estas situaciones, pero a la gente le hace tanta ilusión, y cuesta tan poco en realidad, que me suele resultar difícil negarme.

Subí el primero al avión, delante de todos los pasajeros de clase turista que habían hecho cola detrás de mí. Fui hasta mi asiento (de ventanilla, por supuesto) y me acomodé mientras esperaba a que llegaran todos los pijos de la sala VIP y pudiéramos despegar. No le pedía mucho a la vida, solo que el que se me sentara al lado no oliera mal, por favor, era de las pocas cosas que me podían incomodar en primera clase. Que igual piensas que alguien que puede permitirse un billete así es imposible que huela mal. Pues te puedo asegurar que no, no hubiera sido la primera vez que un hedor desagradable me amargaba un vuelo.

Pero no fue el caso. Fue peor. Como una puta broma del destino, apareció el maldito Lázaro Sosa y se quedó plantado de pie en el pasillo con el billete en la mano, a la altura del vacío asiento contiguo al mío.

—Ya es casualidad —farfulló.

—¡¿Es una puta broma?! —gruñí y pulsé el botón de llamar a la asistente de vuelo, que no tardó en aparecer.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Andújar? —preguntó con una enorme sonrisa.

—¿Hay algún asiento donde puedas acomodar al caballero? —Señalé a Lázaro con la cabeza, que seguía plantado en el pasillo, en ese momento junto a la chica.

—¿Por qué no te cambias tú? —se defendió como un niñato.

—Porque he llegado primero —aclaré con un argumento de su nivel.

—Lo lamento, señor, la primera clase está completa. En cualquier caso, los billetes están numerados y los cambios están prohibidos. Pero si usted desea intercambiar su pasaje con alguno de la clase turista, estoy segura de que le lloverán voluntarios para realizar un vuelo en primera junto a Lázaro Sosa.

—No quepo en los asientos de turista. —Sonreí algo forzado, como si su broma me hubiera hecho gracia—. Supongo que no me importas tanto —añadí dirigiéndome a Lázaro. Me abroché el cinturón y me giré hacia la ventanilla para dejar claro que no me pensaba mover de mi sitio y que tampoco le iba a prestar atención.

El tío mierda se rio entre dientes mientras se sentaba a mi lado. La azafata desapareció de mi vista y nos dejó solos. Tras unos eternos minutos de silencio, comenzaron las asistentes de vuelo con las indicaciones de seguridad. Lázaro intentó decirme algo, pero lo callé con un gesto. Siempre me ha gustado escuchar las explicaciones de la tripulación, da igual las veces que haya volado.

Cuando por fin el avión despegó y se suponía que ya podíamos soltarnos los cinturones, el actorcillo estúpido que tenía sentado a mi lado se giró hacia mí.

—Quería hablar contigo —empezó—. En cuanto a lo de ayer….

Interrumpí su discurso con tan solo enseñarle mi dedo corazón.

—Intento recordar la última vez que fui a algún sitio y no estabas tú… Espero que no tengas intención de seguirme hasta mi casa, porque de verdad que estoy deseando perderte de vista.

Me quité las zapatillas, cogí la manta que me correspondía, tumbé mi asiento y me acomodé de espaldas a él.

—Nico, ¿podemos hablar un momento como adultos?

—Creo que no. —Lo miré por encima del hombro—. Corro el peligro de confundir las cosas y colgarme de ti… Tssss. —Chasqueé la lengua para dejar claro el tono irónico, por si era tan imbécil como parecía y no lo pillaba.

—No quería decir eso, Nico. ¿De verdad no me vas a dejar disculparme?

Sin variar ni un milímetro mi posición, volví a enseñarle mi dedo corazón por si no lo había visto bien.

Saqué el antifaz de mi bolsa y me lo puse. Si conseguía dormirme, el viaje pasaría mucho más rápido. Eso quería: perder de vista a ese gilipollas y llegar a casa.

CAPÍTULO 10

DEJA DE MIRARME



Nico llevaba dos horas y media, aproximadamente un tercio del vuelo, dormido. O fingiéndolo, que para el caso era lo mismo. No se había movido ni un milímetro. Nada de esas cosas que pasan en las películas como que se gira en sueños y se abraza a mí. Ni de coña. Creo que, si hubiera podido levantar un muro entre nosotros, lo habría hecho. No se me ocurría cómo arreglar la cagada del día anterior. Reconozco que no estuve muy acertado, pero no me parecía para tanto, la verdad. Fue un comentario sin más, tampoco había por qué tomárselo así, éramos adultos.

Estábamos demasiado cerca como para evitar su olor. Me recordaba a la noche pasada. Qué manera de joderlo todo. Que había química, o *feeling*, o como quieras llamarlo, entre nosotros era un hecho. Me había puesto nervioso, como si no fuera posible que algo tan bueno me estuviera pasando a mí. Todavía me costaba acostumbrarme a mi nueva condición de actor de moda y situaciones como estar en una cama de hotel con el tipo de Calvin Klein en pelotas besándome me superaba. Mucho. Muchísimo. Me superaba por todas partes. De todas las formas que podía haber reaccionado, elegí la peor, soy consciente. Y ahí, en ese avión, no tenía ni puta idea de cómo arreglarlo.

Los asistentes de vuelo comenzaron a repartir la cena y una de ellas se acercó previamente a despertar a Nico. Él farfulló algo que no entendimos bien, pero se incorporó medio dormido y colocó su asiento correctamente. Yo hacía enormes esfuerzos por ignorarlo, por no mirarlo directamente, pero estaba tan guapo con esa cara de sueño y el antifaz en la frente, justo como la noche anterior, que no podía evitarlo. Parecía más joven todavía de lo que ya era. Según Wikipedia, acababa de cumplir veinticinco años, aunque en ese momento no aparentaba más de veinte o veintiuno. Yo tenía treinta y tres, la diferencia de edad entre nosotros era considerable, aunque no insalvable.

Subió los pies al asiento y se sentó a lo indio. Aunque las butacas de primera clase eran amplias, jamás habría pensado que le cabrían esas piernas kilométricas dentro del sillón. Se desperezó con todo el cuerpo y luego se quitó el antifaz de la frente y lo dejó bajo su culo.

Sin dedicarme siquiera un vistazo, se inclinó hacia delante, cogió una revista de las que deja la tripulación para los pasajeros y me la estampó en el pecho.

—Búscame ahí, si quieres, pero deja de mirarme —soltó con su tono más borde.

—No te estaba mirando —me defendí de un modo nada convincente, porque, para mi bochorno, llevaba un rato sin poder apartar la vista de él.

—No, claro que no. —Se rio entre dientes y se volvió a desperezar.

Y yo maldije interiormente sus aires de superioridad y su belleza sobrehumana. A ver, que yo era un adulto, no debería ser difícil evitar mirarlo, ¿no? Uno podría pensar eso, pero sí lo era, su cara tenía algo hipnótico.

En ese momento, nos sirvieron la cena y me sentí aliviado, sería fácil concentrarme en mi bandeja y no prestarle atención. Pues no, no fue fácil. Hasta la forma en que apretaba la mandíbula al masticar era sexi. Sin girarse hacia mí, y sin soltar el tenedor, levantó la mano hasta su cara y me volvió a enseñar el dedo corazón.

—Si no dejas de mirarme, te vas a meter la comida en la oreja —dijo sin levantar la vista de su plato.

—Eres un prepotente —le solté—. No te estaba mirando a ti, estaba mirando por la ventanilla.

—Claro. —Asintió a la vez con la cabeza como si estuviera aguantando la risa el muy cabrón.

—Supongo que, si tanto te molesto, ya no vendrás al estreno de Madrid —insinué como si yo no quisiera que viniese, aunque lo que pretendía era tantear si todavía pensaba hacerlo. Quería una excusa para volver a verlo. Si no venía al estreno, me parecía poco probable coincidir con él de nuevo una vez bajáramos del avión, y más en el plan que estaba él.

—Oh, sí que voy, te lo aseguro. Ya se lo he dicho a mi acompañante, no voy a retirar ahora la invitación…

—Pero si es tu madre —confirmé que lo sabía para dejarle claro que no me ponía celoso hablando de «su acompañante».

Soltó una carcajada enorme con toda la boca abierta. Se tuvo que poner la mano delante de la cara para que no se le cayera la comida. Varios pasajeros se giraron a mirarlo por el escándalo. Cuando se calmó un poco, tragó lo que tenía en la boca y siguió riéndose.

—No sé de qué te ríes —me indigné, intuía que se estaba riendo de mí, pero no entendía por qué, al fin y al cabo, el que había intentado darme celos era él—. ¿Acaso no es verdad? ¿El nombre que le diste a Mina es o no es el de tu madre?

Asintió con la cabeza sin dejar de reírse.

—A ver, Lázaro, cariño —soltó en tono condescendiente—, me dijiste ayer que no querías que me pillara de ti, y ahora resulta que has investigado a mi acompañante… ¿No serás tú el que se está colgando de mí, corazón?

—¡Investigado! —me defendí—. Pues no flipas… En tu página de Wikipedia pone «nombre completo: Nicolás Andújar Sapena, padres: Samuel y Estrella». Yo a eso no lo llamaría investigación… Es algo bastante fácil de averiguar.

Se giró hacia mí luciendo dientes y hoyuelos.

—La cuestión es… que yo no he consultado tu página de Wikipedia. Tú la mía sí.

Respiré hondo cuando me acercó un poco su cabeza.

—Yo no te he buscado en redes, ni siquiera he visto las fotos de la piscina… —me dijo—. Y tú has visto hasta las que me hicieron en el parque con Caleb. ¿Quién crees tú que parece estar pillándose de quién?

—No creo que sea para tanto —me defendí—. Esas fotos es casi imposible no verlas, están en todas partes… Y lo de Wikipedia, no sé, era curiosidad…

Noté que mi cara se empezaba a poner roja y él acercó más la suya. Apoyó la frente en mi sien muy suavemente y rozó mi mejilla con su nariz.

—Laza —murmuró.

Yo cerré los ojos y creo que gemí sin querer.
—Dime —farfullé, pero no sé si llegó a oírse.
Sus labios rozaron un poco mi oreja cuando me susurró muy bajito:
—Eres un imbécil.

CAPÍTULO 11

CHISPAS



Volví a mi posición en mi asiento muerto de risa y el muy capullo parecía indignado. En ese momento, una auxiliar de vuelo se llevó nuestras bandejas.

—Eres un crío —me atacó en cuanto estuvimos solos de nuevo.

—Lo que tú digas —acepté con tranquilidad—, pero yo no me he empalmado —aventuré sin haber siquiera echado un vistazo.

—Yo tampoco —mintió como un perro y yo llevé una mano a su entrepierna para comprobarlo. Y mentía. Mentía todo lo que se puede mentir en ese aspecto. No se quejó ni me apartó, solo dio un respingo de la impresión. Uno él y otro su amiga, la que estaba bajo mis dedos.

Me reí entre dientes y le di un leve apretón antes de soltarlo. Él me miraba sin dar crédito.

—¿A qué ha venido eso?

—Solo quería comprobarlo. —Me encogí de hombros—. Está claro que tenía yo razón. ¿Por qué mientes, Lázaro? —Chasqueé la lengua—. Qué feo está eso…

—Insisto: eres un crío —lo soltó con tan mal rollo que me recordó por un momento a las palabras de Caleb cuando había usado la diferencia de edad como argumento para romper lo que teníamos.

Forcé una sonrisa para que ese imbécil no pensara ni por un momento que sus palabras me habían tocado.

—Ahí llevas razón —asentí calmado—, supongo que comparado contigo, que debes de estar rozando los cuarenta, soy un crío. —Me preparé para su respuesta porque, aunque era evidente que debía de rondar los treinta, sabía que le tocaría la moral mi comentario.

—No sé qué puto problema tienes —parecía que empezaba a mosquearse en serio—, pero sí creo que te estás comportando como un crío. O no me hablas o me dices cosas para picarme. ¿De verdad no ves lo infantil que es esto? Entiendo que estés molesto por lo de ayer, mi comentario no fue el más acertado, pero podemos hablar y comportarnos como adultos, ¿no?

—No —contesté con una sonrisa mientras me ponía los auriculares de mi teléfono y subía el volumen de la música lo suficiente como para que le quedara claro que no era un farol, ya no lo escuchaba.

Lo vi resoplar y me reí entre dientes. Luego me conecté a la wifi del avión y entré por enésima vez ese día en la aplicación de mensajería y la actualicé varias veces seguidas. La cerré y la volví a abrir por si acaso, pero no, sin novedad. Ningún mensaje de Caleb. No había sabido nada de él desde el encuentro del parque. Respiré hondo y me esforcé en concentrarme en otra

cosa. Ya había llorado suficiente la noche anterior, era adulto (pese a lo que opinara el imbécil que iba sentado a mi lado), no iba a llorar en público por una ruptura.

Entré en mi cuenta privada de Instagram y perdí bastante tiempo viendo publicaciones e historias de mis amigos y hermanos. Tanto que mis auriculares se quedaron sin batería. Me los dejé puestos igualmente para que el imbécil a mi lado no me molestara, aunque volvía a oírlo perfectamente. Me llegaba todo el tiempo el calor y el olor de Lázaro. Me daba puto asco, me caía tan mal que ya ni me ponía cachondo. Bueno, igual un poco, pero involuntariamente. Seguía estando buenísimo y era guapo a rabiar, pero era tan gilipollas… Pero TAN gilipollas…

Me saltó de pronto una notificación de Instagram a mi cuenta privada, a la carpeta de solicitudes de mensajes, junto con una petición de amistad, o de seguimiento, o como se diga en Instagram.

@YOSOYLAZAROSOSA

¿Hablamos?

@NICO3D4

No.

¿Cómo sabes cuál es mi cuenta? ¿Me estás espiando el móvil por encima del hombro? ¿Tan vacía está tu vida?

@YOSOYLAZAROSOSA

Llevas dos horas entre Instagram y WhatsApp, no ha sido difícil.

@NICO3D4

Como lo de la Wikipedia, eres un acosador… ¿Te aburres mucho o es que te resulto muy interesante?

@YOSOYLAZAROSOSA

¿Podemos hablar en serio? ¿Cara a cara? Estamos apenas a 20 cm de distancia.

@NICO3D4

Prefiero ni oírte… Ni verte, ya que estamos.

@YOSOYLAZAROSOSA

¿No me vas a aceptar la solicitud? ¿Qué temes que encuentre en tu perfil? He visto que tú sí me sigues a mí.

@NICO3D4

Desde hace tiempo, cuando pensaba que eras buen actor.

@YOSOYLAZAROSOSA

La calidad de mi trabajo no ha cambiado. De hecho, dudo mucho que hayas visto alguna de mis películas desde que nos conocemos. No te ha dado tiempo material.

@NICO3D4

Vale, eso es cierto. Sigues siendo buen actor. Eres tan bueno que hasta me había creído que eras un tío interesante y no un cretino.

Lo oí reírse entre dientes.

@YOSOYLAZAROSOSA

¿Cretino? Igual tienes más años de los que pensaba…

@NICO3D4

¿Tu madre sabe que le ha salido un hijo tonto? ¿Te lo diagnosticaron de pequeño o le vas a dar la sorpresa un día de estos?

@YOSOYLAZAROSOSA

Deja tranquila a mi madre, yo no estoy bajo sus faldas… No me la llevo a los estrenos.

@NICO3D4

¿Y a quién te llevas tú a los estrenos?

@YOSOYLAZAROSOSA

A alguna amiga, algún ligue… Según el momento.

@NICO3D4

Pues qué triste me parece que le quites un momento así a la única persona que puede estar orgullosa de ti, además para llevar a alguien a quien no consideras ni lo suficientemente importante como para llamarlo «pareja». Muy triste, Lázaro. ¿Le quitas a una madre la oportunidad de presumir de hijo por la posibilidad de echar un polvo? Qué lástima me dan tus prioridades…

Lo noté revolverse en su asiento, creo que mis palabras le sentaron regular.

@YOSOYLAZAROSOSA

¿De quién esperas ese mensaje de WhatsApp que no llega?

Cambió de tema descaradamente y sin venir a cuento.

@NICO3D4

Deja de espiarme.

Cómprate una vida, seguro que tienes dinero para eso desde que paras meteoritos.

@YOSOYLAZAROSOSA

¿Por qué lo de «3d4»?

Volvió a cambiar de tema. Intuí que no le hacía mucha gracia recordar el cambio de rumbo en su carrera.

@NICO3D4

Porque me sale de los huevos.

@YOSOYLAZAROSOSA

Gran argumento.

@NICO3D4

¿Verdad? Ya sé que te encantaría probar lo que me sale de los huevos, pero te vas a quedar con las ganas…

Lo oí atragantarse con su propia saliva y empezar a toser.

@NICO3D4

¿Lo de ahogarte es una estrategia para que te haga el boca a boca? Ya es la segunda vez que te pasa, estoy empezando a sospechar que lo haces adrede…

@YOSOYLAZAROSOSA

¿Eso ha sido una insinuación sexual?

@NICO3D4

Tus ganas.

@YOSOYLAZAROSOSA

Creo que anoche quedó claro que ganas tenemos los dos.

@NICO3D4

Ya te gustaría.

@YOSOYLAZAROSOSA

¿Acabar lo que empezamos ayer? Claro, y a ti también.

@NICO3D4

Si hubiera querido, lo habría hecho en vez de echarte a patadas de mi habitación.

@YOSOYLAZAROSOSA

Fuiste demasiado impulsivo, podrías haberme callado la boca de alguna otra manera más creativa.

Joder, menos mal que seguía sentado a lo indio y con la manta cubriéndome las piernas, porque me empalmé al momento al imaginarme haciéndolo callar con esa mamada con la que había fantaseado solo un par de noches antes. Una ola de calor se generó dentro de mi cuerpo y me dio la impresión de que salía de mí a modo de onda expansiva. Era imposible que él no lo

hubiera notado. Incluso vi probable que lo percibieran el resto de pasajeros. Creo que hasta me temblaron un poco los dedos, pero por nada del mundo quería que él se diera cuenta. Si se ponía en plan cerdo, yo podía serlo más.

@NICO3D4

¿Qué estás deseando que te meta en la boca, Lázaro?

Luché por no mirarlo ni de reojo cuando lo oí gruñir un poco y revolverse en su asiento.

@YOSOYLAZAROSOSA

Estás jugando con fuego, Nicolás…

@NICO3D4

¿Tú crees? Me parece a mí que no llegas ni a chispa, fantasma.

Me agarró entonces la muñeca y, del cortocircuito que sentí, se me cayó el teléfono al suelo, y eso que lo tenía en la otra mano. Me giré a mirarlo muy cabreado y vi las chispas en sus ojos, juro que las vi. Demasiada energía brotaba de dentro de mí y pugnaba por salir al exterior. Fuego. Llamas que me quemaban vivo y yo necesitaba calmarlas de alguna forma. Me debatía entre darle una hostia o un morreo.

Me salvó la luz de los cinturones de seguridad que indicaba que nos preparábamos para el aterrizaje. Me agaché para recuperar mi teléfono que, por suerte, seguía intacto. Menos mal que no se había roto la pantalla, no habría sido la primera vez.

No volvimos a dirigirnos la palabra, y ni siquiera la mirada, en lo que quedaba de vuelo. Tampoco al aterrizar en Barajas. Yo salí corriendo para coger el enlace a Valencia y él… Pues no tengo ni puta idea de a dónde iba, la verdad. Y no me importaba una mierda.

CAPÍTULO 12

EN CASA



Llegué a casa casi a las tres de la madrugada. No había avisado del cambio de vuelo y no me esperaban hasta el día siguiente. Todos dormían, lógicamente. O eso supuse, preferí no agudizar el oído por si los escuchaba hacer algo de lo que no me apetecía enterarme, la verdad. No habría sido la primera vez. El dormitorio de mis padres estaba en el piso de arriba, era un dúplex raro, y los nuestros abajo. Pasé por el que había sido el cuarto de los gemelos y que ahora era un dormitorio de invitados y no me apeteció nada quedarme ahí. Para dormir solo, ya tenía los hoteles. Entré en la habitación que había compartido con Manu durante unos quince años de mi vida y lo encontré profundamente dormido. Las dos camas que habíamos usado durante nuestra adolescencia habían sido sustituidas por una enorme cuando yo empecé mi carrera como modelo y me marché de casa.

Me quité la ropa que llevaba y le cogí una camiseta de un cajón. La primera que pillé. Con todo el sigilo del mundo, me metí en la cama con él. Y me sentí en casa. Por un momento, volví a todas esas noches de niños en las que Manu había tenido miedo y se había metido en mi cama. La diferencia era que ahora éramos mucho más grandes, aunque, bueno, la cama también lo era.

Se giró medio dormido y entreabrió los ojos. Sonrió con toda la cara al verme.

—Tete —murmuró casi en sueños—. Estás aquí.

Y se abrazó a mí con todo el cuerpo, como cuando era pequeño. Yo no podía ni moverme, pero me dio igual. Le devolví el abrazo y me quedé así. Porque hacía casi dos meses que no pasaba por casa. Porque no recordaba la última vez que alguien me había abrazado solo por cariño. Y porque no sabía cuánto necesitaba ese abrazo hasta que lo recibí.

Me despertaron el olor a café que llegaba de la cocina, los rayos de sol que se colaban por la ventana y los brazos de mi madre rodeándome por la espalda. Mi hermano ya no estaba en la cama, así que fue fácil soltarme de ella y girar sobre mí mismo para verla de frente.

—Buenos días, princesa —murmuré intentando despertarme del todo.

—Buenos días, cielo, ¿cómo no nos dijiste que volvías? Hubiéramos ido a por ti al aeropuerto. —Me pasó una mano por el pelo y por la cara.

—Pues por eso —sonreí—. El avión llegaba muy tarde, no hacía falta que fuerais a esas horas. Además, ¿y la sorpresa de encontrarte aquí esta mañana a tu hijo preferido?

—Tssss, tus ganas, chaval —soltó Manu desde la puerta ya duchado, vestido y con una taza en la mano—. El preferido soy yo, que aún vivo aquí. Además, que el favorito siempre ha sido el

pequeño, es un clásico. —Sonrió porque no podía ocultar lo que le gustaba verme allí.

—Levántate y sal a desayunar con tu padre y tu hermano antes de que se vayan. Luego, si quieres, te vuelves a acostar —susurró mamá. Después se puso de pie y fue hasta la puerta. Me sonrió antes de salir de la habitación—. Me alegro de que estés en casa, cielo.

—Y yo, mamá. —Le sonreí de vuelta—. Ahora salgo, déjame que mire si tengo algún mensaje.

Me dejó solo en el dormitorio y yo, sin bajar de la cama, busqué mi móvil en el bolsillo del pantalón que había dejado tirado por el suelo la noche anterior.

Joder si tenía mensajes. Lo primero que abrí fue el WhatsApp y sí, por fin tenía un mensaje de Caleb, aunque no era lo que esperaba, o lo que quería. Ninguna de las dos cosas, vaya.

CAL

Has sido rápido. Esto solo me confirma que tenemos velocidades diferentes. Yo solo quería coger un poco de distancia, pero tú has llegado demasiado lejos.

Adiós, Nicky.

No, mierda, joder, ¿qué pasaba ahora?

NICO

¿Qué pasa? ¿Por qué dices eso?

Pero ese mensaje no llegó a su destino. ¿Tendría el teléfono apagado o me había bloqueado? Entré en mi cuenta personal de Instagram y busqué su perfil. Ni rastro. Ahí estaba mi respuesta: bloqueado. De puta madre. No estaba seguro de querer saber qué coño había pasado. Estaba ya demasiado harto de todo.

Decidí dejar el móvil en la habitación y salir a desayunar con mi familia.

Mi padre se quitó las gafas de leer y se levantó de su silla en cuanto puse un pie en la cocina.

—Perdone, ¿nos conocemos? ¿Qué hace usted en mi casa? —preguntó.

—Hola, papá. —Sonreí y me acerqué a él.

—¡Ah, Nico, hijo! Te he reconocido por la voz, por el teléfono, ya sabes. Es que vestido no te ubico, piensa que te veo todos los días en calzoncillos en la Gran Vía… ¿No te pagan lo bastante para comprarte ropa? ¿Necesitas dinero?

Me reí y tiré de él para darle un abrazo.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien? —susurró antes de que nos separáramos.

—Sí, todo bien —aseguré.

—Genial, pues entonces voy a darte una lección sobre la vida, ven aquí. —Se volvió a sentar donde estaba antes de mi aparición y dio un par de palmaditas en la silla que quedaba vacía junto a él.

—Venga, papá, ¿qué pasa? —Me reí mientras cogía la infusión que me tendía mi madre. Luego me senté al lado de él.

—A ver, hijo número tres, que yo mejor que nadie sé que hay veces que el instinto o el deseo

te pueden nublar el conocimiento, pero deberías saber ya, con todo lo que viajas, que en los aviones hay aseos con pestillo… —Desbloqueó la tablet que estaba mirando cuando yo había entrado—. Así que, si sientes la irrefrenable necesidad de tocar genitales ajenos, intenta hacerlo en un lugar más privado.

Me mostró la pantalla y con ella una foto en la que yo le estaba haciendo justo eso a Lázaro. Joder.

—Mierda, era una broma. —Apoyé el codo en la mesa y me tapé los ojos con la mano.

—Ah, no, no, míralas bien, que no tienen desperdicio…

—No quiero —gimoteé como un niño pequeño.

Mamá se sentó a mi lado y se agarró a mi brazo como para infundirme valor, supongo. Manu se colocó detrás de mí y se apoyó en mi hombro.

Papá empezó a pasar fotos y… Bueno, pues eso. Yo susurrándole cosas a Lázaro al oído y él poniendo unos caretos que no ayudaban nada, la verdad. Las del manoseo genital… En fin, todo lo que había pasado en ese avión documentado y sacado de contexto.

—¡¿Quién puede hacer algo así, joder?! —protesté.

—¡Tú! —contestó mi padre alzando bien la pantalla por si yo me había perdido algún detalle.

—Digo las fotos… ¿Quién se dedica a estar pendiente de las vidas ajenas?

—El caso, Nico, es que, te guste o no, eres una figura pública. No puedes darles motivos, no puedes ponerles estas situaciones en bandeja…

—¡Estábamos en un avión! ¡En primera clase! ¡¿Ahora los *paparazzi* viajan en primera?!

—Eso es lo de menos, hijo, y lo sabes…

Resoplé y me dejé caer hacia atrás en la silla.

—¿Y Caleb? —me preguntó a un volumen bastante bajo.

—Se ha terminado. —Negué con la cabeza.

—¿Qué tienes con este chico? —Señaló la tablet con la cabeza.

—Nada absolutamente —suspiré—. Ni siquiera somos amigos…

Mi padre se puso de pie y le hizo un gesto a Manu.

—Nos vamos a currar, luego te veo, hijo. —Se apoyó en mi hombro y se inclinó a besarme la cabeza—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Nico —añadió mientras me revolvía un poco los rizos.

Yo asentí antes de extender los brazos sobre la mesa y hundir la cabeza en ellos.

—Cielo, papá tiene razón —susurró mi madre cuando nos quedamos solos.

—Ya lo sé, mamá —suspiré.

Ella me cogió la mano y me la estrechó.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó con ese tono suyo tan dulce y yo negué con la cabeza como respuesta. Solo quería que se me tragara la tierra, pero eso no iba a decírselo—. Vale, pues voy a trabajar un rato, estaré en mi despacho. Si necesitas lo que sea, me avisas. Incluso si quieres que hagamos algo porque prefieres no estar solo, no tienes más que decirlo y me tomaré el día libre.

—No, tranquila, voy a intentar solucionar un par de cosas. Luego te veo.

CAPÍTULO 13

UN CRÍO



Amanecí demasiado temprano para lo tarde que me había acostado. Fui hasta el salón del piso que compartía con mi amiga Meri en Madrid. No Mary, la versión anglosajona de María, no: Meri, diminutivo de Emérita. Ese era un secreto que pocos aparte de mí conocían. Y, por mi propia seguridad, así debía seguir. Allí era donde llevaba viviendo desde hacía años, cuando me dedicaba al teatro y al cine independiente y, aunque en ese momento, tras mi reciente éxito, ya me podía permitir más que sobradamente vivir por mi cuenta, todavía no había decidido dónde quería hacerlo y qué tipo de casa comprar o alquilar, o lo que fuera. Y compartir piso con Meri me gustaba mucho, eso era lo más importante.

La noche anterior, justo cuando estaba a punto de dormir, vi las fotos que nos habían hecho en el avión. Me cagué en el niñato rubio que me había puesto en esa ridícula situación. En contra del buen criterio y la sangre fría que acostumbro a tener para esas cosas, le escribí un mensaje en pleno apogeo de mi mal humor.

@YOSOYLAZAROSOSA

Supongo que habrás visto las fotos.

Espero que te hagan mucha gracia, porque, lo que es a mí, ninguna.

Intento entender en qué estabas pensando para hacer esa gilipollez.

Eres un crío.

No obtuve respuesta. Ni siquiera los vio. Y así seguía por la mañana. Ni los había leído. Igual me estaba evitando deliberadamente.

Encontré a Meri monopolizando la mesa del comedor con su máquina de coser y millones de telas. También había utensilios de costura de todo tipo, así como patrones y más cosas que no llegué a identificar.

—¡Pero bueno! —gritó al verme aparecer—. ¡Si está aquí el hombre del momento! —Se levantó de su silla y vino corriendo hacia mí sujetando las tijeras como si fueran un micrófono—. Cuéntenos, por favor, los espectadores desean saber: ¿cómo es eso de que te masturbe en un avión el tío más atractivo y más deseado del mundo?

—No me mast… Ya sabes que yo no haría algo así —protesté y la obligué a bajar las tijeras

como si realmente fueran algún tipo de receptor de sonido—. No pasó nada más que lo que se ve en las fotos, y está sacado de contexto. Era una gamberrada, es un niñato —resoplé.

—Tienes mucho que contarme, me parece. —Tiró de mi mano y me obligó a sentarme con ella en el sofá.

—Podré tomarme un café o algo primero, ¿no? Vamos, digo yo…

—Venga, vale, hay café hecho. Me vas contando mientras te lo tomas. No te dejes nada, quiero pelos y señales desde la primera vez que lo viste.

Me siguió hasta la cocina y escuchó atentamente todo lo que le fui relatando mientras me tomaba el café. Le conté todo lo que había pasado con él desde el momento que lo conocí y hasta que nos separamos tras bajar del avión.

—En conclusión —dije para dar por terminada la historia—, que lo mismo parece un tipo superprofesional que un crío absurdo… No hay quien se aclare con él.

—Mira, Laza, las cosas como son: con esa cara y ese cuerpo, el chico puede ser lo que quiera… Vaya, que yo se lo perdonaba todo.

—Pues igual ese es el rollo, que es un crío mimado y está acostumbrado a hacer lo que le da la gana, no sé.

—Ay, yo me estaba haciendo ilusiones ya, os veía juntos. Estaba pensando en qué vestido hacerme para la boda… ¿Has visto las fotos? Hacéis tan buena pareja…

—Pues guarda los patrones, que ya te digo que después del estreno del viernes, no pienso volver a verlo. —Bufé—. Y sí, claro que he visto las fotos. Todas las fotos he visto.

—Bueno, esto te está dando publi…

—Tengo trabajo de sobra, no necesito este tipo de publicidad —gruñí.

—Vale, ¿qué sabemos de él? —preguntó mientras cogía el ordenador portátil que descansaba en la mesa de la cocina—. Ni-co-lás-An-dú-jar —vocalizó mientras tecleaba y consiguió un resoplido de mi parte como respuesta.

—No me interesa nada que puedas averiguar de él… —mentí, aunque juro que yo pensaba que era cierto.

—Fotos contigo, fotos contigo, fotos contigo… Las de Central Park con el chico ese tan mono…

Una punzada de celos (pequeñita, diminuta, casi inexistente) me atravesó al recordar las imágenes del parque, las únicas que le habían hecho en los últimos días en las que no estaba conmigo. Me acordé también de cómo lo había visto entrar una y otra vez en Whatsapp, cuando estaba sentado a mi lado en el avión, esperando un mensaje que no llegó. Seguro que de ese chico. No me costó empatizar con él, pese a mi mosqueo, y traer de vuelta ese sentimiento de abandono. De estar enamorado y no ser correspondido, de esperar un mensaje o una llamada que nunca llega…, pero sin perder la esperanza. No, definitivamente no echaba nada de menos ese sentimiento.

—¡Ostras! —interrumpió Meri mis pensamientos—. Que la peña ha hecho reportajes y todo. Hay un youtuber de esos que tienen tropemil seguidores que se ha marcado un vídeo de casi media hora. Ninfodoro se llama, ¿te suena?

—Primera vez que lo escucho —confesé.

—Pues tiene casi un millón de seguidores… A ver qué dice…

Meri pulsó el botón de reproducir y una intro de colores chillones y música histriónica inundó la pantalla de su portátil. Por suerte, duró apenas unos segundos y al momento apareció un chico ante un escritorio con un micrófono. Tendría veintipocos años y llevaba el pelo, corto y

un poco de punta, teñido de todos los colores del arcoíris.

—*Hola, mis nínfulos* —comenzó a decir—. *Bienvenidos un día más a mi canal. Sé que estabais esperando este vídeo como el que espera un mensaje de su* crush *tras una noche de sexo épica, porque sí, porque lo que ha ocurrido en los últimos días con Nicolás Andújar hay que comentarlo. Y yo no podía dejar de pasarme por aquí para contároslo todo a los que no os habéis enterado y daros mi opinión a los que habéis seguido esta historia desde el minuto uno, porque ya sabéis que, en este canal, Nicolás Andújar es el dios al que se reza.* —La imagen cambió en ese momento para dar paso a una secuencia de escenas, en blanco y negro y acompañadas de música de iglesia, en las que el mismo chico salía en diferentes poses de oración frente a posters de Nico. No pude evitar una media sonrisa, el chaval era ridículo pero gracioso. Al momento volvió la imagen de él frente al escritorio—. *Empezaremos por el principio, para mis nínfulos más despistados que hayan estado en un búnker la última semana y no se hayan enterado de lo que pasó en la gala que se celebró en Nueva York hace unos días. No sé ni de qué era la gala, pero me da igual. Lo que sí importa es que ahí aparecieron las primeras fotos de nuestro querido Nicolás Andújar* —corte de vídeo muy breve para volver a mostrar una imagen como las anteriores de él rezando ante un póster y con el mismo tipo de música— *con el actor Lázaro Sosa. ¿Y quién es Lázaro Sosa?, os preguntaréis algunos… Pues, para quien no lo conozca, aparte del cabrón más afortunado del planeta ahora mismo, es un actor que, por lo visto, acostumbraba a salir en películas de bajo presupuesto, pero acaba de dar el salto a Hollywood por todo lo alto. Es el tipo de mirada sexi y sonrisa imposible* —Meri soltó una carcajada y me dio un codazo— *de la peli* Colisión inminente*, que se estrenó hace apenas un par de meses, y de la comedia romántica* En mis mejores sueños*, que la tendremos en los cines la semana que viene. Desde aquí hago un llamamiento a la productora de la película o a quien organice el evento del estreno para que me inviten. Necesito ir a ese estreno y comprobar todo con mis propios ojos… No sabemos si irá Nicolás Andújar, pero tiene toda la pinta, ¿no? En cualquier caso, Lázaro Sosa seguro que va. Para quien no lo conozca, es este de aquí* —tal como lo dijo y señaló al aire, apareció una foto mía superpuesta a su imagen durante apenas un par de segundos—. *¿Que es guapísimo? Sí es. ¿Que lo envidiamos profundamente porque todos querríamos haber estado con Nicolás Andújar en esa fiesta y, sobre todo, en esa piscina? Así es, lo envidiamos como las perras malas que somos. Bueno, en realidad no, la verdad es que los* shipeamos *lo más grande, aunque no nos han dado ni un mísero besito con el que fantasear. Pero ¿es posible no* shipearlos *con esas fotos? ¡¿Habéis visto esas miradas?!* —chilló como un loco y a continuación se superpuso una de las fotos de la piscina, la más sugerente de todas, la verdad—. *¡Esas miradas!* —Volvió a chillar con la imagen de sí mismo ya de vuelta—. *¡¿Quién no querría estar ahí?! ¡¿Quién no quiere ser Lázaro Sosa?! ¡Todos somos Lázaro Sosa!* —Levantó una mano como si estuviera haciendo un juramento y apareció superpuesto el texto *#todossomoslazarososa*. No pude evitar una carcajada, el chaval era gracioso, la verdad. Había conseguido que se me pasara un poco el mosqueo con el que había amanecido—. *A ver, que esto es lo más fuerte que ha pasado con respecto a Nicolás Andújar desde el comienzo de su carrera. Que si no sabes cómo fueron sus inicios, tengo un vídeo donde lo cuento todo. Te dejo el enlace en la descripción, para que no te lo pierdas…*

—Dale a ese vídeo, que de este ya hemos visto bastante —le pedí a Meri.

—¿Sí? ¿No quieres saber qué más dice de ti?

—No, me da igual, dale al vídeo ese que ha dicho.

—*Luego se publicaron unas fotos de Nicolás en Central Park con el que suponemos que era*

su novio yanki, porque los habíamos visto juntos antes, varias veces… Otro cabrón con suerte. Pero estas imágenes del parque no dan muy buen rollo. ¿Se habrá roto la pareja? ¡¿Habrá sido por Lázaro Sosa?! ¡Por favor! ¡Necesito saber! El que tenga más información que contacte conmigo, tengo dos riñones y, si el salseo es bueno de verdad, vendo hasta a mi herm…

Y ahí Meri cortó el vídeo y comenzó el que yo le había pedido.

—Hola, mis nífulos. ¿Me habéis echado de menos? Hoy voy a hacer un vídeo un poco diferente, porque si bien es cierto que casi todo mi contenido gira en torno a chicos guapos en general, y a Nicolás Andújar en particular, es cierto que a veces llega alguien hasta mi canal atraído por alguno de mis otros vídeos o por mi arrebatador atractivo y no saben quién es Nicolás… ¡¿Es eso posible?! Eso en este canal es ¡¡sacrilegio!! —chilló como un loco—. *No me cansaré de decirlo, por si alguien aún no se ha enterado, en este canal, Nicolás Andújar es el dios al que se reza.* —De nuevo dio paso a las imágenes con la musiquilla eclesiástica que ya había visto en el vídeo anterior, pero que no dejaban de hacerme gracia, la verdad—. *Y ahora ya, metidos en harina, hoy vengo a contaros todo lo que sabemos de nuestro amado Nicolás, o «Nico», como sé que lo llaman en la intimidad y como me gusta llamarlo a mí cuando hablo con él en mis fantasías más perversas…* —Hizo un gesto con la cara de lo más obsceno, pero en su caso resultaba hasta cómico. Me reí sin querer. Prefería no pensar en que yo también había tenido mis fantasías con Nico, aunque yo sí me sentía con derecho a llamarlo así, al fin y al cabo, así se me había presentado al saludarme la primera vez—. *La carrera de Nicolás Andújar y mi obsesión por él comenzaron en el mismo momento* —cogió una revista que tenía en algún sitio fuera de plano y la mostró a cámara—, *con el catálogo de ropa de verano de T&D de hace unas nueve temporadas. Aquí es cuando os explico que en ese momento Nicolás tenía dieciséis años, pero..., pero… PERO… ¡¿Qué son estos dieciséis años?!* —Empezó a pasar páginas de la revista y a resoplar. Las enseñaba a cámara y luego superponía la versión digital para que no nos perdiéramos detalle—. *¿Os parece de este mundo? ¿Alguno de vosotros ha tenido esos dieciséis años? Yo desde luego que no. Pues bueno, como os decía. Este fue su primer trabajo como modelo, y a partir de aquí fue que nuestros destinos se cruzaron… ¿Cómo?, os preguntaréis… No, no nos cruzamos físicamente, si es lo que estáis pensando, solo me crucé yo con este catálogo y comenzó mi obsesión. Yo tenía unos trece años por aquel entonces y estaba muy confuso con todo, así que, podríamos decir que Nicolás Andújar me sacó de mi confusión, del armario y de todas partes… Aunque yo me lo hubiera metido dentro del armario conmigo, ya me entendéis… En fin, a lo que iba, que los dos primeros años hizo poquitas cosas. Aparte de este catálogo, que se convirtió en mi primera biblia y del que conseguí más copias de las que estoy dispuesto a admitir, tuvo algunos trabajitos más, casi todos de fotografía de moda. Ya lo explicó él en una entrevista, tras su primer desfile, cuando acababa de cumplir los dieciocho…*

La imagen se cortó en ese momento para mostrar lo que parecía la fiesta posterior a un desfile de moda. Una reportera con micrófono interceptaba a un jovencísimo Nico que pasaba cerca de ella.

—Perdona, Nicolás, ¿verdad? ¿Nicolás Andújar?

Él se paró de golpe y se giró hacia ella. Iba muy maquillado, como si acabara de bajar de la pasarela, y tenía cara de cansado, pero le regaló su mejor sonrisa, esa que, al parecer, nos volvía locos a todos.

—¿Nos contestarías unas preguntas? ¿Ha sido tu primer desfile? ¿Cómo ha ido? ¿Qué te ha parecido la experiencia?

—Sí, ha sido la primera vez y la verdad es que ha sido muy emocionante. Llevamos meses

preparándolo y ensayando, pero hasta que no estás ahí arriba, con toda esa gente mirando, no sabes en realidad lo que es. Yo vengo sobre todo de fotografía, que es algo muy diferente…

—¿Qué se siente al ser prácticamente un desconocido y que alguien como Claude Devoix te haya elegido como figura principal en su desfile? Se dice además que vas a ser la imagen de su nueva colección.

Él sonrió con timidez, pero de un modo tan sincero que dejó escapar esos hoyuelos que yo ya empezaba a conocer bien.

—La verdad es que es un gustazo trabajar con Claude y la nueva colección es una fantasía, ya lo veréis. Es un lujo para mi carrera que haya confiado en mí para esta nueva campaña…

La imagen cambió de golpe para volver a mostrar al youtuber multicolor.

—Bueno, bueno, bueno… ¡¿Cómo es ese Nicolás Andújar de dieciocho años?! ¿No dan ganas de adoptarlo y llevártelo a casa? —Suspiró y puso ojitos soñadores—. *Es que LO-A-MO. Aunque creo que mi preferida es la entrevista que le hicieron en un desfile de Milán un par de años después, cuando le acababan de nombrar hombre más atractivo del mundo por la revista Memories. Os la voy a poner a continuación, pero tenéis que fijaros en el guiño que le hace a la periodista… ¡¿Cómo es ese guiño?! Dentro vídeo.*

La imagen volvió a unos reporteros entre bastidores tras un desfile, esta vez con un Nico un poco más adulto, por lo que había dicho el chico, debía de rondar los veinte.

—Dinos, Nicolás, ¿qué se siente cuando una revista como Memories te nombra hombre más atractivo del mundo?

—Pues la verdad es que me parece una locura, es un título que hasta ahora no había conseguido ni en mi casa. —Sonrió—. *Es la eterna pelea que hemos tenido siempre mis hermanos y yo. Me alegro de que por fin un medio de renombre me haya dado la razón.*

La reportera soltó una carcajada al tiempo que lo hacíamos Meri y yo, era imposible no hacerlo. Su tranquilidad al hablar, la ilusión en su mirada y su sonrisa lo hacían parecer tanto el inalcanzable hombre más atractivo del mundo como un colega tuyo de toda la vida. En esa entrevista se le notaba mucho más maduro y más seguro que en la que habíamos visto hacía unos segundos.

—Si me disculpas —dijo Nico a la periodista—, *me reclama mi agente*.

—Claro, muchas gracias —contestó ella—, *te deseamos mucho éxito en tus próximos proyectos.*

Y entonces él, justo antes de alejarse, le guiñó un ojo. A continuación, empezó a reproducirse en bucle ese gesto cada vez a cámara más lenta mientras se oía al youtuber hablar del guiño y chillar como un loco diciendo que debería ser ilegal poder guiñar el ojo de esa manera.

Seguimos viendo el vídeo que repasaba toda su carrera hasta que se terminó. Meri cerró el ordenador y se giró hacia mí.

—Lleva currando de modelo desde los dieciséis. En serio y a tiempo completo desde los dieciocho. A los veinte su carrera estaba ya superconsolidada, por eso te parece un tío serio y superprofesional, porque lo es, al menos en el plano laboral. Imagínatelo, viajando desde tan joven para desfiles y sesiones de fotos. Lo que le ha faltado es vida real. Cuando los chavales de su edad estaban de fiesta y estudiando, él estaba comiéndose el mundo entre adultos. A mí me parece normal que de vez en cuando se comporte como un crío, la verdad, le tocó madurar muy deprisa y puede que no lo hiciera del todo…

—Supongo, no sé. —Me encogí de hombros. Lo cierto era que ver esos vídeos habían rebajado bastante el mosqueo que tenía con él, y la reflexión de Meri me parecía de lo más

acertada. Era posible que tuviera razón, le faltaba madurez emocional; en cambio, destilaba seguridad en sí mismo ante los medios con una naturalidad impresionante.

Justo lo contrario que yo.

CAPÍTULO 14

ALCANCE DE DAÑOS



Me arrastré hasta mi antigua habitación y cogí de nuevo mi teléfono. Tenía cientos de notificaciones por varios medios, pero las ignoré todas. Llamé directamente a Álex, mi agente. Si había alguien que era mi puerto seguro en una tormenta, sin duda era Álex. Llevaba trabajando con él nueve años y siempre estaba ahí para mí. Supongo que me había convertido en su mejor representado. En el que más dinero le había hecho ganar, seguro.

—Nico —contestó al primer tono—. Te he estado llamando.

—Lo suponía, aunque ni lo he mirado —confesé—. ¿Alcance de daños? —Cerré los ojos y suspiré.

—Nada, olvídate, te va a venir bien, vuelves a ser *trending topic*.

—No quiero ser *trending topic*. No es ese tipo de fama la que quiero. —Volví a suspirar, porque la verdad era que deseaba con todas mis fuerzas borrar cualquier tipo de fama, volver a salir a la calle y que nadie me reconociera—. ¿Y a Lázaro? ¿Le puede perjudicar de alguna manera? Justo ahora que acaba de dar el salto a Hollywood, igual le supone un problema que parezca que va haciendo esas cosas en público… Joder, era una broma, no sé por qué lo hice. No tengo ni he tenido nada con él, te lo juro.

—Venga, no te atormentes, Nico, no es para tanto. ¿Quieres que mi secretaria le envíe algo de tu parte como disculpa?

—No, claro que no. Tengo que disculparme yo.

—Muy noble por tu parte, pero, si no piensas volver a verlo, no hace falta que pases el mal trago.

—Creo que es lo mínimo que le debo.

—Un gesto que te honra, lo dejo en tus manos entonces —concedió—. ¿Qué tienes pensado? ¿Vas a quedar con él?

—No, ahora le mandaré un mensaje. Ni siquiera puedo llamarlo, no tengo su teléfono… —Me froté la cara—. En cualquier caso, tengo que disculparme antes del estreno del viernes. Ya veré cómo lo hago.

—Puedo conseguirte su número si quieres. Puedo hablar yo con su representante.

—No, olvídate. No quiero llamarlo por teléfono si no es él quien me ha dado el número, no quiero parecer un acosador. No te preocupes, esto lo arreglo yo.

—Como quieras, Nico.

—No paro de darle vueltas… ¿Con cuánto tiempo de antelación cambiaste el vuelo? ¿Horas? ¿Cómo se pudieron enterar tan rápido? ¿Puedes averiguar quién iba sentado delante? Porque esas

fotos nos las han hecho desde el hueco entre los asientos… Vamos, eso seguro.

—Déjame que haga unas llamadas a ver qué puedo averiguar, pero no te atormentes con eso. Ya no lo puedes cambiar, ¿qué más da quién hiciera las fotos?

—Sí que da, joder, ¡claro que da! —Me enfadé.

—Por supuesto, Nico, lo entiendo, no quería decir que no importara.

Sí quería decirlo porque era justo lo que había dicho y ya estaba usando conmigo ese tono condescendiente que me cabreaba tanto, como si yo fuera un crío. Resoplé para no decirle alguna barbaridad.

—Déjame que haga unas llamadas y te cuento en cuanto averigüe algo. —Mi mosqueo le había hecho cambiar el tono y la actitud—. Ocúpate tú de Lázaro si es lo que quieres y yo hablaré con su agente para que me diga si a él esto le puede perjudicar de alguna manera. Y también voy a intentar averiguar lo del avión. Te llamo en cuanto tenga noticias, ¿vale, Nico? Disfruta de la familia, que te has ganado el descanso.

—Espera —me acordé de pronto—, hablando de familia y descanso… Me gustaría pillarme unos días, antes de que acabe el mes, y hacer un viaje con mis hermanos. Los gemelos están en Australia y a Manu y a mí nos gustaría ir a verlos, ¿crees que podría tener un par de semanas libres?

—Mmmm —lo oí rumiar al otro lado y cerré los ojos con fuerza esperando su negativa habitual—. Creo que es posible. Voy a gestionar eso también. Igual con aplazar un par de sesiones sería suficiente. Mientras me tengas informado y yo sepa dónde estás y pueda localizarte, lo veo plausible. Podemos alegar sobrecarga laboral y que tienes que irte a un retiro espiritual o algo…

Lo interrumpí con una carcajada.

—¿Retiro espiritual? Si te escuchan decir eso mis padres, se descojonan.

—Bueno, pero decir eso de cara a los clientes o, en un momento dado, de cara a la prensa queda muy bien. Luego ya tú si quieres te dedicas a emborracharte y ligar o a lo que sea que hacéis los hermanos Andújar cuando os juntáis.

—A saber —suspiré—. Hace tanto que no pasa…

—Bueno, pues quedamos así, Nico. Tú te ocupas de Lázaro Sosa y yo de todo lo demás. Te llamo conforme vaya teniendo noticias.

—Guay, tío, gracias. No sé qué haría yo sin ti.

—Y no quieres averiguarlo. —Se rio al otro lado de la línea.

—No quiero, no. —Le devolví la risa, aunque la mía sonaba un pelín más amarga.

Colgamos la llamada y me quedé mirando mi teléfono apagado. Sabía lo que tenía que hacer, pero no era lo que más me apetecía en ese momento. Abrí la aplicación de Instagram, mi cuenta personal, y leí los últimos mensajes que Lázaro me había enviado, justo la noche anterior:

@YOSOYLAZAROSOSA

Supongo que habrás visto las fotos.

Espero que te hagan mucha gracia, porque, lo que es a mí, ninguna.

Intento entender en qué estabas pensando para hacer esa gilipollez.

Eres un crío.

Respiré hondo algo avergonzado y entré en las solicitudes de mi perfil. Ahí estaba la que Lázaro Sosa me había hecho en el avión y que yo, como el capullo sobrado en el que me había convertido en ese rato, había ignorado. Mi dedo se quedó suspendido sobre el botón de «aceptar». No fui capaz de pulsarlo. En lugar de eso, volví a mi *feed* y miré todas las fotos que había en él mientras me imaginaba que era Lázaro el que las veía. Eran casi todo fotos personales, con mis hermanos, mis primas, mis amigos… Selfis míos haciendo el tonto… En la mayoría, el texto que las acompañaba era alguna gilipollez. Viéndolo en ese momento desde fuera, me dieron ganas de borrar el perfil entero. Parecía un crío y un imbécil. Pero bueno, así me sentía en ese momento, y mis tonterías le habían salpicado a él, así que, qué menos que pasar por el bochorno de enseñarle mi yo más personal y menos elegante. Ese era yo. Ese imbécil era yo.

Volví a las solicitudes y de nuevo me quedé con el dedo congelado sobre el botón. Respiré hondo y cerré los ojos.

CAPÍTULO 15

¿ME PERDONAS?



Sonó una notificación en mi móvil y Meri se inclinó a mirar cuando vio mi cara de sorpresa.

@NICO3D4 HA ACEPTADO TU SOLICITUD

A continuación, el aviso de un nuevo mensaje suyo. Y otro. Y otro. Pero los ignoré todos y entré sin pensar en su perfil. Lo mismo me había aceptado por error y volvía a bloquearme el acceso en breve. Y yo quería ver qué había en ese espacio suyo privado que guardaba con tanto recelo. Supongo que debería haberme dado igual, y más con el mosqueo que llevaba encima con él (bueno, igual ya se me había pasado un poco), pero lo cierto era que me podía la curiosidad. Y que, por mucho que me empeñara y me engañara a mí mismo, no me daba igual.

—Ahora vengo —murmuré antes de levantarme de la mesa.

Fui hasta mi habitación, no tenía muy claro por qué quería estar solo para ver su perfil y leer sus mensajes, pero así era.

Las fotos que encontré eran de lo más normales, de un chico de veinticinco años, extremadamente atractivo, sí, pero todo muy natural. Selfis suyos divertidos, nada que ver con las fotos de estudio que copaban su otro perfil por completo, acompañadas de textos como «mi reino por una tortilla de patatas». Eso ponía en una en la que claramente estaba en una fiesta muy elegante y sostenía en la mano algún tipo de aperitivo imposible de relacionar con algo comestible identificable. Abundaban las fotos en aeropuertos, hoteles, aviones. En casi todas estaba solo y hacía referencia a algo que echaba de menos o que recordaba. Estaba guapísimo en todas, por descontado, pero en las que tenía con su familia y amigos tenía una chispa que no se veía en las otras. En una aparecía con otros tres chicos también muy altos (un poquito menos que él), rubios y con ojos azules, los cuatro con jerséis navideños. ¿Serían sus hermanos? Algo había dicho el youtuber de que dos de sus hermanos tenían un blog de viajes o algo así, no me había quedado con todos los datos. El caso es que, en la foto navideña, Nico no solo sonreía, se le veía feliz.

Miré las etiquetas de la foto.

EN ESTA IMAGEN: @GUILLE2D4 @MANU4D4 @DANI1D4.

Vale, sí, tenía toda la pinta de que eran cuatro hermanos y se habían hecho las cuentas de Instagram así por algún tipo de broma entre ellos. Podían ser amigos o miembros de algún equipo deportivo, pero se parecían tanto que la opción de hermanos me pareció la más plausible.

Había llegado algún mensaje suyo más y decidí entrar a leerlos aun a riesgo de que me volviera a negar el acceso a su perfil.

@NICO3D4

Lo siento mucho, Lázaro.

Tienes todo el derecho del mundo a estar molesto.

Bueno, o cabreado.

O muy cabreado, lo entiendo.

Me comporté como un crío y te pido disculpas.

Espero que esto no perjudique tu carrera o tu vida privada.

Si puedo hacer algo para compensarte, no tienes más que decirlo.

A continuación, llegó un mensaje de voz.

—Hola, Laza. Bueno, igual con esa gilipollez he perdido el derecho a llamarte así. Te mando un audio porque disculparme por mensaje me parece muy frío. Y no tengo tu teléfono. Nada, eso, que solo quería que supieras que lo lamento mucho y que si quieres que diga públicamente que fue cosa mía, que tú no tuviste nada que ver, pues lo hago, no pasa nada… —Su voz parecía más grave y algo temblorosa, hasta nervioso sonaba sexi—. Pues eso, que ya me dices algo. Ahora cuando te mande el audio te apunto mi teléfono en un mensaje por si quieres llamarme para que me disculpe en persona, bueno, todo lo «en persona» que se puede sin que sea cara a cara. O si quieres gritarme para desahogarte, o si me quieres insultar o lo que sea. —Se rio—. Tienes libertad total. Haz conmigo lo que quieras. —Mi cuerpo reaccionó de forma inconsciente a ese comentario—. Joder, cómo ha sonado eso, perdona. De verdad que no sé qué decir para disculparme. Espero que veas que soy sincero y que no he tenido intención de perjudicarte en ningún momento. En fin, que te dejo mi teléfono en señal de buena voluntad.

Ahí se cortó el audio y comprobé que no había mentido, ya tenía en la bandeja de mensajes uno con su número. Lo guardé en la agenda como Nico y lo llamé. No sabía muy bien para qué, pero, al fin y al cabo, el número me lo había dado él.

—¿Lázaro? —preguntó al descolgar.

—Nico —murmuré a un volumen bastante más bajo de lo que pretendía, sonó casi como un gemido sugerente, así que carraspeé un poco antes de volver a hablar—: no estoy enfadado, Nico.

—Ya, bueno, tus mensajes de anoche no opinan lo mismo…

—Anoche sí, estaba muy enfadado, pero esta mañana se me ha pasado un poco. Y luego tu disculpa ha ayudado también. Ya está, Nico. Vamos a dejarlo estar.

—¿Me perdonas? —preguntó con el tono más infantil que le había escuchado hasta la fecha y se me escapó una sonrisa—. ¿Así de fácil? Mira, que, además de lo de las fotos… Bueno, las fotos no fueron culpa mía, yo no sabía nada, pero los tocamientos sí. —Se le escapó una risita

nerviosa—. Lo siento, no tiene gracia. Pues eso, que, además de lo de las fotos, te dije muchas impertinencias. Que no soy quién para juzgar nada, que no es asunto mío lo que hagas con tu vida y que yo no soy ejemplo de nada ni puedo ir dando lecciones a nadie. —Había ido bajando la voz y el final casi ni lo oí.

—Bueno, me diste tu punto de vista y, en algunas cosas, puede que tuvieras razón. Creo que voy a llevar al estreno del viernes a mi madre.

—¿En serio? —Noté la sonrisa a través del teléfono—. Me parece genial, Lázaro, es algo muy bonito, seguro que la haces muy feliz.

—Laza —lo corregí—. Te dije que me llamaras Laza.

—Ya, es que… No sé, como estabas tan enfadado… Además, que me suena demasiado sexi. Escucha: «Laza» —No era mi nombre lo que sonaba sexi, era el jodido tono de voz que usaba al pronunciarlo—. ¿No crees?

—No es el nombre —sonreí—, eres tú.

—¿Tú crees, «Laza»?

Me reí entre dientes.

—Estoy convencido, «Nico».

—Argh, joder, sí, vale cualquier nombre, entonces será mi mente sucia, que me la juega cada vez que pronuncio tu nombre.

Me quedé con las ganas de preguntarle si solo le pasaba al pronunciar mi nombre o si también le pasaba al pensarlo. Quería preguntarle si había pensado en mí como yo había pensado en él, pero me pareció que no era el momento, que nuestra relación era muy voluble (él lo era en realidad) y que me podía salir muy mal el experimento, así que me tragué el comentario y redirigí la conversación hacia otro lado.

—¿Te veré el viernes, entonces?

—Claro, allí estaré, con mi madre. Es muy fan tuya, hemos visto todas tus películas.

—¿Ella es muy fan, pero las películas las habéis visto los dos? ¿Era algún tipo de suplicio para ti?

Soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—Creo que eso ya te lo dije cuando nos conocimos, pero ¿qué más quieres que te diga, «Laza»? ¿Que me encanta cómo actúas? ¿Que me flipaban tus películas y todo tú? ¿Que tuve fantasías adolescentes contigo? ¿Eso quieres?

—Solo si es verdad.

—¿Quieres que lo sea?

Dejé salir el aire de los pulmones.

—¿A qué juegas, Nico?

—Creo que a lo mismo que tú cuando fingiste no saber quién era yo…

Vale, sabía que en algún momento me reprocharía eso, y ya había ocurrido.

—Ya, siento aquello, fue un poco estúpido por mi parte. Estaba muy nervioso, yo no estoy acostumbrado a ese tipo de fiestas como tú.

—Vale, olvídalo. En fin, te dejo, voy a darme una ducha, que me hace mucha falta —soltó en un tono que me resultó demasiado sugerente—. Te veo el viernes, «Laza». Si necesitas lo que sea, tienes mi teléfono.

—Y tú el mío, «Nico». Me ha gustado hablar un poquito contigo. Nos vemos el viernes.

—Hasta el viernes.

—Adiós.

Y me quedé mirando el teléfono apagado con cara de tonto.

Hasta que me lo imaginé metiéndose en la ducha, como me había dicho que iba a hacer, y sentí la imperiosa necesidad de hacer lo mismo. Solo, aunque no me hubiera importado que hubiera sido con él.

CAPÍTULO 16

¿QUÉ QUIERES TÚ?



Tras la ducha, subí a ver a mi madre. La habitación de mis padres ocupaba todo el piso de arriba. En origen no era un dúplex, pero cuando éramos pequeños y empezábamos a no caber en casa, mi padre compró el apartamento que había sobre el nuestro como excusa para que mi madre desconectara de nosotros. En realidad, se montaron un minirrefugio donde podían hacer vida al margen de sus hijos. Lógicamente, cuando éramos niños, no lo hacían; pero sí que durante nuestra adolescencia había veces que nos dejaban todo el piso principal para nosotros. Hasta donde yo vi, al menos, que no fue demasiado. A los dieciocho empecé a viajar por todo el mundo y a vivir en hoteles. Me gusta mi trabajo, pero quizás ahora, si pudiera volver atrás en el tiempo, esperaría un poco más, alargaría lo de vivir todos juntos. Los gemelos se fueron a los veintitrés, ese habría sido un buen momento. Me perdí los últimos cuatro años de todos viviendo como una familia.

Encontré a mi madre en su escritorio, absorbida por su portátil y tecleando sin parar. Levantó la cabeza en cuanto notó mi presencia y la sonrisa le llenó la cara por inercia.

—¿Ocupada?

—Para ti nunca, cielo, con lo poquito que te veo. —Se levantó y vino hasta mí—. ¿Quieres ver una película o que hablemos un rato?

—He llamado a Lázaro para disculparme —reconocí con un suspiro.

—Muy bien, hijo.

Tiró de mí hacia la cama. Desde hacía años teníamos la costumbre de tumbarnos en su cama a ver películas o a hablar de nuestras cosas. Será un topicazo, pero como hijo gay soy lo más parecido a la hija que nunca tuvo. Manu a veces también subía (supongo que, viviendo aquí, todavía lo hace) a hablar con ella, pero en su caso seguro que para lloriquear con el típico dramita de hermano pequeño. El caso es que durante nuestra adolescencia, yo me quedaba aquí con ella viendo el tipo de pelis que no les gustaban a mi padre y mis hermanos, como las comedias románticas o el cine de autor (sí, las de Lázaro Sosa incluidas) y ellos cuatro se quedaban abajo viendo guerras, invasiones extraterrestres y catástrofes terroríficas.

—¿Cómo ha ido? ¿Ha aceptado tus disculpas? —preguntó cuando ya estábamos los dos sentados en la cama y apoyados contra el cabecero.

—Sí, me había mandado unos mensajes muy mosqueado, pero cuando he hablado con él ya casi se le había pasado.

—Eso está bien. —Me quitó un rizo de la cara y me acarició la mejilla—. Y ahora es cuando me cuentas qué tienes con ese chico… Bueno, «ese chico» no, ¡Lázaro Sosa! Con la de películas

suyas que hemos visto… Cuéntamelo todo.

—Pues nada. —Noté cómo me subía la sangre a la cara—. Si ya lo habrás visto todo en las fotos… Lo conocí en la gala esa del otro día y me acerqué a saludarlo intentando no parecer un fan loco acosador, ya sabes que siempre me ha gustado.

—Lo sé, cielo, me acuerdo de las veces que me hiciste ver la peli esa en la que llevaba un pantalón de peto y bajaba del piso de arriba deslizándose por una cadena. —Soltó una carcajada y yo me puse más rojo todavía, pero me contagié de su risa.

—Qué malas son las hormonas adolescentes. —Negué con la cabeza mientras nos reíamos juntos—. Bueno, pues eso, que esa noche yo estaba un poco flipado, porque era Lázaro Sosa. Hizo cosas raras y yo no tenía claro si quería ligar conmigo o que lo dejara en paz. Bueno, no sé, y luego pasaron cosas de lo más inocentes. Te juro, mamá, que en esa piscina no pasó nada más que lo que se ve en las fotos. Yo estaba con Caleb y lo quería mucho. —Hice un puchero involuntario.

—¿Qué pasó con él?

—Pues eso, que es muy celoso, y se rayó con lo de Laza.

—¿Laza? —Mamá aguantó la risa y yo me puse más rojo—. Igual «se rayó» con motivo, ¿no, cielo?

—Yo qué sé. —Me deslicé en el colchón hacia abajo hasta quedarme tumbado y me tapé la cabeza con la almohada.

—No te voy a preguntar si te gusta ese chico porque te gusta desde que tenías quince años. —Se rio—. Pero ahora que lo has conocido en persona, ¿te gusta más o menos?

Lloriqueé todavía con la cara tapada.

—Vale, más, entiendo. —Se volvió a reír.

Me quité la almohada de la cara y la miré.

—Es que, mamá, es tan guapo. Y como he visto tantas películas suyas, siento que lo conozco… ¡Es que me sé sus gestos! Es muy raro todo.

—Como le pasa a la gente contigo. —Sonrió.

—Ya, supongo. —Suspiré.

—Mi niño. —Se tumbó a mi lado y me acarició el pelo—. No me has contado lo que pasó con Cal.

—Que me dijo que no podía con estas cosas, que él necesitaba tiempo o que me retirara y que me fuera a vivir con él. Y yo no quiero dejar de trabajar a los veinticinco, y tampoco quiero vivir en Nueva York…

—Y ¿qué es lo que quieres?

—Ni lo sé.

—Pues piénsalo, Nico, ¿qué quieres?

—Trabajar menos, veros más, no sé. Yo que sé, mamá. Soy un afortunado, tengo lo que mucha gente desearía…

—Pero lo importante no es lo que desee mucha gente, es lo que quieras tú. ¿Qué quieres tú? ¿Quieres arreglarlo con Cal o quieres tener algo con Lázaro?

—Lo de Cal no tiene arreglo. —Suspiré—. Me ha bloqueado en todas partes. La única forma de ponerme en contacto con él sería hacerme un perfil falso en una red social o plantarme en Nueva York para hablar con él. Y paso de las dos cosas, porque si no quiere saber nada de mí, lo voy a respetar.

—Eso está bien, cielo. Cuando una persona pide tiempo, hay que respetarlo.

—Tiempo me había pedido antes de las fotos del avión, ahora ya directamente me ha dicho que no quiere saber nada de mí…

—Bueno, está en su derecho, no puedes culparlo.

—Ya. —Me encogí de hombros y miré al techo.

—¿Y con Lázaro?

—Nada, con él no tengo nada. —Me giré a mirarla—. Estoy intentando poner distancia. Nos besamos el otro día. Fue solo un beso, pero paró y me dijo algo muy feo. —Se me humedecieron los ojos. Mierda. Hablar con mi madre era como volver a tener trece años.

—¿Qué te dijo, cariño?

—Me dijo algo como: «no quiero que te cuelgues de mí». ¿Tan malo hubiera sido eso? Si nos gustamos, no veo qué problema hay. Es que siempre me pasa lo mismo. Conozco a un chico que llega hasta mí flipado por mi fama o por mi aspecto, empezamos una relación y en cuanto ven que soy una persona normal, se largan. O como en el caso de Cal, intenta que cambie toda mi vida para adaptarme a la suya. ¿Es que no importa lo que yo quiera o lo que yo sienta? —Se me escapó una lagrimilla—. Y con Laza, pues no le faltaba razón, porque me hubiera colgado de él enseguida, porque yo soy así, si estoy con alguien, estoy a tope. Y no me cuesta nada darlo todo. Y me enamoro como un imbécil. Y tampoco tengo miedo de reconocerlo. No sé por qué eso es malo, de verdad que no…

—No es malo, cariño. ¿Estás enamorado de Lázaro?

—No, mamá, si lo conozco desde hace menos de una semana. Me gusta mucho, y me atrae un montón, es tan sexi… Por eso quiero poner distancia con él, porque por poco que pasara entre nosotros, me colgaría de él seguro, si es que lleva razón… —Me pasé una mano por la cara—. Y como ya me ha dejado claro lo que piensa de eso, mejor ponerle freno antes de que pase nada. No merezco que me vuelvan a romper el corazón.

—Claro que no, cielo. —Se acercó para abrazarme y yo me sentí reconfortado entre los brazos de mi madre, aunque ocupaba la mitad que yo y era más yo el que la abrazaba a ella que al contrario.

—Bueno, ya está bien de hablar de chicos que no me quieren… ¿Tú qué tal, mami? ¿Cómo va todo?

—Pues… Hay algo que quería contarte. No se lo he contado todavía a tus hermanos, no sé cómo pueden reaccionar…

Me separé un poco de su abrazo para mirarla a la cara.

—¿Estás enferma? —Un escalofrío me recorrió entero, pero me relajé un poco cuando ella soltó una carcajada.

—No, qué va, no van por ahí los tiros… Resulta… que he escrito un libro.

—Ah, vale. —Me reí—. Qué susto, eso no es nada nuevo.

Mi madre es psicóloga y, antes de que naciéramos nosotros, trabajó en varios coles e institutos como orientadora. Después de tener cuatro hijos en poco más de año y medio, estuvo unos años en casa, hasta que tuvimos unos cinco o seis, que comenzó en una gran empresa, en el departamento de Recursos Humanos. Pero odiaba ese trabajo, así que, mi padre, que está loco por ella y su principal misión en la vida es que ella sea feliz, le dijo que pensara qué quería hacer el resto de su vida y fuera a por ello. Así que se sacó un máster y unos cursos sobre sexología o algo así y escribió varios libros sobre sexualidad para mujeres, tipo *Ámate a ti misma, Tú eres la dueña de tu placer* y cosas de ese rollo. No son exactamente esos títulos, pero más o menos. El caso es que tuvo muchísimo éxito y hace años que vive de esos libros y de ayudar a muchas

mujeres dando charlas y conferencias sobre el tema. Lo de que tu madre sea casi una eminencia en sexualidad femenina es raro, la verdad, pero ya estamos bastante acostumbrados. Por eso no entendí por qué tanto misterio con que hubiera escrito otro libro, si tenía más de diez.

—Bueno, sí que es algo un poco diferente…

—¿Por qué? ¿En qué sentido?

—Es una novela —reconoció con una risita nerviosa.

—¡Qué guay, mami! Quiero leerla.

—¡Ni pensarlo! —Se tapó la cara con las manos un momento, pero enseguida volvió a mirarme.

—¿Por qué?

—Es un poco erótica. —Soltó una carcajada.

—Ay, joder. —Cerré los ojos—. Ahora mi madre escribe porno.

—No es porno. —Me dio una palmada en el brazo—. Hay algunas escenas de sexo, totalmente justificadas por el argumento.

—Eso te decíamos nosotros de las pelis porno y no colaba —argumenté y ella se volvió a reír.

—De verdad que no es para tanto.

—¿Lo sabe papá?

—Claro, cómo no le voy a contar a tu padre algo así. La ha leído y todo.

—¿Y qué dijo? —Giré todo mi cuerpo hacia ella para mirarla más cómodo.

—Que le gusta mucho, que la historia es muy bonita y que teníamos que recrear todas esas escenas.

—Y ya lo habéis hecho, ¿verdad? Ya las habéis recreado y ahora cuando lo lea os voy a imaginar a vosotros, con vuestra pila de años, haciendo esas cosas.

Me tapé la cabeza con la almohada otra vez y gruñí.

—Pues no lo leas, cielo —dijo entre risas y yo me destapé la cara para mirarla—. No hace falta que lo leas, lo entiendo. ¡Y no tenemos una pila de años, que quede claro! Solo me apetecía que lo supieras, porque no sé si lo publicaré con la editorial con un pseudónimo, si lo publicaré yo por mi cuenta o qué. Sí que quiero que lo lea alguien más para tener alguna opinión que no sea solo la de tu padre, pero tú tampoco eres consumidor de ese tipo de literatura, así que no te preocupes. Ya veré lo que hago y ya te contaré…

—Primero libros de sexualidad y ahora novelas eróticas. Dime por favor que el siguiente paso no es hacerte actriz porno y grabar una peli con papá que sea algo como *Pasión en el geriátrico* o algo así. —Solté una carcajada y ella puso cara de ofendida.

—¡Que no somos tan mayores! Y aunque lo fuéramos, ya les gustaría a muchas parejas de nuestra edad tener nuestra relación o nuestra vida sexual…

Y yo inconscientemente me imaginé a mí mismo treinta años después, con la edad de mis padres, más o menos. Y lo que más me gustaría en ese momento sería tener algo parecido a lo que tenían ellos. A esa edad ya me habría retirado, y deseaba de todo corazón no estar solo. Durante meses me había imaginado con Cal, pero eso ya no iba a ocurrir. Antes de eso, me había imaginado con Remi, el chico francés del que me enamoré antes de Cal, y que me rompió el corazón, como todos. Antes de Remi, Sergio fue el que me hizo creer que lo nuestro era para siempre. Y tampoco. ¿Y ahora? Ahora ya no me veía un futuro con nadie. No quería fantasear con Lázaro, él me había dejado clarísimo que quería echar un polvo conmigo y nada más. Un detalle que le honraba, la verdad. Lo de dejarlo claro. Que solo quisiera eso, no. Eso me parecía

cobarde y despectivo por su parte. ¿Acaso yo no merecía una oportunidad? ¿No veía factible tener una relación conmigo? Supongo que era eso, que yo solo era un tío bueno sin nada que aportar a otros niveles a una relación. Me obligué a prestarle de nuevo atención a mamá y a desterrar de mi cabeza a todos los chicos que me habían roto el corazón. Como Laza no era uno de ellos, podía pensar en él. Me limitaría a un par de fantasías y ya. Y desde luego, después del estreno del viernes, no volvería a verlo nunca más. Por el bien de mi estabilidad emocional sobre todo.

—Bueno, ¿vemos una peli? —le pregunté a mi madre con una sonrisa.

—Claro, cariño, ¿cuál te apetece? A ver si adivino: una de Lázaro Sosa.

CAPÍTULO 17

UNA PROPOSICIÓN LABORAL Y PERSONAL



Tras una llamada con mi agente en la que me aseguró que las fotos del avión no iban a perjudicar mi carrera, me quedé un poco más tranquilo. Aunque no del todo, porque nunca se sabe cómo pueden torcerse las cosas. El caso era que la reacción más común de la gente se parecía mucho a la del youtuber que había visto hacía un rato. En general, querían que esta historia siguiera y vernos juntos. ¿Y yo? ¿Qué quería yo? Ni lo sabía, la verdad.

El timbre de mi teléfono me sacó de mi paja mental y sonreí de modo involuntario al ver el nombre de quien llamaba. Carraspeé y emití un par de notas graves antes de contestar.

—Tusquets —afirmé con el tono de voz más profundo que soy capaz de usar.

—Sosa —me imitó antes de empezar a reírse—. ¿Qué pasa, Laza? ¿Cómo estás?

—¿Qué te cuentas, Ori? ¿Es una llamada personal o profesional? —tanteé.

Oriol Tusquets era el director de cine con el que más había trabajado. Durante años, yo había sido su actor fetiche, algo así como Johnny Depp para Tim Burton, pero en versión cine independiente de bajo presupuesto y sin disfraces.

—Un poco de todo —confesó—. Porque, por un lado, es cierto que me gustaría contar contigo para la próxima película que estoy preparando, aunque no sé si ahora podré pagar tus tarifas de estrella de Hollywood… —bromeó, o eso me pareció.

—Sabes que nunca dejaría de trabajar contigo por una cuestión de dinero —aclaré por si acaso—. ¿Por eso dices que la llamada es personal? ¿Porque hay poca pasta y vas a apelar a la amistad? —Me reí.

—No, claro que no, tú cobrarías lo mismo que siempre, o un poco más, incluso. Digo que la llamada es también personal porque tengo un papel… «peculiar» que no sabía quién podía interpretarlo… Hasta que vi las fotos que te hicieron en el avión, y el rubio que te mete mano sería perfecto para ello…

Resoplé y puse los ojos en blanco.

—No es actor —afirmé.

—Lo sé, y es un papel secundario con muy poco texto. Pero tiene que ser alguien con un atractivo exageradísimo y un magnetismo especial. Y con el que el protagonista, tú, tenga mucha química… Ese chico es perfecto.

—Si no fuera porque te conozco desde hace tantos años y sé la importancia que le das a la parte artística de tus proyectos por encima de la comercial, pensaría que estás intentando aprovechar el tirón mediático de esas fotos. —Me reí.

—Sabes que lo que menos me importa es eso. De hecho, ojalá, si al final acepta, que ya se

haya pasado esta historia cuando se estrene la película y la gente no os relacione con rumores de cotilleo.

—Lo sé, lo sé. ¿Qué quieres que haga yo? Habla con su agente, ¿no?

—Sí, hablaré con su agente, pero quiero que hables tú con él primero, igual así es más fácil que acepte. Le das mi número si quiere y que me llame, o le pides si puedes pasarme el suyo para que lo llame yo. —Ahí me sentí bastante aliviado de tener su teléfono, habría sido un poco bochornoso, el día anterior mismo, reconocer que, pese a que me metía mano en público, no me había dado su número—. Y lo más importante, necesito pedirte un favor muy personal, por la amistad que nos une desde hace tantos años.

—Claro, dime.

—Por lo que más quieras: no te lo tires.

—¡¿Qué?! —Me salió un gallo de lo más involuntario.

—Lo que has oído, no me hagas repetirlo, Laza.

—Lo primero, creo que eso no es asunto tuyo, y puedes estar seguro de que no afectaría a mi trabajo. Y lo segundo, ¿cómo sabes que no lo he hecho ya?

Soltó una carcajada.

—Claro que no lo has hecho, pero lo estás deseando, por eso te lo pido. Si acepta el papel, espera a terminar el rodaje. Necesito esa tensión sexual tan fuerte que hay entre vosotros.

—Serás cabrón. Igual esa tensión es por lo que sí hemos hecho.

—Ni de coña, Laza. A mí no me la das. Estás deseando tirarte al rubito, pero todavía no ha ocurrido. Créeme, querido, entiendo de estas cosas. Solo te pido que esperes unos meses. Hazlo por mí. Eres capaz de esperar, estoy seguro.

Resoplé algo frustrado.

—Puedes estar tranquilo, es posible que no ocurra nunca. Nos besamos hace un par de noches y yo hice un comentario de lo más desafortunado —reconocí—. Así que, en principio, no quiere saber nada de mí en lo que respecta a eso.

Soltó otra carcajada el muy cabrón.

—Ay, Laza, a saber qué le dirías al pobre chico. Bueno, no me lo cuentes, eso es algo entre vosotros. Pero prométeme que hablarás con él de mi parte.

—Claro, cuenta con ello.

—¿Y de lo otro?

—Sí, tranquilo —me reí—. No me liaré con él.

—Gracias, Laza, por algo has sido siempre mi preferido.

—Va, no seas liante y pásame el guion para que lo lea, que seguro que es la hostia.

—Está feo que lo diga yo, pero lo es. Te va a encantar.

—No lo dudo, Ori, todavía no has escrito un guion que no me encante.

—Lo que yo te diga: mi preferido. En cuanto colguemos, lo tienes en el mail. Quiero saber tu opinión nada más lo termines.

—Por supuesto, cuenta con ello.

—Bueno, Laza, hablamos en breve. Quiero rodar el mes que viene. Ya he hablado con Mina y dice que lo puede arreglar.

—Perfecto, ella es la jefa. Vale, pues nos vemos en unas tres semanas entonces, ¿no?

—Sí, ya te haré llegar toda la info. Tú, de momento, habla con ese chico.

—Que síííííííííí —arrastré la vocal con desgana—, hablaré con él el viernes, que lo veo en el estreno.

—Genial, Laza. Ya me cuentas. Un beso.
—Adiós, Ori, un abrazo.

CAPÍTULO 18

UNA CUESTIÓN DE TAMAÑO



Me sentía bien estando en casa de mis padres. Pasaba tan poco tiempo con ellos que no llegaba a agobiarme, como le podía pasar a la gente de mi edad que volviera al nido familiar. Tampoco es lo mismo haber tenido tu casa y verte obligado a volver con tus padres y perder esa libertad a, como en mi caso, vivir en hoteles y no tener un lugar estable al que llamar «hogar». Quizá por eso, en cierto modo, seguía sintiéndolo así.

Manu estaba feliz, se le notaba a distancia. Y a mí también, supongo. Papá y él nos estaban contando algo que había pasado en la farmacia y mamá y yo no podíamos parar de reír. No es que la historia fuera especialmente graciosa, era la forma de contarlo de mi padre y mi hermano.

Estábamos terminando de poner la mesa entre todos, justo antes de cenar, cuando nos sonó una notificación en los móviles de manera simultánea. Manu fue el primero en mirarla.

—Es de Instagram: Twins & Show está transmitiendo en directo —leyó con una sonrisa.

—Ya estarán haciendo alguna gilipollez. —Papá puso los ojos en blanco.

—Ponlo en la tablet, cielo —le pidió mamá a Manu—, así los vemos, que hace mucho que no vienen.

Manu hizo lo que mi madre le había pedido y al momento apareció en la pantalla la imagen de Guille en primer plano hablando a cámara.

—*A ver, mientras os vais conectando, os cuento cómo vamos a hacerlo. Como podéis ver a mi espalda, mi hermano Dani ya está preparado.* —Se apartó un poco y vimos al fondo a su gemelo dentro de la típica cestilla que tienen algunas grúas elevadoras.

—Por el amor de Dios, ¿qué van a hacer? —Mamá parecía asustada. Manu y yo nos empezamos a reír. Papá solo resopló y negó con la cabeza.

—*¡Listo!* —gritó Dani desde el fondo y levantó ambos pulgares. La grúa comenzó a elevarlo.

—*Como veis, Dani ya está subiendo. Voy a darle la vuelta a la cámara para que lo veáis todo bien.* —Tal como lo dijo, desapareció de la pantalla y la nueva imagen abarcó la grúa al completo elevando a mi hermano por delante del cartel gigante de mi última campaña.

—Será cabrón —me reí.

—*Para los que habéis llegado más tarde, como he dicho al conectar, el objetivo de hoy es que Dani se mida con los pezones de nuestro hermano. Dani está convencido de que son más grandes que él, pero yo creo que no, que Dani gana en tamaño a los pezones de Nico… En unos instantes saldremos de dudas.*

—Mira, de verdad. —Papá resopló y se pasó las manos por la cara antes de girarse hacia mi madre—. ¿Estamos seguros de que no les faltó oxígeno al nacer? ¿Seguro que Dani no se nos

cayó de bebé y se golpeó la cabeza con la bañera o algo? Que yo he tenido veinte años y he hecho tonterías como el que más, pero de verdad que esto me parece demasiado hasta para ellos. ¿Esto es lo que hacen con su vida? ¡¿A esto se dedican?!

—Parece divertido —dijo Manu.

—Parece peligroso —lo corrigió mamá.

—Parece que son unos cabrones —me quejé yo, pero en el fondo me reía, porque, aunque me habían hecho protagonista de esa movida sin preguntar, lo cierto es que era gracioso. Los gemelos siempre lo han sido.

—*Ya está la grúa llegando al punto clave, en breve se producirá el acoplamiento* —siguió Guille.

—El acoplamiento que se va a producir es el de mi mano en sus cogotes de la colleja que les voy a dar la próxima vez que los vea —soltó papá y a Manu y a mí nos dio la risa.

—*Vale, casi estamos. Ya llega… Ya llega…* —Iba retransmitiendo Guille mientras la grúa elevaba a su gemelo a lo largo de mi gigante torso. Nunca me habían parecido tan tremendos esos carteles como en aquel momento—. *Venga, hemos dejado atrás el ombligo y Dani continúa avanzando en altura ante los imponentes abdominales de nuestro hermano. Aprovechemos para observar que no parecen de este mundo…*

—Cabrones. —Me reí y resoplé al tiempo.

—*Gracias a su pecho lampiño podéis observar cada detalle del abdomen de Nico, así como sus pectorales y, por supuesto, los pezones a los que ya está llegando Dani. Podemos ver que se encuentra entre las plantas séptima y octava del edificio*. —La grúa se detuvo bruscamente y mamá dio un respingo—. *Como podéis apreciar, ahora que Dani se encuentra en posición, tenía yo razón y el pezón de nuestro hermano no es más grande que él. A ver si se conecta y nos da su punto de vista desde ahí arriba.*

Al momento entró Dani en el directo desde arriba de la grúa. Usaba la cámara frontal y tenía perfectamente controlado el encuadre en el que aparecían él y mi pezón.

—*Lamento comunicaros que, como hecho aislado y sin que sirva de precedente, Guille tenía razón. Es evidente que el pezón de Nico me llega únicamente de la cintura a la cabeza. Eso sí, desde esta distancia y a este tamaño, puedo ver cada imperfección, que en realidad no tiene. Creo que podríamos averiguar si en alguna ciudad hay una reproducción más grande y medirnos con ella. Sería una buena manera de decidir nuestro próximo destino:* En busca del pezón fraterno gigante.

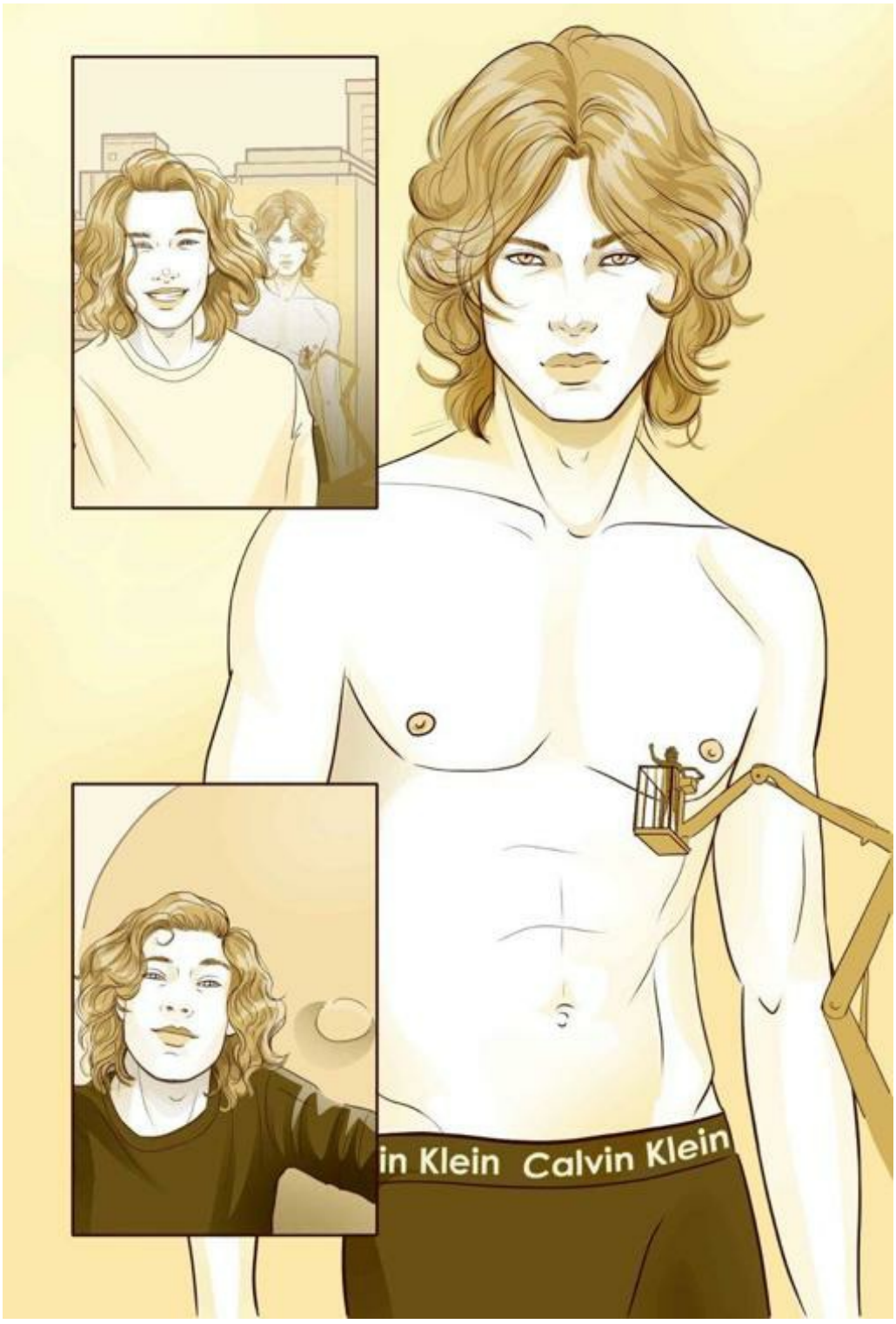
Llegados a ese punto, hasta a papá se le escapó una risa.

Mi teléfono vibró con una notificación de mi Instagram personal:

A @YOSOYLAZAROSOSA LE HA GUSTADO TU FOTO.

Entré a mirar al momento, porque hacía días que no publicaba nada. La miniatura en el listado de notificaciones me indicó que era una imagen que había subido hacía más de dos años, pero desapareció al momento. Eso me dejó claro que estaba cotilleando mi perfil y le había dado *like* por error. Sonreí de manera involuntaria con una idea revoloteando en mi cabeza.

«¿Qué estás mirando, Laza? ¿Cuánto rato llevas cotilleando mi perfil para haber llegado a esa foto tan antigua? ¿Es posible que estés pensando en mí tanto como yo en ti?».


in Klein Calvin Klein

CAPÍTULO 19

ME HA SALVADO LA VIDA



El coche que nos había mandado Mina avanzaba por las calles de Madrid más rápido de lo que me habría gustado. Yo no tenía ninguna prisa por llegar. De hecho, había querido ir andando, el teatro donde se realizaba el estreno no quedaba lejos de mi piso, pero mi agente se había negado con el argumento de que no era buena idea recorrer varias manzanas ya vestido para la gala. Mi popularidad empezaba a ser demasiado grande como para poder caminar con normalidad por la calle, y más después de todo lo que había pasado con Nicolás Andújar la semana anterior.

Nicolás Andújar.

Nico.

No había vuelto a hablar con él desde la breve conversación en la que me pidió disculpas. Yo había buscado alguna excusa para escribirle, pero no se me había ocurrido nada convincente y al final lo había dejado estar. En lo que respectaba a él, volvía a sentirme como un crío. Supongo que su inmadurez era contagiosa. Tampoco había tenido motivos reales para contactar con él, no éramos amigos y la posibilidad de que pasara algo entre nosotros se había esfumado la noche que nos besamos. Para acabarlo de rematar, la petición de Ori. Rectifico: las dos peticiones de Ori. La de no tener nada con él era sencilla, ya me había encargado yo de eso la única vez que habíamos estado a punto. Lo de proponerle actuar en la película… Eso ya lo veía más complicado. Yo no soy agente y no creo que tenga un gran poder de persuasión. Además, yo ya había leído el guion y la verdad es que había escenas entre su personaje y el mío que… Bueno, que no sabía cómo sentirme al respecto. Iba a ser una gran película y ese papel le encajaría a él perfectamente, aunque habría que ver cómo se le daba lo de actuar. Pero lo cierto es que si hay alguien capaz de hacer brillar con su interpretación a un actor novel, ese es Oriol. Echaba muchísimo de menos trabajar con él. A pesar de que las dos últimas películas que había rodado, las superproducciones de Hollywood, me habían proporcionado mucho dinero, la satisfacción intelectual y creativa había sido casi nula.

Meri me puso una mano sobre la rodilla. Al final, pese a que había seguido el consejo de Nico y había invitado a mi madre al estreno, no se vio con ánimo de venir a un evento tan multitudinario, y menos desde que la prensa parecía tenerla tomada conmigo. Mi madre era una mujer sencilla que, aunque estaba orgullosa de su hijo, se veía muy ajena a este mundo.

—Para —murmuró mi amiga.

Miré su mano y luego a ella. Vale, por lo visto estaba moviendo la pierna compulsivamente y no me había dado cuenta.

—¿Qué pasa, Laza? ¿Por qué estás tan nervioso?

—No sé, todo —confesé sin entrar en detalles.

Me aterraba pensar en la gente que estaría esperando a las puertas del teatro. También la prensa y las preguntas que podían hacerme en relación a todas las fotos que se habían publicado desde aquel primer encuentro con Nico. Y Nico, volver a verlo, eso también me ponía bastante nervioso… Y no debería, yo era un adulto funcional con varias relaciones a mis espaldas, y él era un crío con el que apenas me había besado una vez. No entendía el porqué de los nervios que sentía ante la idea de volver a verlo.

—Cuéntame ese «todo» —pidió Meri y me dio un apretón en la pierna.

—Lo que más nervioso me pone es pensar que la prensa me va a hacer preguntas sobre las fotos y no voy a saber qué decir. No me gusta que me hagan preguntas personales. Y ni siquiera he tenido nada con él.

—¿Qué va a decir el rubio? ¿Le has preguntado?

—No, hace varios días que no hablo con él.

—¿No tienes su número? Pregúntale. Dile que estás un poco nervioso y que te vendría bien saber qué va a decir él…

—¿Tú crees? ¿No voy a parecer muy inseguro si confieso que estoy nervioso por eso?

—Es que estás inseguro —se rio—. No pasa nada, Laza, él lleva enfrentándose a este tipo de cosas muchos años, tu fama es muy reciente, necesitas un periodo de adaptación, yo creo que él lo va a entender…

—Está bien. —Resoplé y saqué mi móvil del bolsillo de la chaqueta.

Abrí la aplicación de Whatsapp en lugar de la de Instagram. Ahora que tenía su número, ya podía escribirle de un modo más directo.

LAZA

Hola, ¿cómo lo llevas?

Yo estoy un poco nervioso, la verdad. No sé qué voy a decir si me preguntan por las fotos. ¿Tú has pensado algo?

Después de haber mandado el mensaje, entré en pánico ante la idea que cruzó por mi mente.

YO

Porque vas a venir, ¿no?

Su respuesta llegó al momento.

NICO

Hola 😳

Sí, claro que voy a ir.

Estoy a punto de llegar. Esquiva a la prensa todo lo que puedas. Hablo yo por los dos, si quieres. Te lo debo.

No estés nervioso.

Disfruta de tu día y del estreno. Ya verás como todo va bien.

—Qué mono es, por favor —soltó Meri como la cotilla que ha sido siempre. Había seguido toda la conversación por encima de mi hombro, sin pedir permiso.

—¿No sabes que es de mala educación espiar conversaciones ajenas?

—Pero si me lo ibas a contar, solo te he ahorrado trabajo.

Me tuve que reír, porque tenía toda la razón.

Respiré hondo e intenté relajarme. El mensaje de Nico me había tranquilizado, aunque solo a medias. Lo conocía muy poco todavía como para estar seguro de que no le iba a dar otro de sus arranques de crío inmaduro.

El coche que nos había enviado Mina se detuvo frente al teatro, tras otro del cual estaban bajando más invitados. Resoplé y mi pierna comenzó a agitarse por propia voluntad. Meri me cogió fuerte del brazo para tranquilizarme.

—Vale, Laza, ya. Te ha dicho que él se ocupa, confía.

El vehículo seguía detenido mientras esperábamos a que los ocupantes del que nos precedía accedieran a la alfombra roja y el nuestro se pudiera colocar en posición. Y justo en plena alfombra roja estaba él, como a quince metros de distancia, hablando con la prensa y acompañado de una mujer muy guapa. Mientras se dirigía a los periodistas, me dio la impresión de que giraba levemente la cabeza en dirección a los coches. Cuando el nuestro se colocó por fin en posición, respiré hondo un momento.

—Eres un adulto, joder —me recriminé a mí mismo ante la risa que trataba de aguantar Meri.

—Es normal que estés nervioso, Laza. Te ha venido la fama muy de golpe. Y saber que te van a hacer preguntas personales que no quieres contestar, pues tiene que ser chungo… —Me puso la mano en la rodilla de nuevo—. Yo te entiendo. Si necesitas que nos escapemos en algún momento, me lo dices o me haces una señal.

Asentí con la cabeza y abrí por fin la puerta del coche. En cuanto pisé la alfombra, Nico se giró a mirarme y, sin dejar de hablar con los periodistas, me dedicó una sonrisa y un gesto de la mano para que me acercara a él. Lo hice con Meri pegada a mí. Cuando llegamos a su altura, él seguía hablando ante las cámaras.

—Lázaro, ¿qué tal? Ven, que me estaban preguntando por ti. —Estiró un brazo y lo pasó sobre mis hombros, gesto que me reconfortó un poco. Sentir su aplomo y su seguridad era como un bálsamo tranquilizador—. Les estaba contando que, como ya sabes, soy seguidor de tu carrera desde hace años. Y que, cuando nos conocimos por fin la semana pasada, me pasó como a esos fans motivadísimos que se creen que conocen a la persona y me cogí más confianzas de las que tocaban. Le hice bromas como si fuéramos amigos de toda la vida —añadió dirigiéndose a la prensa de nuevo—, no sé en qué estaba pensando. Supongo que me puse nervioso por estar con mi actor preferido. En general no me considero muy mitómano, pero eso no se aplica a Lázaro Sosa, cuando se trata de él, soy muy fan loco. El caso es que nada justifica mi actitud y me alegro mucho de que Lázaro no me guarde rencor por ello. —Volvió a girarse hacia mí—.

Porque no me guardas rencor por ello, ¿no?

—Claro que no, Nicolás —aseguré con una seguridad y un aplomo que no tenía muy claro de dónde habían salido. Me los habían proporcionado sus palabras, supongo—. Ya está olvidado.

—¿Veis? —Se dirigió a los periodistas de nuevo y me señaló con toda la mano—. ¿Cómo no voy a ser fan de este hombre? Y ahora, si nos disculpáis, vamos a entrar ya, que aquí a lo que hemos venido es a ver la película. Encantado de hablar con vosotros.

Le dedicó una última sonrisa a la prensa y, tras darle la mano a su acompañante, comenzó a recorrer los últimos metros de alfombra roja. Meri y yo caminamos junto a ellos, saludando a la gente que se agolpaba a ambos lados de las vallas, hasta que accedimos al interior. Nos hicimos las fotos pertinentes en el *photocall* y pasamos por fin a una sala menos concurrida.

—Yo creo que ha ido bien, ¿no? —comentó Nico en cuanto estuvimos los cuatro solos.

—Has estado muy bien, cielo. —Su acompañante le dio un apretón en el brazo.

—Perdón, que no os he presentado. Lázaro, Estrella, mi madre.

—Encantada. —Me tendió la mano y yo la estreché—. Yo también admiro mucho tu trabajo.

—Gracias. Ella es Meri.

Tras los saludos entre todos, Nico se me quedó mirando un momento con expresión grave y yo me quedé atrapado en sus ojos. Todo a nuestro alrededor se desdibujó.

—¿Podemos hablar un segundo?

—Claro —asentí.

—Venimos enseguida —informó a su madre y a Meri antes de cogerme la mano y tirar de mí.

Me condujo hasta un recodo que daba acceso a una zona privada solo para personal, pero que nos protegía de la vista del resto de la gente de la sala. Me soltó en cuanto estuvimos solos y a salvo de miradas ajenas. Llevó la vista a las manos que acabábamos de separar.

—Mierda, te he cogido la mano en público. Perdona, no me he dado cuenta, lo he vuelto a hacer. —Se frotó la nuca.

—No pasa nada, Nico. Y no lo has vuelto a hacer, lo que me cogiste en el avión no fue la mano. —La seguridad que sentía cuando estábamos los dos solos estaba de vuelta. Ese chico tenía algo que me provocaba un montón de sensaciones contradictorias.

Él soltó una carcajada por mi comentario y se tapó la cara con una mano.

—Perdona otra vez por aquello —soltó con una risita nerviosa y se mordió el labio inferior —. Esto quería. Disculparme en persona. —Pasó una mano por detrás de mi cuello y flexionó un poco las rodillas para que su cara quedara a la altura de la mía—. ¿Cómo estás? ¿Ya más tranquilo? —añadió casi en un susurro.

Sus ojos fijos en los míos me atraparon de nuevo. Su mano en mi nuca ardía, lo mismo que el espacio que había entre nosotros.

—Sí —murmuré y su mirada se desvió por un momento a mi boca.

Mi mente empezó a elaborar a toda velocidad una lista con todas las razones para no besarlo: el único beso que nos habíamos dado había acabado fatal, estábamos en público, lo complicaría todo, él acababa de salir de una relación, yo no me iba a conformar solo con un beso, la petición de Ori…

Por suerte o por desgracia, una histriónica y conocida voz llegó hasta nosotros desde el otro lado de nuestro parapeto y captó toda nuestra atención.

—*Seguimos en directo en el previo al estreno de* En mis mejores sueños. *Estamos buscando a alguno de los dos hombres del momento, a los que se ha visto entrar hace unos minutos, pero*

de los que no hay ni rastro. Nuestro principal objetivo es Nicolás Andújar, pues, en este canal, es el dios al que se reza. Aunque también me encantaría encontrar a Lázaro Sosa porque ya sabéis que aquí ¡todos somos Lázaro Sosa! Podéis usar el hashtag *en cualquier momento en el que muráis de amor por Nicolás Andújar*.

Nico se llevó una mano a la boca y ahogó una carcajada.

—Me encanta este chaval —susurró—. ¿Has visto algún vídeo suyo?

Asentí y se me escapó una sonrisa.

Ambos nos asomamos discretamente y lo vimos muy cerca de nosotros, pero en un ángulo casi de espaldas, lo que hacía que no nos captaran ni su mirada ni su móvil, al que seguía hablando. Nico se llevó un dedo a los labios para pedirme silencio y salió de nuestro escondite. En tres zancadas se plantó tras el chaval, al que le sacaba más de una cabeza, y le pasó un brazo sobre los hombros.

—Debes saber —interrumpió su discurso sin ningún miramiento— que, en este teatro, Ninfodoro es el diablo al que se venera.

—¡¡¡¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!!!!!! —El chillido del *youtuber* se tuvo que escuchar hasta en la estación espacial internacional—. ¡¡¡Que me muero!!! —Le fallaron las rodillas, dio un traspiés y Nico lo agarró a tiempo para que no se desnucara contra el suelo.

—Cuidado, que como te mates nos quedamos sin nuestro *youtuber* preferido. —Le levantó al chico el brazo en el que sostenía el teléfono para que volvieran a aparecer los dos en el encuadre —. Y vosotros —añadió dirigiéndose al móvil—, seguid a este chico, dadle *like*, suscribiros y todas esas cosas que piden los *youtubers*. Ninfodoro es el mejor de todos, soy fan. Un día hacemos un directo, ¿vale? Ahora me voy dentro, que va a empezar la peli.

Les guiñó un ojo tanto a los espectadores como al chico que se había quedado en *shock* por el encuentro.

—*Oh, my god! Oh, my god! Oh, my god!* ¡Que acabo de estar con Nicolás Andújar! ¡Que casi me muero delante de él y que me ha salvado la vida! —lo oímos gritar a la cámara mientras recogíamos a nuestras acompañantes.

—Qué exagerado es. —A Nico se le escapó la risa.

—*Bueno, voy a parar el directo para asegurarme de que este vídeo se graba bien, porque pienso casarme con este vídeo, ya lo digo*…

No oímos el resto de lo que estuviera diciendo porque cruzamos la puerta de la sala donde se iba a proyectar la película.

CAPÍTULO 20

MUCHO FINGIR



Mamá y yo nos acomodamos en los asientos que teníamos asignados. Ante la pantalla, Laza, la protagonista femenina y el director de la película hicieron una presentación de lo que íbamos a ver. Lo típico de un estreno, vaya. En cuanto terminaron, seguí con la mirada al actor del momento hasta su asiento en la primera fila.

Comenzó la película. Y digo *película* por llamarlo de alguna manera. Qué cosa más mala. Soy muy fan de las comedias románticas, pero aquello era una sucesión de topicazos sin gracia ninguna. La comedia no la encontré por ningún sitio. Igual es mi sentido del humor, me gustan más los diálogos ingeniosos que las situaciones ridículas. Y ahí el ingenio brillaba por su ausencia y las escenas cómicas me daban más vergüenza ajena que risa.

—Por el amor de Dios —murmuró mamá tan bajito que era imposible que nadie más lo oyera —. ¿Cómo ha cambiado tanto de registro este chico?

En mitad de una de las escenas más ridículas, vi que Lázaro se levantaba discretamente y salía de la sala por una puerta situada en un lateral del patio de butacas.

—Ahora vengo —le susurré a mamá y no sé muy bien por qué, supongo que por puro instinto, lo seguí.

Al cruzar la salida que había empleado él, recordé que estábamos en un teatro y no en un cine. Me encontré en unos pasillos que de normal no deberían haber sido accesibles al público. Supuse que él tendría acceso como miembro del *cast* de la película. Avancé por un pasillo flanqueado de puertas sin saber muy bien qué hacer. Si se había metido por una de ellas, iba a ser imposible localizarlo sin ponerme a dar gritos. Le podía mandar un mensaje al móvil, pero decirle «te he seguido y ahora no sé tras qué puerta estás» quedaba un poco de acosador.

—Señor, no puede estar aquí —me indicó una chica que arrastraba un perchero lleno de vestidos y acababa de girar una esquina del pasillo—. Es solo para personal del teatro.

—Lo sé, estoy buscando a Laza —carraspeé—, a Lázaro Sosa. El actor protagonista de la película que se está proyectando. ¿Sabes quién es? Es amigo mío, no soy un acosador.

—Claro que sé quién es —sonrió—. Y también sé quién eres tú. ¿Me puedo hacer una foto contigo?

—Cómo no —suspiré—. Venga.

En cuestión de segundos, la chica sacó su teléfono y yo sonreí con el mismo gesto que ponía siempre y tenía ya ensayadísimo.

—Sigue por ese pasillo —me indicó en cuanto volvió a guardar su móvil—. A mano derecha hay unos ventanales que dan a un patio interior. Lo verás enseguida, está ahí fuera. La puerta

para salir está un poco más adelante, siguiendo esos mismos ventanales.

—Gracias, guapa —sonreí. Esa información me había resultado muy útil.

Avancé por donde me había indicado y lo vi justo donde me había dicho. Estaba sentado en unas escaleras del patio interior fumándose un cigarro. Accedí al espacio y, sin decir nada, me senté a su lado en el mismo peldaño.

—¿Quieres un cigarro? —preguntó mirando al frente.

—No fumo —aclaré—. Es malísimo para la piel, envejece mucho.

Se rio entre dientes.

—Tampoco pasaría nada si tuvieras alguna imperfección, te haría más humano.

—¡Soy humano! Tengo muchas imperfecciones —me reí.

—Me refería a «físicamente».

—Ah, no, de esas no —acepté—. Mi trabajo es no tenerlas.

—Pues lo haces muy bien.

—Gracias, mi esfuerzo me cuesta. —Sonreí—. La carrera de modelo es muy corta, me quedan pocos años, tengo que mantener mi cara de crío todo lo posible.

—No tienes cara de crío. —Se giró hacia mí y me miró serio. Luego dijo algo más con lo que no me quedé porque mis ojos seguían el movimiento de sus labios ajenos a todo lo demás.

«Nico, ya, céntrate, que te está hablando y no tienes quince años».

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has salido? —escuché por fin y volví a prestarle atención.

—No lo tengo muy claro —confesé—. Te he visto escaparte y he pensado que igual necesitabas hablar con alguien… Sé que no somos precisamente amigos, pero si necesitas desahogarte o lo que sea…

—¿De qué iba a querer desahogarme? ¿De haberme hecho famoso con la peor película de la historia del cine? Qué mala es, joder. —Resopló y se pasó una mano por la cara. Parecía muy agobiado.

—Técnicamente te hiciste «tan famoso» con la del meteorito. Y esa no estaba mal. No es mi rollo, pero aun así me gustó. Y esta, si sabías que era mala y no ibas a estar contento con el resultado, ¿por qué la hiciste?

—Sobre el papel no parecía tan horrible. Y el director tiene otras películas buenas… Yo qué sé, era una superproducción, pagaban muy bien. No me puedo creer que haya participado en una mierda de este calibre solo por pasta. —Tiró la colilla y se tapó la cara con las manos—. No tienes idea de lo humillante que es esto. Con lo bien que iba mi carrera. Era un actor de culto respetado, joder. Todas las películas en las que había participado eran buenas y estaban cargadas de premios. Esto es… Es… No te lo sé ni explicar. —Dejó escapar lo que parecía todo el aire de sus pulmones y temí que se desinflara como un globo ahí mismo.

—Yo llevo haciendo pasarela desde los dieciocho. He sido la imagen de los diseñadores con más nombre en el mundo de la moda. La revista *Memories* me eligió *hombre más atractivo del mundo* durante tres años consecutivos, que sé que no es un premio como los tuyos de actor, pero es un reconocimiento y me daba un estatus en mi profesión. Y ahora mismo, hay cientos (o miles, a saber) de fotos mías en calzoncillos cubriendo edificios de doce pisos en todas las capitales del mundo. Mi carrera no necesitaba eso, pero ahí están. —Suspiré.

—Estás impresionante en esas fotos —protestó—. Yo en esa película estoy ridículo.

—A ver, que no es tu mejor trabajo es un hecho, pero yo creo que todo actor que se precie tiene una mala peli en su carrera, ¿no?

—No lo sé, pero, si es así, me habría encantado ser la primera excepción. —Apoyó los

brazos en sus rodillas y enterró la cabeza en ellos.

Mi mano se movió sobre su espalda en un gesto que pretendía reconfortarlo y subió hasta su cuello. Le acaricié la nuca en un gesto cariñoso, pensé que le sentaría bien sentirse acompañado. Se estremeció al contacto de mi piel con la suya y creo que hasta lo oí suspirar.

—Menos mal que al final no vine con mi madre… Qué vergüenza de película. —Su voz sonaba ahogada porque su cabeza seguía enterrada en sus brazos. Se incorporó y apoyó los codos en el peldaño de arriba. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, parecía concentrado en los movimientos de mi mano en su nuca. Igual era raro que siguiera haciendo eso tras su cambio de pose, pero no podía parar.

—¿No puedes retomar el rumbo que llevabas? Me niego a creer que una mala película lo arruine todo… —Él seguía con los ojos cerrados y yo hablaba casi en susurros mientras seguía acariciándole el cuello. Notaba la tensión que tenía, pero en el fondo creo que no lo hacía solo por eso—. ¿No puedes volver a currar con Oriol Tusquets? Con todas las películas que habéis hecho juntos, no creo que él deje de contar contigo solo por esto, ¿no?

Abrió los ojos de golpe y se incorporó. Yo volví a guardarme mi mano solo para mí.

—A propósito de eso, tengo que hablar contigo. Me llamó Ori el otro día.

—¿Y qué? ¿Vas a volver a hacer una película con él? —pregunté y él asintió con la cabeza —. Pues ya está, ya verás qué pronto vuelves a la normalidad, en unas semanas la gente se habrá olvidado de esta película. Me alegro muchísimo por ti, seguro que con Oriol Tusquets haces un peliculón, como siempre.

—Eso espero —suspiró—, pero no es eso lo que quería decirte. Me llamó para pedirme que hablara contigo. Quiere ofrecerte un papel en la película.

Noté una sonrisa asomarse a mi cara sin permiso.

—¿A mí? ¿En serio? No soy actor, nunca he actuado…

—Se lo dije y no le importa. Dice que hay cosas más relevantes y que eres perfecto para el papel. No tendrías mucho diálogo. No es un papel grande, pero es fundamental para la historia.

—¿Has leído el guion? —Asintió—. ¿Y qué tal?

—Es buenísimo, como todo lo que escribe Ori.

—¿Y sabes cuál es el personaje que quiere que interprete?

—No me lo dijo, pero no tengo dudas. —Sonrió—. Y sí, creo que lo harías muy bien.

—¿Cuál es?

—Pues a ver, la historia transcurre en las montañas escandinavas. Mi personaje hay un momento que se pierde en la nieve y está a punto de morir congelado, pero un chico nórdico lo rescata y se lo lleva a su cabaña en medio de la nada. Se quedan atrapados allí varios días sin poder salir por culpa de la nieve. No hablan el mismo idioma y se comunican por gestos.

—¿Y qué más?

—Luego mi personaje se marcha y sigue su camino. —Se encogió de hombros.

—¿Ya está? Entonces, ¿qué escenas tendría? Te recojo de la nieve, te llevo a mi cabaña, te hago unos gestos y te digo adiós?

—No es solo eso —se rio—. Pasan más cosas en la cabaña.

—¿Qué cosas? —Lo miré achinando los ojos porque no entendía tanto misterio.

—Pues… —Se rascó un poco la frente—. A ver, se sienten atraídos el uno por el otro desde el principio. Mi personaje nunca antes se ha sentido así por otro hombre y eso le provoca muchas inquietudes.

—Entonces —insistí para que me lo aclarara—, tendría que fingir que me gustas —intenté

disimular una sonrisa con un éxito cuestionable y él asintió con una mueca parecida—. No sé si podría ser tan buen actor, me parece mucho fingir…

—Te entiendo, me pasa igual —contraatacó—. Yo también tendría que fingir que me gustas tú.

—Ya te he dicho que fui nombrado tres años *hombre más atractivo del mundo*, creo que lo podrías conseguir fácil. —Sonreí.

—Bueno, y tú le has dicho a la prensa que eras mi fan loco. —Me aguantó la mirada—. Creo que también podría colar.

—Pero después de la película que acabo de ver, se me ha caído el mito. —Me reí.

—Qué cabrón. —Soltó una carcajada y se llevó una mano a la cara—. Bueno, tendrás que ser un actor de método: tendrás que rebuscar en tus recuerdos y en tus sensaciones y sentimientos del pasado para encontrar lo que te haga conectar con el personaje. Tienes que ponerte en su piel. ¿Te gustaría intentarlo? ¿Le paso a Oriol tu teléfono?

—Vale, creo que puede ser interesante, y si no doy mucha vergüenza ajena puede ser un modo de reconducir mi carrera cuando ya no me quieran como modelo. ¿Todas mis escenas serían contigo, entonces? ¿No tendría más?

—Todas solo conmigo. —Negó con la cabeza—. ¿Te parece bien?

—¿Tendría alguna escena de desnudo?

—¿Cómo lo sabes? —Sonrió.

—Porque estamos hablando de una peli de Oriol Tusquets —solté una carcajada—, y porque últimamente raro es el trabajo en el que tengo que llevar ropa. —Puse los ojos en blanco.

—Ya. —Hizo una mueca—. ¿Tienes algún problema con eso? Ponle a Ori las condiciones que consideres, es muy comprensivo. Tanto en el tema de desnudos como en las escenas de sexo, él no impone nada. Yo normalmente me dejo en sus manos porque es un artista y me fío totalmente de su visión. Si él lo ha escrito así es porque es relevante para la historia. Yo suelo hacer lo que me pide, pero tú le puedes poner los límites donde quieras, igual que podría hacerlo yo si no me sintiera cómodo.

—¿Y escena de sexo también tenemos?

Asintió con una mueca.

—Tres. Pero no te preocupes. Son incómodas, la verdad. Y, pese a lo que pueda parecer, son lo menos sexi del mundo. Con tanta gente mirando y diciéndote lo que tienes que hacer, se vuelve algo tedioso. Habla con Ori, léete el guion y decide si quieres hacerlo. Yo creo que es un papel que te iría muy bien, y un buen modo de empezar en el cine. Si al final te decides, prometo ayudarte en lo que pueda y ponértelo fácil en esas escenas.

—Vale, no sé. —Me encogí de hombros—. Pásale mi número y dile que me llame. A ver qué me cuenta… Creo que el hecho de que sea contigo me da una cierta tranquilidad, que quizá no debería. No sé cómo de rencoroso eres y si todavía no me has perdonado lo del avión…

—Eso ya está olvidado. Además, con la película tan mala que acabo de estrenar, nadie se va a acordar de esas fotos.

Tiré de él, le pasé un brazo sobre los hombros y lo rodeé con el otro.

—Venga, anímate, ya verás como esto no hunde tu carrera y gracias a mi aparición estelar en tu próxima película vas a brillar más que nunca y se van a dar de hostias por ti.

—¡Eh, tú! ¡¿No tienes ningún respeto por la intimidad?! —Nos llegó la voz de nuestro *youtuber* favorito al otro lado de los ventanales. Una figura vestida de negro y con una cámara corría en dirección contraria, parecía que el chaval lo había espantado—. ¡Caris! —Se asomó a

una de las ventanas para hablar con nosotros—. ¡Creo que he llegado tarde, puede que haya hecho alguna foto! ¡Que sepáis que ya ha terminado la película y está todo el mundo en el cóctel, incluidas vuestras acompañantes!

—¡Gracias! —gritó Laza de vuelta—. ¡Ya vamos!

Se puso en pie y se sacudió un poco los pantalones mientras suspiraba. Yo me levanté también y le puse una mano en la espalda.

—Piensa tres cosas. Primero: puede que haya gente a la que le haya encantado la película, hay gustos para todo. Segundo: esto es un tropiezo, ni siquiera una caída. Y tercero: en cualquier caso, es solo un rato, habrá pasado enseguida.

Me miró serio durante un momento.

—Gracias, Nico.

CAPÍTULO 21

HOMELESS



En cuanto volvimos a la fiesta, perdí a Lázaro de vista. Comenzaron a reclamarlo para entrevistas y fotografías, lógico, era el protagonista de la película que se acababa de proyectar. Lo observé un poco desde la distancia y lo vi pasarlo mal. Tenía que ser un palo para él tener que hablar sobre esa producción y defenderla con lo mala que le parecía. Y se lo parecía con todo el criterio del mundo, porque era horrible.

Mamá y yo no la comentamos entre nosotros, no hizo falta. Los dos intuíamos lo que opinaba el otro y era de mal gusto ponerse a hablar mal de una película en su fiesta de estreno.

—Perdona, Nicolás, ¿puedo pedirte un favor?

Me giré hacia la voz que me reclamaba y vi al *youtuber* en una actitud muy diferente a la que solía mostrar en cámara.

—No estoy grabando —aseguró y levantó las manos. Yo me reí.

—Llámame Nico. —Le tendí la mano.

—Yo soy Doro, Salvador en realidad, pero fuera de cámara todo el mundo me llama Doro. —Me la estrechó.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunté con curiosidad.

—¿Me firmarías un autógrafo? —Sacó un rotulador permanente del bolsillo.

—Claro, sin problema —me reí.

—Pero… en la piel —aclaró—. En el brazo o en el pecho, donde prefieras. Y mañana iré a que me lo tatúen. Y quiero grabarlo todo. Si te parece bien, repetimos la petición en cámara, te grabo mientras firmas y mañana grabo ya el tatu.

Solté una carcajada involuntaria.

—Claro, sin problema.

—Ay, cielo —intervino mi madre—. ¿Tú estás seguro de querer hacerte un tatuaje con la firma de mi hijo? Mira que eso es para toda la vida, y a ti esto en unos años se te habrá pasado.

—Segurísimo —aclaró él—. De momento, el canal que tengo dedicado a Nicolás es lo que más me ha cambiado la vida. Me parece significativo hacerme un tatuaje. Y si en un futuro me arrepiento, está el láser, me lo podría quitar.

—Vale, cielo, si tú lo tienes claro, ya es algo entre vosotros —terció mamá.

—Venga, dale, ¿qué quieres que ponga? ¿«Para mi *youtuber* favorito» o algo así?

—Sí, eso sería genial.

Puso la cámara de su teléfono a grabar y repetimos la petición. Le firmé sobre el pectoral izquierdo y él hizo el *show* que acostumbraba. Cuando apagó la cámara, me lo volvió a agradecer

y nos despedimos. Mamá y yo nos marchábamos ya. No pude despedirme de Lázaro, hacía rato que lo había perdido de vista, desde antes de la *performance* de la firma.

Llegamos al hotel poco después de las diez de la noche. Yo tenía una sesión de fotos al día siguiente allí en Madrid y necesitaba descansar, pero eso no nos iba a impedir ver una película en la cama del hotel como en los viejos tiempos.

—¿De qué es este pantalón? —preguntó mamá cuando me senté junto a ella en la cama para elegir la película. Dio un pellizco a la tela—. Parece muy agradable, ¿qué tejido es?

—No sé, de algún deporte. Tengo varios, estos no sé si son de *capoeira* o de yoga. Los compro porque son muy suaves y no tienen costuras, así no me dejan marcas. Los pillé en una tienda de Nueva York. Si quieres, cuando vuelva, te cojo alguno para ti.

—Vale, cariño, gracias. Tienen pinta de ser muy cómodos para estar en casa.

—Lo son —confirmé.

Ella miró su teléfono y suspiró. Lo dejó en la mesilla de noche antes de dirigirse a mí.

—Bueno, ¿qué película quieres ver? ¿Pedimos algo de cena?

—¿Qué pasa, mamá? Estás como triste…

—Un poco, pero no tiene importancia. ¿Llamamos al servicio de habitaciones? —Cogió el folleto del hotel, pero se lo quité de la mano y la obligué a mirarme.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Es una tontería, hijo. No le des más vueltas… Que anoche discutí con tu padre y esta mañana se había marchado temprano. Y no me ha llamado en todo el día. Y no me gusta esta sensación. No me gusta que estemos peleados. Sé que no es nada, pero me sorprende y me duele un poco que no me haya llamado ni me haya mandado un mensaje. Ya está, no pensemos en tu padre, mañana cuando vuelva a casa hablaré con él.

—Es que papá a veces es la hostia —la apoyé—, pero seguro que mañana en cuanto lo veas ya se os ha pasado. —Y lo dije con sinceridad, porque mis padres siempre se han querido muchísimo y han solucionado cualquier conflicto bastante rápido, bueno, salvo una vez, pero eso es una larga historia que no viene a cuento ahora—. Seguro que él está igual, mirando el teléfono y bufando porque no lo has llamado tú a él. —Me reí.

—Puede ser —sonrió—. Venga, elige una película.

Entré en una de las plataformas que tenía el televisor del hotel mientras mamá revisaba los folletos de comida.

—¿Qué puedes cenar? —me preguntó.

Al día siguiente tenía una sesión de fotos, así que le recité todos los alimentos prohibidos por que me hinchaban o me afectaban a la piel. Lo último que necesitaba era amanecer con un grano.

—Por favor, cielo, dime que no te alimentas solo de lechuga.

—No, mami —me reí—. Como bien, te lo prometo. Tengo un nutricionista que me controla una vez al mes.

—Vale, confío en que no harás ninguna tontería con la comida.

—No, mamá, tranquila, no paso hambre.

—Vale, cielo, que la salud es más importante que el trabajo. Siempre.

—Lo sé. ¡Por cierto! —Me entusiasme al recordar que no le había contado mi gran noticia—. ¿Sabes lo que me ha dicho Lázaro cuando he hablado con él a solas? ¡Que Oriol Tusquets quiere ofrecerme un papel en su próxima película! ¿Te imaginas? Salir en una película, es que flipo…

—Pero tú no eres actor, ¿te atreves a algo así?

—Pues me da un poco de palo, pero Laza me ha dicho que no me preocupe, que el director tiene mucho ojo y que, si me quiere a mí, es por algo. No sé, por probar… Que yo sé que mi carrera de modelo tiene los días contados, dentro de nada aparece un chaval de dieciocho años y me desbanca. —Me reí—. Puede ser una buena manera de reconducir mi futuro, ¿no crees?

—Sí, cielo, y si tú estás contento, adelante. ¿Actuarías con Lázaro?

Asentí y unos golpes en la puerta nos interrumpieron.

—¡¿Quién es?!

—¡Servicio de habitaciones!

Miré a mamá, que todavía sostenía el folleto en la mano.

—Qué rápido, ¿has llegado a pedir?

Ella negó con la cabeza y yo me levanté a abrir la puerta. Miles de opciones pasaron por mi cabeza. La más probable, que fuera algún *paparazzi* especialmente valiente dispuesto a que le partiera la cara con tal de conseguir una foto de Laza y mía en una habitación de hotel. Me reí ante la idea de que en lugar de al actor del momento encontrara a mi madre. Pero no era un fotógrafo quien estaba al otro lado del umbral, era la última persona que esperaba encontrarme ahí. Era mi padre con un enorme ramo de flores.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté con sorpresa real.

—Hola a ti también, hijo. Me alegro de verte.

—Muy bonitas las flores, pero prefiero un anillo —sonreí.

—Ni las toques, gamberro, que son para tu madre.

Abrí la puerta del todo y lo invité a pasar. Mamá se sorprendió de verlo, pero le desapareció al instante la cara de mustia que había tenido toda la noche.

—Samu, cielo, ¿has venido desde Valencia solo para esto?

—No quería arreglarlo por teléfono. —Se sentó a su lado en la cama, justo donde unos minutos antes estaba yo—. Y no quería que pasáramos otra noche mosqueados… Nico, hijo, ¿nos dejas un momento?

—Os dejo todos los momentos. —Suspiré y empecé a meter las pocas cosas mías que había por ahí desperdigadas dentro de mi maleta—. Quedaos en esta, voy a pedir que me den otra habitación.

—Gracias, cielo. Nos vemos mañana en el desayuno.

—Gracias, Nico.

—Adióóóóós —me despedí antes de salir de allí.

Arrastré mi maleta hasta recepción y le pedí a una amable recepcionista que me diera una habitación, la que fuera.

—Lo siento, está todo completo.

—Me da igual la *suite* más lujosa o el cuchitril más infame, solo quiero una cama.

—Lo siento, está el hotel completo desde hace meses. Hay varios eventos importantes este fin de semana en Madrid y están todos los hoteles completos desde hace mucho.

—Bueno, ya será menos, no serán «todos».

—Todos —insistió ella—. Llevamos rechazando reservas desde diciembre.

Resoplé y saqué mi móvil. Mi agente contestó al segundo tono.

—Nico.

—Álex, me he quedado tiradísimo y el hotel está completo. ¿Puedes conseguirme otra habitación?

—Imposible, ya me costó que me dieran esa, y porque tenía algunas reservadas la

organización del estreno. ¿Qué ha pasado con la tuya?

—Están mis padres. —Resoplé—. Nada, movidas de buen hijo… ¿Qué hago, entonces? ¿Voy a ser un *homeless* por una noche?

—Puedo averiguar si hay alguna en uno de los hoteles del aeropuerto. A veces están completos los de la ciudad, pero en esos hay vacantes.

—Mañana tengo sesión de fotos en el centro, irme hasta el aeropuerto y volver me parece poco práctico…

—¿No conoces a nadie del estreno? Seguramente esté en el mismo hotel, lo mismo tiene habitación doble o, si tiene una *suite*, puedes dormir en el sofá, son enormes en ese hotel. Yo es que estoy en Barcelona, no puedo hacer más. Puedo buscarte algo fuera de la ciudad, es lo único que está en mi mano.

—Olvídate. —Resoplé—. Voy a ver qué se me ocurre.

Colgué el teléfono y me rasqué la frente con él. Llamé al único que se me ocurrió, en el que no había dejado de pensar desde que nos habíamos separado, la verdad.

—¿Nico? —preguntó al descolgar.

—Hola, Laza, tengo un pequeño marrón y necesito un favor. No se me ocurre a nadie más a quien llamar.

—Dime.

—Me he quedado tiradísimo. ¿Estás en este hotel? ¿Me dejarías dormir en tu sofá? Juro solemnemente que es cierto y que no hay ninguna intención oculta.

—No estoy en tu hotel.

—Mierda, vale, a ver qué me invento. Gracias.

—Estoy en casa, Nico. Yo vivo en Madrid. —Se hizo el silencio durante un momento—. Puedes venir si quieres. En mi sofá no cabes, ya te lo digo, pero lo arreglaremos. Te mando mi dirección.

—Guay, gracias, Laza, me salvas la vida.

—Ahora te veo.

Colgó y no tardó en llegar un mensaje con la dirección. Arrastré mi maleta hasta la parada de taxis que había a las puertas del hotel y me subí al primero de la fila. Le di al taxista el nombre de la calle que me había mandado Laza y me concentré en dominar a las mariposas que se habían puesto a revolotear en mi estómago ante la idea de que Lázaro me hubiera invitado a ir a su casa.

«Nico, relaja, que tienes más que claro que no puede pasar nada entre vosotros».

CAPÍTULO 22

FRÍO POLAR



—Entonces, ¿viene a pasar la noche aquí? ¿Así de directo? —me preguntó Meri cuando ya llevábamos un rato esperando a Nico.

—Sí, no sé, me ha dicho algo de que se había quedado tirado. No me ha contado mucho, que si podía dormir en mi sofá, que no había otra intención o algo así…

—Eso no se lo cree ni él —se rio mi amiga.

—Me ha parecido sincero. —Me encogí de hombros.

—Pues a mí lo que me parece es que los dos tenéis una tontería que no podéis con ella…

El timbre nos interrumpió en ese momento. Era la puerta de casa, así que puede que fuera algún vecino. Pero no, abrí la puerta y ahí estaba él. Llevaba un pantalón como de chándal, una sudadera y un anorak. Parecía un chico de su edad como otro cualquiera. Altísimo y de una belleza espectacular, pero solo un chico de veinticinco años. Su mano descansaba en el asa de una maleta.

—Hola —sonrió—. Me ha abierto una vecina tuya la puerta de la calle. Me ha dicho que si no estabas en casa me podía pasar por la suya, que ella tenía habitación de invitados y una nieta monísima y de mi edad. —Su risa profunda retumbó en el rellano—. Muchísimas gracias, en serio. No te asustes por la maleta, te juro que solo será esta noche. Mañana por la mañana me marcho y te libras de mí para siempre.

—No quiero librarme de ti para siempre, Nico. —Me hice a un lado—. Pasa.

—¿Qué vecina era? —preguntó Meri.

—Me ha dicho que su puerta era la veintidós.

—Vale, sé quién es. Pues su nieta no es mona, ya te lo digo —se rio.

Nico se puso una mano junto a la boca como si le fuera a contar un secreto.

—En realidad, aunque lo fuera, tampoco me interesaría.

Meri se rio del comentario y me miró de reojo. Nico paseó la vista alternativamente de ella a mí.

—¿He interrumpido algo? Mierda, no era mi intención. Si esto es como una cita me marcho… O me encierro en la habitación que me digáis y no me veis hasta mañana…

—No es una cita —se rio Meri—. Somos compañeros de piso. Laza, acompáñale a tu habitación para que deje la maleta y la chaqueta. ¿Has cenado, Nico? Nosotros sí, pero te preparo algo en un momento.

—Mmm, no, pero con la hora que es ya, creo que voy a ayunar. Mañana tengo sesión de fotos, me sentará bien no cenar.

—Como quieras —respondió Meri—. Si te apetece cualquier cosa, siéntete libre. Nuestra cocina es tuya.

—Gracias, guapa.

—Me voy a leer a mi cuarto, que estoy enganchadísima al libro. Os veo mañana, chicos. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él.

Nico miró nuestro sofá de dos plazas y luego a mí.

—Cómo me gustaría ahora mismo medir un metro y medio y no ser una molestia.

—No eres una molestia. Ven. —Le indiqué con un gesto el camino a mi habitación.

Se quitó el chaquetón al entrar y lo dejó sobre la maleta.

—Tío, de verdad que me siento fatal por invadir así tu casa. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes. No me importa.

—¿No? Yo creo que no te ha sentado muy bien…

—¿Por qué dices eso? —Me sorprendió de verdad su comentario.

—Estás muy serio. Como si te molestara que estuviera aquí.

—Perdona, no era mi intención. No me molestas, Nico. Ha sido un día muy largo y no especialmente bueno, y esto no me lo esperaba, es todo. Siento si te ha dado la impresión de que estaba serio por tu culpa.

—Vale, me gusta esa respuesta. Entonces, ¿no te he cortado el rollo al aparecer así en plena noche? —preguntó y yo negué con la cabeza—. ¿Sigues de bajón por la mierda de película de esta tarde?

Me encogí de hombros y dejé escapar una sonrisa.

—Oh, joder, ese truño no merece que le des tantas vueltas. —Chasqueó la lengua con fastidio —. Vamos a hacer un peliculón tan brutal con Oriol Tusquets que la peña se va a olvidar de ese mojón. Esta será una de esas pelis que desaparecen en el olvido a la semana de estrenarse. Ya lo verás. —Se dirigió a la ventana y echó las cortinas. Luego volvió y se plantó delante de mí—. Ahora te voy a dar un abrazo reconfortante, con la única intención de que te sientas mejor y con la tranquilidad de que no va a aparecer un fotógrafo de la nada y vamos a estar en internet al momento en unas fotos que se puedan malinterpretar. ¿Te parece bien?

—No hace falta, Nico. —Sonreí levemente ante ese gesto entrañable.

—En un día de bajón, un abrazo siempre hace falta. —Sin darme tiempo a decir nada, dobló un poco las rodillas, para estar a mi altura, supongo, y colocó mis brazos sobre sus hombros. Luego me rodeó el torso con los suyos. Me apretó fuerte y algunas de mis vértebras protestaron —. Eso es tensión, ¿ves como te hacía falta?

El latido de su corazón contra mi pecho, el calor que desprendía, su olor… Todo era tranquilizador y me hacía sentir mejor. Y me hacía pensar en muchas cosas en las que no debía hacerlo.

—Gracias, Nico. —Me separé de él.

—De nada. Cuando necesites un abrazo, cuenta conmigo. Son fan absoluto de los abrazos, lo curan casi todo.

Sonreí esta vez de verdad, era imposible no hacerlo con esa actitud suya. Me gustaba mucho el Nico que estaba conociendo conforme pasaban los días. No tenía nada que ver con el sobrado de la piscina o el niñato del avión, aunque, por supuesto, era igual de sexi.

—¿Ves? Ya sonríes. Si es que los abrazos son mágicos. —Sonrió él también con toda la cara.

—¿Quieres una cerveza? —pregunté para alargar un poco la noche, me apetecía pasar un

ratito más con él.

—No bebo alcohol, es fatal para la piel, envejece mucho.

—Pero si tienes la piel perfecta. —Se me escapó una carcajada.

—Porque no bebo alcohol, entre otros motivos —asintió con condescendencia.

—Vale, pues ¿qué quieres tomar?

—Una infusión, si tienes.

—Tengo —asentí—. ¿De qué?

—De nada estimulante: tila, valeriana… Cualquier cosa que ayude a descansar me va bien. Si te parece, me doy una ducha mientras. ¿Eso es el baño? —Señaló la puerta y yo asentí—. Vale, pues me doy una ducha rápida y nos tomamos esa infusión.

—Tú te tomas la infusión, yo me tomaré una cerveza aun a riesgo de envejecer de golpe, me gusta vivir al límite.

—Vale —se rio y se agachó a abrir su maleta.

Lo dejé rebuscando en ella cuando salí de la habitación a por las bebidas.

Entré en el dormitorio de nuevo y lo oí cantar tras la puerta cerrada del baño. Dejé su infusión en una de las mesillas de noche y le di un trago a la cerveza. No tardó en terminar el concierto y salió del baño. Llevaba un batín como de seda de color azul. Podría haber estado ridículo, pero hasta con eso estaba sexi a rabiar. Sus rizos seguían secos y salvajes, como antes de meterse en la ducha.

—¿No te has mojado la cabeza? —pregunté con curiosidad y con la excusa para mirarlo a la cara y no a la piel del pecho que dejaba expuesta su batín medio abierto.

—Es la cuarta vez que me ducho hoy. No puedo lavarme el pelo cada vez. Primero porque no es bueno, y segundo porque es un coñazo. Si tuvieras estos rizos lo entenderías.

—¿Qué es eso que llevas? Te puedo dejar un pijama o un chándal si lo necesitas.

—No, nada de elásticos. Mañana tengo una sesión de fotos desnudo y no puedo tener las marcas que dejan las gomas de esas prendas. —Se sentó en la cama y cogió su infusión. Y mi imaginación fue directa a su sesión de fotos desnudo.

—¿No estás un poco obsesionado con esas cosas? Que si la comida, que si la bebida, que si los elásticos…

—Bueno, seguro que tú ensayas tus escenas, ¿no? Es parte de tu trabajo para hacerlo lo mejor posible. Pues a mí me pasa lo mismo. Esto es parte del mío. Parece que ser modelo es solo llegar y que te hagan una foto, pero esos resultados tienen mucho curro detrás…

—Vale, perdona, no quería subestimar tu profesión —me disculpé, porque lo cierto es que llevaba razón. Yo siempre había pensado que su trabajo era justo eso, jamás me había planteado que se preocupara de tantas cosas—. Voy a darte sábanas limpias, pero te las cambias tú.

—Paso. —Se metió en mi cama con toda la tranquilidad del mundo, se apoyó contra el cabecero y se tapó hasta la cintura—. Si no has hecho ninguna cerdada en estas sábanas, me va bien. Paso de cambiar la funda del nórdico, es un coñazo. —Cogió la infusión de nuevo y le dio otro trago.

—Bien, como quieras. —Le di yo uno a la cerveza—. Pues… Te dejo solo, que querrás descansar. Siéntete en tu casa.

—¿Dónde vas a dormir tú?

—Con Meri.

—Me siento mal por echarte de tu cama. Puedes dormir conmigo… —sugirió y yo resoplé

involuntariamente—. Vale, no. Te diría de dormir yo en el suelo, lo he hecho a veces, pero para las fotos de mañana no puedo tener la espalda como un siete…

—No vas a dormir en el suelo. Puedo dormir con Meri, no pasa nada.

—Pero no te vas ya, ¿no? Quédate un poco conmigo y hablamos un rato de algo que te haga pensar en otra cosa, a ver si te cambia la cara… —Dio una palmada a su lado en el colchón. Dudé un momento, pero finalmente me senté a su lado, pero yo sobre el edredón.

—Vas a aplastar las plumas, pero como quieras, es tu edredón. —Sacó un blíster de pastillas del bolsillo de su batín y se tomó dos con un trago a la infusión. Luego lo dejó todo en la mesilla.

—¿Para qué son?

—Para descansar mejor y tener buena cara mañana. Me harán efecto de golpe dentro de un rato. Si digo alguna tontería antes de dormirme, ignórame. —Se deslizó hasta quedar tumbado en la cama y se tapó hasta el pecho—. Joder, qué frías las sábanas. Métete aquí dentro un rato, porfa, que me voy a quedar pajarito —me pidió de un modo despreocupado y yo, aunque dudé un momento, obedecí—. ¡Pero quítate los calcetines, no seas cerdo! No se meten los calcetines en la cama.

Me reí, pero le hice caso y comprobé que llevaba toda la razón, las sábanas estaban heladas. Se giró hacia mí y yo hacia él. Resoplé al notar cómo empezaban a helarse mis pies y me dio la risa floja. Él me miraba sonriente.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —pregunté.

—Porque ya se te ha ido esa cara de mustio que tenías, por lo menos te ríes. Igual que mi madre cuando ha aparecido mi padre en la habitación. También le ha cambiado la cara. —Puso los ojos en blanco—. Por eso me he quedado tiradísimo, por buen hijo. Iba a cogerme otra habitación para dejarles intimidad, pero estaba ese hotel completo y por lo visto todos los demás también. Me has salvado la noche, ya me veía de *homeless* en la estación… Y yo a cambio te he hecho reír, nos hemos hecho el bien el uno al otro.

—En realidad es una risa nerviosa, se me están congelando los pies. —Me volví a reír.

—Vas a tener que ser fuerte, Laza —aseguró antes de cubrir mis pies con lo que supuse que eran los suyos, pero en realidad parecían dos cubitos de hielo gigantes.

—¡Para! —casi grité—. ¡Que es peor!

—Aguanta, sé fuerte, será un momento, ya lo verás.

—¡Nico, quita, estás helado!

—Resiste, Lázaro, esto es lo que hacen los que están en riesgo de morir de hipotermia. Calor humano, confía en mí. Solo son los pies, ya verás qué rápido se va la sensación de frío polar…

Me revolví intentando separarme de sus gélidos pies, pero su superioridad física no me lo permitió.

El helor me iba subiendo por las piernas al tiempo que los pies se iban templando. Era raro. Finalmente, tal como él había vaticinado, el frío glacial desapareció y comencé a notar el calor que provocaba tenerlo tan cerca.

—¿Ves? —Sonrió—. Ya ha pasado lo peor.

—No estoy tan seguro. —Tragué saliva y lo miré a los ojos.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —susurró.

—Dime —acepté con algo de miedo, no sabía cómo de íntimo era lo que quería saber.

—¿Por qué tienes líquido de lentillas en el baño?

Solté una carcajada que me salió del alma.

—¿Eso es una pregunta personal?

—Depende de la respuesta…

—¿Qué respuestas hay posibles? —Me reí porque de verdad que no se me ocurría más que una.

—Puede ser de un amante ocasional que pasa por tu cama de vez en cuando —sugirió y yo negué con la cabeza—. Puede que seas un rarito que lo usa como enjuague bucal. —Sonrió y yo volví a negar—. Puede que tengas que llevar gafas, pero se metían contigo en el colegio por eso y ahora lleves lentillas porque te acomplejaron.

—Esa es la más aproximada, pero tampoco. —Me reí—. Me resulta más cómodo llevar lentillas, y me las pusieron cuando ya era adulto, no hubo *bulling*. ¿Por qué tanto interés de repente por mi salud ocular?

—Curiosidad. —Encogió el hombro que no descansaba sobre el colchón—. ¿Sabes? Tengo una fijación rara. Me gustan muchísimo los hombres mayores con gafas.

—No soy tan mayor —me defendí.

—En ningún momento he dicho que me gustes tú, me parece prepotente por tu parte asumir algo así.

—No te gusto —afirmé.

—Ni un poco —aseguró con una expresión de lo más neutra.

—Le voy a decir a Ori que no se preocupe, que eres un gran actor.

—¿Tú crees? —Su gesto permanecía impasible, pero sus pies, que todavía cubrían los míos, se movieron para aprisionarme un poco más.

Le devolví el gesto. Sí, ahí estaba yo, a mis treinta y tres años, haciendo piececitos con un tío de veinticinco.

—Eres capaz de mentir sin cambiar el gesto, hace falta mucho talento para eso.

—Qué pretencioso por tu parte asumir que estoy mintiendo, Lázaro.

—Eres tú el que te has metido en mi cama, Nicolás.

—Porque ser un hijo modelo me ha convertido en un sintecho, ya te lo he dicho.

—En qué líos te metes por tu gran corazón —ironicé.

—Pues la verdad es que sí —suspiró y al momento liberó mis pies y se alejó un poco de mí.

No me gustó nada su cambio de actitud, la verdad. Se había puesto serio de repente.

—Eh, Nico, ¿qué pasa?

—Nada —sonrió, pero no me terminó de convencer—. ¿Tienes a mano el guion de la peli en la que presuntamente voy a actuar? Aún no me ha llamado, pero creo que quedaré más profesional si lo he leído cuando hable con él…

—Eso le encantará, sí —aseguré—. Te llamará como pronto mañana, le he pasado tu teléfono hace un par de horas. Y sí, tengo el guion aquí.

Me di la vuelta y abrí el cajón de la mesilla. Saqué las gafas y el texto y me tumbé bocarriba con intención de encontrar la parte en la que aparecía él.

—Te has puesto las gafas… ¿Pretendes ponerme cachondo?

—Pretendo encontrar la parte donde aparece tu personaje. —Localicé la página en cuestión y le pasé el libreto—. Aquí empieza lo tuyo.

Sonrió como un crío con auténtica ilusión y me quitó las gafas para ponérselas él.

—¿También usas gafas? No creo que sean de la misma graduación, sería mucha casualidad.

—No, yo tengo la vista perfecta. Solo quería parecer más listo. ¿Qué tal? ¿Cómo me quedan? ¿Aparento ser algo más que una cara bonita?

—No necesitas gafas para eso, ya eres más que una cara bonita.

—Cierto, también soy un tío bueno —sonrió.

—Lo eres —confirmé—, pero no me refería a eso…

—Bueno. —Se las quitó y me las devolvió—. Tampoco pretendo ir de intelectual a estas alturas. Voy a leer esto, a ver qué tengo que hacer.

Yo solo asentí. Él se tumbó bocabajo y el batín ese que llevaba se le enredó de un modo extraño. Intentó recolocarlo, pero al final resopló frustrado y levantó el cuerpo lo justo para poder abrirlo por delante y volver a tumbarse directamente sobre el colchón. Comenzó a leer la parte del guion que le iba a tocar interpretar. Leía en silencio, pero sus labios se movían levemente, como si estuviera susurrando el texto sin emitir sonido. Me dieron ganas de abalanzarme sobre él y comérmelo a besos. O comérmelo en general. Maldito Ori y sus peticiones de artista perturbado.

—Ay, qué bonito esto —dijo en voz alta y yo me asomé sobre su hombro para ver por dónde iba. Entendí el comentario, era una escena muy especial.

Siguió leyendo y revolviéndose sobre el colchón como un niño que no puede estarse quieto.

—Joder, qué escenitas —se rio—. Qué calores me están entrando solo de leerlas… —Sacó los brazos del batín y lo dejó sobre el edredón, que bajó hasta su cintura—. Luego me lo pongo otra vez, tranquilo, es que me estaba agobiando mucho. Vale, eres un exagerado. Me habías dicho que había tres escenas de sexo y en realidad es solo una y luego así como flases de otras dos, por lo que he entendido yo, ¿no? La única así más de verdad es la de la alfombra frente a la chimenea, y luego ya imágenes breves en la ducha y en la cama.

—Sí —asentí—, eso parece, ¿verdad? Pero a efectos de rodaje, son tres diferentes. Y si Oriol se pone tocapelotas, nos puede tener cuatro días bajo la ducha para sacar dos planos de diez segundos, así que yo, por si acaso, las cuento como tres, que me lo conozco.

—¿En serio? —Se rio—. Estás exagerando para que me acojone…

Negué con la cabeza y me reí.

—Te lo juro. ¿Has visto *Aquello que fue*?

—Claro —asintió.

—¿Te acuerdas de la escena del primer beso?

Achinó un poco los ojos.

—En la ermita en ruinas, ¿no?

—Eso es —sonreí—. Pues va a ser verdad que eres un fan loco…

—Lo fui —sonrió él también—. Bueno, ¿qué pasa con esa escena?

—Que se nos fue casi una semana de rodaje en el puto beso. Decía el cabrón de Ori que no veía química… Para matarlo, porque luego usó apenas unos segundos…

Nico soltó una carcajada.

—Entonces a nosotros nos va a tener mínimo un mes fingiendo que follamos, porque no tenemos nada de química, nos damos puto asco —dijo antes de darme una patadita por debajo del edredón. Yo aproveché para atrapar su gemelo entre los míos.

—Nada de química —repetí—. Puto asco…

Sonrió y volvió a prestar atención a los papeles sin intentar recuperar su pierna. Siguió leyendo en esa posición hasta que llegó al final de la parte en la que aparecía él.

—¿Ya está? ¿Así acaba mi papel? ¿Me abandonas?

Me reí y asentí.

—La historia de mi vida. —Suspiró con un gesto dramático y una sonrisa.

—Exigencias del guion —aseguré.

—Y yo salgo desnudo a la nieve a buscarte y ya no te encuentro. ¿No te doy pena? Moriré abandonado y congelado…

—Eso lo puedes negociar con Ori. Puedes pedirle llevar calzoncillos o la sábana enrollada o lo que tú veas.

—Eso me da igual, ya sabes que no tengo problema en estar desnudo, me paso media vida así. Y entiendo que el plano ese final, del personaje desnudo de espaldas rodeado de nieve, es muy potente. Aunque lo de pisar la nieve con los pies descalzos me da respeto, la verdad. —Se rio.

—No es la escena final de la película —aclaré.

—Lo sé, pero es mi última escena. Una vez deje de salir yo, la historia solo puede ir cuesta abajo.

—Por supuesto, los demás solo somos figurantes para darle coherencia a tu gran papel.

—Está claro. Venga, ahora en serio. —Se rio—. Va a ser un peliculón. Espero estar a la altura.

—Seguro que sí.

—Voy a necesitar clases de interpretación. ¿Sabes de algunas? He mirado la escuela Frame a Frame, se supone que es la más potente de Madrid sin meterte en la carrera de Arte Dramático, ¿la conoces?

—Claro —asentí—. Yo di clases allí una temporada. ¿Ya has mirado academias y todo? Si te lo he comentado hace unas horas.

—He hecho una búsqueda rápida en Google mientras el taxi me traía hasta aquí. ¿Diste clases ahí entonces? ¿Y qué tal? ¿Te sirvieron? ¿Eran buenas?

—Yo «impartí» clases allí una temporada.

—Ah, vale —se rio—. Pues igual me podrías dar clases tú, no sabía que habías sido profe. Iba a hacer un viaje con mis hermanos, tengo tres semanas de vacaciones, pero puedo irme solo una semana con ellos y luego volver y me das clases particulares y preparamos el papel. ¿Qué me dices? Te pagaré, claro, lo que tú cobres, o el doble… Lo que me digas.

—Ok, lo vemos. Hace mucho que no doy clase, pero nos puede venir bien a los dos para ensayar. —Me impresionó la profesionalidad que demostraba al querer prepararse tanto para un papel tan breve. Cualquier otro en su situación se habría limitado a aparecer el día del rodaje, su personaje no tenía texto, solo algunas palabras sueltas que podía leer antes de cada escena.

—Genial —sonrió—. Vamos a hacer un peliculón. —Me cogió de los hombros y me agitó—. Todo el mundo se olvidará de la mierda que hemos visto esta tarde.

Mi mente volvió a la película más bochornosa de la historia y supongo que eso me ensombreció un poco el gesto.

—¿Qué piensas? —preguntó.

—Que puede que haya cometido el mayor error de mi carrera.

—Mmm… Acabas de perder una oportunidad estupenda de decir que estabas pensando en mí.

—Mides como dos metros y has invadido mi cama casi por completo, lo que intento es no pensar en ti. —Me reí.

—¿Ha habido éxito?

—Solo cuando pienso que he tirado a la basura mi futuro.

—¿Arrepentido de parar meteoritos? ¿Prefieres volver a poner cara de intenso sin música de fondo?

Me tuve que reír por fuerza.

—¿A eso reduces mi trabajo?

—Cuanto más lo reduzca, más lo puedo equiparar al mío. Yo solo sirvo para hacer bonito. —Suspiró.

—Y no hay nadie que lo haga mejor —aseguré para reconfortarlo, porque realmente lo pensaba y también porque me dio la impresión de que se sentía algo avergonzado.

—En algún momento voy a necesitar que repitas eso delante de mis hermanos.

—¿Por qué?

—Porque se creen más guapos que yo, los muy flipados…

—¿Cuántos hermanos sois?

—Cuatro.

—¿Todos chicos?

—Sí.

—Tendréis a vuestra madre en un pedestal.

—Claro, como en el chiste. —Soltó una carcajada.

—¿Qué chiste?

—Uno que dice justo eso: «¿Todos chicos? Tendréis a vuestra madre en un pedestal». «No te jode, si la bajamos, mi padre se la tira». —Se enganchó a reír y me contagió enseguida.

—Pues no conocía el chiste. Dos de tus hermanos son *influencers* o algo así, ¿no?

—Algo así —asintió.

—Me pasó alguien el otro día un vídeo en el que subían con una grúa hasta uno de tus carteles. ¿Lo has visto?

—Claro, qué cabrones —se rio—. Lo vi en directo.

—No me quedé con la cuenta, solo sé que tenían un nombre gracioso…

—Twins and Show —confirmó—. Como el «Twist and shout» de los Beatles, pero en versión gemelos haciendo el notas. —Sonrió—. El primer nombre que se les ocurrió cuando se plantearon hacer el blog de viajes era más gracioso, pero tan políticamente incorrecto que mi padre les dijo que, como se pusieran ese, los desheredaba. Al final fue mi madre, con buenas maneras, la que los hizo entrar en razón.

—¿Cómo querían llamarlo?

—«La vuelta al mundo en ochenta tías». —Se empezó a partir de risa casi antes de terminar de decirlo. Yo también me reí con ganas. A él, con los últimos coletazos de la risa, se le empezaban a cerrar los ojos.

—Sí que es más gracioso —admití—. Pero le tengo que dar la razón a tu padre, habría sido de lo más inapropiado.

—¿Ahora le das la razón a mi padre? —preguntó mientras pestañeaba un par de veces a cámara lenta—. Lo entiendo, los viejos tenéis que apoyaros —añadió esto último tan despacio que parecía que nunca iba a terminar la frase, pero, aun así, sonreía.

—Primero me pides que sea tu profesor, ahora me comparas con tu padre… Me inquieta un poco la imagen que pareces tener de mí, la verdad…

—Es que la imagen… —empezó a decir, pero entonces cerró los ojos y comenzó a respirar más fuerte.

—La imagen ¿qué? Nico, ¿qué dices? —Lo agité un poco, pensé que, por algún motivo, se estaba haciendo el dormido. No me parecía posible que se hubiera traspuesto de verdad tan de repente—. Nico, no me tomes el pelo. La imagen ¿qué?

—La imagen es amarilla si no tiene zapatos —dijo con la lengua de trapo sin abrir los ojos.

—¿Qué dices? Nico, ¡Nicolás! ¿Qué dices? Me estás acojonando… Abre los ojos, mírame. —Le abrí un párpado con los dedos y él hizo un esfuerzo sobrehumano para abrir el otro. Sonrió al conseguirlo, o casi.

—Laza. —Saboreó mi nombre todavía con la sonrisa en los labios y se acercó mucho más a mí. Lo rodeé en un abrazo por puro instinto, pero con mucho cuidado, porque era del todo consciente de que él estaba desnudo—. Sí que me gustas —añadió en un susurro—, lo de que nos damos asco era una broma…

—Nico —murmuré y subí una de mis manos hasta su nuca. Enredé los dedos en sus rizos. Él gimió con mi gesto y yo lo sentí en todo el cuerpo. Cerró los ojos, abrió los labios y dejó escapar un jadeo—. ¿Te has vuelto a dormir? —susurré.

Abrió los párpados con pereza y me besó. Su lengua se enredó con la mía y yo solo me dejé llevar. «Lo siento, Ori, soy humano». Sus manos se colaron bajo mi camiseta y a mí comenzó a faltarme el aire y a sobrarme ropa. «Solo un beso», me prometí a mí mismo, pero no me vi con la capacidad de pararlo. Seguí acariciándole la espalda y el cuello, no quería ser yo el que diera el siguiente paso y llevara las manos a alguna zona más crítica.

—Laza —dijo con voz pastosa al separarse unos centímetros de mi boca—, eres lo que más me apetece, aparte de dormir. —Lo apreté fuerte entre mis brazos en lugar de contestar, para que sintiera que yo pensaba lo mismo, aunque intuía que había un pero y lo dejé continuar hablando —: pero no puedo. Yo no soy un polvo de una noche. Lo he sido muchas veces y me hace sentir muy mal. No quiero serlo más. —Había ido enterrando la cara en mi cuello mientras hablaba hasta que su voz sonaba casi como un sollozo.

—Nico. —Le acaricié la nuca y apoyé la mejilla sobre su pelo—. No tenemos que hacer nada —murmuré—. Hablamos por la mañana, cuando estés más despejado.

—Vale —farfulló ya casi dormido de nuevo—, pero no te vayas a la cama de Meri. Quédate conmigo.

—Claro. Me quedo. Por esta noche te lo paso, pero a partir de ahora voy a necesitar que lleves ropa cuando estés tan cerca de mí.

—Lo intentaré.

CAPÍTULO 23

LO QUE SEA



No fue una buena noche, esa es la verdad. Estaba incómodo y nervioso. Me pasé hasta las tantas comiéndome la cabeza por lo de la película que acababa de estrenar y por la que iba a rodar con el rubio que tenía enroscado a mí. Rubio que me había dejado pensando también en lo último que me había dicho, lo de que no quería ser un polvo de una noche, que le hacía sentir mal. Necesitaba saber más de eso. Debería haberme separado de él e intentado dormir, pero por algún motivo preferí dejarlo descansar a él y aguanté estoicamente hasta que se alejó de mi lado y pude conciliar el sueño un poco. Para cuando amanecí, estaba solo en la cama. Me llegó un sonido extraño desde la sala, así que me arrastré fuera del colchón y me puse las gafas. Sonreí al recordar la conversación de la noche anterior sobre ellas. Deseé que no se hubiera marchado, que todavía estuviera aquí y que fuera el culpable de ese sonido que no terminaba de identificar.

Al entrar en el salón, comprobé con alivio que sí, que era el responsable de la contaminación acústica que invadía mi piso. Él y Meri estaban sentados a lo indio uno frente a la otra y cogidos de las manos. Tenían los ojos cerrados y unas mascarillas como de papel en la cara. También unas pegatinas doradas bajo los ojos. El sonido extraño salía del móvil de Nico, que estaba en el suelo junto a ellos. Él llevaba su batín de la noche anterior y el pelo recogido en lo alto de la coronilla, lo que me proporcionaba una visión de su cuello a la que hasta el momento no había tenido acceso. Me habría encantado ir a darle los buenos días con unos cuantos besos en esa zona.

—Buenos días —saludé todo lo bajito que pude, para no molestar.

—Shhh —me cortó Meri sin abrir los ojos—, estamos meditando.

—Bueno, ya está —se rio Nico—, podemos dejarlo por hoy. —Se puso en pie.

—Podríais dejaros la movida esa en la cara —sugerí—. Os favorece.

—Qué graciosillo —ironizó Meri y me sacó la lengua—. ¿Nos toca ya quitárnosla, Nico?

Él consultó el reloj de su móvil.

—Sí, es la hora. Aprovecho y me doy una ducha, que en una hora y poco tengo que estar en el estudio.

—Voy a hacer café, ¿quieres? —pregunté.

—No, es malo para la piel, ya me he tomado una infusión.

—Claro —sonreí.

—Ahora salgo.

Meri me aceptó ese café y se vino a la cocina conmigo.

—Has dormido con él al final —dijo como si tal cosa mientras se despegaba la careta esa que

llevaba.

—Mmm… sí. Pero no ha pasado nada, no te montes películas.

—Pues no sé por qué, es un amor. Me lo quedaría para mí, pero creo que no soy su tipo. —Se rio—. Me encanta para ti, Laza, y le gustas un montón. Se le nota en la cara cuando habla de ti.

—¿Cuando habla de mí? ¿Ha hablado de mí? ¿Qué te ha dicho?

—¡Nada! —Meri soltó una carcajada—. Solo me ha dicho que seguías dormido. Pero solo con decir «Laza sigue en la cama» se le ha llenado toda la boca y se le ha plantado una sonrisa tonta en la cara que no podía con ella. Sí, justo como la que te acaba de asomar a ti en este momento.

—No digas tonterías. —Me tapé la cara con la taza de café porque no quería darle la razón, aunque la tenía. Yo sabía perfectamente que la tenía.

No tardó en meterse ella en la ducha también.

Veinte minutos después, Nico salió de mi habitación ya duchado y vestido con el que parecía el pantalón de chándal (o mallas, no sabría decir) más cómodo del mundo y una sudadera. Me encantaba y me deslumbraba, como a todos, verlo cuando iba elegante o con actitud de trabajo, pero me despertaba algo más cuando parecía un chico normal. Yo estaba sentado en el sofá mientras revisaba el móvil y apuraba mi café. Entró Meri también en ese momento.

—¿Ya estás listo, Nico? ¿Te pasas por aquí después de la sesión de fotos y nos cuentas? Podríamos hacer eso de las uñas que me has dicho antes.

—No, lo siento, me vuelvo a Valencia, que mañana sale mi avión. Me voy de viaje con mis hermanos. Y aún tengo que hacer la maleta y pasar a ver a mis tíos y a mis primas, que hace siglos que no los veo.

—Claro, ¿dónde os vais de viaje los hermanos? —interrogó Meri.

—Si os lo dijera, tendría que mataros, código de hermanos. —Se rio.

—Está bien —se rio mi amiga también—. Ya nos lo contarás a la vuelta, ¿no? ¿O tampoco?

Él asintió con una sonrisa.

—Hecho, pues cuando estés de vuelta, te vienes un día a cenar, pero cenar de verdad, no cenar aire, y nos cuentas el viaje, ¿te parece?

—Claro, me encantará —aseguró con la que parecía su sonrisa más sincera—. En fin, uno que se marcha, que en un rato me toca ser Jesucristo.

—¿Jesucristo? —Se me escapó la pregunta—. ¿Crucificado?

—Nooooo —aclaró él—. Es un nuevo perfume, que se llama *passion* —lo pronunció con un falso acento francés, como de broma—, y para el anuncio quieren recrear *La Pasión* de Miguel Ángel. Yo creo que no han pillado que son dos tipos de pasiones diferentes, pero ellos sabrán. Yo solo tengo que dejarme caer así —se reclinó entre el asiento y el brazo del sofá y adoptó la posición del cristo de la escultura que había nombrado. A Meri y a mí nos dio la risa— encima de Silvia, que es la chica con la que hago todos los anuncios de esta marca, y quedarme superquieto. Lo mismo hasta me duermo. —Se rio y volvió a levantarse—. En fin, chicos, muchísimas gracias por lo de anoche, me salvasteis el culillo.

Se puso la chaqueta, cogió el asa de la maleta y se dirigió hacia la puerta. Meri se acercó a darle dos besos de despedida y al momento desapareció con una excusa y se fue a su habitación. Supongo que quería dejarnos un poco de intimidad para despedirnos, ella siempre ha sido muy de hacer esas cosas.

Él apoyó la mano en el picaporte de la puerta de la calle y se giró hacia mí.

—Me ha gustado esto. Estas horas contigo sin peligro de cámaras —murmuró mirando al suelo.

—A mí también, Nico. Mucho. —Él levantó la vista y me miró a la cara—. Llámame cuando estés de vuelta. Y nos vemos.

—Vale, para las clases de interpretación y eso…

—Claro. ¿Cuándo vuelves, más o menos?

—Pues, a ver, no lo sé, porque mi agente me consiguió tres semanas de vacaciones, pero si le digo que vuelvo en una o dos, seguro que me pone sesiones y no vamos a poder ensayar… Que aún no le he dicho lo de la peli, no le mola nada que tome este tipo de decisiones sin él, pero con esto no tengo duda… Bueno, primero que me llame el director y ya me enfrentaré a Álex… Lo que podrías hacer es darme deberes. Mándame el guion o cosas que me pueda ir preparando yo desde allí en ratos que tenga, así ya llevo algo avanzado cuando empecemos a trabajar en serio…

—Nico, para —lo corté—. No te voy a mandar nada. Vete de vacaciones y desconecta. Pásalo bien con tus hermanos. Y come y bebe lo que te apetezca sin pensar en lo que te puede suponer… Haz todo lo que no te permites de normal. Disfruta, que tienes veinticinco años…

Él asintió y dejó salir el aire en una risa nerviosa.

—Es difícil, llevo mucho tiempo así. Pero igual tienes razón…

—La tengo, ya verás. Estaré aquí cuando vuelvas, para las clases de interpretación o lo que sea.

—Lo que sea… —repitió con una sonrisa—. Lo que sea, ¿qué?

Llevé una mano a su cuello y le acaricié la mejilla con el pulgar.

—Lo que sea. Yo te veo, Nico. Veo al chico que hay tras el tío bueno de los anuncios. Y me gusta. Unas veces más que otras, la verdad. —Nos reímos los dos—. Eres mucho más que una cara bonita, ni lo dudes.

Me miró a los ojos y dejó escapar una sonrisa gamberra.

—¿Te parece bonito ponerte las gafas y decirme esas cosas?

Sin dejar de mirarlo a los ojos y tratando de no partirme de risa en su cara, empujé con el dedo índice la montura para colocarla en el sitio. Él me aguantó la mirada y la sonrisa.

Antes de que me diera cuenta, se había movido muy rápido y me tenía acorralado contra la puerta. Se me escapó un jadeo cuando mi espalda chocó contra la madera.

—¿Y qué hay de los ligues? ¿También debería permitírmelos durante el viaje? ¿Debería ligarme a alguien y echar unos cuantos polvos? Y disfrutar, como has dicho, sin pensar tanto las cosas… —preguntó con su cara muy cerca de la mía.

—Eso igual no hace falta, creo que ese viaje va de pasar tiempo con tus hermanos, lo de ligar puede que te despistara de lo importante.

—¿Qué es lo importante?

—Que descanses, que desconectes, que te relajes, que pases tiempo con tus hermanos…

—Entonces, ¿no debería ligar?

—Yo creo que no —murmuré.

—Tendré que hacerte caso, los viejos sois muy sabios.

—Pero ¿cuántos años crees que tengo?

—Todos —susurró—. Los tienes todos.

Subió las manos hasta mi cara y me besó con fuerza, pero se separó enseguida.

—Tengo que irme, el deber me llama. —Suspiró.

Asentí y me aparté un poco de la puerta cuando llevó la mano al picaporte.

—Tercera vez que me besas —le indiqué—. Gracias por estar vestido esta vez.

Él soltó una carcajada antes de responder.

—No te preocupes, no lo haré más.

—Yo no he dicho eso.

—Lo digo yo, vamos tres a cero, empiezo a parecer un acosador.

—No era la idea —aseguré antes de pasarle la mano por el cuello y atraerlo hacia mí.

Y en ese momento fui yo quien lo besó. Para que no pensara que solo era cosa suya, para que no se fuera con un sabor amargo. Y porque era lo que más me apetecía hacer sin ningún tipo de dudas. Fue el beso más consciente, más despierto, más estable y con más ropa (por su parte) que nos habíamos dado hasta el momento. Pero ardió más que ninguno. Su aliento, su lengua, sus jadeos… Todo pedía más. Y yo quería dárselo. Dárselo y dármelo. Quería más de eso, más de él. Quería de nuevo toda su piel a mi alcance. Quería un beso eterno.

Nuestras respiraciones se mezclaban junto a la puerta que nos iba a separar de manera inminente sin saber durante cuánto tiempo. Demasiado. Fuera cuanto fuese, sería demasiado. Porque yo solo quería llevarlo hasta el sofá o hasta mi cama y seguir besándolo toda la mañana, toda la tarde, toda la noche.

—Mierda, para. —Resopló al separarse de golpe.

—¿Qué pasa? —Me acojoné, la verdad.

—Que voy a llegar a la sesión con la boca hinchada y la cara roja del roce. —Se llevó una mano a la barbilla y se rio—. Me haces ser muy poco profesional, Laza, pero me ha gustado este tres a uno. —Se inclinó un momento y me dio un beso rápido solo con los labios, supuse que para evitar el roce en la cara—. Joder, se me ha escapado, cuatro a uno.

Me reí y le devolví uno como el que me acababa de dar él.

—Cuatro a dos, pero vete ya o empezaremos con las tablas de multiplicar.

—Adiós, Laza, nos vemos a la vuelta.

—Adiós, Nico. Pásatelo muy bien y disfruta tus vacaciones.

Y antes de que me diera cuenta, se había marchado.

Me quedé con una sensación de vacío para la que no estaba preparado todavía.

CAPÍTULO 24

UNA FOTO SEXI



—No hagáis demasiadas tonterías —nos advirtió mi padre cuando estábamos a punto de cruzar los arcos de seguridad del aeropuerto—. Y no dejéis que aquellos dos dementes os arrastren a hacer alguna de las suyas.

Manu y yo nos reímos en respuesta.

—No hagáis nada peligroso —dijo mamá mientras me daba un abrazo y un beso—. Y no dejéis que lo hagan los gemelos tampoco —añadió al hacer lo mismo con Manu.

—Tranquilos, vamos a ser superbuenos. —Puse cara de angelito y papá me dio una colleja de coña.

—Venga, que aún perderéis el vuelo. Largo de aquí.

—Llamad en cuanto aterricéis —pidió mamá.

—Sí, mami —asintió mi hermano.

—Y llamad antes de volver a casa, no queréis encontraros sorpresas —dijo papá. Mi madre le dio un codazo y los dos se rieron.

—Argh, papá, toda la vida igual. No digas esas cosas —me quejé y me forcé para que no se materializara en mi cabeza una imagen de mis padres solos en casa haciendo las cosas que ningún hijo quiere imaginar.

—A ver de dónde te crees que habéis salido vosotros —se rio papá y nos dio un pequeño empujón a Manu y a mí—. Venga, id con mucho cuidado. Buen viaje.

Era un vuelo de casi treinta horas y dos escalas, pero ir con uno de mis hermanos lo hizo mucho más llevadero. Manu nunca había viajado en primera clase y me encantaba ver lo emocionado que estaba con todo. Durante las horas de espera, estuvimos en las salas VIP, esta vez accedí, por varios motivos. El primero y más importante era que no quería que nadie me viera por el aeropuerto y la prensa acabara enterándose de a dónde me iba de vacaciones. Llevaba años siendo una figura pública, pero de normal mis fotos robadas habían sido momentos puntuales en los que alguien de casualidad me reconocía. Lo de tener a la prensa detrás de mí pendiente de todos mis movimientos era muy reciente y me generaba bastante ansiedad, la verdad. No me sentía libre estando en espacios públicos y no me parecía para nada justo. Otros motivos para esperar en las salas VIP eran las comodidades que teníamos allí para unas escalas tan largas y la ilusión que le hacía a mi hermano. La única condición que le puse fue que, aunque viéramos a alguien famoso, no se acercara a agobiar y les dejara disfrutar de su descanso entre

vuelos. Debo decir que lo hizo fenomenal.

Nada más entrar en la de la última escala, conecté mi teléfono a la Wi-Fi. La señal no era muy estable, pero mejor eso que nada. Lo primero que hice fue buscar una butaca cómoda y mandarle un audio a mi madre.

—Buenos días, princesa… O tardes, o noches, ya no sé qué hora será en casa. —Me reí—. Ya estamos en Kuala Lumpur, Malasia, última escala. En cuatro horas cogemos el último avión. Ha ido todo bien, el viaje es pesado, pero nos hace mucha ilusión. Te quiero, mamá. Un beso. Te aviso cuando lleguemos a Bali y comprobemos que los gemelos están enteros.

—Te quiero, mami —se acercó Manu al teléfono.

—Adióóóóóóós —añadimos los dos a la vez y corté la grabación del audio.

—¿«Laza» es Lázaro Sosa? —preguntó mi hermano señalando la lista de conversaciones de mi móvil.

—Sí.

—Tienes dos mensajes suyos sin leer. —Sonrió y me dio un codazo.

—Y de un montón de gente más —argumenté para quitarle importancia, aunque era cierto, pero la verdad era que las demás conversaciones me interesaban muy poco—. Anda, vete por ahí, que voy a contestarlos.

—Ya, claro —se rio—. Como si los fueras a contestar todos… Venga, voy a darme una vuelta, a ver qué tienen por aquí… Tú habla con «Laza» —añadió en un tono mucho más propio de los gemelos que suyo, pero me hizo gracia igual.

En cuanto lo perdí de vista, abrí directamente el chat que todos sabíamos que iba a abrir. Los mensajes eran de hacía unas catorce horas.

LAZA

Hola, Nico, ¿qué tal? He hablado con Oriol y me ha dicho que ya está todo claro, que hicisteis una videollamada ayer y que estás oficialmente dentro de la película. Me alegro mucho. No sé si ya estarás de camino, si ya habrás llegado o si ni siquiera has salido. En cualquier caso, buen viaje.

Por cierto, ¿qué tal la sesión de fotos? ¿Tenías la cara muy roja?

Una sacudida me recorrió todo el cuerpo al recordar el motivo de mi cara roja. Casi podía sentir la barbita de cuatro días de Laza contra mi piel. Me habría encantado pasármela por todo el cuerpo, como exfoliante natural, pero no me habría dejado la piel decente para la sesión. Quizá sería algo interesante para probar en vacaciones… Me estaba poniendo malísimo solo de pensarlo, y debía recordar que estaba en la sala de espera de un aeropuerto. Suspiré y contesté a sus mensajes.

NICO

Sí, hice una videollamada con Oriol, me cayó superbién.

Es guapísimo, y eso que es más viejo aún que tú.

Tras mandar ese mensaje, me reí en voz alta como un crío que acaba de hacer una gamberrada. Me llegó su respuesta enseguida.

LAZA

¿Me despiertas para llamarme viejo? ¿En serio?

NICO

¿Te he despertado? No es mi culpa, silencia el móvil. 🤦🏻‍♂️

LAZA

En realidad no, estaba repasando el guion.

NICO

¿Qué hora es ahí?

LAZA

Las 2 de la mañana. ¿Y allí?

NICO

Ni idea, acabo de bajar del avión, estoy en la última escala. No sé decirte la hora, pero sí que estoy a unos once mil kilómetros de ti.

Qué fuerte, estás repasando el guion y a mí me dices que desconecte. Lo que pasa es que quieres hacerlo mejor que yo… Estoy muy indignado. 😑

LAZA

Yo tengo bastantes más escenas que tú, y tengo diálogo que memorizar. No me has dicho cómo te fue en la sesión de fotos. ¿Tenías la cara muy roja? ¿Te quedaste dormido haciendo el cristo?

NICO

Fue muy bien, me quedé despierto y quietecito como un campeón. Me maquillaron, aunque apenas se me veía la cara, así que, sin problema.

LAZA

Seguro que lo de estarte quieto fue lo que te resultó más difícil.

NICO

Soy un profesional, juzga tú mismo.

Seleccioné de la galería la foto que le había hecho al monitor del fotógrafo, tenía superpuestas en los bordes todas esas letras y números que manejan, pero a mí se me veía bien. Nos había quedado muy conseguida la pose, aunque no me habían puesto el trozo de tela que sí lleva el Cristo de la escultura. No me sorprendió, y tampoco me importó, la imagen resultante era realmente bonita. Y era elegante, nada de mal gusto. La envié sin pensarlo demasiado.

La recibió al momento, pero, como no decía nada, volví a escribir yo.

NICO

Está sin editar, el fotógrafo nunca me deja compartirlas, pero sé que tú no vas a hacer nada con ella.

LAZA

La imagen es impresionante, Nico.

NICO

Gracias, soy bueno en estarme quieto.

Bueno, a veces.

LAZA

Me has mandado una foto tuya desnudo, no sé si eres consciente.

NICO

Pero no es como si fuera una fotopolla, no se ve nada, es una foto artística.

LAZA

Es bastante más sexi que una fotopolla.

NICO

¡Soy Jesucristo muerto! ¿Qué tipo de perturbaciones tienes?

LAZA

Sabes que esa no es la intención de la escena. En la escultura, sí; pero no en esta foto.

NICO

Vale, pues devuélvemela.

LAZA

Ni aunque se pudiera lo haría.

NICO

Entonces exijo una compensación.

LAZA

¿Qué quieres?

NICO

Una foto sexi tuya de vuelta.

LAZA

¿Cómo de sexi?

NICO

Sorpréndeme.

LAZA

Ok, tú lo has querido. Espero que puedas soportarlo.

Apenas un minuto después, su estado de Whatsapp pasó de «en línea» a «enviando». Me puse nervioso, la verdad. Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie más tenía acceso a la pantalla de mi móvil. Finalmente llegó la imagen y la descargué al momento. En los segundos que tardó en bajar a través de la inestable conexión, deseé con todas mis fuerzas que no fuera una fotopolla. Que no hubiera interpretado mi comentario anterior como que era eso lo que quería. Me imaginé una foto suya, desnudo entre las sábanas. Aunque no se le viera nada, algo sugerente, algo que pudiera guardar en la galería de mi móvil y no tuviera que borrar por si alguien la veía. Me encantaba la idea de que me mandara una foto así, además sabiendo que se la había hecho para mí. Ahora que conocía su cama y sus sábanas, podía imaginarlo. Pero no fue eso lo que llegó, y yo no estaba preparado para la fotografía que apareció en mi pantalla. Era un selfi suyo con las gafas. Cogía con dos dedos la patilla, guiñaba el ojo contrario y se mordía el labio. Solté una carcajada que hizo que media sala de espera se girara a mirarme. Puede que estuviera más guapo que nunca, y a la vez canalla y divertido. En ese momento, le habría dicho que sí a cualquier cosa.

NICO

Te has pasado. Te has puesto las gafas. Eso no es sexi, es porno duro.

Se me ocurrió una tontería y la hice sin pensar.

NICO

5-2

Tardó unos segundos en contestar.

LAZA

¿Me acabas de besar?

Lo pilló enseguida y, no sé bien por qué, eso me hizo mucha ilusión.

NICO

Me has mandado porno del bueno, no me he podido resistir. ¿Me he pasado de atrevido?

LAZA

5-3 3 3 3 3 3 3 3

NICO

Eso ha sido un beso muy largo… Al final me pondré cachondo.

Me voy a poner tu foto de fondo de pantalla en el móvil.

LAZA

Yo con la tuya dudo si imprimirla a tamaño real y forrar una pared de mi habitación o si ir a por todas y empapelar mi edificio por fuera.

Solté otra carcajada. Si seguía así, iba a ser la primera vez que me echaran de una sala VIP.

NICO

Eso depende de si quieres disfrutar de mis encantos solo tú o si estás dispuesto a compartirme con el mundo…

LAZA

Esa decisión no sería mía. ¿Qué preferirías tú?

Respiré hondo ante el rumbo que estaba tomando la conversación. Sentí que eran indirectas y que estábamos hablando de algo más. Me temblaron un poco los dedos cuando me atreví a contestar.

NICO

Si depende de mí, de momento me quedo en tu habitación. Si no te importa.

Tardó un poco en llegar su respuesta. Me ponía nervioso la espera y no saber si su retraso en contestar era porque me había venido muy arriba y la había cagado, y él ahora no sabía cómo salir de esa, o si era fallo de conexión.

Finalmente llegó un mensaje suyo.

LAZA

5-4

Se me hinchó el pecho al tiempo que una sonrisa tonta asomaba a mi cara.

NICO

Me gustan tus besos espontáneos, pero yo no te voy a dar otro hasta que no me des tú 5 más.

LAZA

¿Por qué?

NICO

Porque tengo curiosidad por saber qué pasa cuando lleguemos a 6-9

LAZA

Yo ahí solo veo una opción posible, y espero no tener que explicártela.

Me revolví en el asiento porque ya no sabía ni cómo sentarme ni cómo seguir esa conversación.

NICO

Al final vas a conseguir que me encierre en el baño de una sala VIP de un aeropuerto asiático con tu foto. No me hagas esto, Lázaro, sería una imagen lamentable de mí mismo.

LAZA

Yo a esa imagen no le veo nada lamentable, la verdad. Quizá lo único todos los kilómetros que nos separan ahora mismo.

Me ardía la cara desde hacía un rato de todo lo que me estaba imaginando.

NICO

BASTA.

Estoy en una sala de espera y estás haciendo que me ponga rojo.

LAZA

A ver.

NICO

¿El qué?

LAZA

Tu cara roja. El otro día tenía claro por qué había sido, pero conseguirlo desde la otra parte del mundo me parece un logro, la verdad.

Me hice un selfi en el que se apreciaba perfectamente el sofoco que llevaba. Me notaba hasta los labios hinchados y la cara muy colorada. Dudé si recortarla para que saliera solo mi cara, pero al final la dejé tal cual la había hecho, se me veía hasta mitad del pecho. Llevaba una camiseta blanca lisa que me sentaba bien, la verdad. La envié sin pensar mucho más. La conexión jugó a mi favor y la recibió al instante.

LAZA

Me encantas cuando pareces un chico normal.

NICO

Me gustaría encantarte también cuando parezco subnormal.

LAZA

Eso puede que tengamos que trabajarlo un poco.

Me has hecho reír tan fuerte que he despertado a mis vecinos fijo.

NICO

¿Te provoco risa?

LAZA

Sí, y muchas cosas más. Estás guapísimo en esta foto.

¿Llevas el pantalón ese que llevabas el otro día?

NICO

Sí. Bueno, no el mismo, pero uno igual. Tengo un montón, son lo más cómodo del mundo.

¿Qué llevas tú?

LAZA

Solo las gafas.

NICO

Argh, qué cabrón. Sé que es mentira, pero ahora no voy a poder quitarme esa imagen de la cabeza.

Es mentira, ¿verdad?

LAZA

Estamos en febrero, claro que es mentira.

NICO

En mi cabeza ya es una realidad.

LAZA

Por cierto, vamos a tener que aplazar un poco las clases/ensayos. Mi agente me ha regalado unas vacaciones de parte de un patrocinador. Me voy con Meri. Salimos pasado mañana y estaremos fuera diez días, me vendrá bien descansar y desconectar antes de empezar el próximo rodaje.

No voy a fingir que no me decepcionó saber que tardaríamos unos días más en volver a vernos.

NICO

Vale.

Disfruta las vacaciones.

¿A dónde vas?

LAZA

Si te lo dijera, tendría que matarte.

Me reí en voz alta.

NICO

¿Eso es una venganza?

LAZA

Lo es.

NICO

Vale, puede que me lo merezca un poco.

Manu entró en ese momento en la sala de espera de nuevo y me hizo un gesto con la mano para que lo acompañara.

NICO

Bueno, voy a tener que dejarte, acaba de volver mi hermano y parece que quiere que lo acompañe a algún sitio. Así aprovecho y camino un poco, que aún nos queda otro vuelo.

LAZA

Adiós, Nico. Pásalo bien. Mándame algún mensaje de vez en cuando, me gustará saber de ti.

NICO

Adiós, Laza. Buen viaje a ti también.

CAPÍTULO 25

LOS PUTOS AMOS



Entre Guille y Dani sostenían un cartel enorme en el que se leía «los putos amos» en el aeropuerto de Bali. Debí suponer que mi intención de pasar desapercibido era incompatible con los gemelos. Manu y yo soltamos las maletas y corrimos hasta ellos. Nos abrazamos los cuatro y comenzamos a dar saltos allí mismo, en pleno aeropuerto. Menos mal que nadie me reconoció o, si lo hizo, tuvo la consideración suficiente de no hacerme una foto y subirla a redes. Maldita era tecnológica en la que cualquiera puede hacer de *paparazzi* y acabar con tu intimidad en cuestión de segundos.

Cuando se nos pasó la euforia por el reencuentro, cogimos un taxi hasta las cabañas en las que ya estaban instalados ellos. Digo *cabañas* porque así las llamaban en el recinto hotelero al que pertenecían, pero en realidad eran como unos *bungalows* de lujo. Formaban calles entre ellos y creaban la falsa ilusión de ser un pequeño pueblo, pero en realidad no dejaba de ser un reclamo más para turistas. Las dos que tenían ellos contratadas eran contiguas y, aunque no se comunicaban entre sí, el muro que las separaba en el jardín trasero era tan ridículo que no resultaba nada difícil de saltar para cuatro tíos de nuestro tamaño.

—Hemos pensado que Nico se quede con Dani y Manu conmigo —explicó Guille—. Así estamos más tiempo juntos y, total, en este viaje no vamos a ligar… No hace falta que tengamos cuatro cabañas.

—Claro, como queráis —aceptó Manu.

—Sin problema —confirmé yo.

Entré con Dani en la cabaña que íbamos a compartir y, bueno, lo dicho, que aquello más que una cabaña era un paraíso en miniatura. Todo el interior estaba forrado de madera oscura, tipo wengué, combinada con elementos decorativos de colores claros. Era todo una única estancia. En ella, dos sofás y un par de butacas formaban la sala de estar. Una barra americana con unas banquetas separaba esa zona de una pequeña cocina con lo básico. Unos paneles de tela en color crudo dividían el ambiente y ocultaban la cama más grande que había visto yo en mi vida. Solté la maleta y me lancé sobre ella. El somier protestó por el impacto. Dani imitó mi gesto y casi me tiró al suelo del ímpetu con el que respondió el colchón. A los dos nos dio un ataque de risa.

—Entonces, ¿vamos a dormir aquí los dos? —pregunté para asegurarme y él asintió—. A ver, voy a ensayar. —Rodé sobre la cama fingiendo que dormía y le di un manotazo en la cara con toda la intención—. Vale, me mola el rollo, se duerme bien.

—Cabrón —se rio él—. Te voy a machacar.

Empezamos entonces una pelea de coña como cuando éramos críos. Patadas, cosquillas, tirones de pelo y mordiscos, todo falso. Acabamos con un abrazo, porque aunque los gemelos hayan ido siempre más a su bola y sean más «duros» que Manu o yo, lo cierto es que siempre nos han echado de menos tanto como nosotros a ellos, y les encanta tenernos cerca. Y porque sabe que yo he sido siempre el mayor fan de los abrazos.

—Ven, que te enseño la parte de atrás. —Se levantó de la cama y yo lo seguí.

Una puerta corredera de cristal daba acceso al jardín trasero, que contaba con hamacas, plantas y una pequeña piscina infinita de esas que están tan de moda. Las vistas eran espectaculares. Una zona rocosa pegada a la cabaña nos separaba del mar.

—Mola, ¿eh? No se puede acceder por ahí, hay que dar toda la vuelta para ir a la playa, pero las vistas son tremendas.

—Sí, son geniales —confirmé.

Me giré hacia el *bungalow* del otro lado, el que no ocupaban mis hermanos, y comprobé con cierta satisfacción que el muro que nos separaba de ese era mucho más alto y no se podía ver. Mirando a través del jardín del de Guille y Manu se podía apreciar que a ese le pasaba lo mismo con el que tenía al otro lado.

—¿Están emparejados de dos en dos? —pregunté y Dani asintió.

—Más intimidad. El otro día trajimos unas chicas a la piscina, y no tener a los vecinos mirando era una tranquilidad, la verdad.

Me reí, pero me di cuenta de que lo que me inquietaba tenía más que ver con los fotógrafos que parecía que últimamente no me dejaban en paz. Si bien era cierto que solo aparecían cuando estaba con Laza, se había instalado en mí una inquietud que no me dejaba tranquilo en ningún momento. Yo nunca había vivido con esa presión constante y no me gustaba en absoluto.

En cualquier caso, debía relajarme. Estaba en un viaje con mis hermanos y muy pocas personas conocían mi paradero. Solo mis padres y mi agente, las tres personas, junto con mis hermanos, en las que más confiaba del mundo.

CAPÍTULO 26

UN PEZÓN FAMOSO



El primer día lo dedicamos a instalarnos y a obedecer las instrucciones de sueño y vigilia que nos dieron los gemelos y, para el segundo día, ya no quedaba ni rastro de *jet lag*. De otra cosa igual no, pero de los mejores trucos para viajar sabían un rato.

Manu y Guille pasaron a desayunar a nuestra cabaña, teníamos muchísima más comida que ellos. Dani se había encaprichado de una de las chicas del servicio de habitaciones y no paraba de encargar cosas cuando sabía que era su turno. Yo le había pedido mil veces ya que dejara de agobiar a la chica, que estaba currando, pero él no atendía a razones. Cuando Dani se obsesionaba con una mujer, mejor no estar en medio.

Ese segundo día, los gemelos nos llevaron a la playa. Alquilamos unas tablas de surf y nos estuvieron enseñando a pillar olas. Solo dos veces conseguí ponerme de pie y tragué más agua de mar que en toda mi vida, pero también me reí tanto como solo me pasa cuando estoy con mis hermanos. Los gemelos iban haciendo fotos y vídeos todo el tiempo para sus redes, pero en ningún momento decían dónde estaban.

—¿Que dónde estamos? —leyó Dani la pregunta de uno de sus seguidores durante un directo improvisado—. Estamos en el puto paraíso, mirad. —Hizo una panorámica con su teléfono de la playa de ensueño en la que estábamos sin sacar ningún edificio que alguien pudiera identificar. Luego vino a sentarse a mi lado y giró la cámara para que nos captara a los dos—. Este es el culpable de que no os digamos dónde estamos. Es la putada de tener un hermano famoso y, al ser los mayores, tenemos que protegerlo; a él y a sus pezones, que son la base de su economía. —Se rio y me dio un pellizco en un pezón. Se me escapó una carcajada y le solté una colleja en pleno directo.

Un rato después, ya sin cámaras ni retransmisiones en vivo, nos tumbamos los cuatro al sol. Yo me hice un selfi disimuladamente en el que se me veía bastante cubierto de arena, tanto en la cara como en el pelo, pero estaba guapo, así que se lo mandé a Laza acompañado solo de un «hola».

No tardó en llegar una foto suya con cara de sueño, tumbado de lado en la cama y tapado con el edredón casi hasta el cuello.

LAZA

No quiero salir de aquí.

NICO

No me extraña, en tu cama se está muy bien. Yo tampoco querría salir. ¿Qué hora es allí?

LAZA

Las 6 de la mañana… ¿Ahí?

NICO

Las 12. ¿Qué haces despierto tan pronto?

LAZA

Tengo un avión que coger. Me estoy mentalizando.

NICO

Ah, vale, no sabía que era hoy cuando salías.

Buen viaje.

LAZA

Gracias.

NICO

¿En serio?

LAZA

¿Qué?

NICO

¿No me vas a decir a dónde vas?

LAZA

Tú tampoco me lo has dicho.

NICO

No es lo mismo.

LAZA

¿Por qué?

NICO

Porque me gusta mantener el misterio 😏

LAZA

A mí también.

NICO

Mentira.

Lo tuyo es venganza.

LAZA

Puede.

Voy a ponerme en marcha.

Pásalo bien, Nico.

Nos vemos a la vuelta.

NICO

¿Cómo que nos vemos a la vuelta? ¿No me vas a hablar mientras estés de viaje o qué?

LAZA

¿Quieres que te escriba durante mi viaje?

NICO

Yo te he escrito.

LAZA

Eso no contesta mi pregunta.

NICO

No voy a suplicar. Si quieres, me escribes. Si no, pues no.

Resoplé un poco, aunque no demasiado, no quería que mis hermanos hicieran preguntas.

LAZA

Nico, estaba de coña, no te enfades.

NICO

No me enfado.

Me da igual.

Me llegó una foto suya al momento. Llevaba las gafas puestas, hacía una mueca entre divertida y sexi y sostenía una taza de café. Sonreí sin querer.

LAZA

5-5

NICO

¿Crees que así lo arreglas?

Bueno, el beso me ha gustado.

Vale, la foto también.

Pero me sigues debiendo una foto solo con las gafas.

LAZA

¿Qué dices?

Yo nunca he prometido eso.

NICO

Pero me hiciste visualizarlo y ahora lo necesito.

LAZA

Menudo argumento. Te escribo en cuanto pueda. Ahora tengo que ponerme en marcha en serio o perderemos el avión.

NICO

¿Te vas a duchar antes de irte?

LAZA

Claro que me voy a duchar, ¿por qué?

NICO

Porque es el momento perfecto para que me mandes esa foto solo con las gafas 😏🤓

LAZA

No me lo estás diciendo en serio.

NICO

Ya lo creo que sí.

Juro que solo la veré yo.

Porfaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

Y se desconectó. No me dijo ni adiós. Esperé unos minutos por si volvía a decir alguna cosa, pero no. Algo me retorció las tripas y me entró un sudor frío al pensar que lo había jodido todo por pedirle eso. Estábamos tonteando, no teníamos tanta confianza para algo así. Pero lo cierto era que lo echaba de menos y me apetecía mucho estar con él. Y había vuelto a comportarme como un crío y lo había espantado, o agobiado… Iba a tener que hablar con mi madre o pedirle que me recomendara un psicólogo o algo que me ayudara a tratar con la gente, que a veces las cosas se me iban un poco de las manos.

Estaba dándole vueltas a esa idea, en lugar de prestar atención a la charla de mis hermanos, cuando llegó un mensaje de Laza. Habían pasado más de diez minutos desde el último que le había mandado yo. Era una foto, un selfi de cuerpo entero en el espejo de su habitación. Estaba todo mojado, claramente recién duchado, y la toalla le apoyaba en las caderas justo en el límite de todos los límites. Quedaba más que claro que no llevaba nada debajo. Lo que sí que llevaba eran las gafas. La pose le quedaba muy natural. Y sexi. Bueno, con ese *outfit* era imposible que no estuviera sexi. En la cara lucía una sonrisa torcida. Solo para mí. Esa era solo para mí.

LAZA

Espero que te sirva porque no la pienso repetir.

NICO

Me sirve.

Te sobra la toalla, pero te la voy a dar por buena.

Buenísima.

Tengo varias cosas que decir:

1. Voy a mirar mucho esta foto.

2. Voy a hacer muchas cosas con ella.

3. Y voy a necesitar que la recrees cuando nos veamos en persona.

LAZA

1. Me parece bien, el esfuerzo habrá valido la pena.

2. Mientras las hagas tú solo en la intimidad y no le enseñes la foto a nadie, también me parece bien.

3. Eso está hecho.

NICO

Es posible que te quite la toalla.

LAZA

Es posible que no te lo impida.

Ahora sí tengo que irme, Nico.

Te escribo cuando tenga conexión.

NICO

Ok.

Buen viaje.

Bloqueé el teléfono y dejé escapar un suspiro.



CAPÍTULO 27

QUÉ MARRÓN



—¿Y esa cara de tonto? —Dani me dio una colleja.

—Déjame. —Le aparté la mano con un gesto brusco y me reí.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Guille.

—¿Con «Laza»? —picó Manu.

—¡¿«Laza»?! —gritaron los gemelos con su tono habitual de burla—. ¡Uuuuuuuuuuuuh!

—¡Nico tiene novioooooooooo! —gritó Dani y a mí me dio la risa—. Un actor famoso… ¡Aaaaaaaaaaaaah! —chilló como una fan loca.

—No es mi novio. —Le di un golpe en la rodilla.

—¿Te lo has tirado ya?

—Noooooo.

—Pero sí que has roto con el otro, ¿no?

—¿Con Caleb? —Suspiré—. Sí, se terminó hace un par de semanas.

—No te veo muy afectado —se rio Guille.

—A ver, que me dolió, pero como me bloqueó en todas partes, pues tampoco me dio opción de intentar arreglarlo ni nada. Y entonces fue pasando todo lo de Laza y…

—¡«Laaaaaaaaaaaaza»! —me interrumpieron los cabrones para burlarse de mí.

—Que os den —protesté pretendiendo parecer enfadado, pero me conocían lo suficiente para saber que en el fondo me estaba descojonando.

—Bueno, entonces, datos, ¿cómo está el rollo con «Laza»? —insistió Dani, aunque con el tonillo de burla que parecía que ya le habían adjudicado al nombre de Laza—. No te lo has tirado —afirmó y yo negué con la cabeza—. Pero ¿ha pasado algo?

—Nos hemos besado varias veces. Las dos primeras mal por… «circunstancias» y la última muy guay, pero me tuve que ir porque tenía una sesión y ya llegaba tarde.

—No sé si quiero saber las «circunstancias» —contestó con una carcajada.

—Tampoco te las iba a contar —lo vacilé.

—Pero ¿los mensajitos de ahora eran con él?

—Sí —asentí a regañadientes.

—¿Mensajes guarros?

—Mmmm, más o menos, yo creo que en el límite. No llegan a ser guarros, pero tampoco son inocentes… Yo qué sé, es raro. Me pone mucho, es supersexi y me encanta hablar con él, me río mucho y me lo paso muy bien… ¡Pero es Lázaro Sosa! Yo qué sé… Por otro lado, tampoco podría «salir» con él aunque quisiera, en el sentido literal de la palabra, quiero decir, no podemos

ir a ningún sitio sin tener un fotógrafo pegado al culo… Es todo un poco una mierda.

—Pero te gusta —afirmó Guille.

—Sí, claro que me gusta. —Resoplé.

—Pues habrá que encontrar una solución —propuso Dani.

—Déjate de líos, que de ti no me fío nada —contesté y el cabrón se rio.

—Bueno, y tú, ¿qué? —le preguntó Guille a Manu—. Que estás muy callado y tienes cara de mustio. ¿A ti qué te pasa? ¿Todo bien con Paola? —añadió en referencia a la novia de Manu, con la que llevaba ya tantos años que nos costaba recordar en qué momento habían empezado.

—En realidad, no. —Agachó la cabeza y suspiró.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis roto? —insistió Guille y Manu negó.

—¿Te ha puesto los cuernos? —intentó adivinar Dani y Manu volvió a negar.

—Está embarazada —dijo por fin con un hilo de voz.

Los gemelos y yo nos quedamos congelados y en silencio.

—Hostia, tete, qué marrón —soltó Guille por fin.

—Es una putada —confirmó Dani y yo los fulminé con la mirada a los dos.

Fui hasta la toalla de mi hermano pequeño y me senté a su lado. Luego le pasé un brazo por encima de los hombros.

—¿Cómo lo llevas tú? ¿Sabéis ya qué vais a hacer?

—Todavía no —confirmó y se le quebró un poco la voz. Yo le di un apretón en el hombro para tratar de reconfortarlo en la medida de lo posible—. No sabe si quiere tenerlo. Si decide que sí, pues nos casaremos, y si decide que no, pues la acompañaré en lo que necesite… Yo qué sé…

—Bueno, si necesitas lo que sea… —dije yo—. Que no sé en qué voy a poder ayudar yo, pero si necesitas hablar, o dinero, en eso puedo ayudar. Tanto si necesitáis pasta para abortar como para la boda, cuenta conmigo. Lo que necesites. Lo que decidáis estará bien, estaremos contigo para lo que haga falta.

Manu asintió con la cabeza, aunque seguía muy serio.

—Bueno —soltó Dani de repente—, a ver, estaba claro que alguno de los cuatro tenía que heredar la tradición Andújar de los embarazos no deseados. Nico estaba descartado por una cuestión biológica y, la verdad, mejor que hayas sido tú, tío. ¿Nos ves a Guille o a mí de padres? Tú lo harás bien. —Le dio un puñetazo cariñoso en el hombro—. Nosotros seremos los tíos divertidos. Nico pondrá toda la pasta que haga falta… Y mamá será la superabuela. Si pudo con nosotros cuatro, puede con un nieto sorpresa. Todo va a ir bien.

—Que nosotros también podemos ayudar en serio o poner dinero —terció Guille.

—Claro, claro —se corrigió Dani—, pero yo hablaba más en general. Personalmente paso de cambiar pañales, eso lo aviso ya, pero para lo demás, sin problema, cuenta conmigo.

—Y conmigo —aceptamos al unísono Guille y yo.

—Gracias, tetes —dijo Manu con una sonrisa triste—. Ya os contaré cuando sepamos qué vamos a hacer. En realidad es pronto, nos acabamos de enterar…

Se pasó una mano por la cara y nosotros tres aprovechamos el momento de despiste para lanzarnos encima de él en un abrazo lleno de cosquillas y empujones hasta que conseguimos que se riera y cambiara esa cara de amargado que tenía.

Los siguientes días nos esforzamos por hacer sentir mejor a Manu. Nuestro principal objetivo fue animarlo y hacerle pensar en otras cosas. Lo cierto es que no fue demasiado difícil, al ser el más familiar de todos, siempre ha disfrutado más que ninguno de los momentos que pasamos

todos juntos. Aunque supongo que no se le iba de la cabeza su movida. Que, por otra parte, ¿cómo se le iba a olvidar? Pero conseguimos que, pese a todo, se lo pasara bien y disfrutara con nosotros.

En lo que a mí respecta, en esos dos días que siguieron, apenas tuve noticias de Laza. Un mensaje que me indicaba que estaba haciendo escala en algún aeropuerto, que me llegó mientras dormía y, para cuando pude contestar, él ya debía de estar de nuevo en un avión. Y luego otro que me avisaba de que se iba a acostar para superar el *jet lag*. Y ya no había vuelto a conectar su teléfono. Dos mensajes en dos días, y ni siquiera habíamos podido intercambiarlos a tiempo real.

Mi yo más inseguro comenzaba a atacarme con teorías como que había conocido a alguien más interesante en el avión, o en el hotel, y que ya no le apetecía saber de mí. Mi yo racional se empeñaba en creer que no había podido escribirme y en imaginarlo durmiendo durante horas. Y luego me imaginaba a mí acostado a su lado, porque el que es romántico sueña con estas cosas de manera inevitable. Y yo lo soy. Un romántico. O un imbécil. En ocasiones es lo mismo.

Casi siempre lo es.

CAPÍTULO 28

UNA CASUALIDAD IMPOSIBLE



Tenía la sensación de haber dormido una vida y media. Y aún me habría quedado más tiempo en la cama, pero Meri me arrastró fuera de ella de muy malas maneras.

—Venga, no seas vago y deja de fantasear con el rubio —pidió mientras tiraba de mi pie para que abandonara mi refugio.

—No estaba fantaseando con él —mentí, pero no quería darle más munición para burlarse de mí—. ¿Por qué tanta prisa? ¿A dónde quieres ir?

—Quiero explorar la zona. Mientras dormías he ido a echar un vistazo y he visto por dónde está el acceso a la playa y las tiendas. Podemos ir a darnos un baño, o un paseo, y luego comemos por allí, o volvemos a la cabaña, lo que prefieras… Lo primero deberíamos ir a comprar algo de comida para tener aquí. ¿Qué prefieres?

—Una siesta. —Me reí y ella resopló, pero no era totalmente de coña, dormir tanto solo me había dado más sueño.

—De eso nada, has dormido lo suficiente para aguantar todo el día y parte de la noche, que quiero salir por ahí. Y ligar, que no sé tú, pero a mí me hace falta.

—Yo no tengo ganas de fiesta —renegué—. Estamos mayores para eso.

—Estamos de vacaciones en el paraíso. Y vamos a ligar, como en los viejos tiempos… ¿O le debes fidelidad al adonis rubio?

—No le debo nada, pero no quiero ligar. Estamos tonteando mucho, prefiero no cagarla.

—Ay, Laza, te estás colgando. Te gusta muchísimo.

Agaché la cabeza y me rasqué la nuca.

—Un poco sí, la verdad.

—Te gusta más que un poco, y no me extraña. Es el tío más bueno del mundo, y además es un amor. Es taaaaaaaaaan bonito. Venga, te lo voy a aceptar, pero me acompañas a ligar. De momento, date una ducha y nos vamos a la tienda a por provisiones.

Media hora después, salíamos de la cabaña camino de la tienda que Meri había localizado. Casi habíamos llegado a nuestro destino, cuando mi amiga se dio cuenta de que no llevaba la cartera en el bolso y nos tocó volver. Estaba metiendo la llave en la cerradura de la puerta del jardín cuando me llegó a lo lejos el jaleo que montaba una pandilla que acababa de entrar en nuestra calle. Ni los miré, seguí intentando girar la llave, pero estaba más dura de lo que parecía.

—Laza, mira. —Meri me dio un codazo y me señaló a los chicos con la cabeza. Eran cuatro tíos rubios altísimos en bañador, cualquiera de ellos podría ser Nico, de hecho, uno lo parecía

especialmente.

—¡Nico! —gritó Meri antes de que yo pudiera reaccionar y el más alto de los cuatro se giró hacia nosotros.

Era él, no había ninguna duda. Un escalofrío de los chungos me recorrió entero. Nunca he sido nada místico y mi cabeza necesitaba con urgencia una explicación para una casualidad tan absolutamente imposible.

Se acercó en pocas zancadas hasta nosotros. En un principio con gesto confundido, pero al momento dejó escapar una sonrisa. Cuando llegó justo frente a mí, antes de que pudiera decir nada, se puso muy serio y miró a ambos extremos de la calle.

—¡Ahí! —le gritó a uno de sus hermanos—. ¡Dani, pilla a aquel cabrón!

Uno de ellos salió corriendo detrás de un fotógrafo que estaba haciendo lo mismo. Las comparaciones son odiosas, y la longitud de las piernas del rubio y su forma física dejaron al tipo en una desventaja lamentable. Lo agarró del brazo y lo obligó a venir hasta nosotros. Se acercaban con paso calmado. En ese momento, Nico me cogió del cuello de la camiseta.

—¿Cómo sabías dónde estaba? —siseó—. ¿Has jugado conmigo todo el tiempo? Esto me lo vas a explicar. —Y tiró de mí hasta el interior de la cabaña de enfrente. Sus hermanos y Meri nos siguieron. El que arrastraba al fotógrafo y su víctima fueron los últimos en llegar.

—Nico, te juro que no sabía que estabas aquí —me defendí—. Mi agente me regaló las vacaciones, dijo que eran parte del pago de una marca publicitaria. No sé nada más, tampoco pregunté… Diez días en Bali, tampoco iba a decir que no…

—¿Pretendes que me crea eso? ¿Qué es? ¿Una puñetera casualidad? ¿Me tomas por imbécil? Además, que llevamos cuatro días aquí y no hemos visto ni un fotógrafo. Llegas tú y ya estamos otra vez como siempre.

—¿Crees que sabía que estabas aquí y he traído yo a la prensa? No me lo dices en serio…

—¿Por qué estabas aquí? —le preguntó al fotógrafo—. ¿Te ha contratado él? —Me señaló —. Me da igual lo que te pague, te pago tres veces más si me dices la verdad.

Ante la cara de confusión y pánico del tipo, Nico le repitió la pregunta en inglés. El hombre solo negó con la cabeza y le explicó, con un inglés muy rústico, que le había mandado su jefe. Que alguien había llamado a la revista donde él trabaja para dar el chivatazo de nuestro paradero.

Nico le pidió la tarjeta de la cámara y lo dejó marcharse. El tipo salió corriendo como si tuviera alas en los pies.

—¿Ves? Yo no he tenido nada que ver —constaté—. Tengo tantas ganas como tú de averiguar qué está pasando.

—Eso no prueba nada, podrías haber llamado tú —respondió él.

—Vale, Nico, conoces a Laza, sabes que él no haría algo así —intercedió Meri.

—Igual no lo conozco tanto. —Se pasó las manos por la cara y luego por el pelo.

—¡Pero si no me quisiste decir a dónde ibas! —protesté.

—¿Quién sabía dónde estabas? —le preguntó a Nico el hermano que era un pelín diferente de los otros dos.

—Los papás y Álex. No se lo dije a nadie más.

—Hostia —dijo el que había traído al fotógrafo—. Conocemos a Álex ¿desde hace cuánto? ¿Nueve años? Y a Lázaro ¿cuánto? ¿Nueve minutos? Pues, aun así, me apuesto una mano ahora mismo a que el que te la ha jugado ha sido tu agente. Nunca me ha molado nada.

—¡No digas tonterías, Dani! No puede haber sido Álex.

—¿Qué interés puede tener Álex en mandarte a la prensa? Yo no le veo sentido… —dijo el

otro gemelo.

—A ver —intervine—, la noche que nos conocimos, acuérdate de que nos llevaron a otra habitación para pedirnos que fingiéramos tener una relación de cara a la prensa, que nos beneficiaría. Les dijimos que no, pero desde entonces nos hemos encontrado fotógrafos por todas partes y los medios piensan que tenemos una relación. Ha pasado justo lo que ellos querían: tu agente y la mía.

—No, eso es imposible. —Nico se rascó la cabeza con fuerza, como si quisiera acceder directamente a su cerebro y encontrar ahí una explicación coherente—. Porque Álex controla toda mi vida. Si no puedo confiar en él, estoy vendido. ¡No puede haber sido él!

Me planté delante de Nico con toda la calma del mundo y le aguanté la mirada.

—¿De verdad crees que he sido yo? ¿De verdad esa opción te gusta más?

—No —murmuró—, tampoco me gusta una mierda.

Saqué mi móvil del bolsillo y llamé a mi agente. Mientras aún sonaban los tonos de llamada, lo puse en altavoz.

—Lázaro, ¿qué tal? ¿Cómo te trata el paraíso?

—Mina, ¿por qué Nicolás Andújar está en la cabaña justo enfrente de la mía?

—¡No me digas! ¡Qué maravillosa casualidad! Igual os regaló el viaje el mismo patrocinador. Pero te viene fenomenal, así ya conoces a alguien ahí.

—Esa casualidad no hay quien se la crea, Mina. Dime qué está pasando. ¿De dónde salieron los billetes? ¿Quién ha organizado estas vacaciones y por qué había un fotógrafo de prensa en esta misma calle cuando nos hemos encontrado?

—Ay, ¿cómo quieres que lo sepa? Y el viaje, ya te dije que fue un patrocinador.

—¿Y el avión? El vuelo que me cambiaste a última hora en el que también había prensa. ¿Y la piscina del hotel? ¡Dime qué está pasando y no te atrevas a mentirme!

—Ay, Lázaro, están llegando más ofertas que nunca, tengo un montón de guiones para que elijas… Y te están ofreciendo una cantidad inmensa de campañas publicitarias que tenemos que valorar. Tu carrera va mejor que nunca, quédate con eso.

—No has contestado a mi pregunta.

Nico cogió su teléfono y se fue tras el biombo que separaba la cama del resto de la estancia, esa cabaña era igual a la mía. Quería oír lo que decía, pero a la vez quería aclarar las cosas con Mina. Lo oí gritar, pero no entendía las palabras porque mi agente no dejaba de marear la perdiz.

Nico no tardó en aparecer de nuevo en la sala, todavía con el teléfono en la oreja y los ojos rojos. Me miró fijamente y negó con la cabeza.

—Me das puto asco, Álex. Estás despedido… No, déjate de mierdas… No quiero saber nada más de ti… ¿Me estás amenazando? Olvídame, en serio. Desde este momento, no tengo nada que ver contigo. Lo que tengas que decirme a partir de ahora, a través de mi abogada… ¿Eso es una amenaza? Que te jodan, Álex.

Colgó la llamada y se acercó a mí.

—Han sido ellos —susurró mientras señalaba con la cabeza mi móvil, a través del cual se oía a Mina contando milongas.

—Mina, para —pedí—. Déjalo estar, el agente de Nico nos lo ha dejado claro. Tú y yo hemos terminado. Estás despedida.

—Pero, Lázaro, no d…

Colgué la llamada sin escuchar lo que tenía que decir.

Nico me envolvió en un abrazo y se quedó así un rato.

—Lo siento —murmuró—. No debí dudar de ti.

—Lo entiendo, tranquilo.

—No sé qué voy a hacer ahora. Álex se ha ocupado de todo desde que yo tenía dieciséis años. Sin él, no sé ni por dónde empezar.

—De momento, vas a empezar por hacer una película. Y luego, pues ya lo iremos viendo.

—Laza, tengo miedo —me susurró al oído.

Lo abracé más fuerte para no decirle que yo también lo tenía, porque me dio la impresión de que nuestros miedos eran muy diferentes.

CAPÍTULO 29

UNA INFUSIÓN



Nunca había visto a Nico tan nervioso. Caminaba de arriba abajo por el jardín de la cabaña sin poder estarse quieto. Hablaba por teléfono con su abogada. Mientras, los demás lo esperábamos dentro de la casa. Se le notaba muy agitado. En mi caso, mi situación no era tan complicada. Yo, a lo largo de mis años de carrera, había cambiado de agente varias veces, y estaba seguro de que mis contratos y mi cuenta bancaria no tenían tantos ceros como los suyos. Me sentía dolido y engañado, eso estaba claro, pero no especialmente preocupado por qué paso dar a continuación.

Me senté en un sillón sin dejar de mirarlo, porque era una realidad que si Nico estaba al alcance de mi vista, mis ojos iban tras él todo el tiempo.

Meri estaba detrás de la barra de la cocina con uno de los gemelos. El otro vino a sentarse en el sofá que estaba más cerca de mi butaca, y el hermano pequeño lo hizo a su lado. Se quedaron mirando a Nico, igual que yo.

—Esto lo puede hundir en la mierda —dijo por fin el mayor y luego se giró hacia mí—. Soy Dani, por cierto. —Me tendió la mano y yo se la estreché—. Si necesitas distinguirme de Guille —señaló a su gemelo, el que estaba en la cocina con Meri preparando algo—, yo soy el más guapo.

El pequeño y yo nos reímos.

—Yo soy Manu —dijo el otro y yo me estiré para darle un apretón de manos también.

—Lázaro —aclaré por educación, aunque era absurdo después de haber sido *trending topic* con su hermano un montón de veces en las últimas semanas.

—Ya, bueno, hemos oído hablar de ti, aunque Nico te llama «Laza» —soltó el gemelo.

—Claro, supongo. —Sentí que me ponía un poco rojo y me rasqué la nuca. Me habría encantado preguntar en qué contexto me había nombrado su hermano, pero corría el riesgo de ser muy ridículo y que, a pesar de eso, ni siquiera me lo contaran.

—Pues eso, lo que decía —siguió Dani—, que esto lo puede hundir en la mierda. No lo machaques tú también…

—¿Perdona? —Me giré hacia él—. ¿Yo?

—Sí, no sé, ¿qué tienes con él?

Noté cómo empezaba a ponerme más rojo todavía, como un adolescente al que le han pillado haciendo algo prohibido.

—Creo que eso deberías preguntárselo a tu hermano —contesté con un carraspeo, porque parecía que hasta me fallaba la voz.

—Él no ha contado mucho, pero lo conocemos lo suficiente para saber que está muy ilusionado con lo que sea que tenéis. Espero, por tu bien, que no le hagas daño, y que estés a la altura para ayudarlo con esto, que se puede venir abajo muy fácil. Tenía adoración por el gilipollas de su agente, no quiero ni pensar lo jodido y traicionado que se tiene que sentir.

—Ya, imagino —contesté.

—Voy a llamar a mamá y se lo cuento —dijo el pequeño y Dani asintió. Manu se levantó y se fue tras los biombos.

—Vale, ahora que estamos solos —siguió el que se había quedado conmigo—, necesito saber qué idea llevas con mi hermano… ¿Te mola? ¿Te mola Nico?

—Pues, a ver, creo que es algo evidente, pero no me parece normal decírtelo a ti cuando no se lo he dicho ni a él todavía…

—Vale, sí, buena respuesta. Pues igual es buen momento para decírselo, para que le dé un subidón de los suyos romanticones y se le pase un poco el agobio que lleva.

—Creo que eso es cosa nuestra…

—Bueno. —Se acercó mucho a mí para poder hablar en un susurro—. Me has caído muy bien, Lázaro. Me ha gustado cómo has reaccionado cuando Nico te culpaba a ti y también cómo lo has entendido cuando se ha dado cuenta de que estaba equivocado y te ha pedido disculpas.

—Claro —asentí con la cabeza.

—Pero que me caigas bien no quiere decir que no te parta las pelotas como lo hagas sufrir.

Alcé las cejas todo lo que daban de sí.

—Tranquilo, mi intención no es hacerlo sufrir.

—Guay, molas. —Relajó el gesto y me dio un golpe cariñoso en la rodilla.

En ese momento volvió Nico; y Dani me hizo un gesto para darme a entender que guardara silencio.

—A ver —comenzó a contarnos mientras se rascaba la cabeza—, dice Emma que no me preocupe por que me pueda hacer algún mal. Que, cuando yo era menor, le pidió poderes legales para tomar decisiones y gestionar todo en mi nombre, pero Emma lo hizo de tal manera que siempre ha necesitado la firma de uno de los papás. No puede hacer nada sin eso. Y que gracias a ello los papás se han ido enterando de todo y me pueden ayudar a decidir el siguiente paso. —Se pasó las manos por el pelo—. Dice Emma también que le va a enviar ahora mismo de modo oficial y por escrito la notificación de que a partir de este momento prescindimos de sus servicios de manera unilateral e irrevocable. Y que lo que me ha dicho de que me iba a joder las vacaciones y mi carrera, que como no sabemos a qué se refiere, no podemos hacer nada, pero que no me preocupe, que el que más tiene que perder es él.

—Bueno, pues son buenas noticias, ¿no? —dijo Dani.

—Supongo. —Nico se encogió de hombros y a continuación volvió a tocarse la cabeza.

—Tete, en serio —dijo el otro gemelo desde la barra de la cocina—, para con el pelo que te vas a quedar calvo. Entiendo que estés nervioso, pero no lo pagues con tu melena, que luego vendrá el drama.

—Ya —resopló Nico. Se quitó una goma de la muñeca y se recogió los rizos, tal como los llevaba el otro día en mi casa. Intenté no pensar en su cuello porque no era momento, había cosas más importantes de las que preocuparse.

—Ya se lo he contado a mamá. —Manu volvió en ese momento—. Están avisados ella y papá por si les llama ese cabrón.

—Guay, gracias —dijo Nico.

—Vale, creo que ya sé a qué se refería cuando ha dicho lo de joderte las vacaciones —dijo Meri desde la ventana.

Nos giramos todos hacia allí y no hizo falta mucho para comprobar de qué hablaba. El exterior estaba lleno de fotógrafos. Nico apretó los puños con fuerza y tensó la mandíbula. Meri corrió todas las cortinas para que desde fuera no tuvieran la opción de ver nada.

—Hijo de puta —farfulló él.

—Vale, Nico, tranquilo —intercedió Dani—. Guille, ¿has preparado la infusión esa que habíamos hablado? Creo que le sentará bien.

—Sí, aquí la tengo, fresquita, riquísima y relajante.

—¿Infusión de qué? —preguntó mi preferido de entre todos los rubios que nos acompañaban.

—Unas hierbas de la zona, son refrescantes y relajantes. Las hemos preparado con hielo y lima, como nos han enseñado aquí. Pruébala, te sentará bien.

—Vale, gracias.

Guille llenó un vaso y se lo pasó a su hermano.

—Está bueno —dijo Nico—, pero no sabe a infusión.

—Porque es una nueva que no has probado nunca.

—No sé, sabe raro.

—Pero ¿te mola? —preguntó Dani mientras se servía un vaso para él.

—Sí, está muy bueno. —Dio un trago y se lo terminó—. ¿Puedo tomar otro o es de esas que si te pasas te da diarrea o algo así?

—No, tranquilo, te puedes tomar otro —dijo Guille—. Bueno, medio por si acaso, que no lo has probado nunca, a ver si te va a sentar mal.

Guille llenó un vaso para Meri y otro para él. Nico se terminó el medio que le habían servido. Luego se giró hacia mí y se me quedó mirando con una sonrisilla.

—Laza —murmuró desde allí.

Vino hacia la butaca donde yo estaba sentado y se sentó en el suelo justo entre mis piernas. Echó el culo un poco hacia delante hasta que le resultó cómodo apoyar la cabeza en una de mis rodillas y enroscó un brazo alrededor de mi pantorrilla. Yo llevaba un pantalón corto y una camiseta, él seguía solo con un bañador.

Fue un gesto cariñoso y de confianza plena. Me sentí raro ante algo así cuando ni siquiera estábamos solos. Mi mano se movió por voluntad propia hasta su cuello y empecé a acariciarlo sin ninguna intención. Él comenzó a ronronear y se abrazó más fuerte a mi pierna. Al momento giró el cuello para poder mirarme.

—Estaba tan enfadado con Álex y tan preocupado por mi futuro, que aún no me había parado a pensar que estás aquí. Conmigo. —Sonrió con toda la cara y los ojillos le brillaron más que nunca—. Y todavía no te he dicho: «Hola, Laza, me he alegrado mucho de verte. Y no porque así hayamos descubierto lo hijos de puta que eran nuestros agentes, que también; pero, sobre todo, porque estás aquí. Y te echaba de menos. Mucho. Tenía un montón de ganas de verte».

—Y yo, Nico —susurré para que solo lo oyera él—. Yo también tenía muchas ganas de verte.

Se incorporó y se dio la vuelta para quedar de rodillas frente a mí. Yo todavía sentado en la butaca y él arrodillado en el suelo. Eché un vistazo disimulado a nuestro alrededor para ver cómo de pendientes de nosotros estaban sus hermanos. Uno de los gemelos hablaba con Meri del todo ajeno a lo demás, y los otros dos fingían mantener una conversación, pero daba la impresión de que en realidad estaban más pendientes de Nico y de mí que otra cosa.

—Me podrías dar un beso de esos que me dabas en los mensajes —sugirió con un tono de voz que no le conocía y un brillo especial en la mirada.

—¿Sí? ¿Estás seguro? —siseé—. ¿Delante de tus hermanos?

—Claro, ya les he hablado de ti. Saben que me gustas mucho. No se van a escandalizar. —Puso las manos sobre mis rodillas y las deslizó hasta mis muslos.

—¿Sí? ¿Te gusto mucho? —Sonreí—. ¿Eso les has dicho? A mí no me lo habías dicho…

Asintió con la cabeza y dejó caer los párpados en un pestañeo lánguido. Estaba rarísimo pero irresistible. No tenía claro si era por las vacaciones, por la presencia de sus hermanos o porque lo de los representantes lo había dejado tocado, pero no quise darle más vueltas. Me acerqué a él y junté mis labios con los suyos. Él gimió al momento y, cuando nuestras lenguas se encontraron, su sabor me lo aclaró todo. Alargué el beso un poco, porque soy humano y eso era demasiado bueno para pararlo de golpe, pero, en cuanto nos separamos, él sonrió y yo les pedí a los gemelos un vaso de esa infusión. A los dos les dio la risa, pero me lo trajeron al momento. No necesité más de un trago para confirmarlo.

—Esto no es una infusión. Esto es un mojito, cabrones —corroboré con una sonrisa.

Los gemelos empezaron a reírse, pero Nico se escandalizó.

—¿Con alcohol? ¿Me habéis dado alcohol? Yo nunca he bebido alcohol, es malísimo para la piel.

Se tocó la cara y se fue directo a buscar un espejo.

—No se te va a estropear la piel por un mojito, exagerado —se quejó uno de los gemelos entre risas—. No tengo la piel mucho peor que tú y me he pillado unas buenas mierdas en mi vida…

Nico se arrodilló delante de un espejo de cuerpo entero que había en la zona del dormitorio que quedaba visible desde la sala y comenzó a mirarse la cara.

—No deberíais haberle dado eso sin consultarle —les reproché a los gemelos.

—Nos hubiera dicho que no —replicó uno de ellos.

—Pues lo tendríais que haber respetado —insistí acercándome a él.

—Pero es que le va a venir bien soltarse un poco… y despreocuparse.

—Y el alcohol no es lo peor que lleva un mojito, Nico… —se rio el otro.

—¿Qué más lleva? —Nico se giró hacia ellos asustado—. ¿Qué me habéis dado?

—*¡Aaaaaaaaasúcar!* —canturreó, creo que Dani, imitando a Celia Cruz.

—¡Noooooooooooo! —chilló Nico como loco—. ¡Yo no puedo tomar azúcar!

Llegué hasta él y le cogí la cara entre mis manos.

—¿Por qué, Nico? ¿Eres diabético? —Me giré hacia sus hermanos—. ¿Estáis gilipollas? ¿Sabéis lo peligroso que es eso?

—¡No es diabético! —gritaron todos a la vez.

—Voy a vomitar —murmuró Nico a mi lado—. Si vomito, tiraré el alcohol y el azúcar.

Hizo el amago de ir a levantarse, pero lo cogí de la muñeca y lo retuve a mi lado.

—Si no eres diabético, no vas a vomitar por el azúcar de un mojito. ¿Qué pasa, Nico? ¿Por qué no puedes tomar azúcar?

—Porque para pasarela me exigen un IMC exageradamente bajo, por debajo de diecinueve, ¿sabéis lo difícil que es eso? Os pensáis que mi trabajo es una tontería, pero requiere mucho esfuerzo… A veces es muy duro —lloriqueó y apoyó la cabeza en mi hombro.

Me giré hacia sus hermanos para ver si me explicaban lo que estaba pasando.

—¿Lo has visto comer alguna vez? —me preguntó Guille.

Repasé mentalmente los momentos que había pasado con él y lo cierto era que no recordaba haberlo visto comer nada. Beber agua y alguna infusión, pero comida… Volví a hacer memoria.

—En el avión —dije por fin—, en el avión nos dieron cena.

—¿Qué comió? ¿Lo viste?

—Ni idea, no me fijé…

—Seguro que solo se comió lo verde. En casa siempre hace igual, hasta en Navidad o en las comidas familiares. Siempre pide que le pongan poco con la excusa de que comió mucho el día anterior y no se encuentra bien… Y luego marea la comida en el plato y se come cuatro mierdas verdes… ¿O no, Nico?

—Dejadme en paz —murmuró con la cabeza todavía en mi hombro.

Le acaricié la nuca por puro instinto.

—¿Es verdad eso, Nico?

Levantó la cabeza y me miró con los ojillos achinados. Asintió y se le escapó una risita.

—Hace seis años que no tomo azúcar, ni queso, ni fritos… Ni nada que tenga sabor, en realidad… Pero es que para pasarela…

—¡Pues no hagas más pasarela! —lo interrumpió Dani—. Puedes vivir solo de las fotos, que lo que les interesa es que seas tú, y si tienes alguna imperfección te la pueden quitar con Photoshop. Y come lo que quieras, como nosotros, que comemos de todo y estamos estupendos, ninguno está gordo… Tienes veinticinco años, con todo el deporte que haces, puedes comer lo que te dé la gana.

—Le preguntaré a Álex qué pasa si dejo la pasarela, si puedo volver a comer… Si dejando la pasarela pudiera volver a comer de todo, la dejaría sin dudarlo. Eso me gustaría mucho. —Se giró hacia mí—. Siempre tengo hambre, Laza. Quiero queso, y patatas fritas…

—¡A Álex ya no le preguntas nada! —rugió Manu—. ¿Era él el que no te dejaba comer?

Nico asintió.

—Pues le van a dar por culo. Come todo lo que quieras, y si no te quieren en desfiles, te dedicas a las fotos —siguió Dani—. Seguro que no te hace falta más… ¿Cuánto te han pagado por las fotos gigantes en gayumbos?

—Lleva meses queriendo saberlo —me susurró Nico con una risita y luego se giró hacia su hermano y levantó tres dedos.

—Tres ¿qué? —insistió Dani—. ¿Treinta mil? ¿Trescientos mil?

—Tres millones —dijo Nico como si tal cosa.

—¡¿Qué?! —chilló Dani—. ¿Tienes tres millones de euros?

—Tengo casi cinco —murmuró Nico antes de dejarse caer sobre mí. Yo lo abracé de modo inconsciente—. Bueno, lo tendría que mirar, porque Caleb hizo unas inversiones… Joder, debería ocuparme de esas cosas ahora que ya no estoy con él. Si leyerais los reportajes que me hacen en lugar de solo reíros de las fotos en calzoncillos, sabríais que soy uno de los tres modelos masculinos más cotizados del mundo. Y eso tiene un precio. ¡Tengo hambre! ¡Ese es el precio! Gano muchísimo dinero, pero tengo hambre… —chilló y le dio un ataque de risa—. Quiero una hamburguesa, y un bocadillo, y patatas fritas, y *pizza*… Y chocolate. Pero me pondré gordo si me como todo eso, Laza.

—Con lo que mides y lo delgado que estás, tendrías que comerte tres vacas para empezar a estar gordo —aseguré—. Mientras tengas una relación saludable con la comida, deberías poder comer lo que quieras. Tienes veinticinco años, estás sano y haces ejercicio. No te castigues, Nico. Come lo que te apetezca.

—«Come» —repitió Nico en un murmullo—. Creo que es lo más bonito que me ha dicho nunca un chico. Me lo estás poniendo muy difícil para que no me enamore de ti.

Sus hermanos se rieron y yo noté que me subía la sangre a la cara. Nico se tumbó sobre el suelo y cerró los ojos.

—Y los granos —dijo de repente—. Con los alimentos grasos salen granos. El queso, el chocolate… Tantas cosas… Seguro que si me salen granos dejarías de verme guapo. —Estiró una mano y cogió una de las mías.

Yo me agaché para quedar cerca de su cabeza y que solo me oyera él.

—Eres tan insoportablemente bello —susurré—, que, si te saliera un grano, o dos, o quince, solo me parecerías más humano. Haría falta un accidente terrible que te desfigurara la cara por completo para que dejaras de ser guapo. Y aun así, a mí me lo seguirías pareciendo, porque lo que más me gusta de ti lo tienes dentro.

Tiró de mí y me hizo caer sobre él.

—Joder, Laza —murmuró—, eso sí es lo más bonito que me han dicho nunca. —Se rio y me besó. Le devolví el beso, pero me separé al momento.

—Nico, yo tengo ya una edad para estar tirado por tierra —protesté mientras me incorporaba y me quedaba sentado.

Él me imitó y me abrazó por la espalda. Sus piernas a los lados de las mías y sus brazos alrededor de mi pecho.

—Apóyese en mí, señor —murmuró mientras hacía que mi espalda cayera sobre su pecho.

—¿Señor?

—A los mayores se os debe un respeto —susurró en mi oído, pero cuando iba a replicarle algo, pasó la lengua por el lóbulo de mi oreja y metió las manos bajo mi camiseta… Y a mí se me olvidó lo que iba a decir.

—Nico —gemí todo lo bajito que fui capaz—, no estamos solos.

Me levanté como pude para alejarme de él, pero no funcionó, porque me abrazó de pie exactamente igual que cuando estábamos sentados.

—A ver, id a por comida si tantas ganas tenéis de que coma basura —les pidió a sus hermanos mientras volvía a colar las manos bajo mi camiseta—. Pero traedme cosas ricas de verdad. Yo invito, pero exijo calidad máxima y que vayáis todos.

—¿Por qué no vas tú? —preguntó Dani con una risita.

—Porque la calle está llena de fotógrafos por Laza y por mí, nosotros no podemos salir. Y porque vosotros queréis que coma, así que moved el culo y traed cosas ricas… Sin prisa, os da tiempo a daros un paseo, un baño en la playa, lo que queráis…

Todos se rieron y yo empecé a ponerme nervioso. Más todavía cuando Nico agachó la cabeza y me besó el cuello.

—Venga, vamos —se rio Guille.

Dani cogió una cartera que había sobre la mesa y se la mostró a Nico, el cual noté que asintió con la cabeza. Todos se encaminaron hacia la puerta y yo entré en pánico. A la desesperada, solté mi petición cuando ya estaban casi fuera todos.

—Pero no me dejéis solo con Nico desinhibido por el alcohol —pedí—, que ya me cuesta controlarme cuando está sereno… No sé qué hacer…

—Hazle una mamada —soltó Dani desde la puerta con toda la naturalidad del mundo—, lleva fantaseando con eso desde la noche que te conoció.

—Cabrón —se rio Nico a mi espalda—, eso son secretos de hermanos. ¡Largo de aquí!

Nico enterró la cara en mi cuello y empezó a reírse. Dani cerró la puerta y yo quise que se me tragara la tierra.

CAPÍTULO 30

LA MEJOR DE LAS IDEAS



En cuanto se oyó el sonido de la puerta de la calle al cerrarse, Laza dio un respingo, como si se asustara. Lo abracé más fuerte y me reí en su cuello. Lo solté cuando noté que se tensaba y no de buen rollo y me encaminé hacia la ventana. Me quedé a cierta distancia, oculto por la cortina, pero pude atisbar a mis hermanos y a Meri saliendo de la cabaña y dejando loquísimos a los fotógrafos, que no sabían detrás de quién ir.

—No nos distinguen —me reí bajito—. No saben quién de ellos soy.

Pero Laza solo sonrió raro, ni se acercó a mirar. Yo fui hasta la puerta de la calle y eché la cadena. Él dio un paso atrás. A mí me hizo gracia, porque me sentía más animado y envalentonado que nunca.

—¿Me tiene usted miedo, señor Lázaro Sosa? —pregunté con una sonrisa.

—Nico, estás borracho —argumentó.

—No estoy tan borracho —me reí—. Sé perfectamente lo que hago.

Me llevé un dedo a la nariz, como había visto hacer en las películas, y luego repetí el gesto con un pie en el aire. Me tambaleé un segundo, pero lo conseguí sin mayor problema.

—¿Lo ves? —Tiré de él a la fuerza hasta que su cuerpo chocó contra el mío—. Estoy en plenas facultades, Laza, y tengo clarísimo lo que quiero.

Metí las manos bajo su camiseta y las subí por su espalda. Él cerró los ojos y gimió un momento.

—No es buena idea, Nico —farfulló, pero lo besé para que se callara y no pensara tanto. Y porque quería besarlo hasta quedarme sin labios. Su barbita incipiente me rascaba la boca, era algo a lo que empezaba a acostumbrarme y que me gustaba cada vez más.

—Es la mejor de las ideas, Laza —argumenté contra su boca y lo agarré fuerte con toda la intención de arrastrarlo hacia la cama.

Dudaba. Lo notaba dudar y no entendía el motivo. Su cuerpo llevaba demostrándome desde hacía tiempo que tenía tantas ganas como yo. Y sus mensajes. Esos mensajes no habían sido solo cosa mía. Me acordé de la foto de las gafas y la toalla y se me nubló el poco juicio que me quedaba. Lo levanté con fuerza y me dejé caer en la cama de espaldas, con él sobre mí.

—¿No tienes las gafas? —murmuré justo antes de atrapar su boca de nuevo.

—No —se rio—. No sabía que me iba a encontrar contigo.

—Que no vuelva a ocurrir —sonreí—. A partir de ahora, llévalas siempre encima, por si acaso.

Soltó una carcajada y me besó, pero se apartó al momento.

—Nico —dijo serio—, no deberíamos.

Y entonces lo entendí. Era por lo que yo le había dicho aquella noche en su piso, en su cama.

—Vale —asentí—, sé lo que dije, y entiendo que igual te has pensado que quiero una relación superseria o algo, y tampoco era eso. Igual no me expliqué bien. De hecho, ahora mismo me daría igual que esto fuera un polvo de un…

—Calla —me interrumpió con un beso—. No digas tonterías, Nico. Hace mucho que te veo como algo más. No eres un polvo de una noche, pero ni de coña. Ni lo pienses. Con una noche contigo no tendría ni para empezar. Quiero muchas. Las quiero todas.

Sonreí de pura felicidad, así me sentía. Levanté las caderas y me froté contra él. Su pantalón y mi bañador molestaban, pero noté que estaba tan duro como yo. Cerró los ojos, gimió con fuerza y me devolvió el gesto.

—Entonces, ¿qué problema hay, Laza?

—Yo qué coño sé —farfulló—. No se me ocurre ningún problema.

Y antes de que pudiera darme cuenta, me había dado la vuelta y me encontré bocabajo en el colchón. Parecía que el amigo Laza, cuando por fin se lanzaba, era una fiera. Eso me excitó más todavía, no lo voy a negar a estas alturas. Puede que mi capacidad neuronal se viera ligeramente disminuida por los mojitos y estuviera lento de reflejos. Igual por eso me parecía que él se movía tan deprisa. El caso es que me encontré en esa posición con él sentado sobre mí. Llevó mis manos hasta el cabecero de la cama y yo me agarré a los barrotes. Deslizó luego los dedos lentamente desde mis muñecas a mi cintura. Dejé escapar todo el aire de mis pulmones en un siseo largo. Me froté contra la cama repetidas veces para sentir algo de alivio, pero la tela rígida de mi bañador protestó en cada movimiento. Como habría hecho yo de haber podido emitir ese sonido. En mi caso, me contenté con un gimoteo que sonó a gemido puro y duro. Y tan duro, joder.

Llevó los dedos a la cinturilla de mi bañador y levanté el culo porque me dio la sensación de que quería quitármelo. Efectivamente, eso fue lo que hizo y solo consiguió excitarme más. De nuevo estábamos en una cama y yo estaba desnudo y él, vestido. Estuve a punto de hacer algún comentario o una coña al respecto, pero estaba tan cachondo que ni me molesté. Me lamió la espalda, me mordió el culo… Yo no podía verlo, pero sentía todas esas cosas sin saber qué sería lo próximo. Coló una mano entre mi cuerpo y el colchón y yo empecé a frotarme contra ella, como llevaba un rato haciendo contra la sábana. Mi nivel de excitación era tan bestia que me daba la impresión de que se me empezaba a ir la cabeza. Cuando pensaba que la cosa no podía ir a más, empezó a tantear mi entrada con la otra mano y ahí sí que me perdí del todo. Me agarré con más fuerza al cabecero y levanté la cabeza para jadear con bocanadas amplias, porque me faltaba hasta el aire. Separé las piernas para ponérselo más fácil y para frotarme con más comodidad contra su mano.

—Nico, joder —farfulló con el tono de voz más sexi que ha usado nadie jamás y yo busqué un rato en mi interior para conseguir decir alguna palabra con sentido.

—El baño —gemí—. Tengo lubricante en el baño, y seguro que Dani tiene condones por aquí…

—Nico, no, no podemos. —Se separó de golpe de mí y yo me quedé más solo y más descolocado que nunca.

—¿Qué pasa? —Pestañeé y agité la cabeza para ver si conseguía atraer alguna gota de sangre al cerebro y entender lo que estaba pasando—. ¿Por qué has parado así? ¿Por qué de repente no quieres?

Giré sobre el colchón para poder mirarlo directamente.

—Sí quiero, Nico, eso no lo dudes, pero hice una promesa. —Resopló frustrado.

—¡¿Una promesa?! ¿Tipo a la Virgen? ¿Algo como «si le curas el cáncer a mi perro, no vuelvo a follar nunca más»?

—No exactamente —se rio. Sí, se rio. Yo lo quería matar—. Me río por lo que has dicho, pero la situación no me hace ninguna gracia. —Suspiró—. No prometí «no follar nunca más». Prometí no hacerlo contigo —añadió en un murmullo.

—Ah —me tensé—. Mucho mejor, me dejas mucho más tranquilo. Pues nada, vete a follarte a otro con el que no le hayas hecho esa promesa a la Virgen. —Me incorporé para bajar de la cama.

—No fue a la Virgen. —Me detuvo para que no me marchara—. Fue a Oriol.

—¡¿A Oriol Tusquets?! —De repente me sentí sucio y me tapé con la sábana—. Sé que te hago coñas con que eres viejo, pero no pensaba que estuvieras con un tío así… ¡Que podría ser tu padre! No sabía que tenías una relación íntima con él… No habría aceptado el papel en la película. ¡Joder, ya no quiero hacerlo!

—¡Nico, para! —me cortó y se acercó a besarme, pero aparté la cara—. ¡Escúchame! No tengo ni he tenido nada jamás con Oriol Tusquets. Tienes razón, tiene edad para ser mi padre y en cierto modo así lo siento, como una figura paterna del que he aprendido mucho… ¡de interpretación! ¡No me mires así! Admiro mucho a Ori y confío en su criterio. Me pidió que no me acostara contigo hasta después de la película, que quería la tensión sexual que transmitimos. Por lo visto, echamos chispas, Nico, y eso se nota desde fuera.

Respiré hondo y me tapé más con la sábana.

—¿No tienes nada con él? ¿Nunca habéis hecho nada?

—Nunca. —Negó con la cabeza—. Ni ganas. Y si eso que me pidió va a suponer un problema entre nosotros, lo mando ahora mismo a la mierda: a Ori, a la promesa e incluso a la película.

—Yo quiero hacer la película —reconocí tras pensarlo de nuevo—. Me hace ilusión.

Sonrió y me besó. Ahí ya me dejé, que no soy de piedra.

—Pues haremos la película.

—No sé por qué te ha pedido algo así. Yo confío en tu talento como actor y creo que podrías interpretar que te pongo cachondísimo aunque lo hubiéramos hecho.

—Y es que me seguirás poniendo cachondísimo después de que lo hagamos. Manías de director, supongo. —Se encogió de hombros—. Si te supone algún problema o te genera alguna duda, mando a la mierda la promesa, Nico, en serio.

Pero lo entendí, no iba a ser un hipócrita, acababa de quedar claro que yo sabía lo que era sacrificarse por trabajo.

—Cosas más raras he hecho yo por curro. —Encogí un hombro—. Llevo seis años casi sin comer, te lo recuerdo —murmuré.

Laza se acercó a besarme de nuevo y se inclinó sobre mí hasta que me tumbó en la cama con su cuerpo sobre el mío. Bajó a besarme el cuello y yo estaba cachondísimo otra vez al instante. Se deslizó hacia abajo con la lengua dibujando un camino supersexi en mi pecho, mientras con la mano me retiró la sábana que aún me cubría y de la que yo ya me había olvidado. Cuando llegó al ombligo y siguió bajando, adiviné sus intenciones.

—Si esto es por lo que te ha dicho mi hermano… No te sientas obligado, ¿eh? Ni mucho menos…

—Shhh… —me cortó—. Me apetece. Y me estoy acogiendo a un vacío legal de mi promesa. —Me rozó el glande con la punta de la lengua y yo me olvidé al momento hasta de mi nombre. Pero no del suyo.

—Joder, Laza —murmuré cuando se la metió en la boca y consiguió desconectar por completo mi capacidad neuronal.

Y entonces sí. Entonces empezó el movimiento. Un vaivén delicioso que me hacía arquear la espalda y gemir su nombre. Una succión constante y acompasada que me volvía los ojos del revés y me obligaba a enredar los dedos en su pelo para sentirlo más real, para hacerme del todo consciente de que era él. De verdad era él. Y no podía ser mejor. Parecía leerme el pensamiento y adivinar lo que yo deseaba en cada momento. O también puede ser que yo estuviera cachondísimo y cualquier cosa me viniera bien. Mi excitación aumentaba en cada uno de sus movimientos, que me abocaban de un modo inevitable a un orgasmo que notaba cada vez más próximo. Cuando ya no pude controlarme, aceleré yo mismo el movimiento con embestidas un poco animales y lo oí gemir. Y eso fue suficiente para que me abandonase a lo inevitable. No avisé, tampoco me aparté. Sentía mi voluntad anulada por completo. Solo me dejé ir en su boca con un grito que no pude controlar y que hizo que él apretara con fuerza mis caderas.

Yo todavía respiraba con dificultad cuando él subió a tumbarse junto a mí. Lo abracé con todo el cuerpo y enterré la cara en su cuello.

—No hacía falta —murmuré.

—¡¿Y me lo dices ahora?! —gritó en tono de coña y a mí me dio la risa.

—Bueno, igual un poco de falta sí me hacía…

Me besó el pelo y sus manos me acariciaron todo el cuerpo con cariño.

—Nico —murmuró—, ¿crees que esto es buena idea?

—Creo que es la mejor de las ideas. —Rocé su cuello con la nariz y emití un ronroneo.

—Eres tan joven…

—Pero eso es cuestión de tiempo. En unos años, se me habrá pasado.

CAPÍTULO 31

CASI ALGO



Nico salió del baño desnudo, pero con una toalla… en la cabeza. La aguantaba con las manos y le iba dando pequeños apretones.

—Tú sabes que no es ahí donde la gente suele llevar la toalla cuando sale de la ducha, ¿no? —Sonreí por puro instinto, porque tenerlo cerca y verlo hacer esas cosas no me generaba otra respuesta.

—Y tú sabes que yo soy demasiado especial como para hacer lo mismo que el resto de la gente…, ¿verdad? —argumentó y se dejó caer sobre el colchón a mi lado.

Lo acaricié sin darme cuenta. No era la primera vez que estaba desnudo tan cerca de mí, pero sí la primera que yo me sentía con libertad para tocarlo.

—Mmm, vamos a pensar en más vacíos legales de esa promesa tuya —ronroneó.

Yo me reí, pero lo cierto era que prefería no pensarlo. No quería darle vueltas a todo lo que me apetecía hacer con él y no podía. El ruido de la puerta puso fin a nuestras fantasías. La cadena que Nico había echado hizo su papel y se oyó la voz de uno de sus hermanos.

—¡Ey, cabrones, que ya estamos aquí! ¡Os hemos dado tiempo de sobra! ¡Abrid la puerta, que esto está lleno de fotógrafos!

Nico se rio entre dientes y se puso de pie al momento. Se vistió solo con un pantalón corto y fue a abrirles a sus hermanos. Me levanté de un salto, no quería que entraran y me pillaran tirado en la cama de uno de ellos. Manu y Dani entraron en la casa cargados de bolsas de papel y cajas de *pizza*. Dejaron todo sobre la barra de la cocina y se giraron hacia su hermano.

—¿Y Guille? —preguntó Nico.

—Está con Meri. Ahora vendrán, nos hemos separado para ser más eficaces —aclaró Manu.

—¿Qué quiere comer el señor? —preguntó Dani.

—¿Qué habéis traído? —interrogó Nico y su estómago rugió en respuesta. Se sentó en una de las banquetas y esperó paciente a que sus hermanos sacaran la comida de las bolsas. Cogió una patata frita que tenía una pinta espectacular. No era de las típicas congeladas de *fast food*, daba la impresión de que los rubios se habían tomado la misión muy en serio y habían traído comida de muy buena calidad. Nico miraba la patata fijamente, como sin atreverse a probarla.

—Dale, tete —dijo Manu—. Cómetela, que frías no molan.

Dani cogió una de la bolsa y se la metió entera en la boca.

—Mmmm, joder, está increíble…

Nico seguía retando a la suya con la mirada. Me senté en la banqueta que había junto a la de él y le pasé una mano por la espalda. Respiró hondo y me miró.

—Qué tontería, ¿no? Solo es una patata… Parece tan inofensiva…

Me reí y me incliné hacia su mano. Le arranqué la patata de un mordisco y luego chupé la sal que quedaba en sus dedos. Me miró durante todo el tiempo fingiendo indignación, pero con una sonrisa asomando en sus labios. Cogí otra de la bolsa y la acerqué a su boca. Dudó un momento, pero finalmente me la arrebató con los dientes y comenzó a masticarla.

—Oh, joder. —Cerró los párpados y se le escapó una lagrimilla diminuta por el extremo exterior del ojo. Se la sequé con el pulgar y reprimí el impulso de comérmelo a besos, porque me resultaba entrañable verlo así. Cogió otra y luego otra más. Parecía que, de repente, no había quien lo parara.

—Venga, vamos a por todas —dijo Dani mientras sacaba varias cajas de cartón típicas de hamburguesa, aunque bastante más grandes. Las abrió una a una y nos mostró un surtido de lo más variado—. Elige, el resto nos las repartimos.

—Me da igual —resopló Nico—, todas tienen una pinta impresionante. —Agarró una de ellas con una sola de sus enormes manos—. Ya no me acuerdo ni de cómo se cogían —se rio.

Abrió la boca y dio un mordisco gigante. Soltó un gemido grave que le salió de lo más hondo y, antes casi de haber tragado lo que estaba masticando, dio otro bocado.

—Vale, tranquilo. —Le pasé una mano por la espalda—. Nadie te lo va a quitar, come despacio, a ver si te va a sentar mal, que no tienes el estómago acostumbrado.

Asintió incapaz de hablar, porque tenía la boca llena de comida. Una de las salsas le chorreaba por la comisura del labio, pero se le veía tan feliz que no le dije nada. Al tercer mordisco, la dejó de nuevo en la caja.

—Creo que no puedo más —dijo cuando consiguió tragar.

—Vale, pues déjala ahí. Si luego te apetece más, comes.

En ese momento, les llegó a todos un mensaje al móvil a la vez. Lo leyeron y empezaron a reírse. Nico se puso muy contento y agitó su móvil delante de mi cara.

—Laaaaaaza, me parece que esta noche eres tú el que se ha quedado tiradísimo y se va a tener que meter en mi caaaaaaaama —canturreó.

Le quité el teléfono de la mano para poder leerlo.

—¿«Los putos amos»? —Leí con sorpresa y diversión el nombre del grupo y a los tres les dio la risa.

A continuación leí el mensaje de su hermano.

LOS PUTOS AMOS

GUILLE

No nos esperéis a comer.

Ni a cenar.

Ni a dormir.

Nos quedamos en la cabaña de Meri.

Me cambio por Laza, seguro que a Nico le parece bien. 👨❤💋👨

Mañana nos pasamos, hoy vamos a estar muy ocupados 😏.

Tenéis veinte minutos para venir a por cualquier cosa que pueda necesitar Laza. Después de eso, no os pienso abrir la puerta.

—Venga, voy yo —se ofreció Dani—. Así puteo un poco a Guille. ¿Qué necesitas, Lázaro?

—Ay, quiero más. —Nico volvió a coger su hamburguesa y a darle otro mordisco de esos enormes.

—Pues… —Me rasqué la cabeza—. A ver, en el baño he dejado el neceser con todo lo que me puede hacer falta y… No sé, en la habitación estará la maleta. No la llegué a deshacer. Tráela como esté. Si me falta algo, tampoco será importante. Ya lo cogeré mañana.

—Mmmm. —Un sonido gutural salió de Nico, que intentaba tragar y hablar, pero tenía la boca llena de comida y no podía.

Me dio un manotazo indignadísimo, como si yo tuviera que adivinar lo que estaba pensando.

—¿Qué?

—Mmmm. —Por más que lo intentaba, no conseguía terminar de tragar y a mí me empezaba a dar la risa. Volvió a darme un manotazo de indignación—. Mmm…

—No te entiendo, Nico. Creo que tenemos mucho que ensayar si pretendemos ser convincentes en la película hablando por gestos.

—Grrfff —protestó y siguió masticando con fuerza.

—Venga, pues voy en un momento —dijo Dani ya de camino hacia la puerta. Nico me volvió a golpear en el brazo.

—¡¿Qué?! —protesté justo cuando Nico por fin conseguía tragar lo que tenía en la boca.

—¡Las gafas! —gritó y a mí se me escapó una carcajada de las más grandes que he soltado en mi vida.

—Dani, por favor, tráeme las gafas, que estarán en la mesilla de noche —pedí y el otro asintió algo confuso.

Dani me trajo mis cosas y pasó las suyas por encima de la valla que separaba las dos cabañas. Aun así, tanto él como Manu pasaron la tarde con nosotros. Era una putada estar en el puñetero paraíso y no poder salir de esas cuatro paredes, pero lo cierto era que había cogido confianza bastante rápido con los hermanos Andújar y me sentía a gusto con ellos.

Nico se asomaba discretamente cada cierto tiempo para echar un vistazo a la calle.

—Molaría que lloviera, para que se fuesen o al menos se jodieran un poco —refunfuñó una de las veces—. Y se les estropearan esas cámaras con las que se meten en la vida de la gente.

Volvió resoplando y, al llegar hasta sus hermanos, que estaban sentados en el sofá, tiró del brazo de uno de ellos.

—Venga, seguid la charla en vuestra cabaña, que yo tengo que hablar con Laza.

—Claro, «hablar», vais a hablar lo mismito que Guille y Meri —se rio uno de ellos al levantarse.

—Hasta mañana —dijo el otro entre risas y al momento ambos habían saltado la valla del jardín.

Nico vino hasta la butaca donde estaba yo. Todos los asientos de la casa vacíos y tuvo que sentarse en el mío y pasar sus interminables piernas por encima del brazo del sillón. Creo que no era consciente ni de sus dimensiones reales ni de que haciendo esas cosas me dejaba encerrado

entre él y el respaldo. O quizá sí y esa era precisamente su intención.

—¿De verdad no tenías otro sitio para sentarte? —pregunté mientras, casi sin darme cuenta, le acariciaba una pierna.

—He estado pensando… —dijo ignorando mi comentario.

—¿Es algo insólito?

—No tanto como puede parecer —me siguió la broma—. Sé que solo parezco una cara bonita, pero a veces uso las tres neuronas que tengo.

—Venga, dime, ¿qué has estado pensando? —Le di un apretón en el muslo que estaba acariciando para invitarlo a continuar. Y también para contener mi mano y no seguir subiéndola hasta meterla en esos pantalones cortos que llevaba como toda indumentaria.

—A ver, lo que has dicho antes… —Parecía que su voz iba bajando de volumen a la vez que su cara se iba tiñendo de rojo.

—He dicho muchas cosas hoy, ¿cuál de todas?

—Lo de… Lo de que soy más que un polvo de una noche y eso… —Sus pies comenzaron a moverse nerviosos y volví a acariciarle la pierna con intención de que se relajara.

Por mi parte, me tensé un poco porque no sabía bien por dónde iba a ir la conversación, pero intenté aparentar normalidad. Me limité a reclinarme sobre el respaldo, sin retirar la mano de su rodilla, y a preguntar:

—¿Qué pasa con eso?

—Pues… que sé que es pronto para hablarlo, y que ni siquiera nos hemos acostado… Y, que si pasa al final, parece que va a tardar en ocurrir y tal… Pero, que, a pesar de eso, da todo el rollo de que esto es el comienzo de algo, ¿no?

—Da todo ese rollo, sí —confirmé intentando aguantar la risa que me daba la expresión que había elegido—. ¿Y? ¿Te parece mal? ¿Demasiado rápido? ¿Demasiado lento? ¿Qué pasa, Nico?

Llevó de modo distraído los dedos a mi nuca y empezó a juguetear con mi pelo mientras parecía que buscaba las palabras.

—A ver, no sé cómo decirlo sin parecer un poco crío…

—Di lo que sientas, no te preocupes por lo que vaya a pensar yo. A mí me gusta hablar claro.

—Pues que si, no sé cómo decirlo, acabamos «saliendo», ¿vale? Como siendo «una pareja». Entiéndeme, es hipotético y tal… —Se iba poniendo más y más rojo mientras hablaba y yo, por una parte, quería llenarlo de besos para que dejara de pasarlo mal; pero, por otra, necesitaba que terminara de decir lo que fuera que le rondaba por la cabeza.

—Vale, es hipotético, pero no es descabellado. Nico, no te avergüences de pensarlo, suéltalo ya, ¿qué es lo que te preocupa?

—Que si esta —señaló con la mano la puerta de la calle, tras la que estaban los fotógrafos— sería nuestra normalidad. Que si no podríamos nunca salir los dos solos a cenar, ni irnos de vacaciones, ni hacer nada que no fuera estar encerrados todo el día…

—Se me pueden llegar a ocurrir varios millones de cosas peores que estar encerrado contigo todo el día.

—Ya, vale —se rio—, pero hasta del sexo nos cansaríamos… Bueno, yo igual no.

—Lo que digo es que preferiría estar encerrado contigo antes que hacer muchas otras cosas, y lo digo de verdad. Podríamos hacer un montón de cosas juntos y no todo tendría que ver con el sexo.

—El rollo es… ¿Crees que vale la pena empezar algo que ya sabemos que va a ser tan duro? Vale, el chiste de lo duros que estamos los dos antes de empezar se hace solo. —Se rio—. Juro

que ha sido sin querer. Pero ahora en serio, ¿qué piensas tú de esto?

Sentí el vértigo de cuando vives una caída a cámara lenta. Él enterró la cara en mi cuello mientras esperaba una respuesta. A mí me entraron el sudor y el mareo que recordaba de cuando, siendo más joven, alguna pareja había terminado conmigo y yo había sentido que el suelo se abría bajo mis pies. No era la misma situación, estaba claro. Yo era un hombre adulto y no habíamos llegado a empezar nada, pero la horrible sensación era la misma. Le apreté la pierna y le pasé una mano por la espalda que había encorvado para adoptar esa postura imposible.

—Nico —murmuré—, si te soy sincero, creo que llegará un momento en el que encontrarán algo más interesante y se cansarán de nosotros…

—¿Y si no?

—No lo sé… Si tú quieres parar esto antes de que vaya a más, lo respeto, claro.

—¿Y tú? —preguntó con la frente todavía en mi cuello. Su respiración se colaba por las costuras de mi camiseta.

—Pues —dudé, pero decidí ser sincero—, la verdad, a mí me jodería una barbaridad darles tanto poder. Me gustas mucho, Nico, y me encanta estar contigo. Creo que esto se puede convertir en algo muy especial, y me fastidiaría no intentarlo por culpa de esa gente que solo busca el morbo y el *clickbait*.

Se incorporó de golpe, hizo un movimiento extraño con esas extremidades interminables suyas y, de repente, estaba sentado a horcajadas sobre mí. Siempre me ha maravillado la agilidad con la que es capaz de mover esos casi dos metros que mide.

—Te gusto mucho —susurró con una sonrisa.

—Igual he exagerado… —Sonreí yo también—. Dejémoslo en que me gustas «un poco».

—Soy el hombre más atractivo del mundo, te lo recuerdo, no te puedo gustar «un poco».

—«Fuiste» el hombre más atractivo hace un par de años. Si no me equivoco, te destronaron…

—Argh, sí, ese asqueroso… Quiero mi corona de vuelta. —Achinó los ojos—. Mi padre y mi hermano son farmacéuticos, igual me pueden conseguir algún ácido para desfigurarle la cara. —Agitó los dedos en el aire delante de su cabeza.

Se me escapó una carcajada y le cogí las manos para que las bajara.

—¿Y tú qué? ¿Qué piensas? ¿Los vas a dejar ganar? —pregunté mientras señalaba con un gesto de la cabeza a los fotógrafos.

—No. —Negó con la cabeza para enfatizar—. No podría hacerte eso ahora que sé que estás loquito por mis huesitos…

—Para empezar, eres el tío más alto que conozco, no deberías referirte a ninguna parte de tu cuerpo en diminutivo. Lo único diminuto que tienes es ese pantalón. Te pedí que fueras vestido cuando estuvieras conmigo…

—Me lo pediste cuando no éramos nada y ahora somos… «casi algo». —Se rio—. Y en mi defensa, ¡estoy vestido! —Se señaló con ambas manos el pantalón ese que yo juraría que era más pequeño que los calzoncillos que llevaba en el famoso cartel gigante.

—He visto a gente cubierta por más tela en playas nudistas.

—Pues no deberías ir a las playas nudistas a mirar, eso es de pervertidos.

—No iba a eso… Y no voy a entrar en tu juego, a mí ahora solo me interesa mirar a uno. —Llevé las manos a su cintura y él sonrió.

—¿Ah, sí?

—Sí, al chaval ese que te ha destronado… ¿Cómo se llamaba?

—¡Argh! —Se llevó una mano al pecho—. Directo al corazón.

Me reí y, en ese momento, el sonido de mi móvil nos interrumpió. Nico se estiró para alcanzármelo.

—¿Quién es? —pregunté cuando lo vi mirar la pantalla y achinar los ojos.

—Mi Némesis —contestó con tono intenso y peliculero mientras me entregaba el teléfono.

Al ver el nombre de «Oriol Tusquets» en la pantalla, me eché a reír.

—¿Por qué es tu Némesis?

—Porque es el villano que se interpone entre el héroe —se señaló a sí mismo con ambas manos— y su felicidad.

Me volví a reír y le hice un gesto para que se levantara de encima de mí y poder contestar al teléfono con tranquilidad. Obedeció a regañadientes.

CAPÍTULO 32

TIEMPO MUERTO



—¿Qué pasa Ori, qué te cuentas? —pregunté al descolgar. Nico me hizo gestos para indicarme que se iba a meter en la ducha. En serio, me tenía asombrado la cantidad de veces al día que se duchaba.

—Eso te quería preguntar a ti, Laza, ¿qué pasa? Hay imágenes en internet de una barbaridad de fotógrafos que se supone que os tienen a Nicolás y a ti atrapados en una cabaña en Bali con un montón de gente más. Aunque no sé si creérmelo porque no os he visto a ninguno de los dos… Bueno, a tu amiga Meri y a varios chicos que se parecen a Nicolás, sí.

—Ya —asentí—. Sí, es cierto.

—No entiendo nada, porque hace un rato me ha llamado su agente para cancelar su participación en la película… Que lo respeto, claro, pero me podría haber dicho algo él, que me dio la impresión de que le apetecía mucho. Pensaba que igual habíais tenido un problema entre vosotros y por eso se había arrepentido, pero sabiendo que estáis los dos juntos, pues no entiendo nada, la verdad. Tampoco entiendo que no me lo hayas dicho tú…

—No, no, mira, del gilipollas ese que te ha llamado no te creas nada. Nico y yo nos hemos encontrado aquí por «casualidad» y, en fin, te cuento.

Respiré hondo y se lo relaté todo.

—Joder, qué cabrón —confirmó Ori—. Vale, entonces, ¿Nicolás va a hacer la película? ¿Seguro?

—Segurísimo.

—Vale, confío en ti… Y de lo otro que te pedí, sé que estás en el puñetero paraíso con él y tal, pero… ¿has cumplido?

—Sí —gruñí—, tranquilo por eso.

—Son solo unas semanas, Laza. En cuanto acabe la parte de él, podéis hacer lo que queráis.

—Sí, vale, lo he pillado, no me lo digas más veces…

Soltó una carcajada.

—Si es que eres mi preferido por algo…

—Ni me hables —gruñí.

—Os veo en un par de semanas, Laza. Pasadlo todo lo bien que os dejen esa pandilla de buitres.

—Gracias, tío. Un abrazo —dije justo cuando Nico salía del baño con el pelo seco y la toalla donde suele llevarla la gente normal, atada a la cintura.

Levantó los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo mientras yo colgaba la llamada y dejaba

el teléfono sobre la mesilla.

—Espero reconocimiento por haberme puesto la toalla donde te gusta.

—No es que me guste a mí, es que es lo normal —aclaré mientras me sentaba en la cama, apoyado contra el cabecero.

Él se dejó caer a mi lado bocabajo. Se apoyó en los codos para que su cara quedase casi a la altura de la mía.

—¿Qué tal Oriol? ¿Qué quería?

Le resumí la llamada todo lo que pude, pero intentando no dejarme nada importante.

—Qué cabrón el Álex de los cojones. —Apretó la mandíbula y se le empañaron los ojos.

—Vale, Nico, ya está. —Estiré el brazo y apoyé la mano en su hombro.

—Es que… confiaba tanto en él. Mi vida entera estaba en sus manos. Pensaba que era mi amigo, te lo juro, y el muy cabrón me veía solo como una fábrica de putos billetes… Si es que soy un crío gilipollas, me creí todo lo que me dijo, y así estoy, con veinticinco años y sin saber qué hacer con mi vida. No sé dónde empezar a buscar otro agente.

—Donde te dé la gana, cualquier representante de modelos estaría encantado de llevarte.

—Ya, eso no lo dudo, pero no quiero otro buitre… Ya no me puedo fiar de nadie. Nueve años llevaba con él, Laza, ¡nueve años!

—¿Cómo contactaste con él? Igual puedes buscar del mismo modo al siguiente…

—No. —Agitó la cabeza—. Me encontró él a mí. Estaba en el último curso de Secundaria y el instituto nos llevó de excursión a Madrid. Vimos museos y tal y luego nos dejaron sueltos por El Retiro. Mis amigos y yo, por aquel entonces aún los tenía, estuvimos haciendo volteretas y otras piruetas de esas en el césped, algunos de ellos y yo estábamos en el equipo de gimnasia acrobática y les enseñábamos a los demás a hacer algunos movimientos.

—¿En serio? ¿Sabes hacer volteretas en el aire y esas cosas?

—Sabía —asintió—, pero dejé de hacerlo porque el puto Álex me dijo que era peligroso, que me podía lesionar, o que me podía poner demasiado fuerte y para pasarela es requisito estar muy delgado… Yo que sé, ya no sé cuánto de lo que me dijo era verdad y cuánto no. El caso, que mis colegas y yo nos tumbamos a descansar y apareció él, me dijo que era agente de modelos y que le encantaría representarme, que me veía un futuro brillante y que me podía convertir en un *top model* mundial. En eso, al menos, no mintió.

—¿Por qué has dicho que ya no tienes amigos?

—Porque no los tengo. —Se encogió de hombros—. No dejé el instituto de la noche a la mañana, fue algo más progresivo. Acabé la secundaria, ese año solo hice un par de catálogos de moda, poca cosa. El primer año de Bachillerato igual, era perfectamente compaginable con los estudios y los amigos e incluso tuve mi primer novio. —Se rio entre dientes—. Pero a partir de segundo de Bachillerato, la cosa se complicó. Cumplí los dieciocho en enero y ya empezó a buscarme desfiles y muchísimo más trabajo del que había tenido hasta entonces. Mis padres querían que siguiera estudiando hasta por lo menos acabar el instituto, que ya tendría tiempo de trabajar después, pero yo no le veía sentido, ya ganaba mucho dinero y estudiar era aburrido. Una vez fui mayor de edad, Álex me consiguió un montón de trabajos importantes y poco a poco, casi sin darme cuenta, fui dejando los estudios. Mis amigos terminaron, fueron a la universidad y todo el rollo. De vez en cuando quedo con ellos, pero no es lo mismo, soy como aquel amigo que tuvieron con el que ya no les une nada… Se alegran de verme, pero no tienen conmigo la relación que tienen entre ellos.

—Ya, entiendo.

—Bueno, tengo a mis hermanos, a algún amigo de la familia, a mis primas… Algo es algo… Pero a veces, en días como hoy, sí echo de menos tener algún amigo… Poder llamar a alguien cuando ha pasado algo importante y que te escuche y te entienda…

—Yo soy tu amigo, Nico, a mí puedes llamarme cuando necesites hablar con alguien.

—Para ti tengo otros planes, Laza. —Sonrió.

Me reí y le di un beso rápido.

—Venga, soy tu amigo. Mira, vamos a hacer una cosa: tu primera clase de interpretación. Imagina que soy ese amigo con el que quieres hablar en un día tan complicado como hoy.

Soltó una carcajada.

—¿En serio?

—Totalmente. —Me separé del cabecero de la cama y crucé las piernas a lo indio. Luego apoyé los codos sobre las rodillas—. ¿Qué pasa, tío? ¿Qué te cuentas? —Le di un golpecito en el hombro.

Él empezó a reírse.

—No te salgas del papel —susurré—. Nos va a tocar actuar juntos, tienes que ser capaz de fingir que soy otra persona… Y que tú lo eres, claro.

—Vale, sí, tienes razón —asintió y se puso de rodillas. El universo se apiadó de mí y su toalla siguió en el sitio. Agitó las manos y la cabeza y yo sonreí de manera involuntaria.

—Venga, otra vez… ¿Qué pasa, tío? ¿Qué te cuentas? —Le di un golpe suave con el puño en el hombro.

—No sabes el día que he tenido… —Se pasó las manos por la cara—. Uno de los más fuertes de mi vida, no te vas a creer lo que me ha pasado.

—¿Qué te ha pasado? ¿Necesitas hablar de ello? —Le puse una mano en el hombro.

—Me vendría bien, la verdad —asintió.

—Cuéntame, ¿qué te ha pasado?

—Pues, no te lo vas a creer, me cuesta creerlo hasta a mí. —Pasó un brazo sobre mis hombros en un gesto muy de colegas y se puso la mano junto a la boca para susurrarme al oído —: Lázaro Sosa me ha hecho una mamada.

—¡Serás…! —Intenté poner cara de indignado, pero las ganas de reírme parecían ir a ganar la batalla—. ¿Eso era lo que le querías contar a un amigo?

—Claro, es lo más importante que me ha pasado hoy —se rio.

—¿Más que haber descubierto que tu representante te la jugaba o que no poder salir de una cabaña porque los fotógrafos te tienen acorralado o haber bebido alcohol o haber comido algo con sabor por primera vez en seis años?

—Muchísimo más, dónde va a parar. —Se volvió a reír.

Lo empujé con fuerza y él se dejó caer hacia atrás en el colchón. Ahí sí, su toalla se rindió y la perdió por el camino. Nico tiró de mi brazo y me hizo caer sobre él.

—¿Esto quieres hacerle a tu amigo?

—No. —Me rodeó con sus enormes brazos—. Esto solo quiero hacértelo a ti.

—¿El qué?

—Darte un inocente abrazo.

—Si es un abrazo inocente, ¿por qué estás empalmado?

—Porque existes y estás al alcance de alguno de mis sentidos… De todos, en este momento.

—Del gusto, no —repliqué.

Sonrió y, a continuación, me hizo rodar sobre el colchón hasta colocarse él sobre mí. Pasó la

lengua muy despacio por mi labio inferior. Yo abrí la boca con una exhalación.

—Nico —protesté, pero mi lengua traidora salió en busca de la suya.

Nos enredamos en un beso húmedo y acelerado. Sus manos se colaron bajo mi camiseta y a mí empezaba a costarme hasta respirar.

—Nico…, no… podemos… —Mi voz, interrumpida por mis propios gemidos, sonaba grave y nada convincente.

Comenzó a moverse como si estuviéramos follando y a mí me costaba encontrar los motivos por los que no debíamos hacerlo.

—Nico…, por… favor. —Mis palabras me obedecían, pero mis manos intrépidas se deslizaron por su espalda hasta que llegaron a su culo y le ayudaron a marcar el ritmo.

—Argh, joder…, Laza… Necesito que te desnudes… No puedo más… Me van a explotar la cabeza, la polla y el corazón.

—Nico…, por… favor.

Se incorporó de golpe y se separó de mí todo lo que la cama le permitía. Desnudo, sentado sobre sus talones y con la respiración agitada, me miraba fijamente. Tenía los labios hinchados y la cara colorada del sofoco. Yo me incorporé un poco y me apoyé sobre los codos.

—A ver, vamos a hablar claro. —Se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo—. Creo sinceramente que el Oriol este es subnormal profundo o algún tipo de perturbado.

—¿Qué? —Solté una carcajada—. ¿Por qué?

—Se supone que debemos aguantar sin hacer nada hasta el rodaje, ¿vale? ¿Qué espera que pase cuando nos tengamos que desnudar y empecemos a frotarnos para fingir que follamos? Pues que nos vamos a correr, al menos yo, delante de todo el mundo, a los cinco segundos. Y la verdad, no me apetece que eso pase delante de gente…

—En realidad, para esas escenas, solemos llevar como una especie de calcetín para evitar que nos rocemos directamente. A veces también ponen un cojín entre los actores para que no haya contacto.

—¿Un calcetín? ¿Cómo que un calcetín? ¿Dónde? ¿En la polla?

—Qué bruto eres —me reí—. Sí, ahí.

—Menuda gilipollez, el sexo y el deseo están sobre todo en la cabeza. Ni con un condón de plomo van a conseguir que no me pongas cachondísimo si nos hacen fingir que estamos follando.

Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar una carcajada.

—Venga, Nico, eres un tío muy profesional. Has sido capaz de estar varios años pasando hambre se supone que por el «bien» de tu carrera… ¿No puedes aguantar unas semanas sin sexo?

—Normalmente podría, pero, cuando se trata de ti, no sé… Todo me supera. —Resopló y se volvió a llevar las manos al pelo.

—Ya —suspiré—. Te entiendo. Me pasa parecido.

—Y me da pánico la idea de verte desnudo por primera vez en una situación así, rodeados de peña. Y de abrazarnos desnudos, con calcetín o sin él, y hacer toda esa coreografía sin saber si seré capaz de controlarme, y sin que sea un momento nuestro. —En las últimas palabras, bajó tanto la voz avergonzado que me costó escucharlo.

Respiré hondo, nada convencido de lo que iba a hacer.

—¿Te sentirías mejor y más tranquilo si ensayamos las escenas, tal y como tienen que suceder?

—No sé, supongo…

—¿Tienes el guion a mano?

—No me hace falta, me las sé de memoria… —aseguró con una sonrisa—. He fantaseado con que ocurrieran sin público un montón de veces.

Dejé escapar una risa antes de incorporarme y quedarme sentado frente a él.

—Pues venga, vamos, valiente. —Me quité la camiseta en un único movimiento.

Intenté levantarme de la cama para terminar de desnudarme, pero me lo impidió y me obligó a dejarme caer de nuevo sobre el colchón. Llevó la mano a los botones de mi pantalón y sonrió.

—Déjame hacerlo a mí —susurró.

—Vale, pero quiero que sepas que creo que es una pésima idea…

Me acarició por encima de la bragueta y mis caderas se movieron solas en busca de más fricción.

—Joder, Nico. —Jadeé—. Ya me estoy arrepintiendo.

—¿De ensayar o de haber aceptado esa absurda condición? —Empezó a desabrocharme los botones muy despacio mientras hablaba.

—Que hagas esto tan sexi no está en el guion —protesté.

—Va a ser la única primera vez que te desnude, déjame disfrutarlo.

Llevó las manos a la cinturilla de mi pantalón y yo levanté las caderas para ponérselo fácil. Lo deslizó hacia abajo junto con la ropa interior y finalmente lo lanzó todo al suelo. Me miró tan detenidamente que hasta empecé a sentirme incómodo. Nunca he sido un tipo acomplejado, y me gusta mi cuerpo; pero, para ser fiel a la verdad, me gusta mucho más el suyo.

—Vale —dijo por fin con un resoplido y mirándome a los ojos—, voy a necesitar un tiempo muerto. —Hizo el gesto que se hace en baloncesto para eso.

—¿Qué? ¿Tiempo muerto de qué? ¿Qué dices?

—Un poco de tiempo, con tres minutos me vale, antes de que empecemos a ensayar. ¿Me concedes tres minutos?

—Mmm, sí, claro. —Me incorporé un poco y me apoyé sobre los codos. Pensé que querría ir al baño o darse su enésima ducha.

Pero no, se abalanzó sobre mí y consiguió que mi espalda chocara de nuevo contra la cama.

—¿Qué haces? —Me reí.

—Aprovechar mis tres minutos de tiempo muerto. —Sonrió y bajó la cabeza para morderme un pezón.

Sus manos comenzaron a subir por mis muslos mientras su boca bajaba por mi vientre, mordiendo y lamiendo por el camino. Me agarré a las sábanas con fuerza.

—Oh, Nico, joder —farfullé a punto de perder la cabeza cuando sus labios llegaron a mi erección y besó la punta. Pero fue cuando pasó la lengua por toda su longitud y se la metió en la boca cuando grité de verdad—: ¡¡¡Jodeeeerrr, Nico!!!

Lo oí reírse y mis manos soltaron las sábanas para aferrarse a sus rizos. Quería apartarlo de mí, pero mis manos y mis caderas no ayudaban. Apenas unos segundos después, empezó a oírse música muy fuerte en la cabaña de sus hermanos. Se incorporó y soltó una carcajada. Yo me reí también y me llevé las manos a la cara.

—Me habrán oído, ¿verdad?

—Creo que hasta los fotógrafos te han oído —se rio—. ¿Sigo? Creo que me queda como un minuto…

—No, por favor —le pedí—, Nico, lo prometí, y esto también es sexo…

—Vale —asintió, pero se tumbó sobre mí y cubrió todo mi cuerpo con el suyo.

—¿Qué haces? —Gemí cuando empezó a moverse de modo rítmico contra mi cuerpo—.

Nico, para, por favor —supliqué. Mi voz le pedía que se detuviera, pero mi cuerpo, ajeno a mi decisión, le seguía el ritmo—. Nico, no podemos…

—Estamos ensayando —farfulló—. Esta es una de las escenas.

Era cierto, no me había dado ni cuenta.

—Mierda —jadeé—, estamos muy jodidos.

Se separó de mí de golpe y se plantó de pie junto a la cama, respirando con dificultad.

—Mira, de verdad, ¡le tengo un asco ahora mismo al puto Oriol Tusquets de los cojones que no te lo puedes ni imaginar! —soltó con rabia—. Va a ser imposible, yo no voy a poder hacer esto delante de gente. Es que me voy a correr en cuanto me toques, delante de todo el mundo… La vamos a convertir en una puta película porno.

—Hablaremos con Ori y llegaremos hasta donde estés dispuesto. Pediremos una coordinadora de intimidad, hay actores que las usan, nos ayudará seguro.

—No quiero una puta coordinadora de intimidad. Quiero intimidad contigo y punto. Quiero poder ir contigo a la playa, o a cenar por ahí, o a dar un paseo… sin esos buitres persiguiéndonos. —Señaló hacia la calle—. Y quiero hacerte muchas cosas estando los dos solos, sin público ni equipos de rodaje… A la coordinadora de intimidad se la puede meter por el culo el Oriol Tusquets de los cojones, a ver si así le da gustito y deja de joder a los demás…

Hice un esfuerzo enorme para no reírme por ese comentario, porque realmente Nico estaba muy alterado.

—Ahora vengo —gruñó y se dio media vuelta.

—¿A dónde vas?

Se giró hacia mí cuando llegó a la puerta del baño.

—¿A ti qué te parece? ¿A dónde voy a ir? Pues a hacerme una puta paja.

El portazo que dio al entrar al aseo me hizo dar un respingo, pero preferí no decir o hacer nada por miedo a empeorar la situación.

CAPÍTULO 33

LA FOTO MÁS BUSCADA



Me tomé mi tiempo en salir del baño. Me di una ducha caliente y relajante. Había sido un día largo y raro, necesitaba purificarme y liberarme un poco de él. No era capaz de contar cuántas duchas me había dado ese día. Durante años, me había acostumbrado a hacerlo cada vez que estaba alterado por algo, ya fueran nervios, ira o simplemente hambre. Salí del baño y traté de no mirar a Laza, que estaba sentado contra el cabecero de la cama solo con un pantalón de pijama. Bueno, acabo de dejar claro que mi intento de no mirarlo fue un fracaso.

Me acerqué al armario y trasteé en los cajones hasta que encontré un pijama de mi hermano y me lo puse, camiseta incluida. Laza no la llevaba, pero supongo que a mí me apetecía hacerme un poco el dramático. Hacía demasiado calor y me arrepentí al momento, pero ya no iba a recular.

Fui hasta la cama y me tumbé a su lado, aunque manteniendo las distancias y dándole la espalda.

—Buenas noches, Laza —murmuré.

—No dejas de sorprenderme, hubiera jurado que no tendrías pijamas —bromeó para intentar relajar un poco el ambiente, supongo.

—Y no tengo —respondí en tono muy serio—, debe de ser de Dani. Pero querías que llevara ropa cuando estuviera contigo, ¿no? Pues ya está, tapadito. Espero que te valga, porque hace demasiado calor para pantalón largo y suéter.

—Nico…

—¿Qué?

Vino hasta mi lado de la cama y se abrazó a mi espalda. Y me ablandé, porque yo con un abrazo lo perdono casi todo, y porque ni siquiera estaba mosqueado con él.

—Entiendo que estés enfadado —murmuró.

—No estoy enfadado. Estoy… frustrado. Ha sido un día de mierda. Han cambiado demasiadas cosas, es mucho que asimilar. —Le cogí una de las manos con las que rodeaba mi pecho y entrelacé sus dedos con los míos.

—Pero no todo ha cambiado a peor.

—No, todo no. —Me reconfortaba mucho sentirlo a mi espalda y escuchar sus palabras—. Vamos a dormir, Laza, ha sido un día demasiado largo.

—Buenas noches, Nico.

Por la mañana, me despertaron los gruñidos de Laza. Abrí un ojo y lo vi desperezarse a mi lado.

—Buenos días —murmuró.

—Hola —sonreí, pero al momento recordé todas las imprudencias del día anterior y salí de la cama de un salto.

Fui hasta el espejo de cuerpo entero que había en la habitación y me acerqué mucho a mirarme la cara con detenimiento. A continuación, me quité la camiseta y procedí a explorar cada centímetro de mi cuerpo para hacer balance del nivel de la catástrofe.

—¿Qué haces? —preguntó Laza desde la cama tras un bostezo.

—Comprobación de daños después de lo de ayer. ¿No me ves la piel más apagada después del alcohol?

—No. —Se le escapó una carcajada.

—Yo sí. ¿Y esto? —Me di un pellizco en la barriga en el que estaba seguro de haber podido coger más pellejo que otras veces.

Laza se arrastró fuera de la cama y vino hasta mí. Se colocó a mi espalda y me abrazó.

—Si estás más bueno, revientas. En serio, Nico, no te rayes con eso. Tienes un cuerpo perfecto y, si sigues haciendo el ejercicio que parece que haces, yo creo que puedes comer lo que te dé la gana.

—¿Y esto? —Me puse de perfil y me pasé una mano por esos abdominales que me parecían menos marcados de lo habitual.

—Estás exactamente igual de perfecto que ayer. —Se rio—. En serio, Nico, estar más bueno ya sería abusar. Mucho. Es que no sería ni abusar, sería imposible.

—No me sirve tu opinión. Ahora que sé que estás loquito por mí, no eres objetivo —bromeé. Luego me incliné y lo besé—. Buenos días.

Recordé de pronto que había dormido con pijama y volví a mirarme al espejo, esta vez mientras me bajaba un poco el pantalón por un costado.

—¿Y ahora? —Se cruzó de brazos y me miró con cara de confundido. Era tan guapo.

Yo chasqueé la lengua con fastidio.

—Mira, y no me digas que esto no lo notas —protesté—. Cómo odio dormir con elásticos por estas cosas.

Tenía claramente visible la marca del pijama en la cintura.

—Venga ya, Nico —se rio—. Eso nos pasa a todos. En un rato, se habrá ido.

—Pero de usarlos de continuo se quedan de manera permanente. Intento no ponerme nunca elásticos. Si no es absolutamente imprescindible, no llevo ni calzoncillos.

—No me lo estás diciendo en serio.

—Claro que sí. Y los que uso son unos especiales sin costuras y con un elástico muy suave, luego te los enseño si quieres. Son los únicos que no me dejan marca.

—¿No usas calzoncillos de Calvin Klein? ¿Has conseguido que los use medio mundo y tú no te los pones? —Se volvió a reír.

—Oye, que a quien le gusten…, pues que los use, pero no son mi rollo…

—Eso es publicidad engañosa.

—De eso nada —me defendí—. ¿Me has visto decir en algún sitio alguna vez que me gusten? Es que ni siquiera hay un eslogan en el anuncio… Solo mi foto con ellos puestos. Podría ser un anuncio de colonia, o de crema depilatoria, o de un producto para el pelo…

—¡Tíos! —nos interrumpió la voz de Dani desde el jardín. Nos acercamos a la parte de atrás

y lo vimos asomado al otro lado del muro—. ¿Pasáis a desayunar? Putos fotógrafos, no apetece ni salir a la calle.

—Pasad vosotros mejor, que tenemos aquí toda la comida que compraste, y Laza es mayor para andar saltando muros…

—¡Eh! —protestó. Me encantaba picarlo, y con ese tipo de cosas siempre ha entrado al trapo muy fácil—. Que yo podría saltar ese muro sin problema.

—No quiero que te lesiones —susurré y le di un beso en la mejilla. Él resopló, pero me dio la impresión de que su expresión era de alivio cuando vio que eran mis hermanos los que saltaban.

Laza se metió en el baño para darse una ducha y cambiarse, y nosotros nos pusimos a hacer café y a preparar algo para desayunar entre todos. Todavía no habíamos terminado cuando oímos jaleo en la calle. Manu se acercó discretamente a la ventana.

—Vienen Guille y Meri —murmuró muy bajito, como si desde fuera pudieran oírlo—. El jaleo son los fotógrafos, que parece que se han vuelto locos.

Se acercó a la puerta a abrirles y entraron los dos enseguida. Guille llevaba un móvil en la mano y parecía que estaba grabando.

—¿Vale? ¿Habéis visto eso? —Sostenía el teléfono en alto y le hablaba a la cámara—. Es insoportable. En serio, no consumáis esa mierda de prensa, no le deis curro a esa gente. Respetad la intimidad de quienes no quieren hacer su vida pública. Y no, no voy a enseñaros quiénes están aquí. No pienso alimentar esta basura. Dani y yo hemos decidido vivir así, nos gusta contaros nuestra vida y compartirlo con vosotros. Pero nuestro hermano Nico no, y lo respetamos. Respetadlo vosotros también, por favor. Nos vemos pronto, gente.

Guille cortó la comunicación y se giró con una enorme sonrisa, lo que parecía lo más lógico si pensabas en la noche que había pasado. La cara de Meri no era muy diferente. No voy a negar que sentí una cierta envidia, me habría encantado llegar a ese punto con Laza, pero me consolaba pensar que parecíamos estar construyendo algo bonito y que, cuando llegara el momento, sería muy especial. Siempre he sido un romántico, qué le voy a hacer. Aunque, a decir verdad, en aquel momento, era la parte menos platónica de la relación la que ocupaba la mayoría de mis pensamientos. De hecho, podía perfectamente visualizarlo en la ducha, y nada me apetecía más que meterme allí con él. De nuevo sentí angustia al pensar en la primera vez que nos íbamos a meter en la ducha juntos, durante el rodaje de la película, delante de un montón de gente. Estaba siendo un tema recurrente en mis pensamientos, era algo que me atormentaba bastante. Creía que el director se estaba equivocando con esas condiciones, que iba a ser peor, pero como tampoco había trabajado nunca en eso, no era quién para dar lecciones a nadie. Aun así, aunque la parte de mí que confiaba en que tuviera razón era diminuta, fue a la que decidí hacer caso por el bien de mi salud mental.

Mientras todos se servían café, yo me hice una infusión. Tenía la intención de hacerles caso y empezar a cambiar poco a poco mis hábitos alimenticios, pero todos tenemos nuestras costumbres y no es fácil cambiarlas radicalmente de la noche a la mañana.

—¿Dónde está mi pan? —pregunté a nadie en particular al abrir el armario donde lo había guardado y no verlo.

—Eso no era pan —replicó Dani—. Eran rebanadas de aire con sabor a nada.

—Bueno —suspiré resignado—, pues ¿dónde está mi aire con sabor a nada? —le seguí la broma.

—En el lugar donde pertenece: la basura. Tómate una tostada normal y déjate de mierdas.

—¿Quieres dejar de controlar lo que como? —protesté.

—No me preocupa lo que comes —afirmó—, me preocupa más lo que no comes, la verdad.

Manu vino hasta mí con un plato. En él, una tostada calentita desprendía olor a mi infancia y me llamaba a gritos. Me lo ofreció y yo lo miré con desconfianza.

—¿Qué le has puesto?

—Mantequilla y azúcar —respondió como si tal cosa.

—Madre mía, y ¿por qué no un trozo de tocino, medio jabalí y un poco de cianuro para acompañar?

—Argh, joder —se quejó Dani y se acercó a nosotros. Cogió la tostada con intención de comérsela él—. Eres peor que un dolor de huevos.

Abrí la boca para defenderme, pero no pude. Mi hermano aprovechó esa milésima de segundo para meterme la rebanada de pan en la boca. La saqué al momento y la volví a dejar en el plato.

—¿Eres gilipollas? ¿Quieres dejarme decidir lo que quiero comer? —protesté, pero el sabor que me había dejado la tostada empezaba a reclamar más atención de la que yo habría querido darle—. ¡Oh, joder, a la mierda! —protesté, cogí la tostada de nuevo y le di un mordisco. Y me sentí como si volviera a tener ocho años y estuviera en casa de mi abuela otra vez.

—Luego te haces unos largos en la piscina y lo quemas rápido —sugirió Guille—. Si así te quedas más tranquilo.

Yo asentí con la cabeza y seguí comiendo. Manu y Dani se sentaron en las banquetas de la barra que separaba la cocina de la sala, Guille y Meri en uno de los sofás, y yo me senté en el otro a comerme mi tostada y esperar a Laza. No tardó en salir del baño, servirse un café y venir a sentarse a mi lado. Recién duchado, con un pantalón corto y una camiseta y… las gafas.

—Antes de que pienses que esto es algún tipo de provocación —se acercó a susurrarme al oído—, me gusta desayunar tranquilo sin las lentillas, así descanso de llevarlas tantas horas, pero si no lo vas a poder soportar, me las pongo.

Negué con la cabeza mientras terminaba de masticar y tragar lo que tenía en la boca.

—Nunca voy a preferir que te pongas las lentillas antes que las gafas —aseguré. Él soltó una carcajada y me besó.

Pasamos unos cuantos días desconectados del mundo. Decidimos por unanimidad apagar todos los teléfonos. Manu envió un mensaje a mis padres antes de hacerlo para avisarles de que estábamos bien, pero que el nivel de mensajes y llamadas que estábamos recibiendo todos era insoportable y que necesitábamos desconectar. También avisó a su chica, supongo que para que no pensara que se desentendía del problema que tenían entre manos. Los gemelos mantuvieron los móviles que utilizaban para sus redes, que eran distintos de los que tenían para uso personal. Ellos no podían ni querían desentenderse de sus seguidores durante tanto tiempo.

Durante el tiempo que estuvimos así, nos sentíamos como en un Gran Hermano, pero a la inversa. No podíamos salir por miedo a ser observados. Solo dentro de la casa sentíamos a salvo nuestra intimidad. Guille y Meri iban y venían varias veces al día de su cabaña a la nuestra. Y lo mismo Dani y Manu, saltaban el muro en ambas direcciones con frecuencia. La que compartíamos Laza y yo se había convertido en el punto de encuentro de los seis. Pasábamos mucho tiempo con ellos, pero también solos. Si no hubiera sido por lo peculiar de nuestra situación, se habría convertido en un viaje romántico, como en una luna de miel. Pero no estuvo mal. Nos ayudó a afianzar nuestra relación como pareja con independencia del sexo. Hablamos mucho, empezamos a conocernos muy bien, convivimos como una pareja… casta, pero una

pareja, al fin y al cabo.

Fueron muchos días de conversaciones, besos, caricias, confesiones, secretos y complicidad. Me sentía muy cerca de él. Me parecía que de verdad estábamos construyendo algo especial.

Una noche, como tantas otras, Manu y Dani se quedaron a cenar con nosotros. Guille y Meri hacía rato que se habían marchado. Calentamos unas *pizzas* y las sacamos al jardín trasero para cenar allí, desde donde no se oía a los *paparazzi*.

—¿Qué estarán haciendo Guille y Meri? —pregunté en tono de broma.

—¿Aparte de darles porno sonoro a los fotógrafos, quieres decir? —le siguió la coña Manu.

—Espero que esté dejando bien alto el pabellón Andújar —añadió Dani.

Yo me reí entre dientes y Dani levantó la cabeza para mirar a Laza.

—¿Alguna queja? ¿Tenemos que repudiar a Nico y retirarle el apellido? ¿No cumple como se espera de él?

Me acerqué mucho a su silla y me incliné hacia mi chico todo lo que pude.

—Eso, ¿alguna queja? —susurré muy bajito. Él sonrió y negó con la cabeza; yo lo cogí del cuello y lo besé.

Mis hermanos protestaron por el morreo durante la cena, pero la verdad es que nos dio un poco igual. Oí en ese momento un zumbido que no supe identificar. No tenía claro si era un insecto o un electrodoméstico. No al menos hasta que una luz se encendió y nos dio de lleno. A continuación, escuchamos claramente el clic del disparo de una fotografía. Nos separamos totalmente descolocados para comprobar que teníamos un dron a un par de palmos de distancia.

—¡Me cago en la puta! —gritó Dani y empezó a buscar algo por el suelo.

—*Acabo de hacerme con la foto más buscada del momento. Gracias, caballeros.* —Una horrible voz distorsionada salía del aparato volador.

Dani cogió una piedra del suelo y se la lanzó, pero el cacharro no paraba quieto y no pudo darle.

—*Vaya medidas de seguridad tenéis: Dani, en el jardín, con una piedra… Lo que me extraña es que de verdad no haya conseguido nadie todavía una foto buena… Sois unos paquetes, toda la vida igual… Andújar 0 - Sapena 1.*

—¡Es Maya! —Solté una carcajada aliviado—. Mi prima —aclaré en un susurro solo para Laza.

—¡Joder, Maya, qué susto! —le gritó Manu al dron.

—*Que venga alguien a por mí, estoy solo a dos calles, pero el acceso hasta vuestra casa es imposible. Os espero en el callejón de detrás del restaurante del letrero azul. No tardéis.*

CAPÍTULO 34

UNA VENTANILLA ENTREABIERTA



—¡Pero ¿qué haces aquí?! —gritó Nico mientras daba vueltas en el aire a la chica que acababan de traer sus hermanos.

—He venido a salvar tu lindo culito. Como siempre, Nicolás…

Nico se rio y la dejó en el suelo.

—Laza. —Se giró hacia mí—. Ella es mi prima Maya. Maya, él es Lázaro.

—Hola. —La chica me sonrió—. Ya sé quién eres. Entre la turra que están dando con tus dos últimas películas, todo lo que estás saliendo en internet con mi primo y las fotos tuyas que tenía Nico de adolescente, es como si ya te conociera…

—Calla, maldita. —Nico, con toda la cara roja, le tapó la boca.

Ella ahogó una carcajada y le debió de morder o chupar, porque él retiró la mano enseguida.

—Ahora es cuando nos explicas por qué te has cruzado medio mundo para venir hasta aquí —pidió Dani—. Está claro que no puedes vivir sin nosotros, pero te habrá costado una pasta el billete para empezar…

—No te preocupes por eso, el billete me lo ha pagado Nico.

—¿Yo? —Nico inclinó la cabeza confundido, pero con un gesto que demostraba que, lejos de molestarle, le divertía.

—Sí, ¿no me diste una tarjeta para gastos? Pues este ha sido uno —justificó ella.

—Trabaja para mí —me explicó Nico—, es la que me lleva las redes oficiales y esas cosas.

—Hago bastante más que eso —resopló ella.

—¿Y cuál ha sido la excusa para meter un viaje a Bali como gasto laboral? —preguntó Manu entre risas.

—Pero vamos a ver, que tenéis los teléfonos apagados… TO-DOS. Que no tenéis ni idea de lo que ha pasado en casa en estos días. Que estáis encerrados aquí desde hace más de una semana… ¿Sigo? No es un «viaje a Bali», es un «voy a ver si estos zoquetes siguen vivos y cómo piensan salir de ahí».

Maya sacó un ordenador portátil de una mochila que cargaba uno de sus primos cuando la trajeron y, a continuación, otro más pequeño. Mientras se sentaba en el suelo frente a la mesa de centro y encendía los aparatos, me fijé en su pelo. Me resultó curioso lo evidente que resultaba que lo llevaba teñido, pero al contrario de lo habitual. Normalmente, cuando he visto a alguien con el pelo de un color que no es el suyo, lo delatan las raíces oscuras. En su caso, el pelo era negro, pero su nacimiento más claro. Según como le diera la luz, podía hasta parecer que la melena flotaba sobre su cabeza sin estar del todo unida a ella. Conjuntaba con el resto de su

aspecto. Tanto la ropa como la sombra de ojos eran negros también. No era una chica bajita, pero al lado de sus primos podía parecerlo.

—Nicolás, trae tu culo aquí, que tenemos que hablar. —Dio una palmada en el suelo junto a ella y Nico obedeció y se sentó a su lado.

—No empieces a enseñarme cosas que no entiendo —protestó.

—Lo que no entiendas, me preguntas y te lo explico.

Giró un poco la pantalla para que a su primo le resultara más cómodo mirar, pero él no parecía tener demasiado interés. Sus hermanos se sentaron en el sofá que había al otro lado de la mesa de centro y yo lo hice en una butaca que quedaba a un costado.

—Como te conté, llevo unos meses trabajando en la nueva web… —empezó ella.

—Claro, claro —asintió Nico y luego se giró hacia mí e hizo una mueca como si no supiera de qué le estaba hablando.

—¡Nicolás Andújar, céntrate! —Su prima chasqueó los dedos delante de su cara.

Él se deslizó por el suelo hasta acabar entre mis pies y apoyó la cara en mi rodilla.

—Trae aquí la oficina y te hago caso —pidió él.

Maya resopló y se acercó a nosotros. Nico estiró el brazo y atrajo la mesa hasta que les resultó cómoda la nueva ubicación.

—Bueno, como te iba diciendo, estoy en plena renovación de la web y estaba yendo mucho al despacho de G&M porque Álex quería ir viendo todo el proceso. Total, que me tiré un par de semanas allí, en la oficina de Madrid. Un día estaba reunida con el informático de turno que me explicaba algo de lo que yo sabía más que él, pero sentía la necesidad de marcarse un *mansplaining* típico en mi profesión, y justo en ese momento fue cuando llamaste a tu agente para pedirle explicaciones y estalló todo por los aires.

—No sé si quiero saber lo que llegó a decir. Porque Álex a buenas es todo buen rollo, pero a malas… Le he oído decir barbaridades de la gente.

—Pues también las dijo de ti, como podrás imaginar. Pero bueno, que no te afecte lo que piensen cuatro gilipollas. A lo que iba, que cuando el muy imbécil entró en cólera y empezó a llamar a todo el mundo para cancelar tus trabajos, yo aproveché para colarme en uno de los ordenadores de la empresa y echar un vistazo. Tal como suponía, teniendo en cuenta que su «informático» es un sobrino de Álex totalmente negado, la seguridad de su red interna es de risa. Y lo mismo respecto a su seguridad contra ciberataques…

—Además de llevarme las redes y esas otras cosas que ha dicho, es *hacker* —me susurró Nico—. Sabe cómo meterse en la *deep web* y conoce gente chunga.

Maya soltó una carcajada.

—A ver, no soy «hacker» así tal cual. ¿Que además de vigilar el culo de mi primo tengo otros trabajos como poner a prueba la seguridad informática de grandes empresas? Sí. Pero solo uso mi poder para el bien… Casi siempre. —Dejó escapar una risita—. A ver, a propósito de eso, lo que te contaba. Que entré en uno de los ordenadores y vi que su seguridad era peor que lamentable; aun así, ya que estaba, dejé una ventanita entornada por la que poder colarme cuando nos hiciera falta y así estar atentos a sus próximos movimientos.

—¿Eso para qué nos sirve? —preguntó Nico—. ¿Crees que va a hacer algo más respecto a mí ahora que ya hemos roto toda relación?

—Pues hombre, muy buena persona no parece, la verdad. Revisé su correo y encontré un montón en los que escribía a Romina Torres, la exagente de Lázaro, y se ponían de acuerdo para cambiaros los billetes de avión y que fuerais juntos, y decidían quién se ponía en contacto con la

prensa. En fin, que el muy zoquete lo tiene todo por escrito. Sería interesante denunciarlo por algo así, la ley de protección de datos es dura, pero como las pruebas las he obtenido con métodos, digamos, que no terminan de adecuarse a la legalidad, no podemos usar esos correos sin que él nos denunciara a su vez.

—O sea, que nos quedamos igual, ¿no? No podemos hacerle nada… En fin, me sirve para aprender y para ir con más ojo en el futuro…

—A ver, no podemos denunciarlo legalmente, no podemos utilizar esos correos nosotros, pero sí que podría filtrarlos él y perdería toda confianza de cara a sus clientes actuales y futuros.

—Pero él no es tan tonto, no los va a filtrar…

—Ahí es cuando entro por la ventanita que dejé abierta y envío todo eso a la prensa desde su propia cuenta de correo, como si fuera él.

—Pero ¿eso no es ilegal?

—Claro que sí. —Volvió a reírse muy fuerte—. Pero no es como lo de presentar una denuncia, es prácticamente imposible que me pillen. A todos los efectos, aparecerá como que lo ha hecho él. Y así de paso que se dé cuenta del inepto que tiene encargado de su ciberseguridad, a ver si así al inútil se le van las ganas de explicar cosas a gente que sabe más que él…

—Tampoco quiero que te metas en un lío por esto, Maya. Si quieres lo dejamos estar…

—Yo voto por que se joda. —Dani levantó la mano—. Estoy seguro de que a Maya no la van a pillar, es mucho más lista que ellos.

La chica sonrió de modo triunfal y Nico se encogió de hombros.

—Tú sabrás…

—Más cosas que han pasado mientras tú estabas en el paraíso con el teléfono apagado: el tema de tu nuevo agente.

—Sí, debería buscarme uno. —Nico se rascó la nuca y, a continuación, volvió a apoyar la cara en mi rodilla y dejó escapar un suspiro—. No sé ni por dónde empezar.

—Ya tengo uno. De momento será algo provisional: tu padre.

—¿Mi padre? ¿Qué sabe mi padre de esto?

—A ver, fue idea suya. Lleva revisando tus contratos desde el principio, acuérdate que hacía falta su firma o la de tu madre cuando eras menor, y luego si tú no estabas disponible. Sabe lo que hay que saber, y tampoco necesita conseguirte trabajos nuevos, tú carrera va más que rodada. Lo que necesitas ahora es alguien que conozca tu trayectoria y en quien puedas confiar. Que filtre las propuestas que te llegan y que negocie los contratos pensando en tu beneficio y tu bienestar, y no en el suyo propio. Tu padre es perfecto, en nadie vas a poder confiar más que en él.

—Ya, visto así, la verdad es que tienes razón. Vale, en principio me parece perfecto.

—Genial, ya hemos cambiado el contacto en tu web, el próximo que quiera algo de ti, tendrá que pasar por él…

—Guay —asintió Nico.

Pensé entonces que yo también debía buscarme un nuevo agente. En cuanto terminara el rodaje de la próxima película de Oriol Tusquets, hasta entonces no me hacía falta.

CAPÍTULO 35

UNA HUIDA CONFUSA



Un par de días después de la llegada de Maya, volvimos a encender los teléfonos. Era hora de ir pensando en volver a la realidad. Yo tenía cientos de mensajes y llamadas que decidí ignorar por el bien de mi salud mental. El único que me pareció lo suficientemente importante como para prestarle atención fue uno de Oriol en el que me daba indicaciones para llegar a un hotel de Noruega donde estaba ya todo el equipo esperando a que empezara el rodaje en unos días.

—Nico, vamos a tener que ir pensando en salir de aquí —le expliqué durante el desayuno, tras leer el mensaje de Ori—. Tenemos que ir a un hotel al norte de Noruega. —Me rasqué la frente—. No quiero ni imaginarme la de vuelos que hay que coger desde aquí y el tiempo que nos puede llevar… Por no hablar de que no llevamos ropa de abrigo para las temperaturas de allí.

Nico resopló y se dejó caer sobre el respaldo de su silla.

—Qué agobio, por favor. Y encima seguro que hay un montón de cabrones como los de ahí fuera esperando en el aeropuerto. En cuanto sepan qué vuelos cogemos, nos van a estar esperando en cada escala. Te juro que me da puta ansiedad de pensarlo… —Se tiró del pelo, claramente frustrado—. Ojalá pudiera teletransportarme, te lo juro… ¿De qué me sirve tener tanto dinero si no lo puedo emplear en cosas realmente útiles como la teletransportación? —se quejó, y todos nos reímos.

—A ver, lo más parecido que se me ocurre —dijo su prima mientras trasteaba en uno de sus ordenadores— es un avión privado. Hay un aeropuerto privado aquí en Bali y puedo conseguirte un avión que os lleve directos al aeropuerto de Noruega que queráis. Eso sí, el vuelo para dos personas rondará los ciento veinte mil euros.

Me atraganté con el café al escuchar la cifra. Era cierto que mi situación económica había mejorado una barbaridad tras mis dos últimas películas, pero el precio de ese billete de avión era aproximadamente la mitad de lo que yo había cobrado por ellas. Nico solo sonrió y dio una palmada en el aire.

—Hecho, píllalo.

—Nico, no te vas a gastar ese dinero en un vuelo —le dije.

—No te lo vas a gastar tú, yo sí. Yo invito, Laza, olvídate. Ahora mismo no hay nada que quiera más que esto. Pillar un avión que los fotógrafos no puedan saber a dónde va, que no haya más pasajeros o más fotógrafos en él, no tener que hacer interminables escalas con fotógrafos esperándonos en cada una de ellas… Librarme de todo eso no tiene precio. Bueno, sí, pero solo es dinero.

—Es un pastón, no vas a ganar tanto en la película. No te compensa, Nico.

—Ya lo sé, y me la suda. La película no la hago por dinero y lo sabes. Tengo pasta de sobra, déjame ser feliz. Vente conmigo en un avión privado a Noruega, Laza, será divertido.

Me reí y asentí con la cabeza. Lo cierto es que su plan era más cómodo y práctico que el otro, aunque me seguía sabiendo fatal que se gastara todo ese dinero en un único vuelo.

Llegó el momento de marcharnos. Nico y yo teníamos las maletas preparadas y Maya repasaba una vez más el plan sobre el dibujo de las calles cercanas, que había hecho ella misma, para conseguir despistar a los fotógrafos y llegar al aeropuerto con la mayor tranquilidad posible.

—Lo de dibujar no lo has sacado de tu padre —se rio Manu señalando el mapa que su prima había improvisado—, ¿qué proporciones son estas?

—Calla, yo tengo otros talentos —se rio ella también—. Bueno, a lo que estamos… A ver, el taxi que cogeremos Laza, Meri y yo está aquí. —Marcó un punto en su mapa.

—Lo que, dadas las proporciones a escala que te has currado, puede ser medio minuto o tres días y medio de camino —aseguró Guille.

—Están graciosillos hoy los Andújar, a ver si os va a salvar el culito quien yo os diga…

—Venga, Maya, no te enfades —siguió Dani y le pasó una mano sobre los hombros—. A ver, ¿dónde tengo que ir yo? —Su prima señaló un punto en el «mapa»—. Vale, para que me ubique, ¿esto que hay al lado de mi destino es el Taj Mahal o la Torre Eiffel?

—Sois unos gilipollas. —Maya quería parecer ofendida, pero claramente trataba de aguantar la risa.

Terminó de marcar en el plano cada uno de los destinos de sus primos y todos asintieron conformes.

—Venga, pues ya están todos los taxis en las ubicaciones, así que: gorras. —Dani repartió cuatro idénticas entre sus hermanos. Iban todos vestidos igual: camiseta blanca y bermudas vaqueras—. Y gafas de sol. —Guille hizo lo mismo y se colocaron los complementos.

Se miraron al espejo y les dio un ataque de risa, lo cierto era que, a poco que se movieran, parecían la misma persona.

—¿Preparados? —preguntó Meri antes de abrir la puerta de la calle.

Todos asintieron y, en cuanto lo hizo, salieron corriendo al exterior a toda velocidad, cada uno en una dirección. Los fotógrafos se quedaron confusos sin tener muy claro a cuál de ellos seguir, así que, de modo aleatorio, se fueron dispersando en todas direcciones. Cuando la calle por fin estaba vacía, Maya, Meri y yo fuimos, sin mayor complicación, hasta donde nos esperaba nuestro vehículo.

Ya en el aeropuerto, esperamos a que fueran llegando los cuatro. Como habían salido de la casa a pie, los fotógrafos los habían perseguido de ese modo y, al alcanzar cada uno su taxi, habían dejado atrás a los *paparazzi* definitivamente.

Nico y yo nos despedimos de todos ellos y nos subimos al avión privado que tanto dinero le había costado y tanta ilusión le hacía.

Aterrizamos bastantes horas después en un hangar del aeropuerto de Tromsø-Langnes. No estábamos ni remotamente preparados para la temperatura de finales de febrero en el norte de

Noruega, y menos viniendo de Bali y su pleno verano.

—¡Hostia puta! —gritó Nico en cuanto se asomó a la escalerilla. Se volvió a meter para dentro del avión sin pensárselo dos veces. No pude evitar la carcajada, pero abrí mi maleta también con intención de encontrar algo que no recordara haber traído.

Los dos nos habíamos puesto la ropa que llevábamos al salir de Madrid, pero no era ni de lejos suficiente para esa temperatura. Y, pese a mi optimista búsqueda, no llevábamos más ropa de abrigo que la que ya vestíamos.

Desde la ventanilla del avión divisé el que casi con total seguridad era el coche que me había prometido Oriol que estaría esperándonos allí. De él bajó Lidia, una de las asistentes de producción a la que conocía de varios rodajes anteriores, con un chico que tenía más pinta de becario que de cualquier otra cosa.

Subieron hasta la cabina y, tras los saludos y las presentaciones de rigor, nos entregaron unos abrigos adecuados para esas temperaturas, así como botas de nieve. Me puse lo mío y me sentí renacer. A Nico su abrigo le estaba bastante corto en general, pero las botas ni intentó ponérselas.

—¿Ni te las pruebas? —pregunté al ver que se disponía a salir con sus zapatillas.

—Son talla 45, yo gasto una 48. —Se encogió de hombros—. Me pasa a menudo, no suelo encontrar mi número fácilmente.

—Tendremos que hablar con vestuario, a ver qué pueden hacer para conseguirte algo así rápido mientras encontramos calzado y ropa de abrigo de tu talla —se disculpó Lidia—. No te preocupes, lo solucionaremos. Intenta no salir del hotel mientras tanto, las temperaturas son peligrosas sin la vestimenta adecuada.

—Claro —asintió Nico.

—Nunca me había fijado en lo grandes que son tus pies —le confesé en un susurro.

—Qué decepción, Lázaro —sonrió—. Qué poquito te fijas en mí…

—Tienes otros encantos más importantes que eclipsan todo lo demás —aseguré.

—Buena respuesta, por ahí te vas a salvar.

CAPÍTULO 36

ALGO PERMANENTE



Llegamos a un hotel en medio de la nada. Bueno, de la nada, no, de la nieve. La construcción parecía sacada de una película, una mezcla del hotel de *El Resplandor* y el de *Dirty Dancing*. En lo que a tipo de estructura se refiere, ya sé que estéticamente solo se parecen en que son muy anchos y de poca altura. El que tenía frente a mí, de hecho, no se parecía a ninguno de los dos, tenía un aspecto nórdico que contrastaba con los de las películas que he mencionado. Puestos a revivir una de las dos, prefería una historia romántica con Laza como mi Patrick Swayze particular, pero supongo que algo así no se puede elegir. A simple vista, no vi cabañas de empleados que pudieran llevarme a recrear uno de mis momentos preferidos. Por suerte, tampoco vi un laberinto de setos que me fuera a hacer recrear la otra. Me reí entre dientes por lo absurdo de mi fantasía en un momento así.

En el trayecto del coche al edificio, se me terminaron de calar las zapatillas. Cargué con la maleta a pulso, evitando usar las ruedas sobre la nieve para que no me ralentizara y poder llegar cuanto antes. Laza me seguía de cerca y los dos que habían venido con nosotros también. Accedí al *hall* y dejé la maleta en el suelo. La entrada era inmensa y en ella había bastante gente de aquí para allá. No parecían clientes ni empleados, sino más bien miembros del rodaje. Se fue haciendo el silencio cuando entramos, a base de codazos y movimientos de cabeza de unos a otros. Al fin, una voz en el otro extremo de la sala lo rompió con un grito.

—¡Pero bueno! ¡Si acaba de entrar una estrella de Hollywood! —Distinguí a Oriol Tusquets como origen del berrido. Aunque no lo conocía en persona, lo había visto varias veces en documentales y entregas de premios—. ¡Chicas, es el gran Lázaro Sosa!

Un montón de gente se puso a chillar a lo loco y yo me giré hacia Laza, que se había puesto muy rojo, pero se descojonaba.

—¡Vale, no seáis cabrones! —protestó entre risas—. Sigo siendo el de siempre. Y no quiero coñas.

Oriol vino trotando hasta nosotros y, en cuanto llegó, se abrazó a Laza.

—Te he echado de menos, joder —dijo al separarse del abrazo lo justo, pero dejó las manos en la cara de mi chico. Yo preferí no sacar ningún tipo de conclusión precipitada. Por lo que sabía, la gente del mundo del espectáculo podía ser muy cariñosa y efusiva—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Laza respiró hondo—. Feliz de estar aquí. Nunca había estado en este lugar, pero ha sido cruzar la puerta y ya me siento en casa.

—¿Ves? Siempre os reís de mí cuando digo que somos una gran familia —replicó Oriol todavía con las manos en la cara de Laza—, pero estas cosas me dan la razón. ¿Han sido jodidos

esos días en Bali? Hemos visto las imágenes de cómo tuvisteis que salir de allí y vaya tela, no tiene nombre. Por cierto —soltó la cara de Lázaro y se giró hacia mí—, hola, Nicolás, encantado. —Me tendió la mano y yo se la estreché—. No voy a decir lo típico de «no te había visto» porque es literalmente imposible no verte, pero necesitaba darle primero un abrazo a mi chico, lo he echado mucho de menos…

Laza me pasó una mano por la espalda y ahogó una risa. Igual me cambió un poco la cara al oír lo de «mi chico», pero nunca he sido capaz de disimular esas cosas. No me considero un tío celoso; de hecho, más bien tiendo a pecar de confiado, pero la extraña petición de Oriol que estaba condicionando tanto el inicio de mi relación con Laza me hacía estar más alerta y desconfiado que de costumbre.

—Hola, Oriol, encantado —conseguí decir con una sonrisa, y no del todo falsa, porque realmente me alegraba de conocerlo—. Gracias por la oportunidad, espero estar a la altura.

—Seguro que sí, no tengo dudas. Y llámame Ori, que vamos a ser grandes amigos. Tienes que firmar el contrato. Tu agente llegó hace un par de días y está ahora mismo reunido con los de los papeleos. —Hizo un gesto de la mano para dar a entender lo aburrido que le resultaba—. Puedes aprovechar y acercarte y lo firmas en un momento…

—¿Mi agente? —Se me atragantó un poco la voz. Me imaginé a Álex viniendo hasta aquí para joderme una vez más. Sí, me lo podía imaginar perfectamente.

—Sí, bueno, es tu padre, ¿no?

—Sí, claro. —Una sensación de alivio y calidez me invadió al instante—. Me voy a tener que acostumbrar —murmuré.

—Ve ahora si quieres, así lo saludas y lo firmas todo. Iker te acompaña y te dice dónde es. —Le hizo un gesto a un chaval que tendría más o menos mi edad y este se acercó a nosotros y asintió con la cabeza—. Olvídate de la maleta, ahora te la suben a tu habitación, tu padre tiene la llave. Luego te damos una para ti, no sé si él me dijo que se iba esta noche o mañana… Bueno, ahora se lo preguntas. Nos vemos en una hora para la cena.

El tal Iker me acompañó por un pasillo de aspecto muy similar al *hall* del que veníamos. Me miraba de reojo, pero no decía ni una palabra.

—Eres el tío de Calvin Klein, ¿verdad? —se atrevió a preguntarme por fin y yo asentí con un suspiro—. Quiero decirte algo y espero que no te moleste…

—Dime —pedí mientras seguíamos caminando.

—Soy superfán de tus hermanos, los gemelos de Twins & Show… Son tus hermanos, ¿no?

—Sí. —Solté una carcajada involuntaria. Me encantó, por una vez, ser «el hermano de».

—¿Vendrán al estreno? Me encantaría conocerlos.

—Ni idea. —Me encogí de hombros—. Aún no hemos empezado a rodar la película, soy incapaz de pensar en el estreno.

—Claro, pero… si vienen, ¿me los presentarás?

—Cuenta con ello —me reí.

—Creo que es aquí. —Se detuvo de golpe y señaló una puerta cerrada. Dio dos golpes en ella y una voz desconocida soltó un «adelante» que lo invitó a abrirla.

En el extremo de una mesa bastante amplia sobre la que había un montón de papeles, dos hombres trajeados hablaban con mi padre.

—¡Nico! —Se levantó de golpe en cuanto me vio y se plantó frente a mí en pocas zancadas. Me abrazó con fuerza—. ¿Cómo estás, hijo?

Me acarició la nuca y yo me sentí pequeño de nuevo. Pequeño y salvado por mi padre, como

tantas otras veces en mi vida.

—Papá —sollocé a punto de llorar. La emoción me superaba. Después de tantos días de incertidumbre, de no saber qué hacer, de sentirme atrapado, traicionado y abandonado, por fin me sentía a salvo, con la certeza de que todo iba a ir bien. Porque, si había un hombre en el mundo capaz de dar la cara por mí, de anteponer mis intereses a los suyos y del que me podía fiar totalmente a ciegas, sin duda era mi padre.

Se separó de mí y se giró hacia los hombres que estaban sentados a la mesa.

—¿Nos permitís un momento?

Ellos asintieron y, junto con el chaval que me había acompañado hasta ahí, salieron de la habitación.

—Luego hablamos de todo lo que ha pasado y de lo preocupados que nos teníais, pero ahora vamos a resolver lo del papeleo, que esta gente está esperando.

—Claro —asentí y lo acompañé hasta la mesa, donde empezó a enseñarme hojas y más hojas.

—No tengo referencia con la que comparar esto —confesó—. Lo más parecido que he encontrado son los contratos audiovisuales que has firmado para *spots* de televisión. Pero esto es otra historia. —Cogió la *tablet* que descansaba sobre la mesa y me los fue enseñando—. El sueldo por dos semanas de rodaje es inferior a lo que has llegado a cobrar por un día de grabación en publicidad, supongo que lo sabes…

—Lo sé. Esto no lo hago por dinero, papá.

—Lo suponía. Por lo demás, lo veo todo correcto, si le quieres echar un vistazo…

—Paso. Si tú lo ves bien, me fío.

—Hay cláusulas de desnudos y escenas íntimas. Léelas si quieres, pero básicamente dicen el número que hay de cada, lo que incluyen y que estás en tu derecho de cambiar de opinión en cualquier momento si consideras que no se corresponden con lo que pensabas o no te sientes cómodo.

—Vale, pues ya está, con eso es suficiente.

—Bien, pues voy a decirle a esta gente que entre y lo firmas ya. Luego vamos a tu habitación y te cambias de ropa, que estoy sufriendo de verte las zapatillas empapadas.

—Pues no tengo más calzado, solo llevo chanclas… Que vengo de Bali, por si no te acuerdas.

—Ya, bueno, te he traído una maleta con ropa de invierno y calzado.

—Joder, qué bien. Gracias, papá.

—Fue idea de tu madre, siempre va un paso por delante de nosotros —se rio—. Hasta las botas de la nieve te he traído, esas que solo te pusiste una vez porque no hemos vuelto… En fin, voy a llamar a esta gente y terminamos ya con la parte legal.

Avisó a los hombres de antes para que pasaran y yo firmé el contrato donde me indicaron. Nos despedimos de ellos con un apretón de manos.

Mi padre me condujo por los pasillos del hotel, que parecía conocerse muy bien, hasta mi habitación en el primer piso.

—Me dieron tu habitación —aclaró al entrar—. No sé por qué di por hecho que tú la compartirías con ese chico. En cualquier caso, solo será esta noche, mañana vuelvo a casa. Aquí ya no hago falta, a menos que quieras que me quede. Y con saber que estás bien, puedo darle el parte a tu madre.

—Gracias, papá, por ocuparte de esto… Supongo que estás deseando que encuentre otro agente y no tener que comerte más marrones. Me daré toda la prisa que pueda.

—Pues, verás, había pensado hacer esto de modo permanente. —Se acercó a unas butacas que había en la habitación y se sentó en una de ellas. Yo hice lo mismo en la de al lado—. Si te digo la verdad, estoy hasta los cojones de la farmacia, creo que ha llegado el momento de retirarme y cedérsela a tu hermano. Tú tienes la carrera totalmente resuelta y los gemelos… Bueno, no puedo decir que eso que hacen sea un trabajo, pero les da para vivir de momento. Así que, eso, que creo que lo lógico es que le traspase la farmacia a Manu, que los demás ni la queréis ni la necesitáis… Y me apetece hacer esto por ti. Llevo nueve años revisando tus contratos, sé todo lo que hay que saber en ese sentido… Y tu carrera va sola, solo hay que filtrar las ofertas y pasarte las que no sean absurdas para que decidas. Pero depende de ti, Nico, no te sientas obligado. Si prefieres buscarte otro agente, lo voy a entender perfectamente. Siento no haber estado más pendiente de ti y que te haya pasado esto.

—No, papá. —Negué con la cabeza para enfatizar—. Es un tema que me estaba agobiando mucho. Me parece perfecto que seas tú, no se me ocurre nadie que vaya a preocuparse más por mí. Y me encantará tenerte cerca y que me acompañes a los sitios… Lo que sí te pido desde ya es que no quiero hacer más pasarela. No necesito el dinero y no me apetece seguir la dieta estricta que seguía, ¿vale? Nada de pasarela. Se han acabado los desfiles esos ridículos en los que muchas veces me ponían cosas que ni siquiera eran ropa.

—Vale, hijo. —Me dio una palmada en la mano que descansaba en el reposabrazos de la butaca—. Nada de pasarela, eso totalmente descartado. Que me quede claro, ni siquiera Milán o Nueva York, ¿correcto? Cuando dices «nada de pasarela» te refieres a nada de nada, de verdad, ¿no? —Asentí con la cabeza—. Pues ahora que eso ha quedado claro, cuéntame lo de ese chico. ¿Tienes algo con él? ¿Es algo serio? ¿Hasta qué punto lo puedo intimidar? —Soltó una carcajada.

—No lo intimides ni me avergüences, papá, que nos conocemos. —Me reí con él—. Estamos empezando algo, sí, pero vamos muy despacio. Es especial. Es muy especial.

—Muy especial y bastante mayor que tú, ¿no?

—Siete u ocho años. —Chasqueé la lengua—. No es tanto. Mamá también es mayor que tú —me defendí.

—Solo cuatro —se justificó entonces él—. Bueno, Nico, si te hace feliz, me parece bien. Solo espero que veas más allá y no estés simplemente deslumbrado porque es una estrella.

—Yo también lo soy. —Sonreí con suficiencia en plan broma.

—Pues espero que él tampoco esté deslumbrado por ti y lo que ambos sentís vaya más allá de la admiración.

—Yo creo que sí. —Dudé y me rasqué la nuca de modo inconsciente. Lo cierto era que llevábamos unos días en una burbuja, aislados del mundo. Todavía no nos habíamos enfrentado a lo que fuera que tuviéramos en la vida real y no sabía muy bien cómo lo íbamos a gestionar. Yo lo tenía muy claro y quería creer que él también, pero no podía estar seguro.

—Pues ya está, hijo. Venga, vamos a bajar a cenar con todos. Son gente majísima, me voy tranquilo mañana sabiendo que te dejo en buenas manos.

CAPÍTULO 37

NADIE LE HACE ESO A UN ANDÚJAR



Llegamos al comedor y ya estaba prácticamente todo el mundo allí. Un par de mesas muy largas llenas de gente a la que no conocía, y otro par pegadas a las paredes y repletas de comida a modo de bufet. Localicé a Laza casi en un extremo de la que quedaba más alejada. Hablaba con los que tenía a su alrededor, parecía conocer a todo el mundo. Sin duda, este era su ambiente, estaba mucho más tranquilo e integrado que en ninguno de los contextos en los que habíamos estado juntos. Miró de reojo hacia la puerta y me vio. Me hizo un gesto con la mano para indicarme la silla vacía que había junto a él. Me acerqué hasta allí y mi padre me siguió. Noté a Laza ponerse un poco tenso mientras avanzábamos. Y lo entendía, todavía estábamos en ese «casi algo» y quizá era un poco pronto para lo de conocer a los padres. Que a mi madre se la había presentado, pero como ahí no teníamos nada, no fue igual. Por suerte, mi padre desplegó su don de gentes en todo su esplendor.

—María, me voy mañana. Este es mi chaval, asegúrate de que coma bien o su madre vendrá a pedirte explicaciones —le dijo a una mujer con la que nos cruzamos mientras avanzábamos—. Ramón, acuérdate de mandarme eso que me dijiste, que no me olvido. —Le guiñó el ojo a un hombre que lo señaló como respuesta—. Ori, cuida muy bien de mi chico a partir de mañana, lo quiero de vuelta entero y sin traumas —le dijo al director, que estaba sentado al otro lado de la mesa. El otro solo se rio y asintió con la cabeza. Daba la impresión de que mi padre, en solo un par de días, se había hecho con todo el mundo.

Laza se puso de pie en cuanto llegamos a su lado.

—Lo siento —le susurré al oído—. No era mi intención presentarte a mi padre tan pronto.

—Tranquilo, no pasa nada —me respondió en el mismo tono. Sus labios me rozaron la oreja al hablar y me provocaron un cosquilleo. Sonreí sin darme cuenta.

Al girarme para separarme de él y presentarle a mi padre, vi que el director me estaba mirando, pero disimuló tan rápido que me hizo dudar. De repente, caí en que no había hablado con Laza de cuánto íbamos a contar. Era cierto que la petición que le había hecho planeaba desde hacía días entre nosotros. Y habíamos cumplido, la verdad. Lo que no terminaba de tener claro era si teníamos que fingir que no había nada entre nosotros. No sé, lo suyo sería preguntarle a Laza cuando estuviéramos solos.

—Hola, a ti no te conozco —oí a papá presentarse él mismo a mi chico y tenderle la mano—. Soy Samuel Andújar, encantado. Eres Lázaro, ¿verdad?

El otro asintió y se la estrechó.

—Encantado —dijo con esa voz tan grave y tan sexi que se ha gastado siempre.

—El que se quedó atrapado en una cabaña de Bali con mis cuatro hijos, ¿verdad? Lo lamento profundamente, eso no hay quien lo soporte… Su madre y yo lo hicimos lo mejor que supimos, pero nos salieron así…

Laza soltó una carcajada.

—Son estupendos los cuatro —aseguró.

—Eso lo podríamos discutir ampliamente —se rio papá y tomó asiento en la silla que quedaba a mi lado. Yo me senté entre él y Laza.

No tuve que prestarle demasiada atención, parecía uno más de los miembros del rodaje. Estábamos terminando de cenar cuando papá se puso de pie y habló para todos los presentes:

—A ver, chicos —empezó a decir—. Mi trabajo aquí ha terminado, mañana me vuelvo a España. Ha sido un placer estar estos días con vosotros. Este de aquí es mi hijo, cuidádmelo mucho. —Me dio una palmada en la espalda—. Me despido ya así en general de todos porque mañana me marcho muy temprano.

Todo el mundo aplaudió y empezó a decir cosas como «te vamos a echar de menos, Samu», «vuelve cuando quieras», «quédate tranquilo, cuidaremos de tu hijo». Intenté imaginarme a mi antiguo agente en esa misma situación y no tenía nada que ver. Su actitud siempre fue mucho más profesional y prepotente. Hizo bien su trabajo y consiguió llevarme a lo más alto, eso tenía que reconocérselo, pero eso había terminado y me sentía feliz en mi nueva situación. Tenía dinero suficiente para vivir varias vidas sin trabajar, así que pensaba limitarme a hacerlo en lo que de verdad me apeteciera y acompañado de la gente que me quería. Eso incluía a mi padre, claro. Pero ¿y a Laza? ¿Me quería?

Desterré rápido ese pensamiento y volví a prestar atención a la despedida que se estaba montando alrededor de papá. Hasta le habían preparado una tarta. Fue una cena divertida, entre papá y Laza me fueron presentando a todo el mundo y, aunque no me quedé con todas las caras y todos los nombres, lo cierto es que me sentí arropado y como si empezara a formar parte de algo. La profesión de modelo era mucho más solitaria y, aunque también contábamos con un equipo, solía ser diferente en cada trabajo.

La cena terminó y de repente me encontraba con papá y Laza camino de las habitaciones. Al parecer, ambas estaban en el mismo pasillo. Mi padre abrió la puerta de la nuestra, pero le indiqué con un gesto que entrara delante, había algo que quería hablar con mi chico. Él asintió y nos dejó solos en el pasillo.

—Es igualito que los gemelos —susurró cuando papá desapareció de nuestra vista.

—Supongo —me reí—. Pero vamos a olvidarnos de mi padre por el momento… Quería comentarte una cosa…

—Dime.

—Antes, cuando hemos hablado al oído, me ha dado la impresión de que Oriol estaba muy pendiente de nosotros. Me ha parecido que nos miraba mucho…

—¿Y? —Se rio—. Que nos mire, qué más da…

—No sé… Que no sé si tengo que fingir que no hay nada entre nosotros, por aquello que nos pidió, ya sabes.

—Ya sé, sí. —Se volvió a reír—. Pues no sabría decirte yo tampoco, Nico. En realidad, no me dijo nada al respecto de eso, solo del sexo. Supongo que no tenemos por qué fingir. Tenemos la relación que tenemos y ya es mucho que hayamos cumplido con esa petición… —Resopló.

—Inhumana —terminé yo por él—. Dilo, esa petición es inhumana.

Se rio y me cogió la mano. Entrelazamos los dedos y yo sentí la conexión en todo el cuerpo.

—Buenas noches, Nico —susurró antes de besarme.

—Buenas noches, Laza —murmuré al separarnos.

Cuando entré en la habitación, mi padre ya estaba preparado para dormir, sentado en la cama y escribiendo en su teléfono. Aproveché para ponerme yo también el pijama, uno mío sin costuras que mi madre había incluido en la maleta, mientras le daba tiempo a que terminara.

—Dime que no estás mandándote mensajes guarros con mamá.

Soltó una carcajada, pero no lo desmintió. Sacudí la cabeza y me reproché a mí mismo el comentario. Con mis padres era arriesgado hacer ese tipo de bromas.

—Deberías alegrarte de que tus padres tengan una relación sana y viva.

—Ya, supongo —suspiré—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, hijo. Pregúntale lo que quieras a tu sabio padre —soltó con tono interesante y yo me reí. Mi padre siempre ha tenido el poder de hacernos reír cuando ha querido. Me dejé caer en la cama a su lado.

—¿Cuándo lo supiste? Con mamá, me refiero. ¿Cuándo supiste que era ella?

—Pues, a ver, podría decirte que siempre lo supe, que siempre fue ella, pero no es cierto. —Se rio—. Era la hermana mayor de mi mejor amigo. Me parecía guapa, sexi, graciosa y divertida, pero ya. ¿Cómo lo supe? Pues yo te diría que con el sexo.

—Argh, joder, papá. —Cerré los ojos con fuerza.

—Tú has preguntado… ¿Quieres que te lo cuente o no?

—Venga, sí —suspiré—. Cuéntamelo.

—Pues yo creo que fue al segundo polvo.

—En serio, papá, no lo digas así. —Me reí.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que «hicimos el amor»? En los primeros polvos no estábamos enamorados, era solo sexo. Pero un sexo de la hostia. Bueno, el primero fue un poco lamentable, la verdad, pero a partir del segundo… Bueno, pero no te hablo de ese segundo polvo, te hablo del segundo día, porque el primero no sé si lo hicimos dos o tres veces…

—En serio, papá, ¿son necesarios estos detalles?

—Vale, pasaré directamente al segundo día y te lo censuraré un poco… No sé para qué preguntas. A ver, ese segundo día fui a su casa, que vivía con sus padres todavía, con la excusa de ver a su hermano, claro. Y me quedé a dormir. Me colé en su habitación por la noche, porque ella me invitó, ¿eh? El caso es que no teníamos condones y nos tuvimos que poner creativos….

—Vale —interrumpí—, «creativos» es lo máximo que quiero saber de lo que pasó en el terreno sexual. Me interesa más lo otro.

—Pues cuando acabamos, después de uno de los «piiiii» —hizo el sonido de un pitido como si se autocensurara y yo me reí— más intensos de toda mi vida, me quedé en su cama y estuvimos hablando hasta que amaneció. Todo esto pared con pared con la habitación de tu tío Marc. Yo acojonado toda la noche. Y sí, yo creo que esa noche empecé a enamorarme de ella. Hablamos mucho y me hizo preguntas muy personales. Es psicóloga, seguro que utilizó alguna técnica de persuasión o algo conmigo, pero le funcionó, la verdad.

—¿Ya está? ¿Solo con una charla?

—No —se rio—, solo con una charla no. Una charla profunda después de un sexo increíble. Es una suma de todo. A ver, que yo antes de empezar con tu madre ligaba un montón. Salía por ahí con tu tío Marc y raro era el día que no triunfábamos los dos. Pero el sexo con ella fue

diferente desde el principio, sentí una conexión especial. Empezó a nivel sexual, pero luego lo abarcó todo. Se acabaron las chicas para mí. De repente, ya no eran una posibilidad.

—Es bonito —suspiré.

—¿Por qué estas preguntas? ¿Es por Lázaro? ¿Te estás enamorando de él?

—No lo sé, podría ser. —Me entró una risita nerviosa y escondí la cara tras la almohada.

—No te avergüences, hijo. Nunca te avergüences de tus sentimientos.

—Yo qué sé, es que es muy pronto. Es que no sé ni lo que tenemos…

—¿Por qué? ¿Piensas que para él es solo sexo? Pregúntale. Entiendo que al principio te dé un poco de palo, pero igual él siente lo mismo que tú y os estáis comiendo los dos la cabeza a lo tonto cuando lo que os gustaría comeros es otra cosa…

—¡Papá!

—El corazón, me refería al corazón —mintió y se le escapó una carcajada—. Comeros el corazón a besos.

Me contagió la risa, porque con él no podía hacer otra cosa.

—Bueno, ahora en serio. —Intentó dejar de reírse, pero le costaba—. Entiendo que no quieras entrar en detalles con tu padre, aunque ya sabes que conmigo puedes hablar de lo que sea, que no me escandalizo…. El caso es si sientes una conexión especial con él, si el sexo es diferente o más intenso de alguna manera. ¿Tienes la sensación de que te llena de un modo especial? Metafóricamente —se apresuró a aclarar—, si te llena ME-TA-FÓ-RI-CA-MEN-TE, no te me escandalices otra vez.

—Pues… —Toda la sangre me subió a la cara y papá me miró raro.

—Bueno, si te da vergüenza, no me lo digas; pero piensa en ello.

—No, es que… No sé cómo decirlo… Vamos… despacio.

—¡¿Qué?! Pero ¿cómo de despacio? ¿No folláis? —Me encogí de hombros y negué con la cabeza—. Que tienes veinticinco años y él ¿cuántos me habías dicho? ¿Treinta y tres? —Yo asentí de nuevo—. ¿Es religioso? ¿Es por algo de eso?

—No, no. Bueno, no sé si es religioso, pero no es por eso.

—¿Entonces? A ver, que lo respeto totalmente y es decisión vuestra, pero quiero saberlo porque igual las razones dan pistas… ¿Decisión tuya o suya?

—De los dos. Bueno, de ninguno en realidad…

—Eso me lo vas a tener que explicar. —Mi padre, con su perturbación crónica, me miraba sin dar crédito.

Suspiré y le conté el motivo real.

—Será cabrón. —Soltó una carcajada—. ¿Quieres que vaya a buscarlo y le pregunte que qué es eso de tener a mi chaval a dos velas?

—¡No, papá! —Me reí—. Él sabrá. Me quiero fiar de su criterio. Laza se fía, pues ya está. Confío yo también.

—Vale, vale, tú sabrás… —Levantó las manos—. No querría estar en el rodaje de esas escenas… Y no querría estar en el mismo edificio que vosotros después de ellas, cuando por fin os den vía libre. —Se le escapó una risa escandalosa.

—Ya. —Me reí yo también.

—Este Ori… ¡Nadie le hace eso a un Andújar!

—Vale ya, papá. —Me volví a reír—. Vamos a dormir. —Me incorporé un poco y le di un abrazo y un beso—. Gracias por la charla, me hacía mucha falta.

—Sé que no es lo habitual. ¿Sabes qué pasa? Que, cuando tienes tantos hijos, es raro estar

solo con uno, toda la vida habéis ido en *pack*. Y contigo puede que sea con el que menos tiempo he pasado… Pero, a partir de ahora, eso va a cambiar. Voy a pasar contigo todo el que antes pasabas con tu agente… A menos que lo haga fatal y me despidas.

—Eso no va a pasar. Gracias por todo, papá. —Le di otro beso y me tumbé a su lado—. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo.

Apagó la luz y se hizo el silencio en la habitación. Me quedé pensando en lo último que me había dicho.

—Papá —susurré al cabo de un rato.

—Dime.

—No es culpa tuya. No podías saber que Álex era un mierda.

Escuche cómo se le escapaba un suspiro.

—Debí estar más atento.

CAPÍTULO 38

UN GIRO DE GUION



Me detuve un momento frente a la puerta de la habitación de Nico, pero finalmente decidí no llamar. Su padre había dicho que se iría temprano esa mañana, quizá estaban despidiéndose; y lo último que quería era interrumpir un momento padre-hijo. Así que decidí bajar a desayunar solo y esperarlo allí.

Ya en el comedor, fui con el resto de los actores. La noche anterior, apenas había tenido ocasión de estar con ellos. Llegué un poco tarde a la cena y los sitios que quedaban libres eran en la mesa de los técnicos. Que también los conocía de sobra de otros rodajes y me caían superbién, pero tenía ganas de estar con los actores y comentar un poco el guion.

Me acerqué a la barra donde estaba desplegado todo lo del desayuno y me serví un café. Saludé a los presentes y Mariola, la actriz que iba a interpretar el papel de mi mujer y con la que ya había trabajado en al menos tres películas, me presentó a los que eran nuevos en este rodaje.

—¿Y el resto del equipo? —pregunté.

—Se han ido con Ori muy temprano a mirar unas localizaciones. Nos reuniremos todos luego, han dicho.

Asentí y le di un trago a mi café.

—Hombre, si es el gran Lázaro Sosa, qué honor que te dignes a volver con la plebe… ¿O es que tu aventura en Hollywood ha sido un fiasco?

Una voz que conocía bien hizo que me recorriera un escalofrío.

—Hola, Fredo —dije tras girarme a enfrentarlo.

Fredo Gasp, nombre real: Alfredo García, un actor con más talento que simpatía. Era el eterno secundario y no acababa de entender por qué Ori seguía contando con él. A nivel personal, resultaba maleducado, desagradable y prepotente. No tenía ningún tipo de filtro al hablar y dejaba escapar la negrura de su alma en cada palabra. También era guapísimo y muy atractivo. Tenía unos ojos tan claros que parecían emitir luz propia, era imposible mirarlo a la cara y no quedarse atrapado en ellos. El pelo negro, muy liso y largo hasta media espalda, era la envidia de todos. Era un chico espectacular, la verdad. Yo había cometido el error, hacía unos años, de haberme dejado llevar por ese embrujo. Pero, lo que para mí había sido un polvo de una noche, para él fue algo muy diferente y, desde entonces, yo notaba el rencor que me guardaba en el fondo de ese interior suyo tan podrido, que contrastaba por completo con ese exterior tan diabólicamente bello.

Se giró a mirar hacia todos lados de un modo bastante teatral.

—¿Dónde te has dejado a tu…? No sé si llamarlo *guardaespaldas*, por su tamaño, o *perrito*

faldero, por su actitud.

—Puedes llamarlo *Nico*, supongo que te refieres a él.

—«Nico» —repitió con ese tonillo suyo tan odioso—. ¿Es un nombre de adulto?

—No sé, supongo que es el equivalente a «Fredo».

Soltó una risa-resoplido nasal como respuesta a mi comentario.

—Parece que alguien ha conseguido pillar por las pelotas al amigo Lázaro… Te hacía más profundo, no pensé que fueras de los que se dejan impresionar por un simple objeto decorativo.

«Si eso fuera así, me habría quedado contigo», pensé, pero no lo dije, no quería bajar a su nivel.

—Cállate, Fredo. No dejes que hasta tu dignidad te abandone.

—¡Hombre, ahí lo tienes! —Miró por encima de mi hombro, hacia la puerta del comedor, y yo sentí la presencia de Nico antes de girarme.

Llevaba un gorro de lana y ropa muy abrigada. Su cabeza, hombros y pies estaban cubiertos de nieve. Se quitó el anorak con esa gracia suya natural y lo lanzó sobre una silla que había junto a la puerta. Luego hizo lo mismo con el gorro, lo que dejó de inmediato libres sus rizos. Mientras venía hacia mí con su sonrisa radiante, me fijé en su ropa. Llevaba un pantalón de esquí bastante estrecho, de cintura altísima y con tirantes, casi parecía un peto, y un jersey estrecho de cuello alto. Le quedaba todo espectacular. Incluso llevaba botas adecuadas para la nieve, lo que me sorprendió un poco, la verdad. Caminaba hacia nosotros con ese aire suyo de pasarela, pero con una sonrisa que contrastaba totalmente con la cara seria que acostumbraba a poner en los desfiles.

—Hola —murmuró con su cara de felicidad al llegar hasta mí.

Le cogí la mano y tiré de él para alejarnos un poco de los demás.

—Hola —contesté—, ¿de dónde vienes?

—De acompañar a mi padre al aeropuerto. Me apetecía pasar un ratito más con él. Creo que va a molar mucho tenerlo de agente. —Se le veía muy contento y a mí me encantaba.

—Me alegro mucho, Nico, de verdad. ¿Quieres un café? —Señalé con la cabeza hacia la barra donde estaba todo lo del desayuno.

—Sabes que no. —Negó con la cabeza de manera casi imperceptible—. ¿Hay infusiones?

—Creo que hay de muchos tipos —asentí—. Te voy a presentar al resto de los actores. Cuidado con Fredo, que es gilipollas. No le hagas ni caso.

Vi confusión en su cara, pero me siguió hasta donde estaban los demás y comenzó a prepararse su infusión. Esperé un par de minutos a que el hervidor de agua hiciera su trabajo y él seleccionara la bolsita que quería. Cuando lo tuvo todo listo y volvió a mi lado, ya con su bebida en la mano, le presenté a todo el reparto.

—Encantado de conoceros a todos —aseguró con su sonrisa más sincera—. Para mí va a ser la primera vez que actúe, espero estar a la altura…

—«Actuar». —Fredo chasqueó la lengua y dejó escapar una risa de lo más falsa—. Parece que ahora a cualquier cosa lo llaman «actuar»… ¿Acaso tienes texto, corazón? Porque igual me equivoco y tengo un guion diferente, pero juraría que la única función de tu personaje es que el protagonista se frote un poco con él para que se desestabilice toda su vida.

—Fredo… —murmuró Mariola.

Vi a Nico descolocadísimo por las palabras de ese imbécil y le pasé una mano por la espalda.

—Ni caso —murmuré al acercarme a su oído.

—Eres modelo, ¿no? —siguió Fredo—. Te pagan por caminar… Esto es un poquito —hizo

el gesto de juntar mucho el dedo índice con el pulgar— más complicado.

—Fredo —le advertí con tono firme.

Él soltó otra risa de esas suyas espeluznantes y vi la mandíbula de Nico tensarse.

—Oh, espera —siguió el imbécil—, que igual estoy prejuzgando demasiado pronto. Vi ayer una gran actuación tuya. —Se sacó el móvil del bolsillo y le dio a reproducir un video. Lo giró al momento para que todos lo viéramos.

Era un anuncio de un perfume que yo había visto en varias ocasiones. Nico llevaba un pantalón de boxeador y simulaba estar entrenando. Daba puñetazos al aire mientras le lanzaban agua. Seguía a lo suyo ajeno a este hecho. Se reproducía todo a cámara lenta y resultaba de lo más sexi. Al finalizar el *spot*, la cámara se acercaba y Nico extendía los brazos y mostraba el dedo corazón de ambas manos. Ese era el gesto que quedaba enfocado y su cara se desdibujaba al fondo. Por último, las letras «*My Rebel. For men*» se superponían y una voz de mujer las leía con un acento imposible.

—Espectacular… Sobrecogedor… —ironizó Fredo—. Me has conmovido. Mi vida no va a volver a ser la misma… ¿Te dieron un Goya por esta interpretación?

—No —contestó Nico aguantándole la mirada—, me dieron doscientos mil euros. Pero, mira, me has pillado generoso, para ti el primero es gratis. —Levantó la mano con la que no aguantaba la taza y le hizo una peineta exactamente igual que las del anuncio.

Varios de los presentes nos reímos. Fredo ensanchó su sonrisa socarrona y volvió a dirigirse a él.

—En el fondo, me das un poco de pena —siguió Fredo—. Me parece que tu papel es premonitorio. Puede que vayas a ser el único al que Laza abandone dos veces escabulléndose de la cama en plena noche, como la rata que es. Nos lo ha hecho a muchos, no te lo tomes como algo personal tampoco…

Nico lo miró atónito durante un momento y luego se giró hacia mí. Me dio la impresión de que con esa mirada me pedía que lo desmintiera. No pude hacerlo. Nunca me ha gustado mentir, pero con él directamente no me veía capaz.

—Luego hablamos —murmuré. Y creo que pude ver la decepción en sus ojos.

En ese momento, nos interrumpieron los miembros del equipo técnico, que ya estaban de vuelta, con el director a la cabeza. Todos se lanzaron a por el desayuno, pero Ori vino directo a nosotros.

—Buenos días, chicos. Nico, te necesitan en vestuario —dijo al llegar hasta nosotros—. Te tienen que tomar medidas.

Nico asintió y, cuando parecía que iba a decir algo, se vio interrumpido por el gilipollas del momento.

—No me digas que lo vas a vestir. —Chasqueó la lengua—. Vas a ocultar todo su talento, pobre chaval…

—¡Fredo, cállate ya, que aún te llevarás una hostia! —estallé antes de que a Ori le diera tiempo a decir nada.

Nico me cogió la mano durante apenas un segundo y pasó el pulgar por mis nudillos. Luego me dio un beso rápido en la mejilla y murmuró un «nos vemos luego» junto a mi oído. Durante el breve instante que duró su gesto, Ori no se perdió detalle. Cuando Nico enfiló el camino hacia la sala de vestuario, el director me miraba fijamente y parecía haberse olvidado por completo de Fredo.

—Acompáñame un momento, Laza, por favor. —Me cogió de la muñeca y tiró de mí.

Me soltó cuando entramos en otra habitación y hubo cerrado la puerta. Oriol se me quedó mirando en silencio durante un instante que se me hizo eterno.

—Explícame qué cojones ha sido eso —dijo por fin.

—¿El qué? —pregunté para asegurarme de qué era exactamente lo que quería saber.

—Lo sabes de sobra, Laza, no te hagas el tonto conmigo… El gesto que te ha hecho… Tu respuesta… He visto cómo lo miras… ¡Te has enamorado de él!

Tragué saliva al oírlo en voz alta en boca de alguien. No solo no se lo había dicho a Nico todavía, es que ni siquiera había sido capaz de reconocérmelo a mí mismo del todo, aunque sí es cierto que había pensado en ello varias veces. Pero al escucharlo de Ori, cayó sobre mí como una verdad aplastante.

—No me jodas, Ori. Me pediste que no me acostara con él, y eso lo he cumplido…

—Pero te has enamorado de él —afirmó.

—Eso no se puede controlar —me defendí.

—Pero ¿es cierto? ¿Te has enamorado de él?

—¡Yo qué sé! —Me rasqué la frente—. Creo que sí.

Se cruzó de brazos y me miró fijamente. Subió una mano hasta su cara y se cubrió la boca con gesto pensativo. A continuación, volvió a la posición inicial.

—Tenéis una relación —soltó por fin, sin tono de pregunta, lo dio por hecho.

—Sí —asentí.

—Sin sexo.

—Te lo juro.

Se le escapó una carcajada que llenó la estancia.

—No te rías, cabrón —pero me reí yo también—. Es por tu culpa.

—¡Por el amor de Dios, Laza! —Extendió el brazo y señaló la puerta de la habitación con toda la mano—. ¡Fóllatelo!

—¿Qué dices? —Levanté las manos de modo involuntario, totalmente confundido—. Tú me pediste…

—¡Sé lo que te pedí! —me interrumpió—. Pero eso era cuando pensaba que solo querías echar un polvo y ya, como has hecho siempre. ¿Con cuántos actores te has acostado en estos años y luego, inmediatamente después, has perdido el interés? ¿Con cuántas situaciones incómodas me ha tocado lidiar? ¿Cuántos cadáveres sentimentales has dejado en mis rodajes?

—Ya. —Me rasqué la frente algo avergonzado, porque no podía llevar más razón.

—Pero esto es diferente, ¿no? Tienes una relación y estás enamorado de él. No vas a perder el interés una vez te lo tires, ¿no?

—Claro que no —aseguré.

—Pues entonces tenéis que hacerlo antes… Eso va a ser una puñetera explosión nuclear, no quiero estar ni cerca de la onda expansiva… —Soltó otra carcajada—. Sígueme.

Lo acompañé hasta el *hall* de la entrada y nos paramos frente a un panel lleno de llaves, todas etiquetadas.

—A ver —murmuró mientras se golpeaba la frente con dos dedos—, llévate el *jeep* tres. Tienen el número en el salpicadero, lo verás desde fuera. —Descolgó uno de los llaveros y me lo dio—. Están todos en el aparcamiento de delante. En el navegador, en «destinos frecuentes», tendrás uno que se llama «cabaña». —Cogió otro juego de llaves del panel y me lo dio también —. Es la localización donde rodaremos vuestras escenas. Os doy tres días allí a solas. Hoy es jueves, os quiero de vuelta el domingo a estas horas y con muchas ganas de currar. Allí no hay

nada, tendréis que ir a comprar comida, o puedes pasar por cocina y coger lo que quieras. La limpiaron a fondo hace unos días, ya han pasado por allí los de *atrezzo*, pero que vuelvan cuando acabéis vosotros, esto es más importante. —Se volvió a descojonar.

—¿Quién está de directora de arte? ¿Aitana? —pregunté. Él asintió con la cabeza—. Te va a cortar los huevos. —Me reí yo también.

—Lo tiene que entender, es una cuestión de vida o muerte. —Hizo un movimiento rápido con las cejas—. Con cualquier cosa, me llamas, pero mi consejo es que desconectéis los teléfonos y os olvidéis del mundo. —Sonrió—. Mi Laza se ha enamorado. —Me dio una palmadita en la cara—. Qué orgulloso estoy… ¿Sabes? Yo era como tú, incapaz de enamorarme… Pero, cuando caí, lo hice a lo grande. —Volvió a reírse y me puso una mano en el hombro—. Al final, somos los peores… Corre, ve a por tu chico, que estará todavía en vestuario… No quiero ni veros hasta el domingo.

Alguien apareció en ese momento reclamando su atención y lo perdí de vista antes de darme cuenta. Yo me quedé ahí plantado durante unos segundos con los dos juegos de llaves en la mano.

Por fin reaccioné y enfilé el pasillo que conducía a vestuario pensando cómo plantearle ese giro de guion a Nico sin quedar como un imbécil que no había entendido bien las instrucciones.

CAPÍTULO 39

TODOS TENEMOS UN PASADO



La gente de vestuario iba de un lado a otro con su caos habitual. Saludé a quienes conocía y esquivé percheros en movimiento hasta que localicé a Nico en una zona algo más tranquila. Begoña, una de las veteranas de vestuario con la que yo había trabajado en un montón de películas, estaba intentando ajustarle un pantalón que le quedaba claramente corto, algo nada sorprendente, por otra parte.

Tras saludarla a ella con las frases de cortesía habituales, me dirigí a Nico:

—¿Te queda mucho aquí?

—Ni idea, pregúntale a la jefa. —Señaló a Begoña con la cabeza. Su tono era más serio de lo habitual y eso me descolocó un poco—. ¿Por?

—Tenemos que irnos, me ha pedido Ori que vayamos a un sitio —informé mientras me rascaba la frente con aire distraído, lo cierto era que no sabía cómo plantearle la situación así en frío—. Vamos a estar fuera un par de días, lo digo por si quieres pasar por tu habitación y prepararte una maleta o algo…

—En el bolsillo está la llave de mi habitación. —Señaló el pantalón de esquí que llevaba puesto antes y que ahora descansaba sobre un puf—. Me fío de lo que decidas, pilla lo que creas que voy a necesitar.

—Vale. Ahora vengo.

Pasé primero por mi habitación a coger lo básico que podía hacerme falta y después entré en la de Nico. En mi misma maleta guardé algunas de sus cosas. Cogí el pijama de su cama sin hacer. Podría apostar una mano a que no lo iba a usar, pero no quería dejar de llevárselo por lo que pudiera pasar. En el baño tenía un despliegue de potingues que ya le había visto en Bali. Sabía que se ponía muchos de ellos, pero ¿todos? Por si acaso, no dejé ni uno, los metí en una segunda bolsa y me la colgué al hombro.

Hice caso a Ori y cogí de la cocina comida para tres días. Intenté pensar en las cosas que le gustaban a Nico y en esas sin sabor y sin calorías que todavía comía de vez en cuando para sentirse menos culpable. También incluí bastantes infusiones, para que pudiera decidir según el momento. Se podía tomar una después de cada una de las mil quinientas duchas que iba a darse en esos días. Me reí entre dientes al pensar en sus rarezas, que, lejos de restarle atractivo, lo hacían aún más irresistible.

Cuando pasé por el *hall* con intención de ir a cargar el coche, lo encontré en una de las

butacas de la entrada mirando su móvil. Como si hubiera advertido mi presencia, levantó la cabeza en cuanto me aproximé a él. Se levantó y se puso el anorak.

—¿Llevas ropa térmica debajo? —preguntó mientras pellizcaba mi pantalón vaquero—. Ahí fuera estaremos a unos menos quince grados…

—Son unos segundos de aquí al coche, pondré la calefacción al subir. Y luego lo mismo, no vamos a estar por ahí de paseo, apenas voy a estar a la intemperie. Llevo las botas de nieve, que es lo importante.

—Vale, tú sabrás. —Esa fue toda su respuesta, y me dio la impresión de que estaba molesto por algo, no era normal esa actitud en él.

Dejé todos los bultos en el maletero, incluido mi abrigo, y me acomodé en el asiento del conductor. Él hizo lo mismo en el del copiloto y dejó su chaquetón en el asiento de atrás. Puse la calefacción de inmediato, hacía un frío de morirse, y nos pusimos en marcha.

Nico no dijo nada durante un buen rato. Ni siquiera me había preguntado a dónde íbamos. Yo tampoco había soltado ni una palabra. No sabía bien cómo plantearle la situación y lo notaba algo mosqueado. Llevábamos más de veinte minutos en el coche y la única que hablaba era la voz del GPS.

—¿Te pasa algo? —pregunté por fin—. Estás muy callado.

—¿Es verdad lo de Fredo? —contestó con otra pregunta.

—¿El qué de Fredo? —Intuí a qué se refería, pero quería estar seguro.

—Que te acostaste con él.

—Sí.

Él chasqueó la lengua molesto y giró la cara hacia la ventanilla.

—No puedes enfadarte por eso, Nico. Ni siquiera te conocía. Además, no fue nada, fue un rollo de una noche, no tuvimos nada.

—¿Es verdad lo que ha contado? ¿Te largaste mientras dormía?

Resoplé porque no me apetecía tener esa conversación mientras conducía por una carretera que no conocía y que estaba cubierta de hielo. Avanzábamos muy despacio por mi miedo a que el coche patinara.

—No estoy orgulloso de eso —reconocí.

—Y hubo más, ¿no? Eso que ha dicho Fredo es verdad, hiciste lo mismo un montón de veces…

—Yo tampoco diría «un montón». Era joven, Nico, no sé, no pensaba mucho las cosas. Pero tampoco sé por qué tengo que justificarme. Tú y yo ni siquiera nos conocíamos, seguro que tú también tienes un pasado…

—¡Sí! ¡Claro que tengo un pasado! Un pasado en el que me he despertado solo en una habitación varias veces, sintiéndome utilizado, pensando que soy la mierda más absoluta y que lo único por lo que alguien se podría interesar por mí es mi aspecto, que nadie quiere molestarse en conocerme, ¡que no valgo nada!

—Nico, sabes que yo no pienso eso de ti y no lo he pensado nunca.

—¿No? Pues fue lo que me dijiste la primera vez que nos besamos, que no me colgara de ti…

—Creo que sacar eso ahora no viene a cuento. Han pasado muchas cosas desde entonces. Ahí apenas nos conocíamos. Intenté ser sincero contigo en ese momento, igual que lo fui con los

otros chicos. Siempre dejé claro cuando no buscaba nada más. No es culpa mía que pensaran que me harían cambiar de opinión.

—Es que tengo la sensación de que no te conozco. De verdad que me parece imposible que fueras capaz de portarte así con esos chicos… —Negó con la cabeza.

—Vale, igual yo fui un poco cabrón en el pasado, pero ya no soy ese tío.

—Eso no puedo saberlo.

—Tendrás que confiar en mi palabra.

Resopló con un gesto que me dio a entender lo poco que se fiaba de mi afirmación. Giré por el último desvío que nos indicaba el GPS antes de llegar a nuestra meta. Al final del camino se podía divisar una pequeña cabaña rodeada de nieve hasta donde alcanzaba la vista.

Nico miró la pantalla del navegador y a continuación nuestro destino.

—¿Vamos ahí? ¿A esa casita? ¿A qué? ¿Vas a matarme y luego a cortarme en trozos muy pequeños?

—No tiene gracia, Nico.

El coche siguió avanzando despacio debido al hielo acumulado en el camino.

—Entonces ¿a qué venimos aquí?

Me rasqué la frente mientras pensaba de qué manera plantearle, sobre todo después de la conversación que estábamos teniendo, el objetivo de nuestra estancia de tres días en esa casa.

—A ver, nos manda aquí Ori tres días para darnos un tiempo juntos, a solas.

—Qué tontería, llevamos un par de semanas encerrados en Bali. Bueno, con mis hermanos, pero hemos pasado mucho tiempo juntos. ¿Es algo de los personajes? ¿Para ensayar o algo así?

—No. —Suspiré y negué con la cabeza—. Es para que… nuestra relación «personal» pase al «siguiente nivel», por decirlo de alguna manera.

Me miró confundido durante un momento, hasta que entendió de qué le estaba hablando.

—¡¿A follar?! ¡¿Me has traído aquí a echar un polvo?! No es verdad… ¿Ahora sí que podemos? Pues ahora no quiero yo… ¡Vamos, ni de coña!

Resoplé porque no sabía muy bien qué otra cosa hacer.

—Bueno, no pasa nada. Si no quieres, no lo haremos. De momento, entramos, nos instalamos y pasamos unos días juntos… Si surge, bien. Que no, pues tampoco pasa nada.

—No va a surgir, Lázaro. No podría soportar que me abandonaras en plena noche…

—Nico, no digas tonterías, ¡eso no va a pasar! —Hice un gesto con la mano para quitarle importancia por lo absurdo de su planteamiento.

—Claro que no, no te voy a dar la opción… ¿Sabes lo peor? —Abrió la puerta del coche mientras hablaba. Avanzábamos tan despacio que no parecía peligroso descender en marcha, aunque el suelo estaba cubierto de nieve y hielo.

—Nico, cierra la puerta, hace mucho frío.

—Lo peor es —se estiró y cogió su chaqueta del asiento de atrás— que si me abandonaras aquí, en mitad de la noche, como has hecho tantas veces con otros, no moriría de hambre o de frío… Me moriría de pena.

Tal como dijo eso último, bajó del coche en movimiento.

—¡Nico, por favor, sube al coche! —grité, pero me ignoró.

Detuve el vehículo y salí de él para seguirlo. No quise perder tiempo en coger mi abrigo del maletero. Él se había puesto el anorak, el gorro y los guantes y avanzaba nieve a través. Yo solo llevaba un pantalón vaquero y un jersey de lana, no había tenido tanto frío en mi puñetera vida, pero era más urgente conseguir que entrara en razón y volviera.

—¡Nico! ¡Vuelve y hablamos dentro!

—¡Entra tú, yo necesito pensar! —gritó mientras seguía avanzando.

—¡No voy a entrar sin ti! —Lo seguí por el camino que había ido dejando en la nieve. A él le cubría un poco por encima de las rodillas, a mí casi a medio muslo. Se me estaba mojando mucho el pantalón y el frío que eso me provocaba era muy doloroso.

—¡Lázaro, vete dentro, no vas vestido para estar aquí fuera! ¡Estamos casi a veinte bajo cero!

—¡Eso me da igual! ¡No voy a irme sin ti! ¡Ni de aquí ni de ningún lado! —Se me empezaban a agarrotar los músculos y avanzaba más despacio.

—¡¿Cómo puedo saberlo?! ¡¿Cómo puedo saber que no me harás lo mismo que a los demás?! —me preguntó a gritos mientras seguía adelante sin detenerse.

—¡Vas a tener que confiar en mí! ¡Tú lo has cambiado todo, Nico! ¡Cuando se trata de ti, no tengo dudas, ni miedos! —Se me atascó un poco la voz, no tenía claro si por el frío, el agotamiento del esfuerzo que hacía para avanzar, o lo intenso del momento—. ¡Te quiero, Nico, joder! ¡Estoy enamorado de ti! ¡Yo solo quiero estar contig…

Fui dejando de escuchar mi voz mientras me vi caer a cámara lenta. Simplemente mis piernas decidieron no dar un paso más. Y me desplomé sobre la nieve. Escuché a lo lejos la voz de Nico, pero no entendí lo que decía. Luego lo oí gritar mi nombre cada vez más cerca.

CAPÍTULO 40

PUTO ACTOR DE MÉTODO



Que Nico me llevara en brazos puede que fuera lo más parecido a volar que podía experimentar a mi edad. Lo oía mascullar mientras caminaba, pero no entendía ni una palabra. Aunque me atrevería a afirmar que parecía asustado. El castañeteo de mis dientes apenas me permitía escuchar otra cosa. A mi alrededor, solo había frío. Durante una cantidad de tiempo que no soy capaz de establecer ni de un modo aproximado, fuimos el frío y yo; nada más.

Recuerdo a Nico dejarme en la alfombra antes de recorrer la casa mientras consultaba su teléfono. Me pareció verlo encender la chimenea. Como en sueños lo sentí desnudarme del modo menos sexi posible y envolverme en una manta suave y mullida. Luego sus brazos me rodearon y el frío, poco a poco, dio paso a una sensación mucho más cálida. No dejó de murmurar cosas todo el tiempo. Su voz grave era como un bálsamo y me tranquilizaba a medida que el frío iba desapareciendo. Me dejé vencer por esa sensación de paz y me fui quedando dormido.

Cuando me desperté, el frío había desaparecido por completo, y mi movilidad, también. Estábamos en el interior de lo que supuse que era la cabaña y frente a la chimenea encendida; yo iba envuelto en la manta y me seguían rodeando los brazos de Nico, que canturreaba mientras me acariciaba la cabeza y la espalda.

—Nico. —Mi voz sonó más ronca y pastosa de lo que esperaba—. No me puedo mover.

—Ay, joder, qué bien, estás despierto… ¿Por qué no te puedes mover? ¿Sigues entumecido? ¿Tienes los músculos agarrotados? ¿Vamos al médico? —preguntó asustado.

—No, es por la manta… Me siento como un kebab.

Dejó escapar una risita y me abrazó más fuerte.

—Me va a costar soltarte —confesó—. Con el susto que me has dado…

—Vale, pues al menos déjame sacar los brazos —pedí—, que me siento como un bebé atrapado aquí dentro.

—Es que te he tenido que quitar la ropa mojada, solo llevas la manta, no quiero que cojas frío otra vez.

—Esta parece la manta más gorda del mundo y estoy a dos palmos de la chimenea, no creo que me vaya a enfriar… De hecho, tengo hasta calor.

Se rio entre dientes y me volvió a apretar más fuerte.

—Qué susto tengo todavía en el cuerpo, joder —masculló—. Puto actor de método, necesitabas recrear la escena en la que te rescato de la nieve, ¿eh? ¿No sabes echarle imaginación y ya?

Se separó lo justo para aflojarme un poco la manta y que yo pudiera sacar los brazos.

—¿Ya no eres un kebab? —Sonrió. Luego me cogió la cara con las manos y me besó—. Aún estoy nervioso.

—¿Cómo has sabido qué hacer?

—Me he acordado del guion, de lo que hace mi personaje, pero, por si acaso, también le he preguntado a Google —confesó con una sonrisa torcida—. Has vuelto a tu color enseguida, ha sido bastante rápido. En cuanto te he quitado la ropa mojada y he encendido la chimenea, se te ha ido el tono azul. Si no, habría tenido que llamar a emergencias, que no sé ni qué número es aquí, también se lo habría tenido que preguntar a Google. No te sienta nada bien el azul, ¿lo sabes? No es tu color, no vuelvas a hacer algo así.

Me reí y asentí.

—Gracias, Nico —murmuré. Él suspiró y volvió a besarme, lo notaba todavía algo nervioso, parecía haberse llevado un susto importante—. Gracias por cuidarme tan bien. Supongo que me has salvado la vida.

Él me miró un momento muy serio.

—Casi me matas tú a mí del susto —murmuró—. Creo que no he pasado tanto miedo en la vida.

—Lo siento, de verdad. ¿Dónde está mi ropa? Creo que ya puedo vestirme y empezar a moverme…

—Tu ropa está por ahí tirada, donde ha caído. Era más importante que entraras en calor. Voy a ponerla a secar y me acerco al coche a por las bolsas. Así te pones algo seco y más abrigado… ¿A quién se le ocurre salir en vaqueros con esta temperatura? De verdad que flipo…

Se separó de mí con un gruñido y se puso de pie. Se me quedó mirando desde arriba sin animarse del todo a irse.

—Me da no sé qué dejarte solo…

—Estoy bien, Nico, te lo prometo. De hecho, estoy muy a gusto con esta manta tan suave y al lado de la chimenea…

—Vale, no te muevas de ahí, tengo que caldear antes toda la casa. Voy primero al coche a por las cosas… —dijo mientras empezaba a recoger mi ropa mojada del suelo y la iba extendiendo sobre las sillas. Se puso a rebuscar en los bolsillos de mi pantalón—. ¿Las llaves del coche?

—Creo que las dejé puestas.

—Madre mía, menos mal que solo a un loco se le ocurriría pasar por aquí… Y que los nórdicos son tan honrados, porque nos llegan a robar el coche y… Mira, no lo quiero ni pensar… Ahora vengo.

CAPÍTULO 41

AMOR DEL REGULERO



Unos minutos después, estaba de vuelta, cargado con todo lo del coche, incluido mi abrigo. Lo dejó sobre la mesa y subió el resto de las bolsas al piso de arriba. Volvió a bajar enseguida con la de la comida de vuelta.

—Es una pasada lo que hay arriba. He encendido la calefacción. Luego, cuando se caliente un poco, subes, que vas a flipar. Te voy a preparar una bebida caliente y dulce, decía Google que era bueno… ¿Qué te apetece? —Empezó a trastear en la bolsa—. ¿Té? ¿Poleo? ¿Chocolate?

—Café —pedí.

—Café no se puede, ponía que no era recomendable.

—Pues chocolate. —Me reí por lo implicado que estaba en las instrucciones de Google—. Yo no soy tan de infusiones como tú.

—Vale, chocolate. —Llenó un cazo con leche y lo puso al fuego.

Mientras, comenzó a vaciar la bolsa y a guardar todo lo que había dentro.

—¿En serio, Laza? —preguntó en un momento dado mientras sacaba la caja de preservativos y el bote de lubricante que yo había metido ahí y me los mostraba.

—Ya, bueno. —Me rasqué la frente—. Tenía que traerlo, pero no tenemos por qué hacerlo…

Resopló con un gesto que no supe interpretar y lanzó primero una cosa y luego la otra por el aire. Ambas aterrizaron en el sofá.

—Para empezar, no deberías guardar eso con la comida…

—Ya, supongo… No sé, tenía la maleta cerrada y era lo que me pillaba más a mano. Está todo precintado, no le di importancia.

No dijo nada más. Trasteó otro poco en la cocina hasta que volvió con dos tazas. Me entregó la mía y dejó la suya en el suelo. Se descalzó y después se bajó los tirantes del pantalón para quitarse el suéter estrecho que llevaba y quedarse solo con una camiseta y el pantalón con los tirantes caídos. No podía estar más sexi… Bueno, seguro que sí, cuando parecía que no, siempre conseguía estarlo un poquito más. Vino a sentarse cerca de mí. Apoyó la espalda en el sofá, la mía descansaba en la butaca que había al lado, un poco más cerca de la chimenea, pero los dos estábamos sentados en la alfombra. Di un primer trago a mi chocolate que me hizo sentir como nuevo. Él tenía una infusión, como era habitual.

—Nico, creo que deberíamos retomar esa conversación que hemos dejado a medias…

—¿Sí? Yo creo que igual no es el momento. —De repente lo noté nervioso—. Tú has estado al borde de la congelación, yo he pasado mucha tensión y muchos nervios… Podemos hablar de todo eso más adelante, no tiene que ser ahora.

—Yo necesito saber hacia dónde iba todo eso que me decías, porque por un momento me dio la impresión de que ibas a romper conmigo —confesé—. Y yo no puedo con esa incertidumbre, necesito saber cuál era la intención detrás de tus palabras.

—No lo sé, Laza. —Suspiró—. No lo tengo claro… No quiero tomar una decisión precipitada, pero me han hecho mucho daño en el pasado y no quiero volver a sentirme así…

—¿Me dejas darte mi punto de vista? ¿Me dejas explicarme?

Asintió en silencio. Dejé mi taza en el suelo, fuera de la alfombra, y me moví como pude, en la versión «oruga» que me veía obligado a adoptar por la manta en la que iba envuelto, hasta que me acerqué a él todo lo posible. Apoyé la espalda en sus piernas flexionadas para que quedáramos cara a cara. Los colores que desprendía el fuego de la chimenea dejaban unos reflejos en su pelo que lo hacían parecer casi en llamas. Me quedé embobado un momento mirándolo, pero enseguida me forcé a centrarme en lo que quería decirle.

—A ver, Nico, hay varias cosas que necesito que sepas.

—No sé si quiero saberlas —murmuró.

—Sí, claro que quieres —me reí—. A ver, lo primero que tienes que saber es que cuando un chico se ha marchado en plena noche sin decir nada, no tenía nada que ver contigo.

—¡Ya, claro! —Bufó—. Pues, ¿con quién? ¿Con mi prima?

—Te puedo asegurar, y sé de lo que hablo, que tiene más que ver con uno mismo. El que huye sin intentar conocer a la otra persona, en realidad, huye de sí mismo, de su realidad y de su pasado. A mí, personalmente, me dejaron varias veces cuando era más joven… Sí, no me pongas esa cara, yo fui tan joven como tú e incluso más… —Me reí por su gesto—. El caso es que decidí no volver a pasar por eso. Pensé que si no llegaba a conocer a nadie, si no llegaba a enamorarme de nadie, no volvería a sufrir ese dolor… En realidad, es muy tonto quedarse solo por miedo a la soledad. Yo sé que no tiene sentido, ahora lo sé, Nico, tú lo has cambiado todo…

—Pfff… A saber cuántas veces has dicho eso mismo.

—Nunca, te lo juro. Ni una sola vez. Nadie me había hecho sentir así, Nico. Esto tiene que ser amor, estoy convencido.

—¿Cómo puedo saber que es cierto lo que dices, que es amor, del de verdad, del bueno?

—Es posible que sea amor del regulero, porque soy nuevo en esto y no sé hacerlo mejor… Y porque la vida adulta es así, tiene sus cosas jodidas. Pero tengo claro que quiero estar contigo… Tendremos momentos buenos y momentos que no lo serán tanto, no soy un iluso y no te puedo prometer que todo será maravilloso. Pero espero que encontremos la manera de que lo mejor compense lo regular, porque contigo no creo que haya nada que llegue a ser chungo del todo.

—Espero que todo esto que me estás diciendo no sea el diálogo rescatado de una de tus películas, porque podrías perder tus pelotas por algo así…

Se me escapó una carcajada y negué con la cabeza.

—Sabes que no, las has visto todas, y no te atrevas a negarlo, que sé que eras muy fan.

—¿Y tú no eras mi fan? —preguntó alzando las cejas con gesto de sobrado.

—Me encantaban tus carteles, la verdad, como a cualquiera con ojos en la cara… Pero lo cierto es que ahora lo soy mucho más. Me paso el día pensando en ti. Hasta cuando pasas una noche en la habitación de al lado con tu padre, te echo de menos… Empiezo a rozar lo patético.

—Me encanta ese patetismo tuyo —se rio.

—Quiéreme con lo mío. —Me encogí de hombros.

Llevó una mano a mi nuca y metió la otra dentro de la manta para acariciarme el costado de forma distraída.

—Ya te quiero, Laza. Claro que te quiero con lo tuyo… Tienes ahora mismo la capacidad de hacerme tanto daño…

—Es lo último que quiero, Nico, te lo juro. No te creas que tú no tienes también el poder de hacérmelo a mí… —Respiré hondo por lo intenso del momento y porque mi mente no estaba interpretando las caricias de su mano como algo cariñoso—. Pero creo que vale la pena arriesgarse…

—Yo quiero creerlo, Laza. —Se apartó de mí y se puso de pie de repente—. Pero te tengo pánico. —Recogió su taza y la llevó hasta la mesa en cuyas sillas se estaba secando mi ropa—. Por cierto —añadió mientras cogía mis gayumbos, que él mismo había colocado en un respaldo —, ¿calzoncillos de Calvin Klein? ¿En serio?

Hice una mueca y me encogí de hombros.

—Soy una víctima de la publicidad… Su última campaña es muy convincente.

—Me han dicho que el modelo es espectacular. —Sonrió.

—Tsss, no está mal —bromeé—, pero por lo visto es bastante presumido.

—¿Sí? Yo he oído que es tontísimo, y sale con un actor bastante viejo que usa palabras del siglo pasado como *presumido*.

Se me escapó una carcajada involuntaria.

—Algo le verá, ¿no? —Le seguí el rollo—. O no estaría con él… ¿Qué crees que puede ser?

Se acercó con toda su calma y se arrodilló delante de mí, hasta que su cara quedó a menos de un palmo de la mía.

—El chico es muy tonto, pero es que, por lo visto, su novio tiene algunas ideas como salir a la nieve, a veinte bajo cero, solo con unos vaqueros y un jersey. Y eso lo convierte a él en el listo de la relación. Yo creo que tiene que ser eso.

Solté otra carcajada que él se tragó con un beso. Me dejé llevar y se lo devolví. Parecía que el susto que se había llevado con mi amago de hipotermia le había hecho olvidarse del mosqueo que tenía conmigo y de la bronca que manteníamos justo antes de que pasara. O quizá la breve conversación que acabábamos de tener le había hecho cambiar de idea. Esa es una de las cosas que más me gustan de Nico, siempre dice lo que piensa o lo que le incomoda. Y no es nada rencoroso. Comprende, perdona y olvida con la misma facilidad con la que se enfada. Y hace falta tener el corazón enorme para eso. Supongo que necesita esa altura de casi dos metros para guardar lo grande que es en todos los sentidos.

Siguió besándome hasta que mi espalda tocó el suelo, y luego un poquito más.

—En cuanto te recuperes —susurró al separarse unos centímetros de mi boca—, te voy a hacer muchas cosas… Algunas muy cerdas, te lo aviso, porque contigo no mido.

—Las quiero todas —gemí. Porque me sentía recuperado. Y las quería ya, en ese momento —. Estoy más que recuperado… ¿Recuperado de qué? Ni me acuerdo…

—¿De verdad? —ronroneó en mi cuello—. ¿Seguro que no tienes frío?

—De hecho, tengo bastante calor —farfullé y abrí la manta como pude con él medio encima de mí.

Nico paseó su mirada y una de sus manos por todo mi cuerpo.

—¿Intenta provocarme, señor Sosa?

—Con todas mis fuerzas. —Asentí con la cabeza—. ¿Funciona?

Juro que creí ver chispas en esa mirada, acompañando a la sonrisa de pura malicia que se le dibujó al momento. Sus dedos recorrieron despacio el camino inverso al que habían dibujado hacía escasos segundos. Partieron desde la rodilla, se deslizaron por todo mi muslo, acariciaron

mi cadera con una suavidad insoportable y rozaron mi cintura en su ascenso hasta mi costado, desde donde volvieron a bajar, con la misma velocidad, para emprender de nuevo el descenso como la mejor de las torturas.

Mis ojos se cerraban solos cada pocos segundos con la intención de mitigar, en la medida de lo posible, las sensaciones que me provocaban tanto la mano como la mirada de Nico. Porque sus yemas me quemaban la piel; pero su mirada también.

Intenté sacarle la camiseta del pantalón, pero no me lo permitió.

—No me toques —murmuró—. Todavía no.

Traté de no pensar ni buscar una explicación a sus palabras, no me vi capaz. Mi erección empezaba a ser casi dolorosa y me había dejado sin sangre en el resto del cuerpo.

—Nico —gruñí en uno de los paseos de sus dedos por mi cintura. Alcé las caderas con toda la intención de que su mano variara el rumbo.

Lo hizo. Sus uñas arañaron con suavidad mi vello púbico y yo dejé escapar todo el aire de los pulmones.

—Entonces —susurró mientras movía muy despacio los dedos en círculo, alrededor de donde yo los necesitaba—, ¿ya puedo hacer que te corras? ¿Ya podemos llegar hasta el final?

—Solo si ya confías en mí y no me tienes miedo. —Gemí.

—Tengo que hacerlo… Además, esto era irremediable. —Su mano rodeó mi erección y yo dejé escapar un jadeo que pareció casi un grito—. Tú y yo somos irremediables, inevitables, imprevisibles… ¡Incomparables!

Dejé escapar una risita que se evaporó con el siguiente gemido. Se inclinó sobre mí y comenzó a llenar mi mandíbula de pequeños mordiscos, que se iban volviendo más y más fuertes a medida que avanzaba. Sus movimientos eran cada vez más bruscos y sus sonidos más guturales.

—Iba en serio lo de que no mido, Laza. —Jadeó—. Me estoy poniendo muy animal… Te juro que yo quería tener esto bajo control —me mordió el labio inferior y emitió un gruñido desde lo más hondo—, y que nuestra primera vez fuera bonita y romántica, pero igual dejamos eso para la segunda o la tercera, porque yo ahora solo puedo pensar en follarte a lo bruto.

Enredé los dedos en sus rizos y tiré lo bastante fuerte como para que levantara la cabeza y me mirara. Solo pude asentir con un gesto porque, en ese momento, no me salió ni la voz.

Me mordió la barbilla, gruñó y volvió a subir para enredar su lengua en la mía mientras su mano soltaba mi erección y se aferraba con fuerza a mi cadera y todo él comenzaba a frotarse contra mí. Lo notaba durísimo incluso a través del pantalón ese de esquí que llevaba. Rompí el beso y separé unos centímetros mi cara de la suya.

—No creí que nunca necesitara decir esto —farfullé—, pero, Nico, por lo que más quieras, desnúdate de una vez.

Su risa grave inundó la habitación y volvió a besarme.

—A la orden —susurró y, en un único movimiento, se puso de pie.

Antes de que me diera cuenta, se había quitado la camiseta. Me incorporé un poco y me apoyé sobre los codos para mirarlo. Se inclinó hacia el sofá donde había lanzado los preservativos y el lubricante hacía un rato y los dejó caer a mi lado. Todavía de pie, se quitó los calcetines, en un alarde de equilibrio del que yo no hubiera sido capaz, y se bajó la cremallera del pantalón. Metió una mano dentro y empezó a acariciarse sin quitarme la vista de encima.

—Nico, por favor —protesté y me dejé caer hacia atrás de nuevo—. Ven aquí o lo haré sin ti.

Se le escapó una risita entre dientes, pero obedeció y, en cuestión de décimas de segundo,

estaba completamente desnudo y se había arrodillado entre mis piernas. Volvió a agarrarse la polla y comenzó a masturbarse con los ojos entrecerrados y la boca abierta.

—Te juro que esta es una de las mejores imágenes que he visto en mi vida —le dije—, pero, Nico —lo rodeé con mis piernas y lo atraje hacia mí—, yo también quiero formar parte de esto.

Emitió un gruñido animal y paró lo que estaba haciendo para dejarse caer sobre mí. Su peso y su calor sobre mi pecho me hicieron exhalar con fuerza en busca de un poco de alivio.

—Quería relajarme un poco —gruñó.

Su lengua y sus dientes comenzaron a jugar en mi cuello con ganas. Gemí y alcé las caderas para frotarme contra él. Noté un fuerte mordisco donde se une el cuello con el hombro que me dejó durante unos instantes entre el placer y el dolor.

—Nico —jadeé.

—Te voy a follar, Laza. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos. Luego se incorporó del todo y se sentó sobre sus talones—. No sé si preferías empezar tú, pero estoy tan animal que creo que acabaré haciéndote daño si seguimos así.

—Hazlo, Nico, joder —farfullé y le pasé el lubricante.

Él sonrió y, con un movimiento de sus enormes manos, me dio la vuelta hasta que quedé bocabajo. La presión de mi erección contra la manta suave y mullida fue un primer alivio instantáneo. Me mordió el culo con un gruñido animal, pero antes de que me diera tiempo a decir nada, noté sus dedos suaves y resbaladizos tanteando mi entrada. Notar su lengua en la rabadilla casi me hizo perder la cabeza, pero el ascenso posterior a lo largo de mi espalda a la misma velocidad que mantenían sus dedos me volvió plenamente consciente de cada rincón de mi piel. Siguió así un rato, con toda la paciencia y contención de las que fue capaz.

—Ya, Nico, fóllame —gemí a punto de morder la manta.

Él volvió a girarme hasta dejarme bocarriba, de cara a él.

—Quiero verte. —Ese sonido no se parecía a ninguno de los tonos de voz que le conocía.

Asentí con la cabeza y le rodeé la cintura con las piernas mientras él se ponía el condón. Resopló antes de ponerse en posición y mirarme a los ojos. Su polla en mi entrada a falta del último empujón.

—No me puedo creer que vaya a pasar —dije por fin.

—Y yo no me puedo creer que nuestra primera vez vaya a ser sobre una alfombra frente a la chimenea, como en la puta película de Oriol Tusquets. ¿De qué manera ha conseguido dirigir nuestra vida sexual desde antes incluso de que fuéramos pareja?

Se me escapó una carcajada y lo atraje hacia mí con las piernas. Le fue cambiando la cara al tiempo que lo notaba entrar. Me llenó por completo y tuve que cerrar los ojos de la impresión.

—Quiero más, Nico —gemí todavía sin abrir los ojos—. Contigo lo quiero todo.

Comenzó a moverse despacio, entrando y saliendo de mí con una cadencia deliciosa. Fue aumentando la velocidad y alzó mis caderas para conseguir llegar más hondo. Gruñí y casi grité en ese momento. Alcanzó un ritmo frenético en el que temí que me fuera a partir por la mitad, pero no sentí dolor o incomodidad en ningún momento. Yo solo quería más. Más de eso, más de él, más de nosotros. Me sentí conectado con él a un nivel que transcendía lo físico, aunque fuera justo eso lo que me había hecho verlo así. Sus ojos cerrados y la boca abierta invitaban a estirar los dedos y rozar sus labios. Sacó la lengua y los lamió, sin perder el ritmo, sin bajar la intensidad. Me miró a los ojos y gruñó de nuevo. Liberé su boca y llevé esa mano a sus rizos. Tiré de ellos con cuidado, intentaba no hacerle daño, pero sentía la necesidad de atraerlo a mí todo lo posible. Jadeó hondo y agarró mi polla con fuerza. Gemí, grité y me arqueé ante su tacto.

—Estoy a punto, Laza. —La voz le salía ahogada por el aire que exhalaban sus pulmones, pero a un volumen tan alto que casi parecía que gritara—. Córrete conmigo. Laza, hazlo, córrete conmigo.

—Nico. —Lo atraje hacia mí como pude, forzando todos mis músculos hasta su límite.

Y entonces gritó. No mi nombre ni nada con sentido, un grito visceral durante las últimas embestidas, mientras su cuerpo se tensaba encima de mí y su cara se contraía en una de las imágenes más sensuales que he visto en la vida. Apenas necesitó un par de movimientos más para que mi cuerpo se tensara también y comenzara mi orgasmo con los últimos estertores del suyo.

—Sí, Laza, joder. Quiero verte.

Y no fue por su petición, hacía ya un rato que eso era imparable. Me abandoné a su piel y caí en un orgasmo salvaje bajo su atenta mirada.

Antes incluso de llegar al final, solo podía pensar en volver a empezar.



CAPÍTULO 42

PEQUEÑAS MENTIRAS Y GRANDES NOTICIAS



Me desperté solo en esa cama tan nuestra y tan ajena a la vez. Solo, como tantas veces en el pasado. Agudicé el oído por si lo escuchaba en el baño, como tantas veces en el pasado. Pero no. Me concentré más todavía por si lo escuchaba trastear por la casa, como tantas veces en el pasado. Y tampoco. Cerré los ojos con fuerza, invadido por el miedo de asomarme a la ventana y no ver el coche. No era posible. Laza no, él no se habría ido, no después de todo lo que me dijo. Recordé cómo habíamos retozado un buen rato en la alfombra. Cómo habíamos venido después a la cama para volver a empezar. Cómo nos había sorprendido el amanecer entre caricias, besos y orgasmos… Y cómo nos habíamos quedado dormidos por fin en brazos del otro. Era imposible que me hubiera abandonado después de eso.

Cuando volví a abrir los ojos, me observaba apoyado en el marco de la puerta con la cabeza ladeada, una sonrisa en los labios y un par de tazas en las manos. Guapísimo, solo con unos calzoncillos como los de mi anuncio.

—Es insultante el aspecto que tienes nada más despertarte —protestó. Luego se acercó a la cama y se sentó a mi lado—. Deberías dejar algo para los demás. —Me tendió la taza con la infusión, la del café se la quedó él.

Tal como la recibí, la dejé en la mesilla. Luego le quité la suya y repetí el movimiento. Me abalancé sobre él y lo hice caer contra el colchón.

—Durante un momentito fugaz he pensado que te habías ido —confesé junto a su oído.

—Eso es lo más absurdo que se te podría haber ocurrido —aseguró.

—Bueno, lo has hecho muchas veces…

—A ver, el término *muchas* es relativo. Fredo le da tanta importancia porque es un amargado y un rencoroso, pero, sinceramente, Nico, ¿tú te habrías quedado en su cama?

—Yo es que no me habría metido en la cama de un tío que no me gusta, por muy bueno que esté, la verdad.

—Vale, entiendo. —Sonrió—. Eso quiere decir que yo sí te gusto… —Cambió de tema de forma descarada y yo le seguí el rollo.

—A ver, no te vengas tan arriba. —Me acomodé un poco más entre sus piernas—. Digamos que, viendo lo que hay por ahí para elegir, me conformo contigo.

—Te conformas —afirmó con el mismo gesto todavía.

—Ajá, eso es. —Me puse todo lo serio que pude.

Al momento me olvidé de la broma y lo besé, porque, después de la noche que habíamos pasado, era humanamente imposible tenerlo tan cerca y no hacerlo. Enredó los dedos en mis

rizos y convirtió mi gesto perezoso en algo mucho más serio.

—Nico. —Se separó un momento de mi boca.

—Dime.

—Yo también me conformo contigo.

Sonreí y le mordí el labio con el que había soltado esa trola tan nuestra. Y es que nosotros siempre hemos sido más de mentiras pequeñitas que de grandes verdades.

—Arderás en el Infierno por esa falacia —aseguré antes de volver a morderle.

—Pero estaremos juntos, podré seguir conformándome contigo para siempre.

—Qué va. —Negué con la cabeza—. ¿No has visto la pinta de angelito que tengo? A mí en el Infierno me harían *bulling*. Yo voy arriba seguro…

—Creo que ahí valoran más los actos que el aspecto, me temo.

—Ah, pues entonces igual sí. Es posible que, con las barbaridades que te voy a hacer ahora mismo, acabe allí abajo contigo.

—Me parece el plan perfecto. —Se incorporó como si quisiera levantarse, pero no le dejé—. Espera que me ponga las lentillas, que no te veo todo lo bien que me gusta verte.

—¿Lentillas? —Tenía que ser una broma—. ¡Ponte las gafas!

—Ya, eso… —murmuró—. No sé cómo decirte esto, Nico…

—¿Qué?

—Creo que las he perdido…

—¡¿Qué?!

—Puede que se quedaran en Bali. Desde que llegamos, no las he visto. ¿Tus hermanos siguen allí? Igualmente iré a que me hagan otras cuando vuelva a Madrid, pero pregúntales por si acaso.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Cómo puedes perder algo tan importante como unas gafas? ¿No eres un adulto responsable? —Noté mi indignación crecer de un modo desmesurado.

—A ver, Nico, es algo muy común lo de perder unas gafas. Aguantaré el rodaje con las lentillas y, en cuanto volvamos, me haré otras. No pasa nada.

—Lo dices como si fuera una tontería. —Bufé.

—Mírame, ¿cuál es el problema de verdad? —Me hizo mirarlo a la cara y pude ver cómo aguantaba la risa… ¿En serio? ¿Encima se reía?—. ¿Que querías echar un polvo con las gafas? ¿Es eso? —Bufé otra vez—. ¿Y no puedes esperar a que tenga las nuevas? Vale que ha sido un poco irresponsable por mi parte perderlas, pero ponerte así por esto igual es un poquito infantil.

—Ahora preocuparme por tu salud ocular es infantil —me indigné, aunque confieso que lo que me había sentado mal era justo lo que había dicho, pero eso no se lo iba a reconocer.

—Mis ojos estarán bien. —Se notaba que intentaba aguantar la risa—. Sé perfectamente lo que te ha mosqueado en realidad, Nico, y lo siento. Prometo cumplir esa fantasía y todas las que quieras…

—Eso me parece bien —confesé—, pero me ofende que pienses que solo quiero eso, con lo que yo me preocupo por ti…

—¡Nico, por favor! —Soltó una carcajada—. ¡Los dos sabemos la verdad!

Me disponía a replicar cuando a mi teléfono empezaron a entrar mensajes. Era el sonido que tenía en el chat de los putos amos. Aproveché para consultarlo y así ganar tiempo, porque no tenía claro que esa conversación con Laza fuese a terminar con mi dignidad intacta.

Esperaba encontrar las típicas tonterías de mis hermanos o algunos memes, pero no estaba mentalizado ni de lejos para esos primeros mensajes tan importantes. Dejé de leer tras el tercero y el móvil se me escurrió de la mano.

—¿Y esa cara, Nico? ¿Qué pasa?

Sentí que de algún modo se me hinchaba el corazón y le faltaba sitio dentro de mi pecho. No era consciente de en qué momento me había puesto a llorar. Me abracé a Laza con todas mis fuerzas.

—Voy a ser tío —murmuré.

Él soltó una carcajada.

—¡Qué susto me has dado! Dime, por favor, que no es ninguno de los gemelos. En especial, confírmame que Guille no ha dejado embarazada a Meri.

—No —me reí y le pasé el teléfono. Él leyó por mí todos los mensajes que yo no había podido por las lágrimas.

LOS PUTOS AMOS

MANU

Tetes, Paola y yo hemos decidido seguir adelante con el embarazo.

Nos casaremos a finales de primavera.

Vais a ser tíos.

Os voy a necesitar mucho.

Tengo miedo.

GUILLE

¡Noticióóóóóóóón!

DANI

¡Enhorabuena, hermanito!

¡Qué fuerte!

Voy a ser el tío Dani.

Guille y Nico, tenéis claro que voy a ser el tío preferido, ¿no?

Ni lo intentéis, no tenéis nada que hacer.

GUILLE

Cómo flipas, chaval.

DANI

Manu, no te preocupes, lo harás guay.

GUILLE

Serás un buen padre, seguro.

DANI

Consejo de hermano mayor, toma nota:

Cuando no sepas qué hacer, piensa qué haríamos Guille o yo y haz justo lo contrario.

Así no fallas.

Un plan sin fisuras.

GUILLE

No podías haber estado más acertado, hermano.

NICO

Hola, chicos, soy Laza.

Nico está demasiado emocionado para escribir ahora mismo.

Emocionado en plan bien.

Enhorabuena, Manu.

Luego te escribe o te llama tu hermano, cuando se le pase un poco el sofoco.

Volvió a dejar el móvil en la cama y me abrazó. Y yo me sentía tan feliz que hasta se me olvidó un poco el tema de las gafas.

Un poco.

CAPÍTULO 43

GRUÑIDOS EN NORUEGO



Me dio la impresión de que a los días que nos había regalado Ori les habían robado horas. No era posible que terminaran tan deprisa.

Llegó el momento de despedirnos de ese tiempo que nosotros sí le habíamos robado a la vida real y volver al hotel. Me encantan los rodajes, es un hecho, soy actor y lo mío es totalmente vocacional; pero, en esa ocasión, no me habría importado empezar unos días más tarde. O semanas, también me habrían hecho feliz unas semanas más encerrado en medio de la nada con Nico.

No quiero ni imaginarme la cara de tontos que debíamos de tener los dos cuando acudimos a la primera lectura de guion. Todavía nos duraba la resaca de uno de los mejores fines de semana de mi vida.

Habían acondicionado una sala con un montón de sillas formando un enorme círculo, el modo preferido de Ori para esa fase del proyecto. Unas mesas pegadas a las paredes ofrecían el *catering* para actores y técnicos. Nico y yo nos acercamos a una de ellas para prepararnos nuestras bebidas sin dejar de estar más pendientes el uno del otro que del resto del mundo.

—Lázaro Sosa, a ti quería verte yo. —Una conocida voz de mujer a mi espalda me hizo girarme y poner cara de niño bueno.

—Hola, rubia. —Puse mi sonrisa más cautivadora para saludar a Aitana, la directora de arte con la que había trabajado en un montón de películas.

—Me han dicho que te has pasado tres días en uno de mis decorados y me va a tocar *atrezarlo* otra vez…

—Hemos —me defendí rápidamente—. Nico, ella es Aitana. Aitana, Nico.

—Encantado. —Nico le dio dos besos y le mostró su sonrisa más espectacular—. Siento si hemos hecho mucho desastre. Gracias por dejarnos ese pequeño paraíso durante unos días, ha sido muy especial para nosotros.

—Me parece que sois un par de liantes. —Me dio una palmada en el brazo—. Espero que no me hayáis desbaratado mucho las cosas. Ahora mandaré a Jorge a echar un vistazo. Con lo que él me diga, decidiré si os dejo seguir viviendo… Como tenga que volver a empezar de cero, daos por muertos… —Sus palabras pretendían sonar amenazadoras, pero su cara no podía esconder las ganas de reírse.

—¡¿A Jorge?! —Ori apareció de la nada y puso el grito en el cielo—. ¿No te he dicho mil veces que no me gusta nada cómo trabaja? No sé por qué te empeñas en seguir contando con él, la verdad. Para la próxima producción, te voy a prohibir que lo contrates. Manda a Martín, anda.

Lo prefiero mil veces. Sabes que soy *team* Martín desde el primer día.

—Lo sé, lo sé —asintió ella—, si a mí también me gusta más Martín, pero lo de Jorge, no sé, han sido tantos años que me resultaría raro no tenerlo por aquí…

—Pues acostúmbrate —zanjó el director.

Me reí porque llevaban tres películas con la misma polémica, no entendía por qué Aitana seguía empeñándose en Jorge cuando todos sabíamos que era mejor Martín. A ver si, con un poco de suerte, a la cuarta iba la vencida y Aitana se daba cuenta de que todos éramos *team* Martín. Hasta estos pequeños conflictos me hacían sentirme en casa otra vez, con mi gente. Daba igual los años y las películas que pasaran, de verdad nos sentíamos una gran familia.

—¡Venga, tomad asiento todos, que empezamos! —gritó Ori lo suficientemente fuerte como para que lo oyera toda la sala.

Nico y yo nos acomodamos en dos sillas contiguas, cada uno con una copia del guion.

Empezamos la lectura. Mi personaje, Teo, aparecía en casi la totalidad de las páginas, pero eso yo ya lo sabía, lo había leído mil veces. Las primeras escenas eran con mi mujer, a la que interpretaba Mariola. Luego mi personaje le confesaba sus dudas e inquietudes a su mejor amigo, interpretado por Fredo, que le aconsejaba que se marchara lejos a encontrarse a sí mismo. Eso hacía y al que encontraba era a Lars, al que interpretaba Nico. Finalmente lo abandonaba y volvía con su mujer. Se resignaba a una vida que no le hacía feliz, pero con el recuerdo de haber encontrado algo especial y haberlo tenido por un breve periodo de tiempo.

—¿Alguien quiere comentar algo? —preguntó Ori tras la primera lectura.

—El concepto es parecido a *Los puentes de Madison*, ¿no? —comentó Mariola.

—Bueno, el tema es similar, sí —aceptó Ori—. La crisis de mediana edad, la rutina, la monotonía, la resignación a una vida mediocre…, pero el planteamiento es bastante diferente.

—Ay, nuestro Laza es la nueva Meryl Streep —bromeó ella y yo me reí.

—Bueno, ¿alguien más tiene algo que decir? Es el momento —pidió el director.

—Yo creo que Lars merece más gruñidos —soltó Fredo—, parece que es lo suyo.

Nico siguió ojeando su guion de modo impertérrito, como si la cosa no fuera con él.

—Fredo, déjate de gilipolleces —dijo Ori.

—Lo digo en serio.

—Pues el día que dirijas tu película, haces lo que te dé la gana. En esta, si esas van a ser tus aportaciones, mejor te las guardas para ti. A los demás, tenéis todos en el correo el plan de rodaje. No la caguéis. Memorizad bien los textos y venid con el ánimo adecuado. —Miró directamente a Fredo—. Las gilipolleces de instituto os las dejáis en la habitación. Sí, va por ti, Fredo.

Me reí por el comentario de Ori y me giré hacia Nico, pero él seguía a lo suyo, ajeno a todo lo que tuviera que ver con Fredo. El director disolvió la reunión y yo me acerqué a Mariola para comentar un par de cosas sobre la escena del día siguiente. Vi que Nico se acercaba muy serio a hablar con Ori.

Un rato después, estábamos llegando a nuestra habitación (a la vuelta de la cabaña nos pareció absurdo seguir ocupando dos habitaciones y Nico trasladó sus cosas a la mía) él y yo solos.

—Estás serio —comenté.

—Estoy pensando, supongo que te resulta inusual, pero a veces pasa. —Sonrió y se inclinó a darme un beso rápido.

—¿Pensando en algo que se pueda saber?

—Sí, la película. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Según el plan de rodaje, para tus escenas faltan todavía dos semanas.

—Lo sé, tengo mucho que preparar.

—Lo harás bien, Nico. —Abrí la puerta de la habitación y le cedí el paso.

—Esa es la idea, por eso tengo mucho que preparar todavía. Y hablando de eso, tengo que hacer una llamada.

Sacó su teléfono y se acercó a la ventana. Yo aproveché para ir desnudándome. Le pregunté por gestos si quería que nos diéramos un baño y él asintió.

—Maya, mi chica para todo —dijo ya hablando con su prima—. Tengo una misión para ti: necesito que me busques un logopeda noruego. Que se traslade hasta aquí y que se quede un par de semanas, o tres, sobre todo para trabajar el acento, tengo que fingir que soy noruego. Que hable inglés para que pueda comunicarme con él. Alojamiento y dietas pagadas más su tarifa, lo que cobre. Y un extra por la urgencia si hace falta, pero lo necesito cuanto antes. Genial, gracias. Si hay alguien que puede conseguirlo, esa eres tú, no tengo dudas. Ok, ya me avisas con lo que sea. Gracias, un beso.

—¿Tienes claro que te va a salir carísima la película? —pregunté cuando hubo colgado la llamada.

—Para mí es más importante hacerlo bien. —Se encogió de hombros.

—Lo vas a hacer genial, estoy seguro. ¿Te vienes a la bañera?

—Claro.

Al día siguiente, Nico ya tenía a su logopeda instalado en el hotel. Supongo que la combinación del talento de Maya y el dinero de Nico es un *win-win* capaz de conseguir lo impensable. Esa misma tarde comenzaron a preparar su acento y sus frases sueltas en noruego. Yo empecé a rodar mis escenas y estábamos tan ocupados cada uno con sus cosas que nos veíamos más bien poco, sobre todo a lo largo del día. Por suerte, las noches seguían siendo nuestras.

CAPÍTULO 44

EL KARMA



Nico me atravesó con esa mirada suya que ya conocía tan bien. Se acercó despacio y, antes casi de que pudiera darme cuenta, me subió a la encimera de la cocina y se acomodó entre mis piernas. Pegó todo su cuerpo al mío y me besó como si nos faltara tiempo, como si eso, de algún modo, se acabara. Su lengua en mi boca tuvo el efecto de siempre y me hizo perder un poco el sentido. Murmuré un «Nico» atragantado en cuanto se separó de mí y quise acercarlo de nuevo para seguir besándolo y que no acabara nunca…

—¡Corta! —gritó Ori—. A ver, Laza, corazón… «Lars», el personaje se llama *Lars*… Recuérdalo, no quiero escuchar otro *Nico*, por favor.

—Vale, perdona. —Intenté aguantar la risa. Era la cuarta vez que me pasaba esa mañana. No era normal en mí, pero supongo que mi rubio me despistaba más de lo que creía.

—Teo, céntrate —me dijo Nico con ese acento que llevaba varias semanas practicando con su logopeda noruego. Es que lo clavaba, y eso lo volvía más sexi todavía, cosa que hasta la fecha me parecía imposible.

Me miraba muy serio, totalmente metido en su papel.

—Lars —susurré mientras enredaba los dedos en sus rizos.

—Teo —murmuró tras algo en noruego que no entendí y se lanzó de nuevo contra mi boca.

—¡A ver, los motivados! ¡Que todavía no he dicho *acción*! —se quejó Ori a gritos desde su puesto tras las cámaras.

Nos reímos sin separarnos. Nico hizo el amago de parar, pero lo agarré de la nuca y se lo impedí. Sabía que él quería ser profesional, pero no iba a pasar nada con la escena si la retrasábamos unos segundos. Y no me apetecía nada dejar ese beso a medias.

—Argh, joder, a tomar por culo… Ni «prevenidos» ni hostias… Grábalos, ya repetiremos el principio de la escena después. —oí gruñir a Ori y sonreí sin querer. Bueno, queriendo un poco.

Ocho veces más tuvimos que repetir la escena completa hasta que Oriol se dio por satisfecho. Todavía pudimos ese día rodar otra de las escenas de interior, una conversación en la que hablábamos cada uno en un idioma y por gestos. Nico estuvo espectacular. No se salió del papel en ningún momento por iniciativa propia, solo cuando a mí se me iba la pinza o hacía alguna broma y él me secundaba, aunque a veces incluso me miraba con cara de reprobación. Fue una primera jornada agotadora. A mí me sabía fatal por Nico, pero como la mayoría de repeticiones habían sido por mi culpa, me sentía fatal con motivo. Él no parecía molesto, estaba más bien concentrado y trataba de acostumbrarse a todo.

Rodar las escenas íntimas con Nico fue raro, pero no incómodo o violento. Pensé que igual nos sentíamos así por hacer (o fingir) algo tan nuestro rodeados de desconocidos, pero lo cierto es que, para cuando llegó el momento, teníamos un nivel de intimidad tan grande y una vida sexual tan (por fin) activa, que no nos supuso demasiado problema meternos en el papel sin meternos nada más. Vale, eso ha quedado un poco vulgar, pero se entiende la idea.

La noticia nos pilló casi sepultados en la nieve. Estábamos rodando en exteriores, la escena en la que el personaje de Nico rescataba al mío, cuando uno de los asistentes de dirección empezó a dar gritos tras uno de los «¡Corten!» de Ori.

—¡Nico, Laza, estáis en internet! ¡Sois *trending topic*!

Nico resopló con pereza y se dejó caer sobre un montículo de nieve, que se lo tragó al momento. A todos nos dio la risa.

—¡No me interesa! —gritó desde dentro de la nieve.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué dicen? —le pregunté yo al chico.

—Al parecer se han filtrado unos correos del exagente de Nico en los que les detallaba a distintos medios de comunicación dónde iba a estar él en cada momento. Y algunos con tu exagente también, en los que planeaban entre los dos hacer que os encontrarais en diferentes sitios… ¿Lo sabías? ¿Por eso los despedisteis? La noticia dice eso, que podría ser el motivo por el que «prescindisteis de sus servicios».

—¿Quién lo ha filtrado? ¿Se sabe? —preguntó Nico ya de pie y fuera de la nieve.

—Eso es lo más raro, tío —dijo el chaval—, que parece que es el propio Álex Gómez. Los *mails* han llegado a diferentes periódicos, pero el correo que los remite es la propia cuenta destapada. Muy raro. O el tipo es gilipollas o lo ha hecho un *hacker* que controla mucho…

—Es gilipollas, no cabe duda —se rio Nico—, que no busquen más…

—¡Oh, el karma! —gritó cuando estuvimos solos en la habitación.

—Oh, tu prima, más bien… —me reí.

—No hay pruebas de eso —esbozó una sonrisa maligna—, y fingiremos no haber tenido nunca esta conversación. Ven, vamos a ver el último vídeo de Ninfodoro. Me ha llegado antes una notificación. Se llama *Indignación con la noticia*… Me lo estoy viendo venir.

Nos acomodamos los dos muy juntos en la enorme cama y Nico buscó el vídeo en su iPad.

—*Hola, ¿qué tal? ¿Cómo van mis pequeños nínfulos? Bueno, bueno, bueno… Hoy os traigo ¡notición! Supongo que estáis al tanto de la noticia de Nicolás Andújar que ha saltado hoy a los medios. Hay mucho que comentar, porque ya sabéis que, en este canal, Nicolás Andújar es el dios al que se reza.* —Como siempre, el vídeo se cortó para dar paso a las imágenes que seguían a esa frase.

—Qué cansino es —se rio Nico—. No sé cómo la gente no está hasta los cojones.

—Es gracioso.

—Bueno, eso sí.

—*Pues como os decía, parece ser que Álex Gómez, el exagente de Nicolás Andújar, ha sido el responsable de todas esas fotos que han inundado los medios estos últimos meses. Según la*

noticia, Nicolás prescindió de sus servicios hace unas semanas y ahora, después del bombazo, lo han hecho el resto de sus representados… Al parecer, también, una fuente anónima ha informado de que ahora mismo Nicolás Andújar y Lázaro Sosa están rodando una película en algún país escandinavo a las órdenes de Oriol Tusquets… ¡Sí, amigas, habéis oído bien! ¡Una película! ¡Nicolás Andújar en una película! ¡¡¡Muero!!! También dice esta fuente anónima, también sin confirmar, claro, de nada de esto hay pruebas, que Nicolás Andújar y Lázaro Sosa son pareja. Estable y consolidada y que en el rodaje actúan como tal, no lo llevan en secreto… ¡¡¡Muero!!! Con todo lo que los habíamos shipeado*… ¿Realmente ha ocurrido? Ahora bien, queridos nínfulos, yo me pregunto* —hizo un gesto teatral de llevarse un dedo a la sien—: *Si es verdad que están juntos, ¿habrán tenido algo que ver los encontronazos que forzaron los agentes? ¿Habrán sido, a fin de cuentas, los responsables directos de que la pareja más* shipeada *de los últimos meses se haya consolidado? Personalmente me debato entre odiar al tal Álex Gómez por mi lealtad a Nicolás Andújar, ya que lo que le ha hecho, siendo como era su hombre de confianza, es una guarrada, o agradecerle que nos proporcionara todas esas imágenes con las que hemos podido fangirlear tanto tiempo… ¿Qué opináis vosotros? Dejádmelo en comentarios… Y hablando de Nicolás Andújar, ¿habéis visto el vídeo en el que me salva de la muerte porque me desmayo en sus brazos? Os lo pongo a continuación por si acaso, y porque siempre es buen momento para recordarlo…*

Nico soltó una carcajada cuando volvió a poner el vídeo en cuestión.

—Insisto, es pesadísimo. —Negó con la cabeza mientras se le calmaba la risa.

—¿Qué piensas? —le pregunté y él se giró a mirarme—. ¿Crees que tiene razón? ¿Que si no fuera por las encerronas de nuestros exagentes no estaríamos juntos? ¿Crees que, en el fondo, aún tenemos algo que agradecerles?

—Creo que no les debemos nada, que hubiera pasado igual, que lo nuestro estaba escrito… Estábamos destinados a conformarnos el uno con el otro.

CAPÍTULO 45

¿QUIÉN GANA?



Mi participación en la película había terminado y Oriol me había asegurado que podía quedarme hasta el final del rodaje sin problema. Lo cierto era que me sentía a gusto con ellos y me encantaba estar allí, pero, en el momento en el que dejé de tener algo que hacer, comencé a sentir que estorbaba. Laza era el protagonista indiscutible y salía en prácticamente todas las escenas, con lo que rodaba todo el día, todos los días. Yo los acompañaba al rodaje y, aunque era algo nuevo para mí y muy interesante, la verdad fue que, al cabo de un par de semanas, lo de ver las mismas escenas una y otra vez empezó a perder la gracia.

Por las noches, lo que más me apetecía era volver a la habitación con Laza, pero él prefería salir con el equipo a tomar unas cervezas y relajarse tras esas jornadas de trabajo tan largas. Lo entendía, y lo acompañaba, pero yo a esas horas ya estaba saturadito de ocio y solo quería tranquilidad e intimidad con mi chico. Mientras Laza estaba eufórico y totalmente en su salsa, a mí se me empezaban a hacer muy pesados los días. Pasaba demasiado tiempo a solas con mis pensamientos, y eso, en mi caso, nunca ha sido buena idea.

Una tarde que volvíamos del rodaje directos al hotel, sin haber salido por ahí, encontramos el aparcamiento lleno de fotógrafos. Por un momento, iluso de mí, pensé que estarían ahí por la propia película o por otro de los actores. Pero no. No tardamos en confirmar que buscaban la foto de Lázaro conmigo que aún no habían podido conseguir.

Oriol intentó espantarlos apelando al buen corazón que estaba convencido de que poseían, pero no tuvo ningún éxito. Por lo que pudimos comprobar tras su discurso, no había ni un atisbo de humanidad entre sus atributos.

La euforia que me había acompañado todo el camino al pensar en pasar una noche tranquila con Laza se vio golpeada de la peor de las maneras, y por mis venas empezó a circular libremente un cóctel de ira, ansiedad e impotencia.

Nos cubrimos todo lo que pudimos con las chaquetas y capuchas para bajar del coche y acceder al hotel. Una vez en el interior, cuando se hubo cerrado la puerta tras el último de los miembros del equipo, Laza se giró molesto hacia todos.

—Vale, ¿quién ha sido? —preguntó en tono firme—. ¿Quién ha dado el chivatazo a la prensa?

—No creo que nadie haya sido tan cabrón —terció Ori.

Todos parecían confundidos, no tenían ninguna pinta sospechosa. Todos salvo uno que sonreía con esa odiosa sonrisa que no entendía cómo hasta la fecha nadie le había partido por la

mitad.

—¡Túúúúúuúú! —casi aullé al enfrentar a Fredo—. ¿No te cansas de hacer el mal?

Él soltó una carcajada por respuesta y no dijo nada más. Me mostró todos sus dientes como buscando la manera de llevarme al límite. Y no sé muy bien por qué, supongo que por la situación que llevaba yo arrastrando con ese tema, lo consiguió.

Lo inmovilicé contra la pared con facilidad, apenas me llegaba al hombro, y lo retuve ahí con un brazo y sin apenas esfuerzo.

—¿Qué puto problema tienes conmigo? —Casi le escupí en la cara. Y todavía lamento ese *casi*.

—Vale, Nico, déjalo. —Varios compañeros vinieron a alejarme de él.

Nunca he sido un tío violento ni le he pegado a nadie, pero juro que en aquel momento me habría encantado partirle la cara a ese imbécil.

—Haz un poquito de autocrítica y date cuenta de la mala persona que eres antes de culpar a los demás de tus fracasos —le solté en lugar de la somanta de hostias que me pedía el cuerpo.

Sin decir nada más, me separé del grupo y me largué a mi habitación. Nadie me siguió. Mejor así.

Apenas un cuarto de hora después, estaba lanzando con violencia mi ropa dentro de la maleta cuando entró Laza.

—Iba a preguntarte si ya estabas más tranquilo, pero me da la impresión de que no…

—Lo que no acabo de entender es que tú sí lo estés —confesé.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me encabrone? Me ha hecho la misma gracia que a ti encontrarme a la prensa, pero no se puede hacer nada. No se van a ir, tendremos que llevarlo lo mejor que podamos —me dijo con un tono que me sonó odiosamente condescendiente.

—Yo lo que voy a llevar es mi culo a mi puta casa —gruñí.

—¿Qué casa? ¿A casa de tus padres?

—Sí, me voy a casa de mis padres.

—¿Te vas? ¿Cuándo? —Miró por primera vez mi maleta abierta—. ¿Ahora? ¿Qué dices? No, Nico… Espérate un par de semanas, tres como mucho, y nos vamos juntos. Pasamos unos días con tus padres si quieres y otros en mi piso de Madrid. Pero no te vayas así, en caliente. Es muy malo tomar decisiones de ese modo.

—Tarde —bufé.

Se plantó entre mi maleta y yo.

—Nico, mírame. —Obedecí y levanté la vista del suelo a sus ojos—. ¿Y si lo contamos?

—¿El qué?

—Lo nuestro. Les confirmamos a los periodistas que sí, que estamos juntos, y les damos su puta foto: un beso, un abrazo cariñoso, una metida de mano… Lo que sea, lo que quieras… Seremos *trending topic* unos días y perderán el interés enseguida. Dejaremos de ser noticia.

—Ni de coña.

—¿Por qué no?

—Porque me niego a que ganen.

—¿Y te parece que así ganamos nosotros? ¿Largándote en plena noche mosqueado ganamos nosotros?

Me giré para darle la espalda y saqué mi teléfono del bolsillo. Mi prima contestó a la primera.

—¿Qué pasa, Nico?

—Maya, necesito salir de aquí. Como sea, pero esta noche. —Me falló un momento la voz—. Está todo lleno de fotógrafos. Quiero volver a casa.

—Vale, tranqui, yo me ocupo. ¿Vuelo privado o regular?

—Me da igual. Si es un vuelo normal, mejor, pero es más importante que sea ya. No me importa hacer mil escalas mientras no haya prensa.

—Ok, dame unos minutos. Te aviso en cuanto lo tenga.

—Gracias.

—Es parte de mi trabajo, así que no vuelvas a decir que soy «la que te lleva las redes». —Noté la sonrisa en su voz aunque no pudiera verla.

—Claro que no. —Me reí sin ganas—. Eres mi salvavidas. Siempre.

—Uy, qué blandito estás. Voy a sacarte de ahí. Hasta ahora, un beso.

Y colgó.

Laza me cogió la mano y pasó el pulgar por mis nudillos.

—Nico, no te vayas… Por favor.

—Si me quedo, terminaré diciéndoles alguna burrada a los fotógrafos y matando a Fredo… Es mejor así.

—Tenemos que acostumbrarnos. Estamos juntos, vamos a tener que vivir con esto. Parece mentira que sea yo el que te esté diciendo esto a ti… Tú eres el que está acostumbrado a lidiar con la prensa, a tratar con ellos. Tienes mil veces más tablas que yo, nunca te han puesto nervioso…

—A nivel profesional, no tengo ningún problema, no me intimidan nada. Pero no soporto que entren en mi vida privada. Ese tipo de periodismo me da un asco que no lo puedo soportar. Esa actitud me repugna más que nada.

—Pues te vas a tener que acostumbrar. —Suspiró.

—Igual no quiero acostumbrarme —murmuré y volví a agachar la cabeza.

—¿Qué dices? —Me levantó la cara para mirarme a los ojos—. ¿Qué intentas decirme, Nico? ¿Te rindes? ¿De qué? ¿De lo nuestro? ¿Y así no ganan ellos?

—No me rindo de nada —resoplé—. No lo sé, Laza. Quiero alejarme un poco de todo y verlo con perspectiva. Ahora mismo estoy demasiado agobiado. Me ahogo. Déjame que me vaya, por favor.

Unos pitidos en mi móvil reclamaron mi atención en ese momento. Maya me envió varios billetes de avión y un par de mensajes de texto.

MAYA

Ahí van los billetes, no he conseguido nada más directo.

Tienes un coche en camino, te aviso cuando te esté esperando abajo.

NICO

Guay, gracias.

Lo volví a guardar en el bolsillo y miré a Laza.

—Te vas —afirmó con sus ojos clavados en los míos.

—Me voy —murmuré.

Me cogió la cara con las manos.

—Te quiero, Nico. No te olvides de ese detalle. —Sonrió con tristeza—. Tómate tu tiempo, piensa y reflexiona todo lo que necesites, pero no dejes fuera de tus pensamientos todo lo que siento por ti.

Asentí con la cabeza sin decir ni una palabra, porque notaba un nudo en la garganta que no tenía claro que me fuera a dejar hablar. Lo abracé fuerte y conseguí emitir un murmullo con la voz algo temblorosa.

—Te quiero, Laza, pero necesito irme.

Así lo sentía, solo podía pensar en salir de allí. Con todo el dolor de mi corazón, porque lo más difícil iba a ser separarme de él. Lo de los fotógrafos había sido la chispa que necesitaba para que todo explotara en mi interior. Quería gritar, quería correr, quería golpear algo… Quería volver a mi yo más animal para poder expresar cómo me sentía.

Un nuevo pitido en mi móvil me informó de que mi coche me esperaba en la puerta trasera del hotel. Antes de que me diera tiempo a arrepentirme, me marché de allí y lo dejé solo.

CAPÍTULO 46

DESUBICADO



Lo primero que hice tras mi vuelta a casa de mis padres fue visitar la oficina de mi nuevo agente. La habían montado entre Maya y mi padre, era sencilla y acogedora. Ni una de esas oficinas cutres con muebles de bajo presupuesto ni una de esas ultramodernas que te hacen dudar de si has cruzado un portal intergaláctico y estás en una nave espacial. Una secretaria a la que no había visto en mi vida me dio la bienvenida. Ella sí parecía conocerme. Lógico, la agencia no tenía más clientes, todo giraba en torno a mí.

Pasé primero a ver a papá, ya pasaría después por el despacho de Maya. El de mi padre era bastante amplio. Estaba concentrado mirando su ordenador y no se dio ni cuenta cuando me asomé. Di un par de golpes en el dintel que le hicieron dar un respingo y levantar la cabeza.

—¿Los representantes no llevan traje? —pregunté desde la puerta con una sonrisa.

—Sabes que si no se casa o se muere alguien, no me pongo traje. —Sonrió y se inclinó hacia atrás en su silla—. No entiendo la necesidad de trabajar como un pingüino, puedo negociar tus contratos exactamente igual vestido normal, como he ido toda la vida. Pasa, Nico, y te enseño todo lo que ha llegado.

Me senté donde me indicó y empezó a hablarme de curro. Tal como le había pedido, había rechazado directamente lo que incluía pasarela. Me mostró ofertas de campañas publicitarias, tanto de fotografía como de *spots* de vídeo. Las valoré todas y, contando con su opinión, seleccioné las que me apeteció, más en función del producto que se anunciaba que del sueldo. Tenía ya dinero de sobra para vivir varias vidas, y, quitando la fantasmada que me había marcado con lo del avión privado, no era un tío de lujos. Lo dicho, que entre papá y yo seleccionamos las propuestas que consideramos mejores y me dio a firmar un montón de papeles.

Al terminar, me pasé por el despacho de Maya. Estaba liada con movidas de la web, mis redes y no sé qué otras cosas que me explicó. En cuanto algo tenía que ver con cosas virtuales, mi cerebro desconectaba de la explicación. Nunca me ha vuelto loco la tecnología, la verdad. Controlo lo básico para poder manejar mi propio teléfono y mi Instagram personal, ese que tengo privado. Para todo lo demás, he confiado siempre en ella. Me habló de ciberseguridad, de encriptamientos, de publicaciones, de algoritmos, *engagement* y no sé cuántas hostias más. Estuve a punto de grabar su explicación para tenerla a mano por si alguna noche me costaba conciliar el sueño.

—¿Qué opinas? —preguntó al terminar su monólogo y me miró con expectación.

—Que tengo suerte de tenerte en mi equipo —admití con total sinceridad.

Ella se rio y resopló al tiempo.

—No te has enterado de nada —afirmó—. No me has hecho ni puto caso.

—Y esa es una maravillosa verdad que demuestra que confío en ti con los ojos cerrados. Tienes libertad total, ya lo sabes.

El nivel de tranquilidad que me daba tener a esas dos personas en mi equipo no tenía precio. Después de la puñalada de Álex, era un alivio contar con algo así. En mi situación, no creo que hubiera sido capaz de confiar en ningún desconocido, por mucha fama que hubiera tenido como agente.

Estar de vuelta en casa de mis padres quizá no me producía la misma sensación que antes. Desde la última vez, habían pasado demasiadas cosas y me sentía algo diferente. Estaba a gusto con ellos y con Manu, claro, pero necesitaba algo más. Quizá echaba de menos a Laza más de lo que pensaba. Quizá necesitaba mi propio espacio. Quizá un poco de todo. No me volvía loco la idea de estar solo, pero sí la de tener algo que sintiera mío. Conocía la soledad. En todos los años que llevaba trabajando, era el sentimiento que me acompañaba con más frecuencia. Por eso me gustaba volver a casa de mis padres, porque la soledad se esfumaba cuando estaba con ellos. Sin embargo, en esa ocasión, por primera vez, sentí que ese ya no era mi sitio, que estaba de visita. No fue la actitud de ellos, era algo que llevaba yo dentro. Hacía ya una semana que estaba allí y me seguía sintiendo fuera de lugar.

Subí al piso de arriba, donde mi madre estaba concentrada escribiendo en su portátil. Me dejé caer en el sofá más próximo a su escritorio y suspiré. Ella esbozó una sonrisa de esas que son capaces de arreglarle el día a cualquiera.

—¿Qué pasa, cielo? —Se quitó las gafas y me dedicó toda su atención. No con tono de hastío o como si mi interrupción le hubiese molestado. Más bien como si agradeciese mi aparición. Mamá tiene ese don, siempre parece que eres justo la persona a la que quería ver. Siempre parece que estaba esperándote.

—Ni siquiera lo sé. —Volví a suspirar.

Ella se levantó de su mesa de trabajo y vino a sentarse a mi lado. Apoyé la cabeza sobre sus piernas, como si volviera a ser un crío.

—Te sientes desubicado —dijo ella en un tono que sonó más a afirmación que a pregunta.

—Puede ser, no lo sé.

—Y echas de menos a Lázaro.

—Un poquito. —Enfaticé mi afirmación juntando mucho dos dedos—. Estoy raro, mamá, no sé qué me pasa.

—Estás en una época de muchos cambios, cielo. Los tienes que asimilar. Es el momento perfecto para pararte a pensar en ti. Habla contigo mismo, conócete, averigua qué quieres. Olvídate de Lázaro y de nosotros. Y piensa en qué quieres tú. No nos vas a querer menos por pensar en ti y buscar tu camino…

—Supongo —sonreí—. Tampoco podría quereros menos, no me sale.

—Vete —soltó así a bocajarro.

—¿Qué? ¿Me echas de tu casa?

—No, cielo —se rio—. Llévate mi coche. Y conduce, vete lejos, echa kilómetros y piensa en ti mismo. O conduce hasta la playa y date un paseo largo. Camina. Conecta contigo mismo. La playa en invierno es genial para algo así, estarás solo.

—No puedo hacer eso —aseguré.

—Claro que sí, cielo, ¿por qué no?

—Porque no sé conducir.

A ella se le escapó una carcajada involuntaria.

—Es verdad, no me acordaba. Como eres tan autosuficiente para todo lo demás… No pasa nada, te llevo yo a la playa y voy a buscarte cuando me digas, pero es importante que estés solo, contigo mismo.

—Vale, igual me sienta bien —acepté—, pero no me llevas tú, ya me busco la vida. Tú sigue escribiendo.

—Como quieras, cariño, no me cuesta nada llevarte, ya lo sabes.

—No te preocupes, tú a lo tuyo. —Me incorporé con intención de ponerme de pie, pero me detuve cuando recordé una de las últimas conversaciones que tuve con ella en esta habitación—. Por cierto, ¿qué hiciste al final con la novela? ¿La has publicado? ¿Se la pasaste a la editorial? ¿Les interesa?

—Pues… —Le dio la risa floja otra vez—. Lo cierto es que decidí autopublicarla. Contraté por mi cuenta todos los servicios de corrección, maquetación, etcétera, y me lancé a la piscina.

—¡Qué guay, mami! Entonces ¿hay por ahí un montón de mujeres poniéndose cachondas con tu historia? —Me reí.

—¡Qué ganso eres! Pues no me está yendo nada mal, la verdad. Me escriben las lectoras y todo, y me piden libros de los personajes secundarios. Es algo totalmente distinto, pero me está encantando la experiencia.

—Me alegro mucho, mamá, de verdad. Y quiero leerlo, aunque en algún momento lo pase mal. —Me volví a reír—. Seré fuerte, pero si mi madre ha escrito una novela, quiero leerla.

—Vale, cariño, te doy una copia cuando quieras.

Le di un beso y me despedí de ella para seguir su consejo.

CAPÍTULO 47

SOLO CONMIGO MISMO



Me subí al primer taxi con el que me crucé y le pedí que me llevara a la playa. A cualquiera, dejé en manos del taxista la decisión. Me acercó a una que no quedaba lejos de la ciudad, pero a la que yo no había ido nunca. Era un día soleado de primeros de marzo y no se estaba nada mal. Me atreví incluso a quitarme las zapatillas y permití que la arena se colara entre los dedos de mis pies. Estaba fría, pero es una sensación que siempre me ha encantado.

Elegí un rumbo al azar y comencé a caminar cerca de la orilla. Apenas me crucé con nadie. La playa en invierno tiene un encanto especial que me provoca una mezcla de paz y nostalgia que quizá fuera lo que necesitaba en ese momento. Caminé durante kilómetros. A mi derecha fui dejando paseos marítimos, urbanizaciones de verano desiertas, dunas… Un poco de todo. Y de repente, la vi. En medio de la nada, a más de medio kilómetro por cada lado de las dos urbanizaciones más cercanas, una casa solitaria. Como yo. El cartel de «Se vende» me pareció una señal. No tardé ni diez segundos en marcar el número.

—Inmobiliaria Pelaez —contestó un tipo al otro lado—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, me llamo Nicolás. Me gustaría ver la casa de la playa que está a la venta. No sé exactamente dónde estoy, pero es una casa solitaria sin nada alrededor.

—Claro, ya sé cuál dices. Puedo darte una cita. ¿El viernes te va bien? ¿Mañana o tarde?

—Me viene mejor hoy. Ahora, en realidad.

—Lo siento, tengo la agenda completa para hoy, solo trabajo con cita previa.

—Necesito que sea hoy, soy una persona de impulsos. Lo de verla es más que nada por no comprar algo sin haberlo visto, pero aunque esté para rehacerla entera me la voy a quedar, te lo aseguro. Te haré en el momento una transferencia por la señal, y mil euros más por las molestias si me la enseñas hoy.

Se hizo un silencio al otro lado.

—Puedo estar allí a las tres, antes imposible.

—Vale. —Miré el reloj y resoplé—. Me quedaré por aquí cuatro horas, así conozco la zona.

Colgamos la llamada y yo me encaminé a una de las urbanizaciones fantasma que había cerca. Para mi suerte, una de las casas de primera línea de playa parecía habitada. Vi a una pareja de aproximadamente la edad de mis padres a través de los ventanales que daban a la playa.

Me acerqué hasta la puerta y llamé al timbre. Me abrió el hombre con cara de curiosidad.

—Hola, ¿te has perdido?

—Más o menos. —Sonreí—. He quedado para ver la casa esa que hay en medio de la nada, pero el de la inmobiliaria no puede venir hasta las tres. Tengo que hacer tiempo hasta entonces,

¿podéis decirme dónde hay por aquí un bar, un supermercado o algo parecido?

—Mucho me temo que en invierno y entresemana aquí solo estamos nosotros. ¿Dónde has aparcado? Tienes por lo menos cuatro kilómetros hasta lo primero que vas a encontrar abierto.

Chasqueé la lengua con fastidio.

—Un taxi me dejó a bastante distancia de aquí y he venido caminando. Por lo menos cinco kilómetros. ¿Me podéis vender algo de comer? Lo que sea, me apaño con cualquier cosa.

—¿Por qué has hecho eso? —El hombre me miró entrecerrando los ojos.

—Ha sido idea de mi madre. —Me rasqué la nuca—. Ha dicho que me ve muy perdido, y que me viniera a la playa a encontrarme conmigo mismo.

—¡Cariño, ¿podemos darle algo de comer a un chaval que está perdido, al parecer metafórica y literalmente?!

—¡Tú verás, si has hecho lentejas como para alimentar a todo el barrio en temporada alta!

El hombre se rio entre dientes y con un gesto de la mano me indicó que entrara.

Me invitaron a comer con ellos. Aunque al principio me pareció un poco raro, no tardé en sentirme a gusto con la pareja, eran divertidos y destilaban buen rollo. Y, si me quedaba la casa y me iba a vivir ahí, iban a ser los únicos vecinos que iba a tener durante muchos meses al año, me convenía hacer migas con ellos.

—Y ¿cómo es lo de vivir aquí solos todo el año? ¿No os agobiáis? —pregunté cuando estábamos ya con el postre.

—Qué va, es una maravilla —empezó a contarme ella—. Al principio lo hicimos porque no teníamos dinero para otra cosa. Compramos esta casa prácticamente en ruinas y la arreglamos toda nosotros. Bueno, con ayuda de amigos, claro. Ahora, tantos años después, no nos imaginamos viviendo en otro sitio.

El hombre asintió.

—Nos acostumbramos a vivir aquí y a teletrabajar —me explicó él—. Creo que ahora me ahogaría viviendo en una ciudad, o lejos del mar… Estamos los dos solos, sí, pero de normal no necesitamos mucho más. Y vienen amigos a vernos de vez en cuando. A todo el mundo le gusta acoplarse a pasar unos días en la playa. Verás qué rápido se te llena la casa de gente.

Pensé que era difícil que se me llenara la casa de amigos si no los tenía, pero eso no lo dije.

—Oye, pues no te creas —siguió la mujer—, que a mí me hace ilusión tener vecino, no pared con pared, que eso en verano, el único momento del año en el que hay gente aquí que no somos nosotros, lo llevo mal; pero tener a alguien ahí donde vas a estar tú… Pues me encanta la idea, la verdad. ¿Vivirás solo? ¿No tienes novia?

—Sí, tengo novio, supongo. —Me rasqué la nuca—. Pero llevamos poco tiempo y él vive en Madrid… En principio voy a vivir solo…

Saqué mi móvil con disimulo y miré si «mi novio» me había contestado al último mensaje que le había mandado. Un selfi de cuando había estado paseando por la playa a la que había acompañado con el texto «buscándome a mí mismo». Lo único que tenía era una reacción de un corazón. Entendía que estaba muy ocupado trabajando, que tenía jornadas de muchas horas, pero ¿de verdad no tenía tiempo ni de escribir una frase? ¿Solo podía enviar un corazón? Una nueva ola de decepción se abrió paso por mi pecho. Ya llevaba unas cuantas. Me sentí triste, me sentí solo.

Sacudí la cabeza y me puse de pie con una sonrisa. No era momento de darle vueltas a eso. Me despedí de la pareja y les di las gracias por su hospitalidad. Los amenacé con pasar a verlos

en breve, en cuanto fuera oficialmente su nuevo vecino.

El de la inmobiliaria llegó puntual, y yo no necesité mucho para enamorarme de mi nueva casa. Tras el «no-mensaje» de Laza, me había quedado claro que debía pensar primero en mí y en lo que yo quería. Y yo quería eso: una casa aislada, sin vecinos y junto al mar. Estaría solo, pero estaría donde quería. La casa no era muy grande, pero para mí solo tenía más que de sobra. Tenía tres habitaciones, una para mí y dos de invitados, era absolutamente perfecta. Como tenía bastante más dinero que prisa, haría una reforma para dejarla a mi gusto. Estaría cerca de mi familia, pero en mi propio espacio. Iba a vivir solo, conmigo mismo. Era la situación perfecta.

Le hice una transferencia al tipo por el importe de la señal y del extra que le había prometido y quedé con él en que me avisaría para firmar la venta lo antes posible. Fui muy pesado en esa cuestión, quería que concertara una cita cuanto antes. Una vez lo tienes claro, no le veo sentido a esperar. Estaba deseando poder tener un lugar que considerar mío.

CAPÍTULO 48

CONTROLANDO LAS REDES



Mi teléfono sonó un rato después, con una llamada de Maya, cuando estaba entrando en casa de mis padres.

—Maya Sapena, cuénteme —bromeé.

—Primo preferido, llamo para pedirte un favor —soltó directa al grano, como era ella—. Sé que podría hacerlo sin ti, pero prefiero decírtelo y que opines. ¿Haces algo esta noche? He pensado que podíamos ir a cenar al restaurante de mi hermana, que le está costando que arranque, y si se nos escapa algo por las redes le haríamos un favor…

—Claro —asentí sin dudar—. Sin problema. Todavía no he ido a verlo o a cenar allí, pero me apunto a cualquier cosa que cocine Gina. Y más ahora que vuelvo a comer casi de todo —me reí.

Cuando las abuelas de mis primas se jubilaron (una de ellas era mía también, lógicamente, y la otra como si lo fuera), mi prima Gina, que tiene unos diez años más que nosotros, heredó la empresa de *catering* que tenían entre las dos. El negocio estaba en pleno rendimiento y le iba tan bien que quiso ir a más y había abierto un restaurante hacía unos meses, al que yo todavía no había podido ir, pero me encantaba el plan de acudir esa noche a conocerlo.

—Mi idea es subir unas *stories* con fotos del restaurante, que quede claro que estás cenando allí y que te encanta todo, pero a tus redes oficiales, no a la personal. Tienes más de ocho millones de seguidores, le puedes dar un empujón tremendo.

—Claro, sin problema —sonreí y asentí—. Ojalá ayudar a todo el mundo fuera así de fácil.

—Genial, pues yo lo organizo. Paso por casa de tus padres a las nueve a recogerte. Se lo voy a decir a Manu y a Andrea, ¿vale? —propuso y me sentí feliz de recuperar por una noche la «pandilla» que teníamos de pequeños ella y yo con mi hermano y Andrea, un amigo de la familia que siempre había vivido en la puerta de enfrente.

—Claro, perfecto.

Un par de horas más tarde, estábamos ya los cuatro en el local. Nos habían asignado un reservado bastante discreto desde el que era difícil que se nos viera. Lo agradecí, la verdad, no me apetecía demasiado que la gente me reconociera y me empezaran a pedir fotos en lugar de dejarme cenar tranquilo. Pensé que sería un sitio al que podría llevar a Laza en un momento dado para cenar tranquilos como una pareja normal. Seguía sin tener más noticias de él que ese corazón con el que había reaccionado a mi mensaje. De nuevo me invadió ese sentimiento de soledad, de echarlo de menos, de sentir que algo se estaba rompiendo entre nosotros y no sabía

cómo arreglarlo. Quería llorar, y gritar, y volver a Noruega a por él, y abrazarlo, y no soltarlo nunca…

Me obligué a prestar atención a las tres personas que estaban conmigo. Desterré durante un rato a Laza de mi mente y me esforcé por pasármelo bien. Lo conseguí fácil, lo de divertirme, claro, lo de desterrar a Laza de mi mente fue algo más complicado. Maya no dejó de hacer fotos a la comida, al restaurante y selfis de grupo.

—Lo subiré cuando nos hayamos ido —me aclaró—. Si no, corremos el peligro de que empiecen a aparecer motivados por aquí buscándote.

—Claro, bien pensado —asentí.

Fue una gran noche, que sirvió también para reafirmarme en la compra que iba a hacer. Establecer mi «hogar» cerca de mi ciudad, de mi gente, era un acierto. No se me había perdido nada en Madrid. Bueno, sí: Laza; pero no podía tomar una decisión como esa basándome en él, tenía que pensar en mí mismo.

Esa misma noche, algo más tarde y ya en casa de mis padres, estaba acostado y trasteando con el móvil cuando recibí un mensaje de Laza.

LAZA

Estás guapísimo en esa foto, como siempre.

Te echo de menos.

¿Encontraste lo que buscabas?

NICO

Sí.

Y algo más y mejor.

Al momento entró una llamada. La primera en toda la semana que llevábamos separados.

—Hola —susurré, porque no eran horas de hablar a volumen normal.

—Hola, Nico. —Su voz sonaba algo ansiosa, ¿quizá preocupado?—. ¿Qué has encontrado? —Lo oí respirar fuerte—. ¿Al chico ese con el que has cenado?

—¿Eh? ¿Qué? —Agité la cabeza y pestañeé un par de veces aunque no pudiera verme, porque esa pregunta me había dejado descolocadísimo—. ¿De qué hablas? ¿Qué sabes tú con quién he cenado?

—Con un chico muy mono con gafas, lo he visto en tu Instagram, en el oficial, además…

—¿Andrea?

—No me jodas, Nico, que es un chico muy mono, pero no pasa por una chica, ni de coña.

—No es una chica, no —me reí—. Su madre es italiana y allí es nombre de chico. También estaban con nosotros mi hermano y mi prima. Es un amigo de la familia, de toda la vida… No sé si reírme de que estés celoso de Andrea, ofenderme por que me pidas explicaciones o mosquearme por que hayas tenido tiempo de entrar a controlar mis redes antes de mandarme a mí un mensaje.

—A ver, Nico —resopló—, yo no he tenido ni tiempo de entrar en tus redes, me lo ha

enseñado Fredo con su mala intención habitual. No le he dado más importancia, pero cuando me has dicho que has encontrado algo más y mejor, pues me he acojonado, ¿qué quieres que te diga? Llevo mal lo de estar tan lejos, que te fueras como te fuiste, te echo de menos, y además eres el sueño erótico de medio mundo… Y me dices eso de que has encontrado algo mejor, no sé qué pensar. Es un chico guapísimo con gafas… Con lo que sé que te gustan a ti los chicos con gafas…

—Laza, para.

—¿Qué pasa?

—Que yo también te echo de menos y no quiero discutir.

—Pero…

—Pero nada. Me da igual ser el sueño erótico de medio mundo, yo solo tengo uno.

—Las gafas —afirmó.

—Tus gafas —susurré y me llegó su risa ahogada a través de la línea—, esas que has perdido. No estropeemos esto con tonterías, Laza, que tenemos muy poco tiempo para hablar… ¿Cómo va el rodaje? ¿Cómo lo llevas?

—Hoy he terminado mis escenas con Fredo, menos mal. Mañana se marcha, no sabes las ganas que tengo. Por eso no he salido con ellos esta noche, era su despedida. Le he dicho adiós y me he venido para el hotel.

—Me lo puedo imaginar —bufé—. Me alegro por ti, estarás más tranquilo. Aunque eso no te pasaría si no te liaras con gilipollas y los abandonaras después.

—Creo que eso lo tengo superado ya, ¿no?

—Eso espero. —Suspiré—. Qué ganas tengo de verte.

—Yo también, Nico. Bueno, cuéntame, ¿qué era eso que has encontrado?

—Una casa. —Sonreí emocionado, aunque sabía que no podía verme.

—¿Cómo que una casa? ¿De quién?

—A partir de mañana o pasado, mía. Ya he dado la señal.

—¿Cómo cómo? A ver, desde el principio, explícamelo. ¿Te has comprado una casa?

—Sí. Técnicamente no he firmado, pero sí.

—¿Dónde? —casi gritó.

—En la playa. Primera línea y con salida directa. Es maravillosa. Está en medio de la nada, sin vecinos, sin gente… Es absolutamente perfecta.

—Pero ¿para vivir?

—Claro, ¿para qué si no?

—Ya.

—Mira qué bonita es, te mando una foto. —Envié la imagen por mensaje y me quedé esperando hasta que los dos *check* azules me confirmaron que la había visto—. Bueno, tampoco es que sea preciosa, pero es mía. La he visto y ha sido un flechazo. Tenía que ser mía, tengo que vivir ahí.

—Ya.

—¿No te gusta?

—Sí, Nico, es bonita. Pero daría igual que me gustara o no. Te tiene que gustar a ti, ¿no?

—Bueno, pero quiero que te encante y estés a gusto en ella para que quieras venir a verme todo el tiempo.

—Voy a querer ir a verte todo el tiempo, estés donde estés. Pero igual, no sé…

—Igual ¿qué?

—Que igual deberíamos haber hablado del futuro antes de que te compraras una casa… No sé, pensaba que a lo mejor te querías venir a Madrid para que estuviéramos más cerca, pero ya veo que no. Aunque seguro que tienes mucho más trabajo en Madrid que en Valencia.

—Sí, pero son solo dos horas en tren o media en avión. No es nada. Tenía que hacer esto pensando en mí. Ya te lo he dicho: la he visto y ha sido un flechazo. No te lo sé explicar, Laza, era «mi» casa.

—Vale, pues si ya lo tienes claro, no hay nada más que añadir.

—¿Qué quieres que diga? Es que no sé qué problema tienes… No tenía casa y ya tengo una.

—Voy a colgar, Nico, estoy que me caigo de sueño. Te llamo cuando tenga un rato.

—Vale —acepté un poco descolocado por la despedida tan brusca.

Y colgó. Yo no entendí muy bien qué había pasado.

CAPÍTULO 49

EL BUCÓLICO DE TURNO



Tres días después de aquella conversación, era oficialmente propietario. Esa semana pasé mucho tiempo con mi familia y hablé muy poco con Laza. Él estaba a tope con el rodaje y apenas me escribía. Ya ni hablar de una llamada. Yo había estado ocupado con la obra y convirtiendo mi casa en algo remotamente parecido a un hogar, pero, si me hubiera llamado, yo sí habría tenido tiempo para hablar con él. Desde esa llamada en la que le había enseñado la foto de la casa, no habíamos vuelto a hablar.

Pasaron un par de semanas en las que mis conversaciones con Laza se reducían a unos mensajes a horas intempestivas y ni una vez habíamos coincidido en el tiempo como para mantener algo similar a una conversación. Sentía que, de algún modo, lo estaba perdiendo, de la manera más tonta y sin darme cuenta, y que no podía hacer nada al respecto.

El crujido del freno de mano accionado por la animal de mi prima me trajo de vuelta al presente.

—A ver, el bucólico de turno —Maya chasqueó los dedos delante de mi cara—, deja de mirar por la ventanilla y vuelve al mundo de los vivos. Hemos llegado, ¿no? ¿Es esta tu casa?

Me giré hacia ella mientras procesaba lo que me había dicho.

—Sí, es esta. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! ¡Enséñamela!

Bajamos del coche y descargamos las pocas cosas que habíamos traído. Una pequeña maleta porque ya tenía la cama y podía quedarme esa noche, algunos utensilios de cocina que me había comprado mi madre como regalo y sábanas y esas cosas. Había reformado lo más urgente la semana anterior (los obreros pueden ser muy veloces y eficaces cuando el dinero no es un problema) y pensaba ir haciendo poco a poco lo que fuera surgiendo.

—Qué pocas cosas has traído —apuntó Maya cuando me ayudaba a sacar las bolsas del maletero.

—Ya, es que no tengo demasiado… Casi todo lo que he ido acumulando en casa de mis padres es ropa. Mucha de la que me dan de regalo para que me la ponga y la promocione. Es tanta que acabo dándole la mayoría a mis hermanos.

—Ya, bueno, ahora ya tienes un sitio donde plantar tu culito.

—Sí, ahora sí. —Sonreí todo lo sincero que pude, que no era mucho.

—¿Por qué las escaleras para entrar? ¿Eran necesarias? Es una putada cuando llegas cargada —farfulló subiendo los pocos peldaños de la entrada.

—Para que el sótano tenga algo de luz natural.

—¿Tienes sótano y todo? Cómo mola. ¡Quiero verlo!

La conduje hasta la cocina, donde dejamos todo lo que habíamos traído, y le fui enseñando la casa. El sótano le gustó especialmente. Era en lo que más tiempo habían invertido los obreros y lo habían dejado muy bonito. Las paredes de un falso ladrillo cara vista y el suelo de hormigón pulido. Era un espacio diáfano enorme.

—¿Qué vas a poner aquí? ¿Un cine? Me acuerdo de cuando eras pequeño, que siempre decías que de mayor querías tener una sala de cine en tu casa, con palomitas y todo. Desde luego, te lo puedes permitir…

—La idea es un gimnasio —expliqué—. Esto está tan lejos de todo que va a ser la única forma de poder entrenar todos los días.

—¿No te caben las dos cosas?

—No sé. —Me encogí de hombros—. Ya veremos…

Y di por terminada la conversación. Porque todo lo que pensaba para mi nueva casa me parecía muy triste para mí solo. Igual el problema era que me resultaba triste estar solo. Llevaba solo demasiados años… Pero ya era un adulto y necesitaba tener un hogar propio, aunque fuera difícil, aunque doliera… Seguro que Maya, Manu y Andrea vendrían mucho a verme. Bueno, Manu igual cuando se casara y fuera padre, ya no. Empecé a respirar deprisa ante la avalancha de cambios que se avecinaban. La mayoría serían para bien, estaba seguro, pero la incertidumbre nunca ha sido lo mío. Yo soy de dejar las cosas claras y espero lo mismo del resto del mundo, por eso todo lo nuevo, de entrada, me genera inquietud.

Volvimos a subir a la planta baja y Maya se me quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Nico?

—Nada —mentí y me acerqué a abrir la nevera. Era la que venía con la casa, bastante cutre, tenía que comprar una nueva. No lo había hecho aún por si se estropeaba durante la obra—. ¿Quieres beber algo?

—Vale.

Yo cogí un refresco sin gas y sin azúcar y ella cogió otro con gas, azúcar, cafeína y todo lo chungo que puede contener un líquido enlatado. Tenía que haberlo traído ella, porque yo desde luego no lo había comprado.

—¿Me cuentas qué te pasa? —Se sentó en la encimera de un salto y cogió una bolsa de patatas fritas.

—No sé. —Me apoyé en la que quedaba justo enfrente—. Estoy como triste…

—Estás bajonero que te cagas.

—Siento que estoy perdiendo a Laza.

—¿Y eso? —Abrió mucho los ojos mientras se llenaba la boca de chips de patata.

—No sé. —Encogí un hombro—. La última vez que hablamos por llamada fue raro, y desde entonces, hace dos semanas ya, solo nos hemos mandado mensajes y cada vez menos. Siento que algo está muriendo antes de nacer…

—Llámalo.

—No. —Negué con la cabeza—. Él está currando, está muy ocupado. Sabe que yo no. Si no me llama, es porque no quiere.

Se me escapó una lagrimilla por el extremo del ojo y me la aparté rápidamente. Ella bajó de un salto de la encimera y vino a abrazarme.

—Bueno —susurró—, pues espera a que termine el rodaje y habláis tranquilamente… ¿Qué le queda?

—Una semana, creo.

—Bueno, pues eso ya está ahí. Te entretienes estos días haciendo cosas en la casa y antes de que te des cuenta lo tienes de nuevo en Madrid. Te plantas allí en cero coma y habláis todo lo que tengáis que hablar.

—Sí, eso haré. Gracias, Maya.

—De nada. Yo ahora me tengo que ir, ¿tú qué vas a hacer? ¿Solo veníamos a traer cosas o te quedas?

—Me quedo, me apetece pasar una primera noche aquí. Ya tengo cama.

—¿Estás seguro? Mira que una casa sin muebles puede ser un poco deprimente —soltó mi prima con su escasez de delicadeza habitual.

—Gracias por el dato, por si acaso no me lo parecía a mí, ahora ya sí.

—Te lo parecía seguro. —Puso los ojos en blanco—. Una casa casi vacía siempre parece deprimente. Por eso te has puesto así, se te ha acentuado la sensación. ¿Seguro que no quieres volverte conmigo?

—No, no, seguro. Tengo en diez minutos un directo de Instagram con el chico este tan gracioso, que se lo prometí hace semanas, te lo conté.

—Sí, sí, cierto… Procura no sacar nada que pueda darle contexto a la gente de dónde está la casa o estás jodido.

—Claro. —Me reí—. Lo tendré en cuenta.

Maya me dio otro abrazo de despedida y se marchó. Y con ella se fue un poquito de calor. La casa se quedó más fría y desangelada que nunca. Me sentí raro. Inquieto. Me recordé a mí mismo que en cualquier momento podía llamar un Uber o un taxi y que viniera a por mí. No pasaba nada. Y en el peor de los casos, tenía a esos vecinos relativamente cerca.

CAPÍTULO 50

OPORTUNIDADES DESPERDICIADAS



—Entonces, ¿te has comprado una casa? ¿Estamos hablando desde tu casa nueva? —preguntó Ninfodoro cuando ya llevábamos unos veinte minutos de directo en los que se había dedicado a hacerme preguntas *random* y a emitir todo su repertorio de gritos y exageraciones. Me parecía un chaval divertidísimo.

—Así es —asentí apoyado de nuevo en la encimera mientras seguía sosteniendo el móvil delante de mi cara.

—¿Y dónde está?

—Buen intento —me reí y él soltó una carcajada.

—Para que luego digan que los rubios son tontos, me he ido a enamorar del único listo.

Dejé escapar la risa de nuevo.

De ahí pasó a preguntarme sobre los próximos trabajos que tenía previstos y, cómo no, sobre la película.

—¿Entonces son ciertos los rumores de que has hecho una película con Oriol Tusquets?

—Lo son —volví a asentir.

—¿Y Lázaro Sosa participa también en esa película? —preguntó en tono despreocupado.

—Sí. Y no sigas por ahí, que te estoy viendo venir. —Me reí.

Me salvó que todo con él fuera una broma, porque si hubiese sido, por ejemplo, mi madre quien me hubiera preguntado cómo estaban las cosas con Lázaro, es posible que me hubiera puesto a llorar.

—Solo quiero saber qué tipo de relación te une a Lázaro. Se os lleva viendo juntos meses, aunque nunca demasiado cerca… Y se rumorea que en el rodaje actuabais como una pareja… ¿Hay algo que quieras contarnos?

—Lázaro es un gran compañero y ha sido genial trabajar con él. Es muy profesional. Me ayudó un montón y me lo puso todo muy fácil…

—¿No me vas a contar nada más personal? ¿Sois muy «amigos»?

—Sabes que no hablo de mi vida privada, lo sabes de sobra.

—Quería ver si colaba. —Suspiró de modo dramático.

El ruido de un coche acercándose por el camino me sorprendió. Miré por encima del móvil, a través de la ventana de la cocina y vi un taxi que se acercaba. Tenía que rodear la casa para llegar hasta la entrada, pero no era una carretera de paso, era mi acceso particular. Quien quiera que fuera o se había perdido o venía a verme a mí.

—¡Nicolás! —gritó Ninfodoro en mi teléfono.

—Perdona, no te he escuchado. Es que parece que tengo visita —le expliqué mientras me acercaba a la puerta de entrada, que había dejado abierta, y desde la que ya se veía el coche detenido y al taxista sacando un par de bultos del maletero—. Vamos a tener que dejarlo aquí, Doro, te prometo que otro día repetimos. —Mi imaginación iba a mil por hora esperando ver salir del coche a la mejor de mis opciones—. Hasta la próxima a todos. Gracias por habernos acompañado.

Cerré el directo justo en el momento que Laza se apeaba del coche. Le dio una propina al conductor y luego se giró hacia la casa y me vio ahí plantado como un imbécil en los escalones de mi porche, sin saber bien si entrar, salir, correr, saltar, entrar en pánico, volar hacia él, hacerme el muerto o sufrir un colapso nervioso. Me sostuvo la mirada, de pie junto a su equipaje, mientras el taxi se alejaba por el camino por el que había venido. Yo todavía sopesaba la posibilidad de que todo fuera producto de mi desbordada imaginación, que lo echaba tanto de menos.

—Vengo directo desde Noruega. Tres aviones y dos taxis. ¿Y tú no puedes ni acercarte a darme un abrazo? ¿No me vas a invitar a entrar? ¿No vas ni a saludarme? —preguntó desde la distancia dejando escapar mi sonrisa preferida del mundo.

Dudé. Miré un momento mi móvil para comprobar que no seguía en directo y lo guardé en el bolsillo. Me acerqué a él con cautela. Por algún motivo, estaba asustado. ¿Sería capaz de haber ido hasta mi nueva casa para romper conmigo en persona?

Me quedé a un palmo de distancia, sin atreverme a aproximarme más y conteniendo las ganas de llorar. Era demasiado inesperado y no estaba seguro de que fuera bueno después de lo ocurrido (o no ocurrido, más bien) en las últimas semanas. Él me aguantó la mirada hasta que se cansó y recorrió el paso que faltaba para darme un abrazo. Se lo devolví y, cuando su olor me envolvió, rompí a llorar como un crío. De repente se volvió real: Laza estaba en mi casa.

—¿Qué pasa, Nico? No me asustes…

—Estás aquí —murmuré—. ¿Por qué estás aquí?

—Manu me dio la dirección. Quería darte una sorpresa… ¿No te alegras de verme? Vamos dentro y me enseñas la casa.

Cargamos cada uno una de las maletas hasta el interior y luego le fui enseñando, nervioso perdido, toda la planta baja.

—¿Quieres ver el sótano o el piso de arriba?

—El de arriba —pidió.

Me siguió por la escalera con una de las maletas. A mí no se me había ocurrido coger la otra. Al llegar al dormitorio, la dejó sobre la cama y la abrió.

—¿Vas a quedarte? —pregunté.

—Sí. —Se giró a mirarme—. Si te parece bien.

—Sí, claro —me apresuré a contestar—. Aún no tengo cosas, ni muebles, pero nos apañaremos.

—Nico, siento mucho cómo fue nuestra última conversación por teléfono… Y siento haber estado distante desde entonces. Entiendo que estés enfadado, pero yo tenía mucho en lo que pensar y si te llamaba corría el riesgo de que la conversación acabara igual que la anterior.

Asentí con la cabeza.

—No estoy enfadado —aseguré por fin.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—No lo sé. —Negué con un gesto—. Aún no sé a qué has venido. ¿Has venido a romper

conmigo?

—No —se rio—. A menos que sea lo que tú quieras, no hay nada más alejado de mi intención. Vengo justo a lo contrario.

—¿Qué es lo contrario? —pregunté con curiosidad real.

—He venido a conquistar territorio.

—¿Qué?

—¿Nunca has jugado al Risk? ¿O has visto escaladores o exploradores que plantan su bandera cuando coronan una cima o reclaman un territorio? Pues a eso vengo.

—¿Qué? —Juro que yo no podía estar más descolocado.

Sacó su neceser de la maleta y luego se dirigió al baño de la habitación. Lo seguí. Cogió su cepillo de dientes y lo dejó en el vaso, junto al mío, que yo había colocado ahí en algún momento con toda la intención de que la casa pareciera más un hogar, aunque todavía no había tenido ocasión de usarlo. Lo que intentaba hacer Laza era lo que no terminaba de pillar.

—Un pequeño gesto para un hombre —dijo recolocando el cepillo en el bote—. Pero un gran avance para Nico y Laza. —Sacó de su bolsa de aseo el bote de líquido de lentillas y lo colocó en el único estante que había de momento en el baño.

—Estás dejando tus cosas en mi casa… Te estás poniendo cómodo… ¿Te quedas unos días? —me atreví a preguntar.

—Estoy conquistando territorio. —Negó con la cabeza—. Estoy reclamando mi lugar en esta casa.

—Tú siempre tendrás un lugar en mi casa —murmuré—, siempre que quieras.

—La casa será tuya sobre el papel, pero, si voy a vivir aquí, y créeme que quiero vivir aquí, la llamaremos «nuestra casa». ¿Te parece bien?

—¿Quieres vivir aquí? —Pestañeé un par de veces—. Pero si a ti te encanta vivir en el centro de Madrid.

—Me encantas más tú. Entre el centro de Madrid —extendió una mano— o una casa en la playa rodeada de nadie y contigo —extendió la otra—, no sé dónde está la duda…

—¿Quieres vivir conmigo? —Una sonrisa subió hasta mi cara sin pedir permiso—. ¿Aquí?

—Sí —aseguró.

—¿De gorra?… Qué cara más dura… Tanto tiempo pensando que solo me querías por mi cuerpo y va a resultar que era también por mi dinero…

Dejó escapar una carcajada desde lo más hondo de su pecho.

—Me da igual qué nombre ponga en la escritura. Quiero vivir contigo. Y que me incluyas en tus decisiones, eso me encantaría también.

—¿Fue eso lo que te molestó? ¿Que lo hiciera sin contártelo primero? —Él asintió—. Fue un impulso… Y yo necesitaba hacer algo así pensando en mí mismo.

—Vale, pues ya lo has hecho… Para la próxima locura, ¿prometes tenerme en cuenta?

—Claro —murmuré con una sonrisa.

Me hizo un gesto con la mano como para pedirme que esperara un momento. Sacó del neceser el recipiente donde guardaba las lentillas y se las quitó en un momento. Dejó el cacharrito también en el estante y se puso las gafas, que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—¡Las has encontrado! ¿Dónde estaban?

—En un bolsillo exterior de la maleta. Me lo dijo Meri, las vio por ahí y las guardó para que no me las olvidara en Bali.

—Todo ese tiempo las teníamos tan cerca… Tantas oportunidades perdidas…

Soltó una carcajada.

—Y aun así, ya me las he puesto y seguimos hablando… Estoy jugando sucio, lo sé, pero llevo aquí como veinte minutos y te he dicho que quiero que vivamos juntos y ni siquiera me has besado.

Me reí entre dientes y di un paso hacia él.

—¿Por eso te has puesto las gafas? ¿Por un beso? ¿Eso quieres? —susurré.

—Me conformaría, sí.

Me acerqué un poco más, hasta que nuestros labios quedaron a apenas unos centímetros.

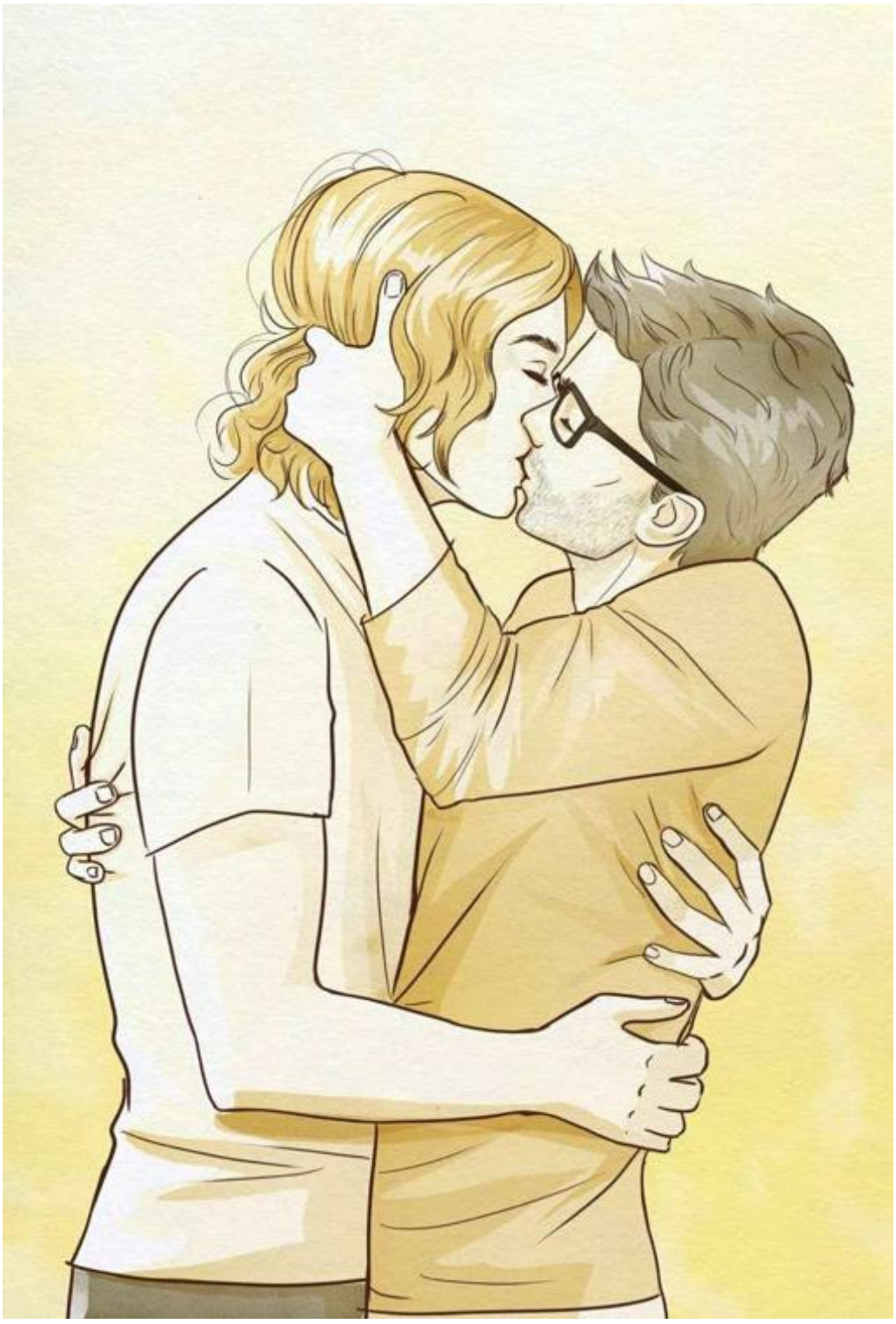
—Ya que no hay nadie más por aquí, lo mismo yo también me conformo con besarte a ti…

—Y seguimos hablando… —protestó y cerró los ojos.

Me acerqué lo justo. Mis labios rozaron los suyos de un modo muy sutil y él los abrió con un gemido. Le mordí el labio inferior y su lengua salió en mi busca. Me encontró. Nuestros labios, lenguas y dientes se saludaron con cautela, con delicadeza, se tantearon después de tantos días separados. Pero ya estábamos juntos y no había manera de volver a separarnos, ni metafórica ni literalmente. En lugar de eso, aumentamos la intensidad hasta que el ritmo se volvió algo frenético y empezamos a desbordar ganas por todas partes. Dejé salir los miedos y las inseguridades. Y me centré en él, en la certeza de ese presente con el que ambos nos «conformábamos».

Lo levanté a pulso y lo llevé hasta la cama. Lo dejé caer sobre ella y tiré al suelo su maleta en un gesto brusco.

—Hoy no te escapas, Laza —susurré con mi mejor sonrisa antes de lanzarme sobre él—. Ha llegado el momento: hoy lo hacemos con las gafas.



UN EPÍLOGO PARA NOSTÁLGICAS

SAMU

Me vas a permitir que me asome por aquí para contarte esto, ¿verdad? Al fin y al cabo, se trata de mis hijos. Y sí, aunque esta sea la historia de Nico, soy consciente de que he dicho *hijos,* en plural. Supongo que lo entiendes, tengo cuatro y siempre he intentado ser un padre justo. O lo más justo posible, al menos.

Hoy es un día muy especial para todos, pero sobre todo para Manu. Estamos en un palacete que pertenece a la familia de Paola, mi nuera. Son gente de mucha pasta. Yo acompaño a mi hijo en la habitación que han designado para el novio, y ahora mismo nos encontramos los dos solos.

Respiro hondo y coloco las manos sobre sus hombros. Está sudando, le tiembla todo el cuerpo y se toca compulsivamente la cabeza. Casarse a los veinticuatro años da vértigo. Mucho. Lo sé bien porque pasé por ello en su momento. Intento ponerme en la piel de mi hijo pequeño, pero las circunstancias en las que me casé yo y en las que lo hace él son diferentes.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad? No tienes que casarte si no es lo que quieres. No serás peor padre por eso.

—No voy a hacerle eso a Paola, papá —asegura.

—Ese tampoco es un motivo para casarse —insisto.

—La quiero, papá. Llevo con ella seis años, y vamos a tener un hijo… Me voy a casar con ella.

—Estupendo, en ese caso, verás como es muy fácil. Solo tienes que responder, cuando te pregunte el juez, con un «sí, quiero» —le explico mientras finjo que le ato la corbata, aunque en realidad no sé ni lo que estoy haciendo, pero me ha parecido que sería una imagen padre-hijo muy típica para recordar. Aunque si el pobre aparece en su boda con un nudo de corbata que parece un mojón, también será inolvidable, pero por otros motivos.

—Papá, ¿qué haces? ¿Estás seguro de que esto es así?

—Yo qué sé, hijo… Si me he puesto corbata tres veces en mi vida. —Resoplo frustrado antes de rendirme—. Por eso yo llevo pajarita, que ya vienen hechas. —Doy un tironcito para demostrárselo.

—¿Buscamos un tutorial en YouTube? —pregunta Manu con cierta inseguridad.

—Lo he intentado alguna vez, y tampoco funciona. Voy a preguntarle a tu madre.

Estrella está organizando cosas con la madre de Paola. Se supone que a mí me tocaba la parte fácil. La llamo al móvil.

—Dime, Samu —contesta enseguida—. ¿Pasa algo?

—El nudo de la corbata —confieso—. Fracaso total.

—Venga ya, Samu, si has atado mil corbatas en tu vida…

—Pero atarla al cabecero de la cama no es lo mismo que al cuello de mi hijo y que quede bonito —me defiendo.

—Argh, joder, papá, ya te vale —protesta el novio y a mí me da la risa.

—¿Han llegado ya todos? ¿Está por ahí Loui? —pregunto por uno de mis mejores amigos, el que con toda probabilidad tendrá más experiencia en esto.

—Sí, ya están todos aquí. Se lo digo.

Pero no es el primero en llegar. Mi mejor amigo y hermano de Estrella es el que aparece por la puerta al momento.

—Manu, aún estás a tiempo. No caigas en la trampa como nosotros… ¡Huye! —grita desde la puerta y se lleva una colleja de su mujer.

A mi hijo le da la risa, como siempre con las coñas de su tío.

—¿Sabes hacer un nudo de corbata? —le pregunto para ganar tiempo.

—Solo la colombiana —dice con voz de mafioso y se vuelve a llevar una colleja, esta vez acompañado de un «fantasma» murmurado por ella.

—Ahora sube Loui, ha ido Chus a buscarlo. Es tu mejor opción —aclara él—. Vamos bajando nosotros, solo queríamos darle un abrazo al novio.

Se acercan los dos, y le dan por turnos un abrazo a Manu.

—Samu, tenemos un problema gordo. —Maya aparece por la puerta en ese momento, pero se queda parada al ver a sus padres.

—¡Bueno! ¡Si tengo hija! —suelta su padre a un volumen excesivo—. ¿Cuánto hace que no pasas por casa? ¿Una semana?

—Venga, papá, no seas exagerado. Solo hace tres días que no nos vemos. Y sí he pasado por casa. Lo sabes, os dejo notas.

—Nos deja notas, nano —me contesta a mí su padre—. Parece que un padre no necesita más.

Me río, pero no le hago mucho caso y me centro en su hija.

—¿Qué pasa, Maya?

—Está la entrada llena de fotógrafos —suelta ella tras un suspiro.

—Mierda —mascullo—. Dime que ya ha llegado Nico, que ya están dentro y que esa gentuza está ahí esperando por nada.

Maya tuerce el gesto y niega con la cabeza. Resoplo con frustración y le indico con un gesto de cabeza que la acompaño.

—Manu, te dejo con tus tíos. Ahora vendrán a echarte una mano con la corbata. ¿Todo bien?

—Sí, papá, vete tranquilo —asegura el pequeño—. Pero haz que se vayan, que no me estropeen este día…

Asiento con un gesto para infundirle tranquilidad y salgo de allí con mi sobrina.

Por el pasillo nos cruzamos a Loui y Chus, que van camino de auxiliar a mi hijo. Les doy las gracias y prometo verlos luego; yo continúo mi ruta hacia donde Maya me va indicando.

No necesito salir al jardín para comprobar lo que me había adelantado mi sobrina. A través de los ventanales de la recepción, se aprecia claramente cómo los fotógrafos se arremolinan en la entrada, ante la reja de la puerta. El arco y las sillas donde va a tener lugar la ceremonia está dispuesto junto al muro del jardín. Por encima asoman también cabezas con cámaras. Deben de estar subidos en escaleras o en algún tipo de plataforma, pero el caso es que parece que nos van a dar el día. Maya me dice que tiene que ir a solucionar no sé qué y me quedo solo, debatiendo conmigo mismo si intentar hablar con los fotógrafos por las buenas o idear un plan para que Nico entre en la casa sin tener que atravesar la jauría.

Alcanzo a ver una limusina de color amarillo limón que se detiene al otro lado de la calle. Los fotógrafos se vuelven locos y dirigen toda su atención para allá. No me pega nada que Nico haya elegido un vehículo tan llamativo para un momento así. Y estoy en lo cierto. Cuando se abre la puerta del coche, son mis otros dos hijos los que bajan.

Uno de ellos lleva un teléfono en la mano y va hablando a cámara, mientras el otro atiende a

los periodistas como si les hubieran estado esperando a ellos. En su línea, vaya. Decido esperarlos aquí, para poder saludarlos tranquilo y sin prensa. Se toman su tiempo para atravesar la marea de fotógrafos y acceder a la casa. Entran pendientes del teléfono, sin echar un vistazo a su alrededor y sin reparar en su padre, al que hace casi seis meses que no ven.

—Pues sí, en este palacete tan molón se va a casar nuestro hermano Manu, luego os enseñamos cómo está todo de bonito —va diciendo Guille mientras me acerco hacia ellos por su espalda hasta quedar colocado entre ambos, perfectamente integrado en el encuadre—. ¡Papá! —gritan los dos y les paso una mano a cada uno sobre los hombros—. Gente, este es nuestro padre, creo que ya lo habéis visto en alguna ocasión…

—A ver, tengo un mensaje para los que están viendo esto —digo mirando a mis hijos, pero a través de la pantalla.

—Papá, estamos en directo —murmura uno de los gemelos.

—Será un momento —aseguro—. A ver, seguidores y seguidoras de mis hijos. Apagad vuestros teléfonos y volved a vuestras vidas. No toméis a estos dos cafres como ejemplo de nada. Haced algo productivo con vuestro tiempo.

—Todo esto es porque está enfadado por no vernos desde Navidad —dice Guille a su público.

—Y porque no hemos venido a saludarlo nada más entrar —añade Dani—. Así que, vamos a cortar el directo y hacerle caso, que se nos enfada…

Corta la emisión y ambos se giran hacia mí indignados.

—¡Papá! ¡Ya te vale! ¡Les has pedido a nuestros *followers* que dejen de seguirnos! —protesta Dani mientras Guille trastea en el móvil para dejar colgado el directo que acaban de cortar abruptamente.

—Hostia, hostia, Dani, que estamos subiendo seguidores. Ya tenemos más de doscientos comentarios, y lo acabo de subir… De gente que lo estaba viendo y se ha quedado con ganas de comentar, supongo, porque todos son del palo: «qué *crack* el padre», «ya sabemos a quién han salido», «fan del padre *hater*», «que el señor Samuel salga en más directos, por favor»… Y así un montón.

—Pffff —resoplo—. El mundo se va a la mierda. —Suspiro—. En fin, id a saludar a vuestra madre, yo voy a ver si consigo que esta gentuza se largue antes de que llegue Nico.

—Suerte con eso —dice Guille—. No parecen tener intención.

—Ya, eso me temo.

Me armo de valor y salgo de la casa.

—¡A ver, por favor! —grito todo lo fuerte que puedo al llegar donde se aglutina esa piara infame—. ¿Serían ustedes tan amables de respetar la intimidad de mi hijo pequeño, que no es en absoluto una figura pública, y quiere que este día sea especial por un único motivo?

Del todo ajenos a mi petición, comienzan a hacerme preguntas que saben que no les voy a responder.

—Como padre y representante de Nicolás, confírmenos, por favor, si es cierto que Nicolás y Lázaro son pareja.

—¿Es cierto que están viviendo juntos?

—¿Es posible que esta boda sea en realidad la de Nicolás y Lázaro y lo del hermano sea todo una tapadera?

Me giro intentando localizar a quien haya dicho semejante barbaridad, pero hay tal cantidad

de gente que lo dejo por imposible. Aparece entonces un coche en el que sí, estoy seguro de que vienen Nico y Laza. Es el tipo de vehículo de alquiler con conductor que los he visto usar en alguna ocasión, no la fantasmada de limusina que han alquilado sus hermanos. Me río interiormente al recordarlo, pero jamás reconoceré delante de ellos que en realidad me hace gracia.

Las puertas traseras del coche se abren y por cada una baja uno de ellos. Los fotógrafos enloquecen y acuden hasta allí. Laza parece nervioso, pero mi hijo parece mosqueado. Nico rodea el vehículo como puede y, cuando llega junto a Laza, ambos emprenden el camino hasta donde estoy. No miran a la prensa ni contestan a ninguna de las preguntas que les están haciendo. Van los dos vestidos ya para la boda y con gafas de sol. Los periodistas no desisten y continúan lanzando cuestiones al aire, pero tantas y tan continuas que apenas se entiende lo que dicen.

Mi hijo llega por fin hasta mí resoplando y maldiciendo entre dientes. Me abraza con fuerza y me pregunta al oído:

—¿Cómo está Manu?

—Muy nervioso —susurro para que solo me oiga él.

Nico suspira y se gira hacia los fotógrafos.

—A ver, por favor, este día es muy especial para mi familia y nos gustaría un poco de intimidad. Se casa mi hermano pequeño y os agradecería mucho que no se lo pongáis más difícil.

Los periodistas deciden ignorar por completo la petición de Nico y siguen acribillándolo a preguntas.

—¡Vale! —grita. Lo conozco bien y sé que está intentando mantener la calma—. ¿Qué necesitáis para marcharos y dejarnos en paz? ¿Que os confirme algo? Os concedo tres preguntas. Prometo contestaros con la verdad si vosotros me prometéis que, después de mis respuestas, os marcharéis y dejaréis que mi hermano se case tranquilo. ¡¿De acuerdo?!

Los periodistas asienten y comienza el bombardeo.

—¡He dicho tres! ¡Y no todas a la vez! A ver, tú. —Señala a uno al azar.

—¿Es verdad que mantienes una relación sentimental con Lázaro?

Nico hace una mueca para aguantar la risa y le pasa un brazo sobre los hombros a Laza, que parece considerablemente más nervioso que él.

—Sí, es cierto. ¡Siguiente pregunta!

—¿Es cierto que estáis viviendo juntos?

—Sí, también lo es. —Asiente con la cabeza.

—¿Es cierto que esta, en realidad, es vuestra boda?

—¿Qué? ¡No! —Nico suelta una carcajada y los periodistas emiten casi al unísono un gruñido de decepción—. Os aseguro que el que se casa es mi hermano pequeño con su novia de toda la vida. Yo he cumplido mi parte del trato; así que, si sois tan amables, os agradecería mucho que me dejarais pasar este día tan especial con mi familia y mi pareja. —Sonríe y les guiña un ojo.

—¡Nicolás, Lázaro, por favor! ¡Dadnos una imagen para la noticia! ¡Un beso!

—Pffff —resopla Nico—, ¡sois muy pesados! —Luego se gira hacia Laza y murmura—: tienen suerte de que siempre me venga bien besarte.

Y ahí reconozco mis genes. Se me escapa la risa entre los dientes y Laza se ríe también. Nico se inclina a besarlo y los fotógrafos no detienen las ráfagas de disparos hasta que se separan de nuevo. Los conduzco hacia el interior mientras parece que la gentuza de la calle comienza a

marcharse. Sorprendentemente, cumplen su parte del trato.

Los acompaño hasta la habitación donde he dejado hace un rato al novio con mis amigos; pero ahora está él solo con sus hermanos. En cuanto nos ven entrar, dan un grito que hace que Nico se olvide de Laza y de mí y salga corriendo a darles un abrazo de esos con saltos que se dan los cuatro juntos cada vez que se ven.

Le paso un brazo a mi yerno por encima de los hombros.

—Ay, Laza, Laza, espero que sepas dónde te has metido… No acepto quejas ni devoluciones, estás avisado.

—Me lo voy a quedar de momento. —Se ríe.

—¿No te acabo de decir que no acepto devoluciones? A este te lo quedas para siempre, y así ya lo doy por colocado.

—Me parece bien… —Sonríe y mira a Nico como si no hubiera nadie más en la habitación, o incluso en el mundo.

Suspiro porque no sé en qué momento mis hijos se han hecho adultos.

Un pitido en mi móvil reclama mi atención. Es una alerta de Google que me avisa de que hay un montón de nuevas entradas sobre Nicolás Andújar en ciento veintitrés páginas de noticias diferentes. Las miro un poco por encima, porque ya sé lo que me voy a encontrar: «Confirmado: Nicolás Andújar y Lázaro Sosa tienen una relación», «Se confirma la pareja del momento», «El secreto a voces ya no lo es»… Y así hasta el infinito. Todas acompañadas de la foto del beso. Hay páginas que han hecho un recopilatorio con todas las imágenes de los últimos meses, hasta las de cuando no eran pareja.

—En fin, ya está —le digo a Laza—, un problema menos.

—Yo tengo la teoría de que ahora perderán un poco el interés.

—Esperemos. —Suspiro.

Tras la ceremonia y la cena, la gente empieza a beber y a bailar, como es típico en las bodas. He estado un rato en la mesa de mis amigos, pero ya de camino a la mía, me fijo en la chica más guapa de la fiesta. Está de pie junto a la pista de baile y no le quita ojo a nuestros hijos, que están todos de risas en una mesa. La abrazo por la espalda y le beso el cuello.

—Bueno, nos salieron bien dos de cuatro, yo nos doy por aprobados como padres… —susurro y me río.

—¡Los cuatro nos salieron bien! —Se ríe ella también y me da un codazo en las costillas—. Puede que no entendamos el modo de vida de los gemelos, pero lo cierto es que tienen éxito y son buenos en lo que sea que hacen. Son autosuficientes, tienen una buena vida y, lo más importante, son felices.

—Lo sé. —Me río—. En realidad, te voy a confesar algo ahora que no nos oyen. —Me acerco más a su oído y susurro—: no puedo estar más orgulloso de todos ellos.

En ese momento, vuelve a pitar una alerta de Google en mi bolsillo. Lo reviso pensando que algún medio despistado publica ahora la noticia de antes; pero no, en este caso hay muchas más entradas y no son de páginas de cotilleos, son de prensa seria. Todos los portales informativos de primer nivel se hacen eco de esta nueva noticia para la que mi orgullo de padre no estaba preparado. Deslizo el dedo por la pantalla y leo por encima los titulares.

—Estrella —murmuro y se los muestro.

«Se acaba de anunciar la lista de los nominados a los premios Goya. La sorpresa de este año:

Nicolás Andújar se cuela como candidato a mejor actor revelación».

«Los Goya están de moda: Nicolás Andújar nominado a mejor actor revelación».

«Un *top model* de fama mundial en la lista de nominados a los Goya».

—¿Sabes, Estrella? —le susurro—. Olvida lo que acabo de decir. No volveré a cometer el error de pensar que no puedo estar más orgulloso de ellos, porque está claro que me van sorprendiendo cada día y siempre acabo estándolo un poco más.

EL EPÍLOGO DE NICO

—¿Me odias? —le pregunto a Laza por enésima vez mientras él cierra la funda de su traje.

—Que noooooooooo. —Se ríe, como todas las otras veces—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Me da miedo ganar porque tú no tienes ningún Goya, y eso podría volverse algo chungo entre nosotros…

—Ya sé que no tengo ninguno. —Vuelve a reírse—. No necesito que me lo recuerdes.

—Vale, perdona —acepto—. ¿Ves como te molesta un poco?

—Qué va. Además, son categorías diferentes. Al de «mejor actor revelación» solo puedes optar con tu primera película, y la mía fue de tan bajo presupuesto que pasó totalmente desapercibida. El de «mejor actor protagonista» es una categoría reñidísima.

—Toda esta explicación para no reconocer sencillamente que soy mejor actor que tú —bromeo y luego chasqueo la lengua—. Asúmelo, supéralo y sigamos con nuestras vidas.

Se abalanza sobre mí a traición y me hace caer sobre la cama.

—¿Crees que eres mejor actor que yo? —Sonríe.

—No es que lo crea yo, lo han dicho los sabios: tengo una nominación. Lo soy, reconócelo. No pasa nada, yo te querré igual.

—Solo si tú reconoces que soy el hombre más atractivo del mundo —me la devuelve.

—Mmm… Quizá podría concederte eso… Oh, oh, espera. —Lo empujo para que me deje levantarme y voy corriendo hasta la habitación en la que guardo todos los trastos que no tengo todavía claro dónde ubicar.

Localizo lo que he venido a buscar y lo *tuneo* un poquito antes de volver con él.

—Y el hombre más atractivo del mundo es… —digo al entrar de nuevo en la habitación—. Trrrrrr… ¡Redoble de tambores! (Pausa dramática)… ¡El gran Lázaro Sosa!

A él se le escapa una carcajada, pero yo sigo en mi papel (al final va a resultar que soy un gran actor) y le entrego el trofeo improvisado que escondía a mi espalda. En la placa de cristal y oro que contiene el título de «hombre más atractivo del mundo», he colocado una pegatina encima de mi nombre y he escrito el suyo con rotulador. Se la entrego, junto con un beso y él la recibe con una sonrisa.

—Nico, igual el pegamento no sale y la has estropeado.

—Ah, no pasa nada, tengo más —lo vacilo con despreocupación.

—Pues entonces, muchas gracias, de verdad —empieza su discurso con tono emocionado. Está actuando y me encanta—. En primer lugar, me gustaría agradecerle este… Esta cosa tan cutre —se burla de mi creación y yo me río— a mi novio. Sin él, esto no habría sido posible. —Levanta la placa—. Además de presumido, parece que también es torpe y manazas.

—¡Eh! —protesto con fingida indignación—. No te metas con mi arte.

—¿Ahora también eres artista? —Sonríe y enarca una ceja.

—Modelo, actor, artista… —Enumero a la vez con los dedos—. Y todo lo hago bien. Además estoy buenísimo y forrado… No me mereces, espero que lo tengas claro.

—No merezco, no. —Deja escapar la risa entre los dientes—. Si yo soy buena gente.

—Qué indignado estoy —protesto—. Te hago el regalo más romántico del mundo y ¿así me lo agradeces? ¿Burlándote de mi arte?

—¿Arte? ¿En serio? —Suelta una carcajada.

—Me vas a obligar a recurrir a las masas, verás como me dan la razón.

Le quito mi creación de las manos y le hago una foto. La subo a los *stories* de Instagram de mi cuenta profesional, la que tiene más de ocho millones de seguidores, hoy voy a por todas. Y añado una encuesta en la que pregunto: «¿cutre o romántico?».

Como si la gente hubiera estado esperando a que les preguntara, empiezan a llegar las respuestas al momento. Miles de clics al botón de «romántico». Y miles de comentarios también dicen «muero», «amo», «necesito», «Lázaro Sosa es un cabrón con suerte» y cosas así. Se los muestro a Laza junto con una enorme sonrisa de suficiencia.

—Es superprecioso y romantiquísimo, y tú no lo sabes apreciar…

—Son tus seguidores, obvio que te van a dar la razón. —Se ríe.

Abro la boca para protestar, pero él se adelanta y me besa. Me olvido enseguida de mi indignación e intento calcular mentalmente cuánto nos podemos entretener.

—Nico —murmura al separarse de mis labios un poco, pero todavía los roza.

—¿Mmmm?

—Vamos a perder el avión, y a los que llegan tarde o no se presentan, no les dan el Goya.

—¡Argh, maldito! Sé que mientes, pero vámonos. —Cierro la maleta tal y como está y la bajo de la cama.

—¿No compruebas que no te hayas olvidado nada?

—Paso. Si falta algo, lo compramos en el aeropuerto o donde sea.

—Tenemos tiempo de comprobarlo… —asegura con condescendencia.

—La próxima vez piénsatelo mejor antes de asustarme.

Bajamos las escaleras a toda prisa y Laza arrastra la maleta hasta el taxi que lleva un rato esperándonos en el camino de la entrada. Yo voy apagando luces y esas cosas que se hacen antes de salir. Cuando llego a la puerta, doy un último repaso visual para comprobar que dejo todo en orden en casa. Ya llevamos casi un año viviendo aquí. Pasó muy rápido de ser mi casa a ser nuestro hogar.

Y eso me hace feliz.

Muy feliz.

Más incluso que ganar un Goya.

O casi.

EL EPÍLOGO DE LAZA

—*¡Necesitamos a Evans! ¡Solo él puede salvarnos!* —chilla Nico de pie sobre el sofá.

Está leyendo en la tablet uno de los últimos guiones que me han enviado. Yo le escucho mientras voy cortando verdura. Y también lo miro de vez en cuando, es imposible no hacerlo. Tenemos la cocina abierta al salón y esta es una situación bastante recurrente. Solo lleva ese pantalón minúsculo que le gusta tanto y que no se ata por esa paranoia suya de las marcas en la piel. Y temo que se le va a caer en cualquier momento.

—Vas a destrozar el sofá —me quejo ya por inercia y echo la cebolla en la sartén.

—*Lamento traer malas noticias, señor* —sigue con su declamación ignorando totalmente mi comentario—. Oh, oh, esto se pone interesante… *Hemos conseguido impedir la colisión, pero el meteoro no ha sido destruido, solo hemos desviado su trayectoria y ahora se dirige sin remedio hacia la luna.* ¡Oh, Dios mío! ¡Tienes que hacer esta película! —Se descojona, aunque pretende que parezca que habla en serio.

—No pienso hacerla. —Me río y niego con la cabeza mientras remuevo un poco el sofrito—. Además, no entiendo la sorpresa, el título es *Colisión inminente 2: Salvar la luna*. Eso se sabe desde el principio.

—Tienes que aceptarla, Laza, ¡tienes que salvar la luna! ¡Te necesitan! ¡Evans es el único que puede hacerlo!

—Pues que se inventen un accidente que le desfiguró la cara a Evans y se busquen a otro. —Me encojo de hombros.

—Voy a preguntarle a Paquito, que es el que más sabe de cine en esta casa, a ver qué opina.

Camina de pie sobre el sofá hasta que alcanza la estantería que le queda más cerca, donde descansa su premio Goya. Lo coge, se sienta sobre el respaldo y le habla directamente al cabezón de bronce.

—¿Qué opinas, Paquito? ¿Debería Laza salvar la luna? Ajá, entiendo. Dice que sí —añade dirigiéndose a mí.

—Ah, eso lo cambia todo —ironizo—. No se hable más. Si lo dice Paquito…

—Imagínatelo, yo lo estoy viendo ya en carteles gigantes por todo el mundo. —Abandona a Paquito en el sofá y viene hacia mí con las manos en alto—. Lázaro Sosa vuelve a salvar a la humanidad en *Colisión inminente 2: Salvar la luna*.

—No va a ocurrir… —añado con un canturreo para seguirle la broma. Sé que él respeta que no quiera hacerlo, pero le gusta jugar a discutir.

Viene hasta aquí y, tras apartar lo que le molesta, se sienta en la encimera frente a mí.

—Podrías conseguirme una prueba para el papel de tu ayudante, el agente Juárez.

Volveríamos a trabajar juntos… ¿No te encantaría?

Suelto una carcajada.

—El agente Juárez es mexicano.

—¡Y yo puedo *pareserlo,* compadre! —suelta imitando el acento y lo cierto es que lo hace bien.

—No hay universo en el que con tu aspecto puedas pasar por un mexicano estereotípico, que es lo que buscan en este tipo de películas…

—¿Por el pelo? Me tiño de moreno, ya ves tú. —Encoge un hombro.

Tapo la sartén y bajo el fuego para que se vaya cocinando poco a poco.

—El pelo, la altura; es todo, Nico. Asúmelo, hay papeles que nos encajan y algunos que no… ¿No has leído la descripción del personaje? Es todo lo contrario a ti.

—Pues algún otro. Yo me adapto a lo que sea.

—¿Por qué tanto interés en aparecer en una peli tan mala? —Me río.

—Porque tengo que dar el salto a Hollywood e ir haciendo camino. Cualquier puerta es buena para meter cabeza.

—¿Por qué necesitas de repente dar el salto a Hollywood? —Arrugo las cejas y lo miro con auténtica curiosidad, porque sospecho que hay una razón detrás de esto y es más que probable que sea absurda.

—Porque la vida de hijo único es muy triste. Quiero un hermano para Paquito, y creo que la mejor opción es Óscar. —Se me escapa una carcajada, aunque él consigue mantenerse serio—. No me importaría César, pero no sé francés, así que creo que mi mejor opción es Óscar.

—No te van a dar un Óscar por esta película, ya te lo digo… Y allí no hay categoría de «actor revelación».

—Pues ganaré uno normal, ¿no me crees capaz?

—Te veo capaz de cualquier cosa. —Sonrío y lo beso—. Incluso de hacerte ilusiones más originales que el guion de esa película. Igual deberías hacerte guionista, las películas que te montas son tremendas. —Me río.

—Bueno, también podría ganar un Óscar como guionista… No es mala idea.

Se me escapa otra carcajada y él abre la boca para protestar, pero nos interrumpe una videollamada entrante en la tablet que aún sostiene.

—Los gemelos —informa antes de descolgar.

—*¡¿Qué pasa*, brothel*?!* —chillan los dos al otro lado y Nico y yo nos reímos. Él baja de la encimera y coloca ahí la pantalla para que la veamos los dos—. *¡Laza, ¿qué te cuentas?!* —añade uno de ellos. Pero no me da tiempo a contestar, porque Nico se adelanta.

—Está feliz de la vida por estar conmigo, sobradísimo rechazando peliculones internacionales —se ríe—, emocionado porque viene Meri a quedarse unos días con nosotros y devastado porque me va a tener que compartir con ella.

—*¿Meri?* —pregunta Guille—. *Cuánto tiempo… ¿Cómo le va?*

—Pues muy bien —contesta Nico—. Viene con su novio, que no lo conozco, solo lo he visto en fotos, y es guapísimo. Ella está feliz de la vida.

—*¿Novio? ¿Cómo que novio? ¿Qué quieres decir?* —insiste Guille al otro lado de la pantalla.

—Sí, novio, ya sabes… Alguien con quien pasar el rato, cocinar, ver pelis, leer en silencio juntos y, principalmente, hacer guarradas siempre que se pueda…

—*Pero si, cuando estuvimos juntos, quedamos en que ninguno de los dos quería nada*

serio…

—Pues está claro que contigo no quería nada serio, pero con este parece que sí —suelta Nico como si nada y yo le doy una patadita que los gemelos no pueden ver, pero que espero que le indique a mi chico que está teniendo muy poco tacto.

—¿Qué? —Se gira hacia mí y anula por completo mi discreción—. Que no se ofenda tanto, que él tampoco quería nada con ella.

—Lo que me parece muy fuerte es que a ella la invitéis a pasar ahí unos días y a nosotros, que somos familia, no —suelta un indignadísimo Guille y Dani se descojona.

—Vosotros podéis venir cuando queráis, ya lo sabéis, no necesitáis que os invitemos… —aseguro por si de verdad no lo tenían claro.

—Vale, ¡pues vamos!

—¡Pero que estamos en Estambul! —Dani se vuelve a reír.

—Pero ¿no querías ir a España y quedar con la chica esa de los libros? Pues vamos —propone Guille.

—A ver, que yo no tengo ninguna prisa —asegura Dani.

—Uuuuuuuuuh, ¿qué chica de los libros, Dani? —pregunta Nico con un canturreo.

—Una que ha conocido por Instagram, que se dedica a reseñar libros —cuenta Guille—. *Por lo visto, hay chicas en Instagram que se dedican a eso, a reseñar libros, y hacen vídeos y montajes con gente real que les recuerda a los personajes, normalmente famosillos. Total, que una de ellas cogió algunas fotos nuestras como «muso» de una novela que estaba leyendo y Dani empezó a hablar con ella y tal… En fin, que llevan varias semanas mandándose mensajes todo el día…*

—Todo el día tampoco, exagerado. Y ni siquiera me gusta, me cae bien y ya —asegura Dani.

—Así que —sigue Nico—, una lectora, ¿eh? Estoy orgulloso, Dani, quién hubiera pensado que sabías leer…

A mí se me escapa una carcajada y los demás se ríen también.

—Muy graciosillo. En fin, que es una amiga, el que se está viniendo arriba con esto es Guille, pero no tengo nada con ella ni pienso tenerlo.

—Claro, claro —ironiza su gemelo.

—Tan claro como que quieres ir a verlos a ellos y no porque estés rabioso perdido de pensar que Meri está con otro…

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo.

—Vale, tetes, venid cuando queráis. Nosotros no nos vamos a mover de aquí y hay sitio para los dos. Ahora ya si Guille quiere compartir espacio con Meri y su novio… —dice Nico.

—No tengo ningún problema con eso —asegura el aludido y a todos los demás nos da la risa floja.

Los gemelos se enzarzan en la misma discusión de hace un momento y su hermano se despide de ellos y cuelga la llamada.

—Qué movida con estos dos, ¿no? —le digo en cuanto dejamos de oír a los gemelos—. ¿Te has creído algo de lo que han dicho?

—Creo sinceramente que los dos están colgadísimos. Y creo también que es mucho más probable que Guille destroce la relación de Meri con ese chico a que la «amiga» de Dani consiga que él se lea un libro.



Te agradecemos que hayas
formado parte de la historia de
Nico y esperamos verte pronto en
todas las que están por venir.

Los hermanos Andújar
(los putos amos)

AGRADECIMIENTOS

«Gracias a todos, qué majetes sois». La tentación de dejarlo así es grande, no me escondo, pero voy a intentar explayarme un poquito más, porque esto se lo debo a la gente que me ha echado una mano para que la historia de Nico y Laza sea una realidad. Puede que esta no sea la mejor manera de agradecer, pero sí es la más barata. Si vendo muchos muchos libros, quizá la próxima vez pueda agradecérselo de algún modo más creativo.

Como filóloga, me voy a autoconceder la licencia de hablarte a ti, lectora, en femenino, porque sé que sois aplastante mayoría. Si eres un lector, no te sientas excluido, por favor; no es esa la intención.

En primer lugar, tengo que agradecerles a **Julia**, **Diana** y **Jonathan** que entiendan lo importante que es esto, que a veces me den ratos de silencio y que se entusiasmen con cada pequeño avance. Tengo el mejor equipo para el día a día.

Aunque esta historia es mía y todos los desvaríos que en ella has encontrado han salido de mi cabeza, siento que una parte importante le corresponde a **Adela** (@adela_argn_art). Porque la historia no luciría igual sin esas ilustraciones, sin ese PORTADÓN (sí lo digo) y sin las ideas y sugerencias tanto de dibujos, como de trama y personajes. En cada nueva historia se supera, pero creo que con los Andújar empieza a tener un vínculo especial. No merezco su paciencia y su comprensión, pero la necesito. No es mi media naranja, pero es mi media Bola 8, que para hacer libros mola mucho más. Si no la conoces, te invito a pasarte por su Instagram y descubrir sus otras ilustraciones y portadas (preciosas todas, pero las mías las que más, para qué disimular a estas alturas) y también por Amazon para descubrir sus historias, porque además de dibujar como ya has visto, tienes que comprobar también cómo escribe (busca en Amazon *El otoño que soñé* y enamórate de sus chicos). En resumen, que Libra no sabe qué haría sin Cáncer a estas alturas, la verdad.

A veces te cruzas en la vida con personas que son un pequeño «hallazgo». Y con el desarrollo de esta historia he descubierto que eso también puede pasar con las lectoras cero. **Aitana** (@aitanasanblanco) se convirtió en lectora cero un poco por casualidad, pero fue el soplo que necesitaban tanto mis chicos como yo misma (y el punto de cordura y profesionalidad para escribir sobre el rodaje de una película también, la verdad). No es fácil encontrar a alguien con quien hablar tanto rato y con tanto detalle de cada capítulo, de cada escena e incluso de cada pensamiento peregrino. El egocentrismo de una escritora en ese momento del proceso creativo puede que solo lo entienda otra escritora que se encuentre en el mismo punto. Hace falta mucha entrega a la misión de cero para leer escenas sueltas y/o capítulos desordenados, así como para comerte *spoilers* de lo que está por venir. Gracias por todo eso, mis chicos te deben más de lo que piensas. Y tú, lectora, si no conoces a sus viajeras del tiempo, te animo a descubrirlas (empieza por *Si volviera a tener 16* y sigue con las demás). Ah, y estoy de acuerdo con Laza y Ori, yo también soy #teammartín.

Como siempre, no puede faltar en esta parte **Sonia** (@soniarsalvante), que es la que más caña me mete y la que hace que mis chicos brillen mucho más tras pasar por sus manos. Gracias,

Sonia —dijo ella con lo que, sin ninguna duda, era un dicendi—, de corazón. Lo molas todo, PEC y todas esas cosas modernas que a veces se nos escapan y que puede que incluso lleguemos a usar regumal. Estoy deseando conocer a esos chicos nuevos que tienes entre manos. Y ya que hoy tengo el día *recomendador*, también te sugiero, lectora, que la busques, que conozcas a su Pedro de *Dos años para aprenderte*, y que luego vengas y me lo cuentes. Y hablemos de él, porque siempre me viene bien hablar de Pedro, la verdad.

También tengo mucho que agradecer a **Carmen** (@carmen_arteaga_escritora). Gracias por la ayuda, las risas, el veneno, la compañía en la miseria y la comprensión en general. Mis chicos también te deben mucho. Ese amor incondicional a los pezones Andújar me da la vida, en serio. Y tengo que reconocer que Nico es un pelín más majo y Laza está un poco menos perturbado gracias a ti. También te animo, lectora, a conocer a todos sus chicos. Su última historia es *Mientras el viento susurre tu nombre*. Puedes empezar por esa o por cualquiera de las anteriores, las tienes todas en Amazon, aunque *Cuando el mundo sea más grande* está también en todas las librerías.

Y ya para terminar con las lectoras cero que también son escritoras tengo que hablaros de **Bianca** (@biribiankis). En serio, su entusiasmo y su intensidad son LO PUTO MÁS. Gracias por haberles hecho un hueco a mis chicos virtuales cuando los tuyos reales te lo han permitido. Sé que los has amado como nadie y así me lo has transmitido. Tus audios tras cada tanda de capítulos me alegran el día y algunos me los he escuchado varias veces, no me escondo. Y sobre todo gracias por las risas y el veneno, amiga, eso no tiene precio. Y a ti, lectora, no voy a dejar tampoco de recomendarte a sus chicos. Empieza por *Menorca* y luego ven a hablarme de Maday, que lo echo mucho de menos.

Gracias a **Tánit** (@cuando.los.mios.duermen) por el entusiasmo con el que ha vivido esta historia y por todo lo que ha *fangirleado* de mis chicos. Con estos y con los anteriores. Gracias también por esos audios «a la mañana siguiente», me encantan, de verdad. Y gracias por ese libro viajero sorpresa, fue algo mágico.

Una de las mejores cosas que te pueden pasar cuando estás en pleno proceso de escritura es enviar un mail y recibir unos diez segundos después un mensaje por Instagram que diga «MARISA TE QUIERO. VOY A LEERLO». Así, con sus mayúsculas y todo, porque **Laia** (@librosdelai), si hablamos de un Andújar, es toda intensidad. De entre todas las lectoras tiene sin duda el récord de velocidad y un don especial para nombrar a Samu en cada comentario en el que hablemos de su hijo. O en cada comentario o reseña en general, hablemos de su hijo o no, y tenga algo que ver o tampoco. Mola tantísimo comentar con ella mis libros (y algunos otros, aunque no sean míos, también) que le perdono la ruina económica a la que me ha condenado y los libros pendientes que acumulo en mi estantería por su culpa desde que la conozco. Por lo que a mí respecta, te prometo más Andújar, palabrita, con gemelos y padre.

Gracias también a **Irene** (@ladyromanticbook) por el apoyo continuo en redes, pero, sobre todo y lo más importante, por los audios llenos de risas. De verdad que hay pocas cosas mejores que le puedas enviar a alguien cuando está escribiendo una comedia.

También gracias a **Lola** (@siempreleyendoydesconectando) por estar ahí para mis chicos y por quererlos tanto a todos y tan bonito.

Gracias a las chicas bonitas de Instagram, algunas de las cuales he desvirtualizado y otras espero poder hacerlo en algún momento:

A **Lara** (@lara_blanc_escritora) por las charlas, el ánimo y el «meter caña cuando hace falta». Y por compartir todo todito con lo que te cruzas.

A **Nisa** (@nisarce) por los consejos, los trucos y las penas compartidas. Es una maravilla contar con compañeras así.

A **Mari** (@mariientreletrascomasypuntos97), **Nayam** (@nayamzgreen) y **Paula** (@paula_lectora_compulsiva) por compartir cada cosa que subo y alimentar el *hype* de la manera en que lo hacen.

A **Elena** (@elenasinh_books) por el amor a mis cafres en general y a mi Samu en particular. Gracias por las risas, las lágrimas y el *fangirleo* de mis libros, de los de otros, de pelis y de series. Eres el buen rollo hecho persona y lo molas todo.

A **Raquel** (@missattard) porque no se puede ser más bonita. Por estar siempre ahí para echar una mano en lo que haga falta.

A **Adriana** (@adriana_freixa) porque siempre encuentra una excusa y un lugar para recomendar mis historias.

Y a dos chicas que hicieron algo que nunca pensé que me ocurriría y que no me pudo hacer más ilusión: **Carmen** (@lives.reading) me hizo un meme y **Miriam** (@tengolibrospendientes**)** me hizo una piña. No podéis molar más, en serio.

No me puedo olvidar de mis chicas de la UNED. **Neus**, **Bea**, **Mara**, **Cristina** y todas las demás. Aunque la vida nos vaya llevando por otros caminos, yo sé que estáis ahí.

Y a mis Jesuitas Girl Friends: **Ana**, **Cris**, **Patri**, **Raquel**, **Clara** y **Vanes^{2}a**. ¡Que no se acaben nunca las cervezas!

Y ahora sí, por último, gracias a toda esta gente que, desde el principio, ha apoyado mis historias de algún modo, por pequeño que fuera. Ya sea compartiendo una publicación en una *storie*, una reseña o una recomendación. Moláis tanto y hacéis tanto bien que no os lo puedo ni explicar.

@__despuesde50
@_entierrafirme
@_romantic.books
@_romanticasdelnorte
@_supernova.art_
@3spe1990
@a_ratoslibros
@adela_argn_art
@adela.s.ebook
@adriana_freixa
@ainhoa.books
@aitanasanblanco
@akara_wind
@alespacioyvuelta
@aliciaaa_75
@almaa.delibro
@amandoentrepaginas
@anabel_botella
@anacabo.17
@anaguerra_15

@anaidam7
@analisangar
@anamazonp_escritora
@aneleamme
@angelafranco.autora
@anitadevoradoradelibros
@annadrielbooks
@arsenico85
@ashura70
@barracon2
@beatriz_p_reyes
@betweenlovebooks
@biri.biankis
@booksbynivi
@brendy23fire
@brr.leyendo
@brujuladelibros
@buceandobooks
@buceandoentrehistorias
@buscando.lectura
@carbooksss
@carmen_arteaga_escritora
@chiio.91
@clau.barretop
@coliseodroma
@conlosbartulosaotraparte
@criis_mily
@cris_lectora_21
@cristina_d_estanislao
@cuando.los.mios.duermen
@cucocandas
@deleyendoyriendo
@descubriendolibrosmx
@devoralibrosdemetroymedio
@devorolibros
@dulce_merce
@dulce.ando
@el_marcapaginas_de_angy
@elenasinh_books
@elrinconindecris
@elysbooks
@emme.costa_letras
@enara_de_la_pena
@entremilvidas_
@entrepaginasdehistorias

@evalispm
@eventodevoralibros
@galernica
@gemrafor
@gia_mimoraleja
@helen.in_wonderland
@helenduende
@helenrytkonen
@icallebook
@ireneladiez
@iriibooks_
@isabelcanovasautora
@isefran.79
@johanamartinez8895
@kphylaso
@labibliotecadelaabuela
@lady_fuxia
@ladyromanticbook
@laimpostoraescritora
@lara_blanc_escritora
@laralonsoautora
@laslecturasdeyoli
@laurasanzautora
@laurelleeyescribe
@lectoragallega
@lectorahastaaltashoras
@lectoras_con_clase
@lecturasdemaggie
@lecturasmapita
@leeresdeguapas
@leoquemeleo
@lety_lib00
@leyendo_serendipia
@leyendoafull
@leyendoyopinando
@libreriasonora
@libros.autopublicados
@librosdelai
@librosdemery
@libroseroticoromanticos
@librosigualamagia
@libroslibresmundos
@librospuntoymas
@librosycorazones_1971
@libroypalomitas

@lilith_lectora
@lives.reading
@lorenaciudad13
@loslibrosdetess
@lu_lectora
@lucymoon2015
@lunapurple_lunavioleta
@mamatejeideas
@mamitai
@manme_pr
@manu.balfour
@manuelamolinaleon
@marablanco_
@mariientreletrascomasypontos97
@marina_enmacondo
@marinamorla
@marisolfg68
@marksandglitter
@marlibros
@marta_claus2021
@maruychan
@mayka369
@me.leo.toa
@mecaienunlibro
@mentedementa20
@merakbook
@merledynkane
@mi.te.con.libros
@miercolesbooks
@miligallardo.325
@mipequenadiccion
@mipequenorincon.blog
@mirhervi
@mis_lennturas
@miss_lecturas_
@missattard
@monsinafd
@montanarodriguezm._
@nayamzgreen
@nenii.villalba
@nesa_san78
@nisarce
@noeliafrutos_autora
@notrepetitslecteurs
@opheliademarzo

@orecunchodacuruxa
@palmira.books
@pamssyforever
@patri_sanchezs
@paubookstagrammer
@paula_andrews_86
@paula_lectora_compulsiva
@pilardans
@pilasdelibros
@quebienqueteleo
@quemaravillaleohoy
@racoperllegir
@rafi_lechuga
@raqantjim
@reino_de_libros_26
@removebeforeread
@rincondeelle
@rociio_books
@rociombouzon
@rosana.lenn.autora
@rosebokl
@ruthbaidi
@saguian22
@sandranavarromarquez
@sanmartin223_leo_luego_existo
@selva_palacios
@serranita66
@siempreleyendoydesconectando
@silarodriguez74
@silvia_mateos_writer
@sin_parar_de_leer
@soniarsalvante
@srtag.adler
@tengolibrospendientes
@tere_sapelu
@tfc_lectura
@trisha_sanz2485
@un_libro_en_mi_mesita
@un_sofa_donde_leer
@unbuenlibroycafe
@valientegarciamariajose
@vampiros_luminish
@vanessa_mcflowers
@vilmont_books
@vivir_leyendo

@vol_vo_reta
@vykamurias
@worldsbooks_
@xiomaram.autora

ACERCA DE LA AUTORA

Nací en analógico cuando jugar en los columpios era deporte de riesgo y crecer con las rodillas cubiertas de costra, el lujo de los intrépidos. Quizá por eso me gusta ambientar mis historias en esos años en los que todo era más sencillo, o quizá simplemente estaba menos documentado.



Filóloga por decisión, correctora de profesión y escritora por vocación, paso casi todo mi tiempo entre letras. También cumplo a rajatabla los principales topicazos valencianos gracias a mi amor por el arroz, la horchata y el mar.

Mis historias poseen la magia de lo cotidiano y mis personajes transitan por la delgada línea que separa lo estúpido de lo entrañable.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de mi web www.marisasefra.net

Desde ahí mismo también puedes suscribirte a mi *newsletter* para recibir contenido impreciso de frecuencia indeterminada, porque no me comprometo a nada.

OTRAS OBRAS DE MARISA SEFRA

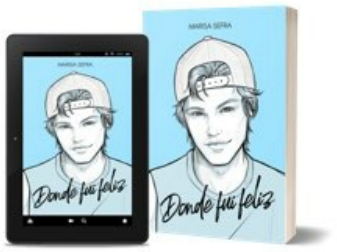
CRÓNICAS DE AQUELLO

La serie *Crónicas de aquello* está compuesta por cinco novelas que narran las historias de una pandilla de cafres desde los últimos años de su adolescencia hasta bien entrada su edad adulta. Los dos primeros volúmenes, *El final que nos merecemos* y *El principio que nos debíamos*, forman una bilogía que recoge la historia de Marc y Greta. Las otras tres novelas, *El viaje de Loui*, *El drama que no vi venir* y *La crisis de nuestra puta vida*, son historias autoconclusivas que se centran cada una en un personaje diferente.



DONDE FUI FELIZ

Una historia muy especial, cargada de sentimiento, que te llevará de vuelta a esos primeros amores de verano de los años 90's



Sinopsis:

Podría decir que esta es la historia de un amor de verano, pero, dicho así, te puede parecer una más. Y no lo es.

Podría contarte que es el relato de un primer amor, de esos bonitos e intensos que llegan para arrasar con todo. De esos que se recuerdan por más años que pasen. Aunque tampoco es solo eso.

También podría vestirla como la crónica de un amor verdadero, de esos que realmente son eternos. Y aun así me faltaría algo.

Porque lo cierto es que esta es la historia de Vic y de cómo consiguió colarse en mis vacaciones, en mi cabeza y en el resto de mi vida… incluso cuando no estaba.